

A photograph of two young boys running through a field of tall grass at sunset. The sky is filled with golden light and scattered clouds. The boy on the left is in profile, running towards the right. The boy on the right is also in profile, running towards the right, carrying a backpack. The entire image is framed by a thick, textured green border that looks like a hand-painted brushstroke.

HARLAN COBEN

UN CASO DE MYRON BOLITAR

UN LARGO SILENCIO



Lectulandia

Hace diez años, dos niños de familias acaudaladas fueron raptados. Los secuestradores pidieron rescate, pero luego desaparecieron sin dejar rastro. Ahora, cuando ya se había perdido toda esperanza, sucede lo que parecía imposible: Win y Myron Bolitar creen haber localizado a uno de esos chicos, ahora adolescente.

Después de un largo silencio, la vuelta a casa del joven debería ser un paso definitivo hacia el fin de la pesadilla. Pero no lo va a ser. ¿Dónde ha estado estos diez años y qué recuerda del día, hace media vida, en que lo cogieron? Y, todavía más importante: ¿qué puede contar a Myron y Win sobre el destino de su amigo perdido?

Con su talento único, Harlan Coben ha escrito un *thriller* lleno de acción y profundamente emotivo sobre la amistad y la familia.

Lectulandia

Harlan Coben

Un largo silencio

Myron Bolitar - 11

ePub r1.0

Titivillus 28.12.17

Título original: *Home*
Harlan Coben, 2016
Traducción: Jorge Rizzo Tortuero

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A MIKE Y A GEORGE
Y A LOS «BROMANCES» DE LA MEDIANA EDAD

1

El chico que había desaparecido hace diez años sale ahora a la luz.

No me suelo dejar llevar por la emoción, ni siquiera siento nada que pudiera etiquetarse como perplejidad. He visto muchas cosas en mis más de cuarenta años. Han estado a punto de matarme, y he matado. He visto actos de una depravación que a la mayoría de la gente le costaría entender, o que directamente clasificaría de inconcebibles, y hay quien diría que yo también los he ejecutado. Con el paso de los años he aprendido a controlar mis emociones y —lo que es más importante— mis reacciones ante situaciones tensas e inestables. Puedo atacar de manera rápida y violenta, pero no hago nada que no sea, en cierta medida, deliberado e intencionado.

Estas cualidades, por decirlo así, nos han salvado una y otra vez a mí y a quienes me importan.

Sin embargo, confieso que, cuando veo al chico por primera vez —bueno, ahora será adolescente, ¿no?—, siento que se me acelera el pulso. Un murmullo me retumba en los oídos. De forma inconsciente, aprieto los puños.

Diez años —y ahora cincuenta metros, no más— me separan del chico desaparecido.

Patrick Moore —que así se llama— está apoyado contra el pilar de hormigón del viaducto cubierto de grafitis, con los hombros caídos. Mira a un lado y al otro antes de fijar la vista en la calzada agrietada que tiene delante. Lleva el cabello muy corto, prácticamente al rape. Otros dos adolescentes dan vueltas por debajo del viaducto. Uno está dando caladas a su cigarrillo con tanta intensidad y tal gusto que da la impresión de que quiere hacerle pagar alguna ofensa. El otro lleva un collar de perro con remaches y una camiseta de malla, lo que proclama sin el menor disimulo cuál es su oficio en la actualidad.

Por encima rugen los motores de los coches, ajenos a lo que sucede allí abajo. Estamos en King's Cross, barrio que ha «rejuvenecido» mucho en las últimas dos décadas, con museos y bibliotecas, el Eurostar e incluso una placa identificativa del andén nueve y tres cuartos, en el que Harry Potter tomaba siempre el tren a Hogwarts. Gran parte de los elementos considerados indeseables han abandonado estas peligrosas transacciones en persona, y las han cambiado por la seguridad relativa del comercio en línea —un efecto positivo más de Internet: la considerable disminución del arriesgado comercio sexual en las aceras—; pero si se va al otro extremo de las vías, tanto en sentido literal como figurado, lejos de esas nuevas torres relucientes, aún hay lugares donde la sordidez pervive, y lo hace de forma concentrada.

Ahí es donde he encontrado al chico desaparecido.

Una parte de mí —la parte impetuosa que mantengo a raya— quiere cruzar la calle a la carrera y agarrar al chico. Si realmente es Patrick, y no alguien que se le parezca o un error de cálculo, tendrá dieciséis años. Visto de lejos, da la impresión de que cuadra. Hace diez años —si hacéis una sencilla operación matemática, veréis la

edad que tenía entonces—, en la más que acomodada comunidad de Alpine, Patrick había salido a jugar con Rhys, el hijo de mi prima.

Ese, por supuesto, es mi dilema.

Si ahora agarro a Patrick, cruzo la calle sin más y me lo llevo, ¿qué será de Rhys? Tengo a uno de los chicos perdidos a la vista, pero he venido a rescatarlos a los dos. Y eso significa ir con cuidado. Nada de movimientos bruscos. Tengo que ser paciente. Con independencia de lo que pasara hace diez años, y de cuál fuera el cruel giro de la humanidad (no creo demasiado en crueles giros del destino si puedo echarles la culpa a otros seres humanos) que arrancó a este chico de su opulenta mansión de piedra y lo condujo a esta asquerosa cloaca bajo el viaducto. Ahora me preocupa hacer un movimiento en falso y que uno de los chicos, o los dos, desaparezcan de nuevo, esta vez para siempre.

Tendré que esperar a Rhys. Esperaré a Rhys y luego agarraré a los dos chicos y me los llevaré a casa.

Tal vez se os hayan pasado dos preguntas por la cabeza.

La primera: ¿cómo puedo estar tan seguro de que, en cuanto tenga a los chicos a la vista, podré hacerme con los dos? Supongamos que les hayan lavado el cerebro y que opongan resistencia. Supongamos que sus secuestradores, o quienesquiera que tengan la llave de su libertad, sean muchos, violentos y aguerridos.

Esta es fácil de responder: no os preocupéis.

La segunda pregunta, que a mí me preocupa mucho más: ¿y si Rhys no aparece?

No soy de los que piensan: «Cuando llegue el momento, ya veremos», así que tengo un plan alternativo, que supone vigilar esta zona y luego seguir a Patrick a una distancia discreta. Estoy planeando exactamente cómo hacerlo, pero algo sale mal.

El asunto es tomar decisiones. En la vida todo son prioridades. Y este lugar de mala muerte no es diferente de cualquier otro lugar. Por uno de los pasos bajo el viaducto se mueven hombres heterosexuales que buscan compañía femenina. Es el más transitado. El negocio clásico, supongo. Puedes hablar todo lo que quieras de géneros, preferencias y perversiones, pero la mayoría de los que padecen frustraciones sexuales siguen siendo hombres heterosexuales insatisfechos. Lo clásico. Unas chicas con la mirada perdida ocupan sus lugares contra los muretes de hormigón, los coches se acercan, las chicas se suben y otras chicas ocupan sus puestos. Es casi como ver una máquina expendedora de refrescos en una gasolinera.

En el segundo paso bajo el viaducto hay una pequeña concentración de transexuales o travestidos en todas las fases imaginables de transformación, y luego, en el punto más alejado, donde se encuentra ahora Patrick, está el rincón de los jóvenes homosexuales.

Observo mientras un hombre con una camisa de color salmón se acerca, pavoneándose, a Patrick.

Mientras veía llegar a Patrick me preguntaba qué haría en caso de que apareciese un cliente y solicitara sus servicios. A bote pronto, daba la impresión de que lo mejor

sería intervenir de inmediato. Seguramente eso sería lo más compasivo por mi parte, pero, insisto, no puedo perder de vista mi objetivo: devolver a ambos chicos a casa. Lo cierto es que Patrick y Rhys desaparecieron hace una década. Quién sabe por lo que habrán pasado, y aunque no me entusiasma la idea de que puedan sufrir ni un abuso más, ya lo tuve en cuenta en mi lista de pros y contras cuando me decidí. Ahora no tiene sentido pensar más en ello.

Solo que Camisa Salmón no es un cliente.

Me queda claro al momento. Los clientes no se pavonean con esa seguridad. No se pasean con la cabeza alta. Ni con esa sonrisa socarrona. No llevan llamativas camisas de color salmón. Los clientes tan desesperados como para venir a este lugar a satisfacer sus necesidades suelen tener vergüenza o miedo de que los descubran o, la mayoría de las veces, ambas cosas.

Camisa Salmón, por otra parte, tiene los andares, la actitud y el contoneo de alguien peligroso y seguro de sí mismo. Si sabes leer las señales, lo detectas. Lo sientes en tu cerebro reptiliano, una alarma interior, una sensación primitiva que no sabes explicar. El hombre moderno, a veces más preocupado de su imagen que de su seguridad, a menudo la pasa por alto, y puede pagar las consecuencias.

Camisa Salmón echa la mirada atrás. Han aparecido en escena otros dos hombres, que le cubren los flancos. Ambos son muy grandes, y van vestidos con pantalones de camuflaje y camisetas imperio para dejar a la vista sus relucientes pectorales depilados. Los otros chicos que trabajan bajo el viaducto —el fumador y el del collar con remaches— salen corriendo al ver a Camisa Salmón, y dejan solo a Patrick con los tres recién llegados.

Esto no pinta nada bien.

Patrick sigue sin levantar la mirada, y muestra la cabeza casi al rape. No es consciente de la llegada de los hombres hasta que tiene a Camisa Salmón casi encima. Me acerco. Lo más probable es que Patrick lleve un tiempo en las calles. Pienso un momento en ello, en cómo habrá sido su vida, arrancado de la cómoda burbuja de un barrio residencial estadounidense y arrojado a... Bueno, ¿quién sabe a qué?

Pero en todo este tiempo quizás haya desarrollado ciertas habilidades. A lo mejor es capaz de convencerlos para que lo dejen en paz. Quizá la situación no sea tan desesperada como parece. Tengo que ver qué pasa.

Camisa Salmón se planta frente a Patrick. Le dice algo. No lo oigo. Luego, sin más preámbulos, echa el puño hacia atrás y se lo planta como un martillo pilón en el plexo solar.

Patrick cae al suelo mientras trata de respirar.

Los dos culturistas de camuflaje se acercan. Me pongo en marcha a toda prisa.

—Caballeros —les digo levantando la voz.

Camisa Salmón y los dos Camuflajes se vuelven al oírme. Al principio ponen la cara que pondrían unos neandertales al oír un ruido en el bosque por primera vez.

Luego me ven y fruncen el ceño. Veo las sonrisas que asoman en sus labios. No se puede decir que mi complexión física imponga. Soy más alto que la media y más bien flaco, diríais, con el cabello rubio tirando a gris, un tono de piel que siendo bienintencionados podría recordar la porcelana, pero que otros verían rubicundo, y unos rasgos que quizá parezcan delicados, con suerte incluso atractivos.

Hoy llevo un traje azul claro hecho a mano en Savile Row, una corbata Lilly Pulitzer, pañuelo de Hermès en el bolsillo del pecho y unos zapatos Bedfordshire hechos por el mejor artesano de G. J. Cleverley, en Old Bond Street.

Todo un dandi, ¿eh?

En el momento en que me acerco a paso tranquilo hacia los tres matones, deseando tener un paraguas para poder girarlo y potenciar así el efecto, percibo que su confianza va en aumento. Eso me gusta. Por lo general llevo una pistola, y a menudo dos, pero en Inglaterra las leyes son muy estrictas al respecto. No me preocupa. Lo bueno de que las leyes británicas sean tan estrictas es que es también muy improbable que mis tres adversarios lleven pistolas. Hago un examen visual rápido de los tres cuerpos, escrutando los puntos en los que podrían ocultar una pistola. Mis matones lucen atuendos ajustadísimos, más pensados por su valor estético que por su capacidad para ocultar armas.

Puede que lleven navajas —y es probable que las lleven—, pero no hay pistolas. Las navajas no me preocupan demasiado.

En el momento en que llego, Patrick —si realmente ese es Patrick— sigue en el suelo, jadeando para respirar. Me detengo, abro los brazos y les ofrezco mi sonrisa más irresistible. Los tres matones me miran como si fuera una pieza de museo que no consiguen entender.

Camisa Salmón da un paso hacia mí.

—¿Quién cojones eres?

Yo sigo sonriendo.

—Ahora deberían irse.

Camisa Salmón le echa una mirada a Camuflaje Uno, que está a mi derecha. Luego mira a Camuflaje Dos, situado a mi izquierda. Yo también miro en ambas direcciones, y de nuevo a Camisa Salmón. Cuando le guiño un ojo, las cejas se le disparan hacia arriba.

—Deberíamos trocearlo —propone Camuflaje Uno—. Cortarlo en pedacitos.

Yo finjo sorpresa y me vuelvo hacia él.

—Oh, Dios mío. No te había visto, perdona.

—¿Qué?

—Con esos pantalones de camuflaje. La verdad es que te confundes con el paisaje. Por cierto, te quedan muy bien.

—¿Tú qué eres? ¿Un listillo?

—Soy mucho más que un listillo.

Todas las sonrisas, incluida la mía, crecen. Se me acercan. Puedo intentar decir

algo para quitármelos de encima, pero no creo que eso funcione. Por tres motivos. Uno, porque estos matones querrán todo mi dinero, mi reloj y cualquier otra pertenencia que descubran que llevo encima. Ofrecerles dinero no servirá de nada. Dos, porque ya han olido a sangre —la de una presa fácil y débil— y les gusta ese olor. Y tres, la más importante, porque a mí también me gusta el olor a sangre.

Ha pasado demasiado tiempo.

Intento no sonreír mientras los veo acercarse. Camisa Salmón saca un gran cuchillo de caza. Eso me gusta. No tengo muchos escrúpulos a la hora de hacer daño a quienes reconozco como malas personas. Pero así, de cara a quienes necesitan racionalizarlo todo para determinar mi catadura moral, siempre podré alegar que los primeros en desenfundar un arma han sido los matones, por lo que yo habré actuado en la más estricta defensa propia.

Aun así, les doy una última oportunidad.

Miro a Camisa Salmón a los ojos y le digo:

—Deberíais iros.

Los dos Camuflajes hipermusculados se ríen al oír eso, pero la sonrisa de Camisa Salmón empieza a desvanecerse. Lo sabe. Lo veo. Me ha mirado a los ojos y lo ha sabido.

Todo lo demás ocurre en unos segundos.

Camuflaje Uno se me echa encima e invade mi espacio personal. Es un tiarrón. Me encuentro enfrente sus musculosos pectorales depilados. Me mira, sonriendo, como si yo fuera una golosina que pudiera devorar de un bocado.

No hay motivo para demorar lo inevitable. Le rebano la garganta con la navaja que he ocultado hasta ese momento en la mano. Un chorro de sangre me mancha todo el traje, trazando un arco perfecto. Maldición. Eso significa otra visita a Savile Row.

—¡Terence!

Es Camuflaje Dos. Se parecen y, al acercarme a él, me pregunto si serán hermanos. La muerte del otro lo deja atontado, lo que me facilita mucho la labor, aunque no creo que le hubiera valido de mucho estar preparado.

Soy bueno con la navaja.

Camuflaje Dos parece del mismo modo que su querido Terence, su posible hermano.

Eso deja solo a Camisa Salmón, su querido líder, que tal vez haya alcanzado ese rango por ser algo más astuto y salvaje que sus colegas caídos. Camisa Salmón ha aprovechado el tiempo y ha empezado a moverse mientras yo me deshacía de Camuflaje Dos. Recurriendo a la visión periférica, percibo el brillo de su cuchillo de cazador cayéndome encima desde lo alto.

Eso es un error por su parte.

No atacas a un enemigo así, desde arriba. Es demasiado fácil defenderse. Tu adversario puede ganar tiempo agazapándose o levantando un antebrazo para desviar el golpe. Si le disparas a alguien con una pistola, te enseñan a apuntar al centro del

cuerpo para que le des aunque te desvíes ligeramente. Te preparas para un posible error. Con un cuchillo sucede lo mismo. Hay que acortar al máximo la distancia del lance, y apuntar al centro, de modo que, si tu adversario se mueve, lo puedas herir de todos modos.

Camisa Salmón no ha hecho eso.

Me agacho y uso el antebrazo derecho, tal como he explicado, para desviar el golpe. Luego, con las rodillas flexionadas, giro y le cruzo el abdomen con la navaja. No espero a ver su reacción. Me levanto y acabo con él del mismo modo que con los otros dos.

Como he dicho, la cosa acaba en unos segundos.

El agrietado asfalto está cubierto de sangre y hecho un asco. Me concedo un breve instante, no más, para disfrutar de la sensación. Vosotros también lo haríais, si no disimularais.

Me vuelvo hacia Patrick.

Pero ya no está.

Miro a la izquierda, y luego a la derecha. Ahí está, tan lejos que casi no lo veo. Salgo corriendo tras él, pero enseguida me doy cuenta de que no valdrá de nada. Se dirige hacia la estación de King's Cross, una de las más concurridas de Londres. Estará en la estación —a la vista de todo el mundo— antes de que lo alcance. Me veo cubierto de sangre. Puede que lo que hago se me dé bien; pero a pesar de que King's Cross es la estación donde Harry Potter tomó el tren a Hogwarts, yo no poseo la capa de la invisibilidad.

Paro, miro atrás, analizo la situación y llego a una conclusión.

La he cagado.

Es el momento de desaparecer. No me preocupa que haya cámaras grabando lo que he hecho. Si los elementos más indeseables escogen lugares como ese es por un motivo. Está lejos de miradas curiosas, incluso de las digitales y las electrónicas.

Aun así, he metido la pata. Después de tantos años, tras todas esas búsquedas infructuosas, por fin consigo un indicio, y pierdo la pista...

Necesito ayuda.

Salgo de ahí a toda prisa y aprieto el 1 en mi teléfono. Llevo casi un año sin apretar el 1.

Él responde al tercer tono.

—¿Sí?

Pese a haber hecho acopio de valor antes de marcar el número, al oír su voz me tiembla todo el cuerpo un momento. Mi número está oculto, así que no tiene ni idea de quién lo llama.

—¿No quieres decir «Articula»?

Oigo que contiene una exclamación.

—¿Win? Dios mío, ¿dónde te has metido...?

—Lo he visto.

—¿A quién?

—Piensa.

Una pausa brevísima.

—Un momento. ¿A los dos?

—Solo a Patrick.

—Vaya.

Frunzo el ceño. ¿«Vaya»?

—¿Myron?

—¿Sí?

—Toma el próximo avión a Londres. Necesito que me ayudes.

2

Dos minutos antes de que Win llamara, Myron Bolitar estaba tendido en la cama, desnudo y con una mujer despampanante al lado. Ambos miraban al bonito revestimiento de madera del techo, con la respiración entrecortada, aún disfrutando de esos momentos deliciosos que vienen después de... bueno, de ese otro momento delicioso.

—¡Guau! —exclamó Terese.

—Sí, ¿verdad?

—Ha sido...

—Sí, ¿no?

Myron tenía su propio código de lenguaje poscoital.

Terese sacó las piernas de la cama trazando una curva, se puso en pie y se acercó a la ventana. Myron la observó. Le gustaba cómo se movía desnuda: como una pantera, con movimientos medidos, suaves y seguros. El apartamento estaba en una planta alta del West Side, junto a Central Park. Terese miró por la ventana hacia el lago y Bow Bridge. Si alguna vez habéis visto una película ambientada en Nueva York en la que una pareja de enamorados corre por un puente peatonal en el parque, habéis visto Bow Bridge.

—Caray, qué vistas —exclamó Terese.

—Eso mismo pensaba yo.

—¿Me estás mirando el culo?

—Prefiero pensar que lo estoy observando. Vigilándolo.

—¿Como si lo protegieras?

—Apartar la mirada sería poco profesional por mi parte.

—Bueno, pues no vamos a dejar que parezcas poco profesional.

—Gracias.

Terese no se volvió.

—¿Myron?

—¿Sí, amor mío?

—Soy feliz.

—Yo también.

—Da miedo.

—Es aterrador —confirmó Myron—. Vuelve a la cama.

—¿De verdad?

—Sí.

—No hagas promesas que no puedes cumplir.

—Oh, sí que puedo cumplirlas —dijo Myron—. ¿Hay algún local por aquí que sirva ostras y vitamina E a domicilio?

Ella se volvió, le mostró su mejor sonrisa y... ¡catapún!, su corazón estalló en un millón de pedazos. Terese Collins había vuelto. Tras todos esos años de separaciones,

angustia e inestabilidad, allí estaban, a punto de casarse por fin. Era una sensación increíble. Maravillosa. Delicada.

Y fue entonces cuando sonó el teléfono.

Ambos se quedaron inmóviles, como si lo percibieran. Cuando las cosas van así de bien, prácticamente contienen la respiración, porque quieres que dure. No quieres parar el tiempo, ni siquiera ralentizarlo; lo que quieres es seguir en tu pequeña burbuja.

Esa llamada telefónica, para seguir con la triste metáfora, hizo estallar la burbuja.

Myron quiso comprobar el origen de la llamada, pero era un número oculto. Se encontraban en el edificio Dakota de Manhattan. Antes de desaparecer, un año antes, Win había puesto el piso a nombre de Myron. La mayor parte de ese año, Myron había preferido quedarse en la casa de su infancia en Livingston, en la vecina Nueva Jersey, intentando educar lo mejor posible a Mickey, su sobrino adolescente. Pero ahora su hermano, el padre de Mickey, había vuelto, de modo que Myron les había dejado la casa y había vuelto a la ciudad.

Sonó el teléfono una segunda vez. Terese se volvió de lado, como si el sonido le hubiera dado una bofetada, dejando a la vista la cicatriz de bala en el cuello. Aquella vieja sensación, la necesidad de protegerla, se hizo presente otra vez.

Por un momento, Myron tuvo la tentación de dejar que se activara el buzón de voz, pero entonces Terese cerró los ojos y asintió, una sola vez. Ambos sabían que no responder solo serviría para retrasar lo inevitable.

Myron respondió al tercer tono.

—¿Sí?

Un momento de duda, y el sonido de la electricidad estática, y entonces llegó el sonido de la voz que tanto tiempo hacía que no oía:

—¿No quieres decir «Articula»?

Aunque Myron había intentado prepararse para aquello, hubo de contener una exclamación.

—¿Win? Dios mío, ¿dónde te has metido...?

—Lo he visto.

—¿A quién?

—Piensa.

Myron pensó en él, pero no se atrevió a pronunciar su nombre.

—Un momento. ¿A los dos?

—Solo a Patrick.

—Vaya.

—¿Myron?

—¿Sí?

—Toma el próximo avión a Londres. Necesito que me ayudes.

Myron miró a Terese. En sus ojos vio de nuevo el miedo. Aquel miedo siempre había estado ahí, desde la primera vez que habían huido juntos, años atrás, pero no lo

había vuelto a ver desde su regreso. Alargó la mano en su dirección. Ella se la cogió.

—Ahora mismo lo tengo complicado —respondió Myron.

—Ha vuelto Terese —dijo Win. No era una pregunta. Lo sabía.

—Sí.

—Y por fin os vais a casar.

Eso tampoco era una pregunta.

—Sí.

—¿Le has comprado un anillo?

—Sí.

—¿De Norman, en la calle Cuarenta y siete?

—Por supuesto.

—¿Más de dos quilates?

—Win...

—Me alegro por vosotros.

—Gracias.

—Pero no os podéis casar sin vuestro padrino —concluyó Win.

—Ya se lo he pedido a mi hermano.

—A él no le importará. El vuelo sale de Teterboro. El coche está esperando.

Win colgó.

Terese se lo quedó mirando.

—Tienes que irte.

Myron no estaba seguro de si era una pregunta o una afirmación.

—Win no pide las cosas por pedir —dijo Myron.

—No —corroboró ella—. No lo hace.

—No tardaré mucho. Volveré y nos casaremos. Te lo prometo.

Terese se sentó en la cama.

—¿Puedes contarme de qué va?

—¿Qué es lo que has oído?

—Solo palabras sueltas. ¿El anillo tiene más de dos quilates?

—Sí.

—Bien. Pues cuéntame.

—¿Te acuerdas de los secuestros que hubo en Alpine hace diez años?

Terese asintió.

—Claro. Informamos de ello —comentó.

Había trabajado durante años como locutora en uno de esos canales de noticias.

—Uno de los chicos secuestrados, Rhys Baldwin, es pariente de Win.

—Eso no me lo habías contado.

Myron se encogió de hombros.

—En realidad no tuve mucho que ver en el asunto. Cuando nos llegó el caso, ya había quedado bastante aparcado. Pero yo nunca le he dado carpetazo del todo.

—Pero no es el caso de Win.

- Win nunca aparca nada.
—¿Y tiene una nueva pista?
—Más que eso. Dice que ha visto a Patrick Moore.
—¿Y por qué no llama a la policía?
—No lo sé.
—Pero no se lo has preguntado.
—Confío en su sentido común.
—Y necesita que lo ayudes.
—Sí.
Terese asintió.
—Pues más vale que hagas la maleta.
—¿Estás bien?
—Tenía razón Win.
—¿En qué?
—No podemos casarnos sin nuestro padrino —respondió ella, y se puso en pie.

Win había enviado una limusina negra. Estaba esperando bajo el arco de entrada al Dakota. La limusina lo llevó al aeropuerto de Teterboro, en el norte de Nueva Jersey, que estaba a una media hora. El avión de Win, un Business Jet de Boeing, estaba esperando en la pista. Ni control de seguridad, ni facturación, ni billete. La limusina lo dejó junto a la escalerilla. La auxiliar de vuelo, una preciosa mujer asiática vestida con un uniforme ajustado clásico, con su blusa vaporosa y su gorrito redondo, le dio la bienvenida.

—Encantada de verlo, señor Bolitar.

—Lo mismo digo, Mee.

Por si alguien no había caído en ello, Win era rico.

Su nombre completo era Windsor Horne Lockwood III, y sí, su apellido era el que les había dado nombre a LockHorne Investments and Securities y al edificio LockHorne de Park Avenue. Su familia tenía dinero desde siempre, y eran de los que bajan del Mayflower con un polo de color rosa y tiempo suficiente como para tomar el té en cualquier momento.

Myron tuvo que encogerse un poco para pasar por la puerta del avión, que no parecía pensada para su metro noventa y tres de estatura. El interior estaba decorado con asientos de cuero, acabados de madera, un sofá, elegantes alfombras verdes, papel pintado con rayas de cebrá (el avión había sido propiedad de un rapero, y Win había decidido no redecorarlo, porque le hacía sentir «guay»), una televisión panorámica, un sofá cama y una cama de matrimonio en el dormitorio de atrás.

Myron estaba solo en el avión. Eso lo hacía sentir algo incómodo, pero ya se acostumbraría. Tomó asiento y se abrochó el cinturón. El avión se dirigió hacia la pista de salida. Mee le hizo la demostración de seguridad. No se quitó el sombrerito.

Myron sabía que a Win le gustaba aquel sombrero.

Dos minutos más tarde estaban volando. Mee se le acercó.

—¿Puedo traerle algo?

—¿Lo has visto? —preguntó Myron—. ¿Dónde ha estado?

—No estoy autorizada a responder a eso —contestó Mee.

—¿Por qué no?

—Win me ha pedido que me asegure de que está cómodo. Tenemos su bebida habitual a bordo —informó, y le mostró la bebida de chocolate Yoo-hoo que llevaba en la mano.

—Ya, me he quitado de eso —dijo Myron.

—¿De verdad?

—¿Sí?

—Qué lástima. ¿Qué tal un coñac?

—Ahora mismo no necesito nada. ¿Qué me puedes contar, Mee?

«Me», «Mee». Myron se preguntó si realmente se llamaría así. A Win le gustaba aquel nombre. A veces se la llevaba a la parte trasera del avión y hacía juegos de palabras lamentables con su nombre, como «Necesito un poquito más de Mee» o «Me gusta estar en la cama con Mee y conmigo mismo».

Win.

—¿Qué me puedes contar? —insistió Myron.

—La previsión meteorológica da lluvias intermitentes en Londres —respondió Mee.

—Vaya, qué sorpresa. Quiero decir que qué puedes contar de Win.

—Buena pregunta —respondió ella—. ¿Y qué puede contar usted a Mee —replicó señalándose— sobre Win?

—No empieces con eso.

—En la tele puede ver el partido de los Knicks, si le apetece.

—Ya no veo el baloncesto.

Mee le echó una mirada condescendiente que casi le dio ganas de girar la cabeza.

—He visto su documental sobre deportes en la ESPN —señaló.

—No es por eso —dijo Myron.

Ella asintió, pero no lo creyó.

—Si no le interesa el partido —dijo Mee—, tengo un vídeo para usted.

—¿Qué tipo de vídeo?

—Win me ha pedido que le diga que lo vea.

—No será... esto...

A Win le gustaba grabar sus... bueno, sus encuentros amorosos y luego verlos una y otra vez mientras meditaba.

Mee meneó la cabeza.

—Esos los guarda para su visionado privado, señor Bolitar. Ya lo sabe. Forma parte de nuestro contrato.

—¿Contrato? —Myron levantó una mano antes de que ella pudiera responder—. No importa. No quiero saberlo.

—Aquí tiene el mando a distancia —dijo Mee mientras se lo entregaba—. ¿Está seguro de que no quiere tomar nada ahora mismo?

—No, nada, gracias.

Myron se volvió hacia el televisor integrado y lo encendió.

Casi se esperaba ver a Win en la pantalla con un mensaje al estilo *Misión: Imposible*, pero no, era uno de esos programas de delitos reales que dan en la tele por cable. Trataba, por supuesto, de los secuestros, y suponía una vuelta atrás, ahora que los chicos llevaban diez años desaparecidos.

Myron se puso cómodo y prestó atención. Le fue bien para refrescar la mente. Básicamente, se trataba de esto:

Hacía diez años, Patrick Moore, que por aquel entonces tenía seis años, había ido a jugar a la casa de Rhys Baldwin, un compañero de colegio, en el «distinguido» — en los medios siempre usaban ese adjetivo— barrio de Alpine, en Nueva Jersey, no muy lejos de la isla de Manhattan. ¿Cómo de distinguido? El precio medio de las casas de Alpine durante el último trimestre era de más de cuatro millones de dólares.

Al cuidado de los dos niños estaba Vada Linna, una *au pair* finlandesa de dieciocho años. Cuando la madre de Patrick, Nancy Moore, regresó a recoger a su hijo, no salió nadie a abrirle la puerta. Aquello no le preocupó demasiado. Nancy Moore se imaginó que la joven Vada se habría llevado a los niños a tomar un helado o algo así.

Dos horas más tarde, Nancy Moore volvió y llamó de nuevo a la puerta principal. Seguían sin responderle. Aunque aún no estaba demasiado preocupada, Nancy llamó a la madre de Rhys, Brooke. Y ella llamó a Vada al móvil, pero el buzón de voz le salió de inmediato.

Llegada a este punto, Brooke Lockwood Baldwin, prima de Win, volvió a casa corriendo. Abrió la puerta y ambas mujeres llamaron a los niños a gritos. Al principio no hubo respuesta. Oyeron un ruido procedente del sótano, que era una sala de juegos de lujo para los niños.

Allí fue donde encontraron a Vada Linna atada a una silla y amordazada. La joven *au pair* había tirado una lámpara de una patada para llamar la atención. Estaba asustada. No había sufrido ningún daño.

Pero los dos niños, Patrick y Rhys, no aparecieron por ningún lado. Por lo que dijo Vada, ella había ido a prepararles algo de merienda a la cocina cuando dos hombres armados entraron por las puertas correderas de vidrio. Llevaban gafas de esquí y suéteres negros de cuello alto.

Se llevaron a Vada al sótano a rastras y la ataron.

Nancy y Brooke llamaron de inmediato a la policía. Los padres de los niños, Hunter Moore, médico, y Chick Baldwin, gestor de fondos de cobertura, acudieron corriendo desde sus respectivos trabajos. Durante horas no hubo nada: ni contactos,

ni pistas, ni indicios. Entonces llegó una petición de rescate a la cuenta del trabajo de Chick Baldwin a través de un correo electrónico anónimo. La nota empezaba con la advertencia de que no contactaran con las autoridades si querían volver a ver a sus hijos con vida.

Demasiado tarde.

La nota exigía que las familias tuvieran listos dos millones —«un millón por niño»— y los emplazaba a darles nuevas instrucciones. Reunieron el dinero y esperaron. Pasaron tres días agónicos hasta la siguiente comunicación de los secuestradores, que les ordenaban que Chick Baldwin, a solas, fuera en coche al Overpeck Park y dejara el dinero en un lugar específico junto al embarcadero.

Chick Baldwin hizo lo que le habían pedido.

El FBI, por supuesto, tenía el parque perfectamente vigilado, y todas las entradas y salidas cubiertas. También habían puesto un GPS en la bolsa, aunque hace una década esa tecnología era algo más rudimentaria de lo que es ahora.

Las autoridades habían conseguido mantener los secuestros en secreto. No se enteró ningún medio de comunicación. A petición del FBI, no contactaron con ningún amigo ni pariente, incluido Win. Se lo ocultaron incluso a los otros hijos de los Baldwin y los Moore.

Chick Baldwin dejó el dinero y se alejó en coche. Pasó una hora. Luego dos. A las tres horas, alguien recogió la bolsa, pero se trataba de un tipo que había ido al parque a correr y que pensaba hacer de buen samaritano y llevarlo a objetos perdidos.

No acudió nadie a recoger el dinero del rescate.

Las familias se reunieron en torno al ordenador de Chick Baldwin y esperaron la llegada de otro correo. Mientras tanto, el FBI desarrolló varias teorías. En primer lugar examinaron a fondo a Vada Linna, la joven *au pair*, pero no sacaron nada en claro. Solo llevaba dos meses en el país y apenas hablaba inglés. Solo tenía una amiga. Registraron su correo electrónico, sus mensajes de texto y su historial en Internet, y no encontraron nada sospechoso.

El FBI también investigó a los padres y las madres. El único que les dio juego fue el padre de Rhys, Chick Baldwin. Los correos pidiendo el rescate habían llegado a su cuenta; pero, además, Chick era un personaje desagradable, y estaba implicado en dos casos de uso fraudulento de información privilegiada y en varias denuncias sobre desfalco. Lo habían acusado de organizar una estafa piramidal, y había clientes —algunos de ellos poderosos— muy descontentos.

Pero ¿tan descontentos como para hacer algo así?

Por tanto, esperaron a tener noticias de los secuestradores. Pasó otro día. Luego dos. Luego tres, y cuatro. Ni una palabra. Pasó una semana.

Luego un mes. Un año.

Diez años.

Y nada. Ni rastro de ninguno de los dos niños.

Hasta ahora.

Myron se recostó en la butaca mientras veía pasar los créditos. Mee se le acercó y lo miró.

—Creo que ahora sí me tomaré ese coñac —dijo.

—Enseguida.

A su regreso, Myron le ordenó:

—Siéntate, Mee.

—No, señor.

—¿Cuándo viste a Win por última vez?

—Me pagan para que sea discreta.

Myron tuvo que morderse la lengua para no replicar.

—Había rumores —dijo—. Sobre Win, quiero decir. Estaba preocupado.

Ella ladeó la cabeza.

—¿No confía en él?

—Plenamente.

—Pues respete su intimidad.

—Eso llevo haciendo desde hace un año.

—Entonces ¿qué más le da esperar unas horas más?

Tenía razón, por supuesto.

—Lo echa de menos —añadió Mee.

—Por supuesto.

—Él le tiene mucho cariño, ya lo sabe.

Myron no dijo nada.

—Debería intentar dormir algo.

También tenía razón con eso. Cerró los ojos, pero sabía que no dormiría. Un amigo cercano lo había convencido en fechas recientes para que probara la meditación trascendental, y aunque él no estaba muy convencido de que funcionara, la sencillez y la facilidad de la técnica la hacían perfecta para esos momentos en que no conseguía conciliar el sueño. Programó su *app* Temporizador de Meditación para veinte minutos —sí, la tenía en el teléfono—, cerró los ojos y se dejó llevar.

La gente cree que la meditación libera la mente. Eso es una tontería. No puedes liberar la mente. Si de verdad quieres relajarte, tienes que dejar que los pensamientos fluyan. Aprendes a observarlos y a no juzgarlos ni reaccionar. Así que eso era lo que hacía Myron en ese momento.

Pensó en el reencuentro con Win, en Esperanza y en Big Cyndi, en su madre y en su padre, que estaban en Florida. En su hermano, Brad, y en su sobrino, Mickey, y en cómo habían cambiado sus vidas. Pensó en Terese, que por fin volvía a estar presente en su vida, en su inminente matrimonio, en la vida que empezarían juntos, en la posibilidad de ser felices que se le presentaba, tan repentina como tangible.

Pensó en lo asombrosamente frágil que le parecía todo aquello.

Al final el avión aterrizó, redujo la velocidad y se dirigió a la zona de aparcamiento. Cuando se detuvo por fin, Mee tiró de la manilla de la puerta y la

abrió, luciendo una gran sonrisa.

—Buena suerte, Myron.

—Lo mismo digo, Mee.

—Saluda a Win de mi parte.

3

El Bentley estaba esperándolo en la pista. En el momento en que Myron bajaba por la escalerilla, se abrió la puerta trasera y salió Win.

Myron aceleró el paso; tenía los ojos anegados en lágrimas. Cuando por fin llegó a tres metros de su amigo se detuvo, parpadeó y sonrió.

—Myron.

—Win.

Win suspiró.

—Vas a montarme una escena, ¿no?

—¿Qué es la vida sin escenas?

Win asintió. Myron dio un paso adelante y ambos hombres se fundieron en un gran abrazo, cada uno agarrado al otro como si sus vidas dependieran de ello.

Mientras lo estrechaba, Myron dijo:

—Tengo un millón de preguntas.

—Y no voy a responderlas. —Ambos se soltaron—. Centrémonos en Rhys y Patrick.

—Por supuesto.

Win le indicó a Myron que pasara al asiento de atrás. Myron lo hizo, y se deslizó hasta el fondo para dejarle sitio. El Bentley era negro y de tipo limusina. El cristal que los separaba del conductor estaba cerrado. Solo había dos asientos, mucho espacio para las piernas y un mueble bar bien provisto. La mayoría de las limusinas tienen más asientos. Win no veía la necesidad.

—¿Una copa? —ofreció Win.

—No, gracias.

El coche se puso en marcha. Mee estaba junto a la puerta del avión. Win bajó la ventanilla y la saludó con la mano. Ella le devolvió el saludo. El gesto de Win era algo melancólico. Myron se quedó mirando a su amigo, su mejor amigo desde su primer año en la Universidad de Duke, con miedo de dejar de mirarlo por si volvía a desvanecerse.

—Tiene un trasero imponente, ¿no te parece? —dijo Win.

—Ajá. ¿Win?

—¿Sí?

—¿Has estado en Londres todo este tiempo?

—No —respondió él, sin dejar de mirar por la ventana.

—Entonces ¿dónde?

—En muchos lugares.

—Me han llegado rumores.

—Sí.

—Decían que estabas en la cárcel.

—Lo sé.

—¿No era cierto?

—No, Myron, no era cierto. Esos rumores los difundí yo.

—¿Por qué?

—Ya llegaremos a eso. Ahora tenemos que centrarnos en Patrick y Rhys.

—Decías que has visto a Patrick.

—Eso creo, sí.

—¿Eso crees?

—Patrick tenía seis años cuando desapareció —dijo Win—. Ahora tendría dieciséis.

—Así que no ha habido modo de identificarlo a ciencia cierta.

—Correcto.

—De modo que has visto a alguien que crees que era Patrick.

—Correcto otra vez.

—¿Y luego?

—Y luego lo perdí.

Myron se recostó en el asiento.

—Eso te sorprende —dijo Win.

—Pues sí.

—Estás pensando: «No es tu estilo».

—Exactamente.

—Calculé mal —añadió Win, y asintió—. Ha habido daños colaterales.

Tratándose de Win, eso no era nada bueno.

—¿Cuántos?

—Será mejor que pulsemos el botón de rebobinar. —Win metió la mano en el bolsillo de su traje y sacó un trozo de papel—. Lee esto.

Le dio lo que parecía un correo electrónico impreso. Iba dirigido a la cuenta personal de Win. Myron había enviado media docena de mensajes a esa dirección a lo largo del año anterior. No había obtenido respuesta. El remitente era un tal anon5939413. Decía:

Estás buscando a Rhys Baldwin y a Patrick Moore. La mayor parte de los últimos diez años han estado juntos, pero no siempre. Los han separado al menos tres veces. Ahora vuelven a estar juntos.

Son libres de irse, pero quizá no se vayan contigo. Ya no son quienes tú crees que son. Tampoco son los que recuerdan sus familias. Quizá no te guste lo que encuentres. Aquí es donde están. Olvídate del dinero de la recompensa. Un día te pediré un favor.

Ninguno de los dos recuerda gran cosa de su vida anterior. Ten paciencia con ellos.

Myron sintió un escalofrío en la espalda.

—Supongo que habrás intentado descubrir de dónde ha salido el correo, ¿no?

Win asintió.

—Y supongo que sin resultados.

—Ha salido de una VPN —informó Win—. No hay modo de determinar de dónde ha salido ni quién lo ha escrito.

Myron volvió a leerlo.

—Ese último párrafo...

—Sí, ya sé.

—Tiene algo.

—Un aire de autenticidad —dijo Win.

—Y por eso te lo has tomado en serio.

—Sí.

—¿Y esta dirección que indican? —preguntó Myron.

—Es una zona bastante limitada de Londres, pero sórdida, bajo un viaducto, donde tienen lugar todo tipo de transacciones ilegales. Rastreeé el lugar.

—Ya.

—Y me encontré con alguien que se parece mucho a esas imágenes obtenidas con el simulador de edad.

—¿Cuándo?

—Más o menos una hora antes de llamarte.

—¿Lo oíste hablar?

—¿Cómo?

—¿Dijo algo? Podría servir para determinar mejor su identidad. Quizá tuviera acento estadounidense.

—No lo oí hablar —reconoció Win—. Tampoco lo sabemos. Quizá lleve aquí toda su vida, en estas calles.

Silencio.

Luego Myron repitió:

—Toda su vida.

—Sí. No sirve de nada pensarlo mucho.

—Así que viste a Patrick. Y luego, ¿qué?

—Esperé.

Myron asintió.

—Esperabas a que apareciera Rhys.

—Sí.

—¿Y luego?

—Tres hombres que no parecían nada contentos con Patrick lo atacaron.

—¿Y los detuviste?

En los labios de Win apareció por primera vez una sonrisa.

—Suelo hacer esas cosas. Ya sabes.

Así era.

—¿Y... los tres? —preguntó Myron.

Win sonrió y se encogió de hombros. Myron cerró los ojos.

—Esos tipos eran matones de la peor calaña —dijo Win—. Nadie los echará de menos.

—¿Fue en defensa propia?

—Sí. Bueno, digamos que sí. ¿De verdad nos vamos a poner a analizar mis métodos ahora, Myron?

Tenía razón.

—¿Y qué pasó entonces?

—Mientras yo estaba ocupado con los matones, Patrick huyó. La última vez que lo vi se dirigía a la estación de King's Cross. Poco después te llamé para pedirte ayuda.

Myron volvió a recostarse en el asiento. Se acercaban al puente de Westminster y al Támesis. El London Eye, básicamente una noria que se movía a un ritmo que siendo generoso podría calificarse de glacial, brillaba a la luz de la tarde. Myron había subido en ella once años atrás. Se había aburrido soberanamente.

—Entenderás la urgencia del caso —dijo Win.

Myron asintió.

—Se encargarán de hacerlos desaparecer.

—Exacto. Los sacarán del país o, si temen que los descubran...

Win no tuvo que acabar la frase.

—¿Se lo has dicho a sus padres?

—No.

—¿Ni siquiera a Brooke?

—No —respondió Win—. No veo motivos para darle falsas esperanzas.

El coche iba hacia el norte. Myron miró por la ventanilla.

—Están desaparecidos desde que tenían seis años, Win.

Win no dijo nada.

—Todo el mundo los daba por muertos desde hace tiempo.

—Lo sé.

—Menos tú.

—Oh, yo también pensaba que estaban muertos.

—Pero has seguido buscando.

Win juntó la punta de los dedos de las manos. Era un gesto familiar, que trasladó a Myron a sus tiempos de juventud.

—La última vez que vi a Brooke abrimos una botella de vino muy cara. Nos sentamos en la terraza y nos quedamos mirando al mar. Por un rato, fue la Brooke con la que me crie. Algunas personas solo transmiten tristeza. Brooke hace justo lo contrario. Transmite alegría. Siempre lo ha hecho. ¿Sabes ese tópico de las personas que iluminan una habitación con su sola presencia?

—Claro.

—Pues Brooke era capaz de hacerlo incluso a distancia. Bastaba con pensar en ella, y ya te inspiraba alegría. Es imposible no intentar proteger a alguien así. Y cuando la ves sufrir tanto, quieres... no, necesitas proporcionarle alivio.

Win entrechocó la punta de los dedos.

—Así que allí estábamos, bebiendo vino y contemplando el océano. La mayoría

de la gente usa el alcohol para aletargar un dolor como el que sentía Brooke. Pero en su caso sucedía lo contrario. Esa fachada desaparecía con el alcohol. La sonrisa forzada desaparecía. Aquella noche me confesó algo.

Se detuvo, y Myron esperó.

—Durante mucho tiempo, Brooke alimentó la fantasía de que Rhys volvería a casa. Cada vez que sonaba el teléfono, sentía ese cosquilleo dentro. Esperaba que fuera Rhys, diciéndole que estaba bien. Lo veía en las calles llenas de gente. Soñaba con rescatarlo, con verlo, con su reunión, entre lágrimas. Recreaba mentalmente aquel día una y otra vez, pero quedándose en casa en lugar de salir, llevándose a Rhys y a Patrick consigo en lugar de dejarlos con aquella *au pair*, alterando alguna cosa, cualquier cosa, de modo que aquello no ocurriera. «Se te queda dentro», me dijo Brooke. Como un compañero de por vida. Puedes echar a correr y dejarlo atrás por un tiempo, pero ese día siempre está ahí, dándote palmaditas en el hombro, tirándote de la manga.

Myron escuchaba, inmóvil.

—Todo eso lo sabía, claro. No es ninguna revelación que los padres sufren. Brooke sigue estando guapísima. Es una mujer fuerte. Pero las cosas han cambiado.

—¿Qué quieres decir con que han cambiado?

—Que esto tiene que acabar.

—¿Qué quieres decir?

—En eso consistía la confesión de Brooke. Cuando suena el teléfono, ¿sabes qué es lo que espera ella?

Myron negó con la cabeza.

—Que sea la policía. Que le digan que por fin han encontrado el cuerpo de Rhys. ¿Entiendes lo que te digo? La incógnita y la esperanza se han vuelto más dolorosas que la muerte. ¿Entiendes lo que digo? La incertidumbre, la esperanza, se ha vuelto más dolorosa que la muerte. Y eso no hace más que convertir la tragedia en algo aún más obscuro. Ya es terrible de por sí hacer sufrir a una madre de este modo. Pero esto, me dijo (deseando que, de cualquier modo, llegara a su fin), era aún peor.

Se quedaron en silencio, y luego Win cambió de tema:

—Eh, ¿cómo van los Knicks?

—Muy gracioso.

—Tienes que relajarte.

—¿Adónde vamos?

—Volvemos a King's Cross.

—Donde no deben verte la cara.

—Soy extraordinariamente atractivo. La gente se acordaría de mí.

—Ergo, necesitas mi ayuda.

—Me alegro de ver que mi ausencia no ha hecho que pierdas esa agudeza mental.

—Pues cuéntamelo todo —dijo Myron—. Tracemos un plan.

Cuando pasaron por delante de la estación de tren, Myron leyó el rótulo:

—King's Cross. ¿No es esa la de *Harry Potter*?

—Sí.

Myron echó otra ojeada.

—Está más limpio de lo que me esperaba.

—Se ha aburguesado —le explicó Win—. Pero nunca te libras del todo de la basura. Te limitas a barrerla y a amontonarla en los rincones más oscuros.

—¿Y tú sabes dónde están esos rincones oscuros?

—Me lo dijeron en el e-mail. —El Bentley se detuvo—. No podemos acercarnos más sin arriesgarnos a que nos vean. Coge esto.

Win le puso un móvil en la mano.

—Ya tengo teléfono —objetó Myron.

—No como este. Es un sistema de monitorización completo. Puedo seguirte por GPS. Puedo oír cualquier conversación con los micrófonos que tiene instalados. Puedo ver lo que tú ves por la cámara.

—La palabra clave es «vía».

—Me troncho. Hablando de palabras clave, necesitaremos una señal de aviso por si te metes en algún problema.

—¿Qué tal «socorro»?

Win se lo quedó mirando, con rostro inexpresivo.

—Echaba... de menos... tu... sentido del humor.

—¿Te acuerdas de cuando empezábamos? —le preguntó Myron, incapaz de evitar una sonrisa—. Pensábamos que estábamos a la vanguardia de la tecnología.

—Lo estábamos —convino Win.

—Articula —dijo Myron.

—¿Perdón?

—Si tengo problemas, diré «articula».

Myron salió y caminó. La estación quedó atrás. Mientras lo hacía se dio cuenta de que estaba silbando una cancioncita de un musical: «Ring of Keys», de *Fun Home*. Eso podría parecer un tanto fuera de contexto. Al fin y al cabo, la situación era horrible, peligrosa y muy seria, pero ¿a quién quería engañar? Estaba encantado de trabajar de nuevo con Win. Por lo general era Myron quien ponía en marcha sus a menudo temerarias misiones. De hecho, pensándolo bien, siempre había sido cosa de Myron. Win había sido la voz de la prudencia, el compinche que se veía arrastrado, y que se dejaba implicar más por diversión que por convicción.

Al menos, eso era lo que afirmaba Win.

—Vaya complejo de héroe que tienes —le solía decir Win—. Te crees que puedes hacer del mundo un lugar mejor. Eres como don Quijote, lanzándote contra los molinos.

—¿Y tú?

—Yo soy un imán para las mujeres.

Win.

Aún era de día, pero solo alguien algo corto de entendederas podría pensar que los negocios de este tipo discurren solo bajo el manto de la oscuridad. Aun así, cuando Myron llegó al lugar que había usado como punto de observación Win el día anterior, bajó la mirada y constató que no sería fácil.

Había llegado la policía.

En el lugar donde Win había visto al probable Patrick había dos agentes de uniforme y otros dos tipos que parecían técnicos forenses. La sangre derramada por el suelo aún parecía fresca, incluso vista desde allí. Había un montón. Era como si alguien hubiera lanzado latas de pintura desde una gran altura.

De los cuerpos no había ni rastro. Ni tampoco estaban los que hacían la calle, claro: sabían perfectamente que les convenía evitar un escenario como aquel. «Aquí no hay nada que rascar», pensó Myron. Era hora de buscar otro plan.

Dio media vuelta para volver al lugar donde lo había dejado el Bentley cuando algo le llamó la atención. Myron se detuvo. Allí, en aquel «rincón oscuro», tal como lo había descrito Win, al final de Railway Street, vio a alguien. Solo podía ser una prostituta.

Iba vestida de fulana estadounidense de los años setenta: medias de malla, botas de tacón alto (por contradictoria que pareciese la combinación de ambas cosas), una falda que le cubría poco más de lo que le cubriría un cinturón, y un top morado tan ceñido que podría haberlo usado para embutir salchichas.

Myron se le acercó, y al verlo llegar la mujer se volvió hacia él. Myron la saludó con un discreto gesto de la mano.

—¿Buscas compañía? —le preguntó ella.

—Eh... No. La verdad es que no.

—No sabes muy bien cómo funciona esto, ¿verdad?

—Supongo que no, lo siento.

—Probemos otra vez. ¿Buscas un poco de compañía?

—Ya te digo.

La mujer sonrió. Myron se esperaba una dentadura catastrófica, pero la mujer tenía una boca perfecta, con unos dientes que hasta eran blancos. Le echó unos cincuenta años, pero quizá fueran algunos menos. Era grande y corpulenta, y estaba algo desaliñada, bien entrada en carnes, pero de algún modo aquella sonrisa lo arreglaba todo.

—Eres estadounidense —dijo.

—Sí.

—Tengo muchos clientes estadounidenses.

—No parece que tengas mucha competencia.

—Ya no, es cierto. Hoy en día las jovencitas ya no hacen la calle. Lo hacen todo

por ordenador, o con alguna *app*.

—Pero tú no.

—No, no me va, ¿sabes lo que quiero decir? Es de lo más frío: todo el mundo en Tinder u Ohlala o donde sea... Es una pena. ¿Qué ha sido del contacto humano? ¿Qué ha sido del toque personal?

—Ya —respondió Myron, no muy seguro de qué añadir.

—A mí me gusta la calle. Así que mi modelo de negocio es básicamente el estilo clásico, ¿sabes lo que digo? Yo apelo a la... ¿Cómo se dice? —Se quedó pensando un instante y luego chasqueó los dedos—. ¡Nostalgia! Sí, ¿no? O sea, la gente está de vacaciones. Visitan King's Cross para ver putas, no para jugar con el iPhone, ¿sabes lo que digo?

—Ajá.

—Quieren la experiencia completa. Esta calle, esta ropa, mi forma de actuar, lo que digo... Es lo que llaman cubrir un nicho de mercado.

—Siempre está bien cubrir una necesidad.

—Yo antes hacía porno.

Se quedó esperando.

—Oh, probablemente no me reconozcas. Solo hice tres películas, cuando... Bueno, no te cuento más. Una no puede contar todos sus secretos. Mi papel más famoso fue el de criada en una escena con aquel italiano famoso, Rocky o Rocco Nosequé. Pero durante años fui una estimuladora de primera. Sabes lo que es eso, ¿no? Estimuladora.

—Creo que sí lo sé.

—Lo cierto es que a la mayoría de los tipos, con las cámaras, las luces y toda esa gente mirando, bueno, no les resultaba fácil mantenerla... bueno, dura. Así que para eso estábamos las estimuladoras. Fuera de plano. Oh, era un trabajo estupendo. Lo hice durante años. Conocía todos los trucos, te lo aseguro.

—No me cabe la menor duda.

—Pero entonces llegó la Viagra y, bueno, una píldora costaba mucho menos que una chica. En realidad es una pena. Las estimuladoras somos una raza extinguida. Como los dinosaurios o las cintas VHS. Así que aquí estoy otra vez, haciendo la calle. Aunque no es que me queje, ¿eh? ¿Verdad que me entiendes?

—Perfectamente.

—Y hablando de todo un poco, el reloj hace tictac.

—No te preocupes.

—Algunas chicas venden su cuerpo. Yo no. Yo vendo mi tiempo. Como un asesor o un abogado. Lo que hagas tú con ese tiempo (y, tal como te digo, ya ha empezado a correr) es cosa tuya. Así que... ¿Qué es lo que buscas, guapo?

—Hum... A un joven —dijo Myron, y la sonrisa de ella desapareció.

—Venga ya.

—Es un adolescente.

—Naaa —respondió ella, dando un manotazo al aire—. Tú no eres un asaltacunas.

—¿Un qué?

—Un asaltacunas. Un pedófilo. No vas a decirme que eres un pedófilo, ¿no?

—Oh, no. Qué va. Solo lo estoy buscando. No quiero hacerle ningún daño.

Ella apoyó las manos en las caderas y se lo quedó mirando un buen rato.

—¿Por qué te creo?

Myron le mostró su sonrisa más seductora.

—Por mi sonrisa.

—No, pero tienes un rostro que inspira confianza. Esa sonrisa es de lo más siniestra.

—Se suponía que tenía que ser irresistible.

—No lo es.

—Solo intento ayudarlo —dijo Myron—. Corre un gran peligro.

—¿Y qué te hace pensar que te puedo ayudar?

—Estuvo aquí ayer. Trabajando.

—Ah.

—¿Qué?

—Ayer.

—Sí.

—¿Así que fuiste tu quien mató a esos patanes bocazas?

—No.

—Qué lástima —dijo ella—. Te habría regalado un servicio gratis.

—Ese chico corre un gran peligro.

—Ya me lo has dicho.

La mujer dudó un momento. Myron sacó la cartera, pero ella le hizo un gesto para que la guardara.

—No quiero tu dinero. O sea, sí que lo quiero. Pero no por eso.

Parecía confusa.

Myron se llevó un dedo a la cara.

—El rostro que inspira confianza, ¿recuerdas?

—Ninguno de los chicos volverá por aquí en un buen tiempo, con tanto poli por todas partes. Irán a su otro lugar de trabajo.

—¿Y eso dónde es?

—Hampstead Heath. Suelen ponerse por el extremo oeste de Merton Lane.

—Hampstead Heath —dijo Win cuando Myron volvió al coche—. Un lugar histórico.

—¿Y eso?

—Keats paseaba por sus calles. Kingsley Amis, John Constable, Alfred Tennyson, Ian Fleming... Todos tenían casa allí. Pero no es eso lo que lo ha hecho más famoso.

—¿Ah, no?

—¿Te acuerdas de cuando detuvieron a George Michael por buscar sexo en unos lavabos públicos?

—Claro. ¿Fue allí?

—Hampstead Heath, sí. Ha sido un lugar de encuentros gais toda la vida, pero por lo que yo sé no hay mucha prostitución. Siempre ha sido más bien una zona de *cruising*.

—¿*Cruising*?

—Dios, pero qué alma de cántaro eres. *Cruising*. Sexo anónimo entre hombres tras unos arbustos, en lavabos públicos y sitios así. Raramente hay intercambio de dinero. Aun así, los jóvenes chaperos podrían intentar hacer negocio, quizás encontrar algún *sugar daddy* o una red de clientes. Si de mí dependiera, yo entraría en el parque y giraría a la izquierda, hacia los lavabos públicos. Sigue el sendero más allá de los estanques. Esa zona es la que más se presta.

—Sabes mucho del tema.

—Sé mucho de todos los temas.

Eso era cierto.

—Y también uso esa gran novedad llamada Google. —Win le mostró el móvil—. Deberías probarlo de vez en cuando. ¿Esto lo necesitas?

Win le entregó a Myron las imágenes de Patrick y de Rhys obtenidas con el simulador de edad. También le describió con muchísimo detalle el aspecto que tenía el día anterior su posible Patrick, y lo que llevaba puesto.

Myron se quedó mirando fijamente aquellos rostros.

—¿Qué edad tendrían ahora Patrick y Rhys?

—Ambos tendrían dieciséis años. Se da la casualidad (o quizá no) de que esa es precisamente la edad mínima para el sexo consentido en Reino Unido.

Myron tomó unas fotos de las fotos y se las devolvió a Win. Cogió la manilla de la puerta y se paró de pronto.

—Se nos está escapando algo, Win.

—Probablemente.

—¿Tú también tienes esa sensación?

—Sí.

—¿No será una trampa?

—Podría serlo —aventuró Win juntando otra vez la punta de los dedos—. Pero el

único modo de salir de dudas es seguir adelante.

El coche estaba en punto muerto, en la esquina de Merton Lane y Millfield Lane.

—¿Todo listo?

—En marcha —dijo Myron, y salió del coche.

Hampstead Heath estaba precioso cubierto de un verde exuberante. Myron recorrió el sendero, pero no vio ni rastro de Patrick ni de Rhys. Había hombres, muchísimos, de dieciocho (o menos) a ochenta años, la mayoría vestidos de forma nada llamativa, pero... ¿qué se esperaba? Myron no vio ninguna actividad sexual, pero supuso que se debía a la presencia de lavabos públicos y matorrales apartados de los caminos.

Tras un cuarto de hora de paseo, Myron se llevó el teléfono al oído.

—Nada —dijo.

—¿Nadie te ha tirado los tejos?

—No.

—Vaya.

—Ya —dijo Myron—. ¿Tú crees que estos pantalones me hacen gordo?

—Aún bromeamos —respondió Win.

—¿Qué?

—Creemos en la igualdad total y saltamos ante cualquiera que muestre el más mínimo prejuicio —añadió Win.

—Y, sin embargo, seguimos bromeando. —Myron terminó la frase por Win.

—Por supuesto.

Pero entonces Myron vio algo que lo hizo detenerse de golpe.

—Espera un momento...

—Estoy a la escucha.

—Cuando me describiste la... bueno, la escena de ayer, mencionaste que había otros dos tipos haciendo la calle.

—Correcto.

—Dijiste que había uno con la cabeza rapada y un collar de perro.

—Correcto otra vez.

Myron movió el teléfono y orientó la cámara hacia el joven vestido de cuero que estaba cerca del estanque.

—¿Y bien?

—Es ese —afirmó Win.

Myron volvió a meterse el teléfono en el bolsillo y cruzó el sendero. Collar de Perro tenía las manos metidas en los bolsillos de los pantalones como si estuviera cabreado porque allí dentro no encontraba algo. Tenía los hombros echados hacia delante. Lucía un tatuaje en el cuello —Myron no distinguía qué era— y aspiraba el humo de su cigarrillo como si quisiera acabárselo de una calada.

—Eh —dijo Myron intentando llamar su atención pero, al mismo tiempo, temeroso de alzar demasiado la voz y asustar al... ¿chico?, ¿hombre?, ¿tipo?,

¿chaval?

Collar de Perro se volvió hacia Myron. Trató de mostrarse lo más duro posible. La dureza fingida suele esconder inseguridad. Y eso fue precisamente lo que vio Myron. Quien la finge suele ser alguien que, en primer lugar, ha recibido demasiadas palizas, y de ahí la inseguridad, y en segundo, ha descubierto por las malas que demostrar debilidad no hace sino empeorar las palizas, y de ahí la dureza fingida. Los daños sufridos —y ese chico había sufrido muchos— afloraban de forma intermitente.

—¿Tienes fuego? —preguntó Collar de Perro.

Myron iba a responder que no fumaba y que no llevaba encendedor, pero ¿y si pedir fuego era algún tipo de código? Así que se acercó.

—¿Podemos hablar un momento? —preguntó Myron.

Collar de Perro movió los ojos de un lado al otro, como un pajarillo que saltase de rama en rama.

—Conozco un lugar —dijo el chico.

Myron no respondió. Se preguntó qué vida llevaría aquel chico, dónde habría empezado, qué camino habría seguido, en qué punto había empezado a torcerse. ¿Había sido una caída lenta, tal vez con una infancia rodeada de abusos o algo así? ¿Habría escapado de casa? ¿Tendría madre o padre? ¿Le pegaban? ¿Se aburría o se drogaba? ¿Había seguido una espiral descendente gradual, o tal vez había tocado fondo repentinamente, de golpe, con un grito o de un mazazo?

—¿Entonces? —lo apremió el chico.

Myron se quedó mirando a aquel chaval flacucho, con sus brazos pálidos, finos como juncos; con una nariz que le habían reventado a puñetazos más de una vez; los *piercings* en las orejas; el lápiz de ojos; ese maldito collar de perro, y pensó en Patrick y en Rhys, dos chicos que habían crecido en el lujo para luego perderlo todo.

¿Tendrían el aspecto de aquel chico?

—Sí —dijo Myron, intentando no parecer demasiado desmotivado—. Por mí, vale.

—Sígueme.

Collar de Perro siguió el sendero por entre los dos estanques, cuesta arriba. Myron no estaba seguro de si debía ponerse a su altura y caminar al lado del chico —pensaba en él como un chico porque le calculaba entre dieciocho y veinte años— o si debía mantenerse detrás. Collar de Perro caminaba a toda prisa, así que Myron decidió seguirlo a unos metros.

Aún no le había pedido dinero. Eso le preocupaba un poco a Myron, que no perdía de vista los alrededores. Estaban subiendo a lo alto del repecho, donde había arbustos más espesos. Allí no se veían tantos hombres. Myron se fijó en Collar de Perro. Al cruzarse con un tipo vestido con pantalones de camuflaje, Myron observó un gesto casi imperceptible con la cabeza entre ambos.

Oh, oh.

A Myron le habría gustado avisar a Win de algún modo.

—¿Quién es ese? —preguntó Myron.

—¿Eh?

—Ese tipo al que acabas de saludar. El de los pantalones de camuflaje.

—No sabes de qué estás hablando —respondió el chaval, que luego añadió—. Eres estadounidense.

—Sí.

El chico rodeó un arbusto. En ese momento estaban completamente ocultos. Myron descubrió un condón usado en el suelo.

—Bueno, ¿qué es lo que te va? —preguntó el chico.

—La conversación.

—¿Qué?

Myron era un tiarrón de metro noventa y tres, exjugador de baloncesto en la universidad. En aquellos tiempos pesaba noventa y siete kilos. Desde entonces había ganado otros cinco. Se situó de modo que Collar de Perro no pudiera salir corriendo. Myron no sabía si usaría la fuerza para detenerlo, pero tampoco quería ponérselo fácil.

—Ayer estuviste allí —dijo Myron.

—¿Eh?

—Cuando ocurrió... aquel incidente. Lo viste.

—¿Tú qué...? Un momento, ¿eres poli?

—No.

—¿Y por qué iba un estadounidense a...? —La voz se le quebró y puso los ojos como platos—. Oye, mira, yo no he visto nada.

Myron se preguntó si Win le habría dicho algo y si Collar de Perro estaría atando cabos: un estadounidense mata a tres personas... y otro estadounidense encuentra al testigo.

—Eso no me importa —dijo Myron—. Yo busco al chico que estaba allí. Salió corriendo.

Collar de Perro no parecía muy convencido.

—Mira, no he venido a haceros daño ni a ti ni a nadie.

Intentó ponerle esa cara que en teoría inspiraba confianza; pero, a diferencia de la fulana a quien había encontrado antes haciendo la calle, esa expresión debía de resultarle desconocida al chico. En su mundo solo había abusadores o clientes.

—Bájate los pantalones —ordenó Collar de Perro.

—¿Qué?

—Para eso estamos aquí, ¿no?

—No; oye, te pagaré. Te pagaré mucho.

Eso lo hizo detenerse de pronto.

—¿Por?

—¿Conoces al chico que salió corriendo?

—¿Y si lo conozco?

—Te pagaré quinientas libras si me llevas hasta donde esté.

Los ojos volvieron a disparársele.

—¿Quinientas?

—Sí.

—¿Llevas todo ese dinero encima?

Oh, oh. Pero de perdidos, al río...

—Sí, claro.

—Entonces es probable que lleves más.

Justo entonces dos tipos rodearon el arbusto y aparecieron allí mismo. Uno era el tipo con pantalones de camuflaje que Myron había visto antes. El otro era un matón enorme con una camiseta negra apretada como un torniquete, frente de cromañón y unos brazos grandes como jamones.

El matón mascaba tabaco como una vaca. Para parecer aún más duro, hizo crujir los nudillos.

—Vas a darnos todo el dinero que llevas encima —dijo Pantalones de Camuflaje— o Dex te dará una paliza... y luego te lo cogemos, sin más.

Myron se quedó mirando a Dex.

—¿De verdad estás haciendo crujir los nudillos?

—¿Qué?

—Quiero decir que sí, que ya lo pillo: eres un tío duro. Pero ¿hacer crujir los nudillos? Eso es lo más.

Aquello confundió a Dex, quien frunció el ceño. Myron sabía cómo eran esos tipos. Un matón de taberna. De los que la toman con tipos más débiles. No debía de haber peleado nunca con nadie medianamente habilidoso.

Dex invadió el espacio de Myron.

—¿Tú qué eres? ¿Uno de esos listillos?

—¿Quiénes son los otros listillos?

—Tío, tío, tío... —Dex se frotó las manos—. Qué bien me lo voy a pasar.

—No lo mates, Dex.

Dex sonrió, y asomaron unos dientecitos pequeños y puntiagudos como los de un depredador marino rodeando un pececillo. No había motivo para esperar. Myron juntó la punta de los dedos, curvó ligeramente la mano y golpeó a Dex en la garganta, impactando con la precisión de un dardo.

Dex se llevó ambas manos al cuello y dejó el cuerpo completamente expuesto. Myron no estaba por la labor de hacerle daño de verdad. Le barrió la pierna de una patada, haciéndolo caer al suelo. Se volvió hacia Pantalones de Camuflaje, pero este no quiso saber nada. Quizá fuera por ver la facilidad con que habían derribado a su matón. O quizá fuera el saber lo que les había hecho Win a sus colegas de alta costura el día anterior. Salió corriendo.

También Collar de Perro.

Maldición.

Myron era rápido, pero al volverse sintió que la antigua lesión le presionaba la articulación de la rodilla. Debía haber estirado más la articulación durante la caminata.

Mientras tanto, el chico se movía como un conejo. Myron supuso que se habría visto obligado a correr en muchas ocasiones, y aunque en otras circunstancias aquello le habría inspirado compasión, de ningún modo iba a dejar perder aquella pista.

No podía permitir que Collar de Perro se alejara demasiado.

Si se alejaba demasiado —si llegaba a la civilización y se mezclaba con la gente—, Collar de Perro estaría seguro ante cualquier cosa que Myron quisiera... bueno, hacerle. También podría pedir ayuda. Aquellos territorios tenían sus propias normas de seguridad.

Aunque pensándolo bien, ¿querría llamar la atención un ladrón que había intentado desvalijar a un tipo en el parque?

Eso en ese momento no importaba. Myron ya estaba en el sendero, pero el chico le había sacado una ventaja considerable, y la ventaja parecía ir ampliándose. Si se le escapaba, sería otra ocasión perdida. Los vínculos con lo que había visto Win el día anterior —los vínculos con Patrick y Rhys— eran, como mucho, tenues. Si ese chaval se escapaba, se acababa todo.

Collar de Perro giró tras un farol y desapareció. Mierda. «Nada que hacer», pensó Myron. Ya no lo pillaría.

Y de pronto, Collar de Perro cayó redondo.

Las piernas le salieron volando y quedó tendido en el suelo. Alguien había hecho lo más sencillo del mundo.

Alguien le había puesto la zancadilla. Win.

Collar de Perro estaba tirado boca abajo. Myron dio la vuelta a la esquina.

Win apenas se volvió para mirarlo antes de desaparecer entre las sombras. Myron se acercó a la carrera y se puso a horcajadas sobre Collar de Perro. Le dio la vuelta. Collar de Perro se tapó la cara y esperó a que llegaran los puñetazos.

—Por favor... —suplicó con voz lastimera.

—No voy a hacerte daño —dijo Myron—. Cálmate. No pasa nada.

Tardó unos segundos más en apartar las manos del rostro. Tenía los ojos cubiertos de lágrimas.

—Te lo prometo —insistió Myron—. No voy a hacerte daño. ¿Vale?

El chico asintió entre lágrimas, pero estaba claro que no se creía ni una palabra. Myron corrió el riesgo de quitarse de encima y lo ayudó a sentarse en el suelo.

—Vamos a intentarlo otra vez —dijo Myron—. ¿Conoces al chico que salió corriendo ayer, por el que se estaban peleando?

—El otro estadounidense —respondió Collar de Perro—. ¿Es amigo tuyo?

—¿Acaso importa?

—Los mató a los tres, como si nada. Les rebanó el pescuezo sin pestañear.

Myron lo intentó por otra vía.

—¿Tú conocías a esos tipos?

—Claro. Terence, Matt y Peter. Solían molerme a palos los tres. Si tenía una libra en el bolsillo, querían que les diera dos. —Levantó la vista y lo miró a los ojos—. Si tienes algo que ver con el otro tipo, bueno, encantado de conocerte.

—No, no tengo nada que ver —dijo Myron.

—Tú solo quieres al chico al que estaban acosando.

—Sí.

—¿Por qué?

—Es una larga historia. Tengo que encontrarlo.

Collar de Perro frunció el ceño.

—¿Lo conoces, sí o no?

—Sí —dijo Collar de Perro—. Claro que lo conozco.

—¿Puedes llevarme hasta él?

En los ojos del chico asomó cierto recelo.

—¿Aún tienes las quinientas libras?

—Sí.

—Dámelas.

—¿Y cómo sé que no vas a salir corriendo otra vez?

—Porque he visto lo que ha hecho tu amigo. Si salgo corriendo, me mataréis.

Myron quería decirle que de ningún modo, pero tal vez no le iría mal tenerlo algo asustado. Collar de Perro le tendió la mano. Myron le dio las quinientas libras. El chico se metió el dinero en el zapato.

—No le dirás a nadie que me las has dado, ¿verdad?

—No.

—Pues ven. Te llevaré con él.

6

Myron intentó charlar con el chico mientras se subían a un tren en Gospel Oak. Nada más ponerse en marcha el chaval se encasquetó los auriculares y subió tanto el volumen que Myron distinguía perfectamente las misóginas letras de la canción a través del canal auditivo de su compañero de viaje.

Myron se preguntó si a Win le seguía llegando la señal de su teléfono. Al cambiar de línea, en Highbury & Islington, el chico apagó la música y dijo:

—¿Cómo te llamas?

—Myron.

—¿Myron qué más?

—Myron Bolitar.

—Eres bastante bueno con los puños. Has tumbado a Dex como si fuera una pluma.

Myron no tenía muy claro qué decir.

—Gracias.

—¿De qué parte de Estados Unidos eres?

Curiosa pregunta.

—De Nueva Jersey.

—Eres un tipo grandullón. ¿Juegas al rugby?

—No. Yo... En la facultad jugaba al baloncesto. ¿Qué me dices de ti?

El chico soltó un bufido.

—La facultad. Ya. ¿A qué universidad fuiste?

—A una que se llama Duke —respondió Myron—. ¿Cómo te llamas?

—No es asunto tuyo.

—¿Cómo es que haces la calle? —insistió Myron.

El chaval intentó poner cara de duro, pero como suele ocurrir a esas edades, le salió un gesto más adusto que amenazante.

—¿A ti qué más te da?

—No lo digo como insulto ni nada así. Simplemente es que he oído que la mayoría del... negocio ahora se hace por Internet. En Grindr, Scruff y *apps* de ese tipo.

El chico bajó la cabeza.

—Es un castigo.

—¿Qué es un castigo?

—La calle.

—¿Por qué?

El tren se paró.

—Baja —dijo el chico poniéndose en pie—. Venga.

Al salir de la estación se encontraron en una calle concurrida y bulliciosa. Siguieron por Brixton Road, dejando atrás unos almacenes Sainsbury, y se metieron

en un local con un cartel que decía «AdventureLand».

La cacofonía de sonidos, ninguno de ellos agradable, salvo quizá de un modo nostálgico, fue lo primero que se apoderó de sus sentidos. Se mezclaban los impactos de los bolos, el tintineo de las máquinas del millón, los lamentos por los disparos fallados y los gritos de ánimo grabados que acompañaban a los tiros libres a la canasta. También se oían aviones derribados y monstruos agonizantes abatidos por los tanques. Había luces de neón y colores fosforescentes. Había máquinas de Skee-Ball, de comecocos, de tiro al blanco y simuladores de coches de carreras, y también esas máquinas con una pinza con la que hay que pescar animales de peluche de una urna de cristal. Había autos de choque, mesas de pimpón, mesas de billar y un bar karaoke.

Y había un montón de adolescentes.

Myron recorrió la sala con la mirada. En la puerta había dos vigilantes de seguridad. No podían tener un aspecto más aburrido sin ayuda de la neurocirugía. No les prestó mucha atención. Lo que Myron sí observó, casi de inmediato, fueron los hombres adultos moviéndose por el lugar, intentando encajar... no, intentando integrarse.

Llevaban pantalones de camuflaje.

El chico con el collar de perro se abrió paso por entre la multitud hacia una zona llamada Laberinto Láser, que tenía el aspecto de una de esas escenas de *Misión: Imposible* en la que alguien intenta avanzar sin tocar uno de los rayos de luz y hacer saltar la alarma. Detrás había una puerta con un cartel de salida de emergencia. El chico se acercó y miró hacia una cámara de vigilancia. Myron se puso a su altura. El chico le indicó con un gesto que mirara a la lente. Myron lo hizo, con una gran sonrisa y saludando con la mano a la cámara.

—¿Qué tal estoy? —le preguntó al chico—. Voy despeinado, ¿verdad?

El chico se dio media vuelta sin responder.

La puerta se abrió y entraron. La puerta se cerró. Allí había otros dos hombres con pantalones de camuflaje. Myron señaló a los pantalones.

—¿Es que estaban de liquidación en alguna tienda?

Nadie encontró divertido el chiste.

—¿Llevas algún arma?

—Solo mi sonrisa irresistible —respondió Myron, mostrándola. Ninguno de los dos tipos parecía especialmente impresionado.

—Vacía los bolsillos. Cartera, llaves, teléfono.

Myron lo hizo. Incluso tenían una de esas bandejas donde pones las llaves y las monedas antes de pasar por el control de seguridad del aeropuerto. Uno de los hombres sacó un detector de metales y se lo pasó por todo el cuerpo. No contento con ello, luego empezó a palparlo con un énfasis quizás algo exagerado.

—¡Oh, sí, qué rico! —exclamó Myron—. Un poco más a la izquierda.

Al oír eso el hombre paró.

—Vale, segunda puerta a la derecha.

—¿Puedo recuperar mis cosas?

—Cuando salgas.

Myron le echó un vistazo a Collar de Perro. Este tenía la mirada fija en el suelo.

—¿Por qué tengo la impresión de que tras esa puerta no encontraré lo que busco?

Aquella puerta también estaba cerrada con llave. Había otra cámara de seguridad por encima. El chico miró hacia la cámara y le indicó a Myron con un gesto que también mirara él. Myron lo hizo, pero esa vez sin sonrisa irresistible. No tenía nada que esconder.

Se oyó un sonido metálico. La puerta, hecha de acero blindado, se abrió. Primero entró el chico. Myron lo siguió.

La primera palabra que le vino a la mente fue «tecnología punta». ¿O eso eran dos palabras? AdventureLand era una especie de desván, con juegos que habían visto mejores tiempos. Aquella sala era elegante y moderna. Había una docena de monitores y pantallas de última generación en las paredes, sobre las mesas, por todas partes. Myron contó cuatro hombres. Ninguno llevaba pantalones de camuflaje.

En medio de la sala había un hombre corpulento de raza india, con una interfaz en la mano. Todos jugaban a un videojuego de temática militar. Mientras todos a su alrededor agitaban los mandos violentamente, el hombre corpulento parecía tranquilo, casi relajado.

—Shhh, un momento, por favor. Esos malditos italianos creen que nos pueden ganar.

El indio corpulento les dio la espalda. Todos tenían la mirada puesta en la pantalla central de la pared opuesta. Myron supuso que sería el panel de puntuaciones de algún juego. En primer lugar estaba ROMAVSLAZIO. El segundo era FATGANDHI47. El tercero era SEMENTALDOTADO12. Sí, claro, sigue soñando, videoadicto. En el panel de máximas puntuaciones también figuraban otros equipos, como UNECHANCEDETROP, DARTHPAQUETÓN (probablemente amigo de SEMENTALDOTADO12) y ELSÓTANODEMAMÁ (por fin un jugador consciente de su triste realidad).

El indio corpulento levantó la mano lentamente, como un director de orquesta a punto de arrancar. Miró a un hombre negro y delgado que tenía delante de un teclado.

—¡Ahora! —ordenó el indio antes de bajar el brazo.

El negro flaco apretó una tecla. Por un momento no pasó nada. Luego la lista de puntuaciones cambió, y FATGANDHI47 pasó a ocupar la primera plaza. Los hombres de la sala prorrumpieron en vítores y se felicitaron los unos a los otros. Luego empezaron a darse palmaditas en la espalda y abrazos. Myron y Collar de Perro se quedaron allí hasta que acabaron las celebraciones. Los otros tres hombres volvieron a situarse tras sus terminales. Myron veía el reflejo de las pantallas en sus gafas. El gran monitor del centro, el que reflejaba las puntuaciones, se apagó. En ese mismo momento el indio corpulento se volvió hacia Myron.

—Bienvenido.

Myron le echó una mirada rápida a Collar de Perro. El chico parecía petrificado.

Decir que el indio era corpulento habría sido lo políticamente correcto. Era rotundo, con capas y más capas de piel y una barriga como si se hubiera tragado una bola de bolera. La camiseta le cubría la cintura a duras penas, y le caía como una falda. La grasa del cuello se unía directamente con la cabeza rapada, y formaba una única entidad trapezoidal. Lucía un pequeño bigote, gafas de alambre y una sonrisa que podría interpretarse como un gesto amable.

—Bienvenido, Myron Bolitar, a nuestras humildes oficinas.

—Gracias por acogerme, Fat Gandhi —dijo él.

—Ah, sí, sí —respondió el indio, evidentemente halagado—. ¿Ha visto el marcador?

—Claro.

—¿Verdad que el nombre me encaja como un guante? —añadió abriendo los brazos y ondeando los tríceps como banderolas.

—Como un guante hecho a medida —confirmó Myron, aunque no tenía ni idea de qué quería decir.

Fat Gandhi se volvió hacia Collar de Perro. El chico se encogió hasta el punto en que Myron sintió la necesidad de ponerse delante para protegerlo.

—¿No va a preguntarme cómo he sabido su nombre? —preguntó Fat Gandhi.

—El chico me lo preguntó en el metro. También me preguntó de dónde era y a qué universidad fui. Supongo que estarían escuchando.

—Por supuesto que sí.

Fat Gandhi le mostró otra sonrisa beatífica, y aunque quizás esa vez fuera efecto de su imaginación, Myron notó la falsedad que se ocultaba detrás.

—¿Cree que es el único que puede usar el teléfono como herramienta de espionaje?

Myron guardó silencio.

Fat Gandhi chasqueó los dedos. En la pantalla grande apareció un mapa. Había puntos azules parpadeantes por todas partes.

—Todos mis empleados usan ese tipo de teléfonos. Podemos usarlos como micrófonos, como GPS, o para llamarlos. Podemos seguirles el rastro a todos nuestros empleados en todo momento. —Señaló a los puntos azules que mostraba la pantalla—. Cuando uno de nuestros aparatos detecta una coincidencia... pongamos que uno de nuestros clientes manifiesta cierto deseo por un blanquito desnutrido con un collar de perro tachonado...

El chico se puso a temblar.

—... sabemos dónde se encuentra ese empleado y podemos organizar un encuentro en cualquier momento. También podemos escuchar, si queremos. Podemos descubrir si hay algún peligro. O también... —ahora sí que la sonrisa era la de un depredador— podemos comprobar si nos están engañando.

El chico se llevó la mano al zapato, sacó las quinientas libras y se las tendió a Fat

Gandhi. Este no las cogió. El chico puso el dinero sobre una de las mesas. Luego se escabulló hasta que estuvo tras Myron, que se lo permitió.

Fat Gandhi se volvió hacia el mapa y volvió a abrir los brazos. Los otros hombres de la sala seguían apretando teclas en sus ordenadores sin levantar la cabeza.

—¡Este es nuestro centro neurálgico!

«Centro neurálgico», pensó Myron. Aquel tipo debería estar acariciando a un gato sin pelo. Tenía toda la pinta de un malo malísimo de James Bond.

—¿Sabe por qué no me da ningún miedo contarle todo esto? —dijo mirándolo de reojo.

—¿Es por mi cara, que inspira confianza? Hasta ahora me ha sido muy útil.

—No —respondió volviéndose hacia él—. Es porque en realidad no puede hacer nada. Ya ha visto la seguridad. Sí, claro, las autoridades podrían acabar entrando, quizás incluso quienquiera que esté al otro lado de la línea de su teléfono. Por cierto, uno de mis hombres está dando vueltas en coche con su teléfono. Para hacerlo más divertido, ¿no le parece?

—Me parece la monda.

—Pero pasa una cosa, Myron. ¿Le importa que lo llame Myron?

—Por supuesto que no. ¿Puedo llamarlo Fat? ¿O Gordo?

—Ja, ja. Me gusta usted, Myron Bolitar.

—Genial.

—Myron, quizás haya observado que aquí no tenemos discos duros. Todo, toda la información de nuestros clientes, de nuestros empleados y de nuestros negocios se guarda en la nube. Así que si alguien consigue entrar, apretamos un botón y *voilà*. — Fat Gandhi chasqueó los dedos—. No encontrarán nada.

—Muy inteligente.

—No se lo digo para presumir.

—¿Eh?

—Es para que comprenda con quién está tratando antes de entrar en materia. Igual que mi responsabilidad consiste en saber con quién trato.

Volvió a chasquear los dedos.

Cuando la pantalla se encendió de nuevo, Myron estuvo a punto de soltar un gruñido.

—En cuanto supimos su nombre, nos resultó fácil reunir información sobre usted.

—Fat Gandhi señaló a la pantalla. Alguien había puesto el vídeo en pausa en el momento en que aparecía el título:

EL CHOQUE: LA HISTORIA DE MYRON BOLITAR

—Hemos visto su documental, Myron. Es muy conmovedor.

Cualquier amante del deporte medianamente talludito conocía la «leyenda» de Myron Bolitar, elegido tras acabar la universidad por los Boston Celtics en la primera ronda del *draft*. En cuanto a los no amantes del deporte, o los más jóvenes, o los

extranjeros, como esos tipos... bueno, gracias a un reciente documental de deportes de la ESPN llamado *El choque*, que se había vuelto viral, podían saber más de lo estrictamente necesario.

Fat Gandhi volvió a chasquear los dedos y el vídeo se puso en marcha.

—Sí —dijo Myron—. Ya lo he visto.

—Oh, venga, hombre. No sea tan modesto.

El documental empezaba con un tono optimista: música alegre, un sol brillante y aplausos en la grada. Alguien había conseguido cortes de vídeo de cuando Myron jugaba en categorías menores. Luego iba avanzando. Myron Bolitar había sido una estrella del baloncesto juvenil en Livingston (Nueva Jersey). Durante su paso por la Universidad de Duke su leyenda creció. Fue seleccionado como uno de los mejores jugadores de su categoría, dos veces campeón de la NCAA, e incluso jugador universitario del año.

La música alegre fue a más.

Cuando los Boston Celtics lo escogieron en la primera ronda del *draft* de la NBA, parecía que sus sueños se habían hecho realidad.

Y entonces, tal como anunciaba la voz en *off* del documental con tono apocalíptico, «se desencadenó la tragedia».

La música alegre desapareció de pronto, y en su lugar sonó una melodía funesta.

«La tragedia se desencadenó» en el tercer cuarto del primer partido de pretemporada de Myron, el primero —y el último— que jugaría con la camiseta número 34 de los Celtics. Los Celtics jugaban contra los Washington Bullets. Hasta entonces, el debut de Myron había estado a la altura de las expectativas. Llevaba dieciocho puntos. Encajaba en el equipo, tocaba todas las teclas y se dejaba llevar por la dulce y sudorosa sensación que solo sentía en la cancha, y de pronto...

Los directores de *El choque* mostraron la «terrible» repetición de la jugada un par de docenas de veces, desde diversos ángulos. A velocidad normal. A cámara lenta. Desde el punto de vista de Myron, desde arriba, desde la grada. No importaba. El resultado siempre era el mismo.

El novato Myron Bolitar estaba mirando hacia otro lado cuando Big Burt Wesson, un macizo ala-pívot, lo bloqueó. La rodilla de Myron se torció de un modo que ni Dios ni la anatomía habían previsto en ningún caso. El desagradable chasquido se oyó incluso desde lo lejos.

Adiós, carrera deportiva.

—Ver esto nos ha puesto muy tristes —dijo Fat Gandhi, que hizo un mohín exagerado mientras miraba alrededor—. ¿Verdad, chicos?

Todos los demás, incluido Collar de Perro, imitaron el mohín. Luego todos se quedaron mirando a Myron.

—Sí, ya lo he superado.

—¿De verdad?

—El hombre hace planes y Dios se los toma a risa —dijo Myron.

—Esa me gusta —respondió Fat Gandhi sonriendo—. ¿Es una expresión yanqui?

—Yidis.

—Ah, en hindi decimos que el conocimiento es más grande que el debate. ¿Lo ve? Así que primero supimos su nombre. Luego vimos su documental. Luego entramos en su correo electrónico...

—¿Que han hecho qué?

—No había nada especialmente interesante, pero no hemos curioseado. También hemos comprobado sus registros telefónicos. Su teléfono móvil recibió una llamada de un número oculto mientras estaba en Nueva York, hace menos de veinticuatro horas. La llamada procedía de Londres. —Levantó las manos con las palmas hacia arriba—. Y ahora está aquí. Con nosotros.

—Un trabajo meticuloso —observó Myron.

—Intentamos que así sea.

—Así que ya saben por qué estoy aquí.

—En efecto.

—¿Y?

—¿Supongo que trabaja para la familia del chico?

—¿Acaso importa?

—En realidad, no. No descartamos los rescates, por supuesto. Si le soy sincero, todo es cuestión de rentabilidad. Eso lo aprendí del gran Eshan, que tenía una religión (ustedes lo llamarían una secta) en las afueras de Benarés, en India. Era un hombre magnífico. Hablaba de paz, de armonía y de caridad. Tenía un gran carisma. Los adolescentes acudían a él a montones, y donaban a su templo todas sus posesiones terrenales. Vivían en tiendas en un terreno yermo bien custodiado. A veces los padres querían recuperar a sus hijos. El gran Eshan siempre se mostraba comprensivo. No pedía demasiado (la codicia no es buena consejera, diría): si los padres podían darle más de lo que le daban los hijos trabajando, pidiendo limosna o reclutando a nuevos adeptos, aceptaba el dinero. Yo no voy a ser diferente. Si uno de mis trabajadores consigue mayores contribuciones con el sexo, eso es lo que hace. Si se le da mejor robar, tal como ha intentado hacer nuestro amigo Garth contigo, ahí es donde lo colocamos.

Caray, cómo le gustaba hablar a ese tipo.

—¿Cuánto?

—Cien mil libras en efectivo por cada chico.

Myron no respondió.

—La cantidad no es negociable.

—No estoy negociando.

—Magnífico. ¿Cuánto tardará en conseguir esa suma?

—Puedo hacérsela llegar de inmediato —dijo Myron—. ¿Dónde están los chicos?

—Venga, venga. No lleva usted esa cantidad consigo.

—Puedo conseguirla en una hora.

Fat Gandhi sonrió.

—Debería haber pedido más.

—La codicia no es buena consejera. Tal como dijo el gran Eshan.

—¿Conoce Bitcoin?

—La verdad es que no.

—No importa. Nuestra transacción se hará en moneda virtual.

—Tampoco sé lo que es eso.

—Consiga el dinero. Ya le diremos cómo hacerlo.

—¿Cuándo?

—Mañana. Lo llamaré y lo arreglaremos.

—Mejor si es antes.

—Sí, lo entiendo —dijo Fat Gandhi—. Pero hay una cosa que debe entender, Myron. Si intenta alterar nuestro acuerdo de algún modo, mataré a los chicos y no los encontrarán nunca más. Los mataré de una manera lenta y dolorosa, y de ellos no quedará ni la ceniza. ¿Me he expresado con claridad?

¿La ceniza?

—Perfectamente —dijo Myron.

—Pues ya puede irse.

—Una cosa más.

Fat Gandhi se quedó esperando.

—¿Cómo sé que no es un timo?

—¿Pone en duda mi palabra?

Myron se encogió de hombros.

—Solo es una pregunta.

—Quizá sea un timo —respondió Fat Gandhi—. Quizá no deba molestarse en volver mañana.

—No es que me esté arrugando. Usted —Myron lo señaló— es lo suficientemente listo para saberlo.

Fat Gandhi se frotó la barbilla y asintió.

Myron sabía perfectamente que los psicópatas no pueden resistirse a la adulación.

—Yo solo pensaba... —prosiguió Myron— que tratándose de esa cantidad de dinero no estaría mal tener alguna prueba. ¿Cómo sé que tiene de verdad a los chicos?

Fat Gandhi levantó una mano y chasqueó los dedos de nuevo.

El documental desapareció de la pantalla, que por un momento se quedó en negro.

Myron pensó que quizás hubieran apagado el televisor. Pero no, no era eso. Fat Gandhi se acercó a un teclado y se puso a graduar el brillo de la pantalla, que empezó a iluminarse. Myron vio una sala con paredes de hormigón.

Y allí, en el centro de la sala, estaba Patrick.

Tenía los ojos negros, y el labio hinchado y manchado de sangre.

—Lo tenemos apartado —dijo Fat Gandhi.

—¿Qué le han hecho? —replicó Myron, esforzándose para que no se le quebrara la voz. Fat Gandhi volvió a chasquear los dedos y la imagen volvió a oscurecerse. Myron se quedó mirando el negro de la pantalla—. ¿Qué hay del otro chico?

—Creo que con eso basta. Es hora de que se vaya.

Myron lo miró fijamente a los ojos.

—Tenemos un trato.

—Lo tenemos.

—Pues no quiero que nadie les toque un pelo a ninguno de los dos. Quiero que me dé su palabra.

—Pero no se la voy a dar —respondió Fat Gandhi—. Me pondré en contacto con usted mañana. Ahora, por favor, salga de mi oficina.

En su último viaje a Londres, Win había alquilado para Myron su suite favorita, la Davies, en el Claridge's Hotel de Brook Street. Aquel viaje había acabado mal para todos. Esta vez, quizá por cambiar, Win había escogido algo más íntimo, el Covent Garden Hotel de Monmouth Street, cerca de Seven Dials. Cuando Myron llegó a su habitación, usó un teléfono de prepago que Win le había dado para llamar a Terese.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Estoy bien.

—Esto no me gusta.

—Lo sé.

—Siempre estamos en las mismas.

—Estoy de acuerdo.

—Queríamos dejar todo esto atrás.

—Es cierto. Así es.

—No se me da bien el papel de la esposa que espera y desespera.

—Bonita aliteración. Todas esas eses.

—Son muchos años como locutora de éxito —dijo Terese—. No es por presumir.

—La aliteración no es más que una de tus muchas habilidades.

—No puedes evitarlo, ¿verdad?

—Quiéreme con mis defectos.

—¿Qué está pasando allí? Venga, ponme al día. Y no hagas la típica broma con eso de «ponerme al día».

—Cómo me gustaría ponerte al día...

—Te quiero, ya lo sabes.

—Yo también te quiero —dijo Myron.

Y entonces se lo contó todo.

—¿Al gordo le gusta que lo llamen Fat Gandhi? —preguntó ella cuando hubo terminado.

—Le encanta.

—Es como si Win y tú estuvierais metidos en una vieja película de Humphrey Bogart.

—Soy demasiado joven para entender esa comparación.

—Qué más quisieras. ¿Así que vas a llevar tú el dinero del rescate?

—Sí.

Silencio.

—He estado pensando... —dijo Myron—. En las familias, quiero decir. En los padres, sobre todo.

—Quieres decir en los de Patrick y Rhys.

—Sí.

Silencio.

—Y quieres mi opinión de experta al respecto —añadió ella.

Terese había perdido un hijo hacía muchos años. Aquello la había dejado destrozada.

—No debería haber sacado el tema.

—No vas bien por ahí —respondió ella—. Si le vas dando vueltas sin entrar de lleno en materia es mucho peor.

—Quiero formar una familia contigo.

—Yo también lo quiero.

—¿Y cómo lo hacemos? —preguntó Myron—. Cuando quieres tanto a alguien, ¿cómo vives con el miedo de que pueda sufrir un daño o pueda morir en cualquier momento?

—Te podría decir que así es la vida —dijo Terese.

—Podrías.

—O podría decirte que no hay otra opción.

—Oigo un «pero» que se acerca.

—Exacto. Pero creo que hay otra respuesta, una respuesta que tardé mucho en entender.

—¿Y cuál es?

—Lo bloqueamos —respondió Terese.

Myron se quedó esperando. Nada.

—¿Ya está?

—¿Esperabas algo más profundo?

—Quizá sí.

—Lo bloqueamos —repitió—. Si no, no seríamos capaces de levantarnos de la cama todos los días.

—Te quiero —dijo él otra vez.

—Yo también te quiero. Así que, si te pierdo, sentiré un dolor devastador. Eso lo entiendes, ¿verdad? Si quieres sentir el amor, tienes que estar dispuesto a sufrir dolor. Son dos cosas que vienen juntas. Si no te quisiera, no tendría que preocuparme por la posibilidad de perderte. Si quieres risas, tienes que estar preparado para las lágrimas.

—Tiene sentido —dijo Myron—. ¿Sabes qué?

—Dime.

—Por ti vale la pena.

—De eso se trata.

Myron oyó la llave en la cerradura. Win entró en la habitación. Myron se despidió y colgó el teléfono.

—¿Cómo está? —preguntó Win.

—Preocupada.

—Vámonos a un pub, ¿quieres? Estoy muerto de hambre.

Emprendieron la marcha hacia Seven Dials. En el Cambridge Theatre ponían el musical de *Matilda*.

—Siempre quise verlo.

—¿Perdona?

—*Matilda*.

—No parece que sea el momento.

—Estaba de broma.

—Sí, ya lo sé. Para ti el humor es un mecanismo de defensa. Es una peculiaridad tuya que resulta irresistible —dijo Win cruzando la calle—. Y la obra no vale nada.

—Un momento. ¿Lo has visto?

Win no se detuvo.

—¿Has visto un musical sin mí?

—Ya estamos.

—Odias los musicales. Tuve que arrastrarte para ver *Rent*.

Win no respondió. Seven Dials era un cruce de siete calles que creaban una pequeña rotonda en cuyo centro se levantaba una columna de tres pisos de altura con relojes de sol en lo alto. En una esquina estaba el Cambridge Theatre. En otra había un pequeño pub llamado The Crown. En aquel momento, Win estaba entrando en él.

The Crown era un clásico, con su barra de madera pulida y sus paneles oscuros en la pared y, a pesar del poco espacio disponible, había una diana con dardos. Era un lugar acogedor, atestado y bullicioso. Win llamó al camarero, que asintió. Varios clientes se desplazaron, se abrió un espacio y de pronto quedaron dos taburetes libres y aparecieron dos pintas de Fuller's London Pride esperándolos sobre sus posavasos.

Win se sentó en un taburete y Myron, en el otro. Win levantó su vaso:

—Salud, colega.

Brindaron. Dos minutos más tarde el camarero les puso delante dos raciones de pescado frito con patatas. El olor hizo que el estómago de Myron rugiera de alegría.

—Pensaba que aquí no servían comida —observó Myron.

—No lo hacen.

—Eres un tío genial, Win.

—Sí, sí que lo soy.

Disfrutaron de la cena y de las copas. Lo que tuvieran que hablar podía esperar. En un momento dado se acabaron el pescado y las patatas y pidieron otra ronda. En la tele daban un partido de rugby. Myron no sabía mucho de rugby; aun así, miraba la pantalla.

—Así que nuestro amigo Fat Gandhi ha visto tu documental de la ESPN... —arrancó Win.

—Sí. —Myron se volvió hacia él—. ¿Lo has visto?

—Por supuesto.

Pregunta tonta.

—Es que tengo curiosidad —precisó Win—. ¿Qué te pareció?

Myron se encogió de hombros con la cerveza frente a la boca.

—Creo que se ajusta bastante a la verdad.

—Les concediste una entrevista.

—Sí.

—Eso no lo habías hecho nunca. Hablaste de la lesión.

—Cierto.

—Ni siquiera habías querido ver las imágenes de lo sucedido.

—Cierto.

Habría sido demasiado duro. Normal, ¿no? Tu sueño, el objetivo de toda tu vida, todo lo que has deseado nunca... Lo tienes ahí, a tu alcance, a los veintidós años de edad, y de pronto se apagan las luces y adiós, se acaba: *sayonara, baby*.

—No veía la necesidad —puntualizó Myron.

—¿Y ahora?

Myron dio un largo sorbo a su cerveza.

—Todo el mundo dice que esa lesión «me definió».

—En su momento lo hizo.

—Exactamente. En su momento. Pero ahora ya no. Ahora ya puedo ver a Burt Wesson chocando conmigo y no sentir más que un pinchazo en mi interior. El estúpido narrador no dejaba de decir que la lesión —Myron trazó unas comillas en la frase con un gesto de los dedos— «me destrozó la vida». Pero ahora sé que no fue más que una bifurcación en el sendero de la vida. Todos esos tipos con los que empecé, todas esas estrellas que lo consiguieron y tuvieron carreras exitosas en la NBA ya están retirados. A ellos también se les pasó el momento.

—Pero por el camino se tiraron a montones de chicas guapas —observó Win.

—Bueno, sí, eso es cierto.

—Y en su caso los focos no se apagaron de golpe. Fueron bajando de intensidad.

—Lentamente —añadió Myron.

—Sí.

—Quizás eso lo haga más duro.

—¿Cómo es eso?

—Es como arrancarse un vendaje de golpe o irlo quitando poco a poco.

Win le dio un sorbo a su cerveza.

—Bien visto.

—También podría añadir el tópico de lanzarse a la piscina de golpe. El hecho de que fuera tan repentino me obligó a actuar. Me obligó a estudiar Derecho. Me convirtió en representante de deportistas.

—No te obligó —matizó Win.

—¿No?

—Siempre fuiste un cabrón competitivo. Y no, no solo eso: extremadamente ambicioso.

Myron sonrió y levantó su cerveza.

—Salud, colega.

Win volvió a brindar, se aclaró la garganta y dijo:

—*Der mentsh trakht un got lakht.*

—¡Vaya! —exclamó Myron.

—He aprendido yidis de forma autodidacta —dijo el rubio anglosajón de ojos azules—. Va de maravilla para ligar con tías de origen judío.

Der mentsh trakht un got lakht. Traducción: el hombre hace planes y Dios se los toma a risa. Qué alegría volver a estar con Win.

Ambos se quedaron en silencio un momento. Estaban pensando lo mismo.

—Quizá lo de la lesión ya no importe demasiado —dijo Myron—, porque sé que en la vida hay muchas cosas mucho peores.

Win asintió.

—Patrick y Rhys.

—¿Qué sabes de las monedas virtuales?

—A veces se usan para pagar rescates, pero con las recientes leyes antiblanqueo resulta extraordinariamente difícil. Mi experto dice que tienes que comprar la moneda, meterla en una especie de cartera cibernética y luego hacer la transferencia. Es parte de la Internet oscura.

—¿Y entiendes lo que significa eso?

—Ya te lo he dicho. Soy un experto casi en todo —respondió Win. Myron esperó—. Pero no, no tengo ni idea.

—Puede que nos estemos haciendo viejos.

El teléfono de Win emitió un zumbido. Lo miró.

—Un amigo de la policía nos está mandando información sobre nuestro amigo Fat Gandhi.

—¿Y?

—En realidad se llama Chris Alan Weeks.

—¿De verdad?

—Veintinueve años. Las autoridades lo conocen, pero según esto trabaja sobre todo en la Internet oscura.

—Otra vez esa Internet oscura.

—Ha hecho incursiones en la prostitución, la trata de personas, robos, chantajes...

—¿Incursiones?

—Eso es de mi cosecha, no lo dicen ellos. Y... ah, por supuesto. Se ha dedicado a la piratería informática. Su sindicato realiza numerosas estafas cibernéticas.

—¿Quieres decir como esos mensajes de que un príncipe nigeriano quiere cederte todo su dinero?

—Me temo que es algo más complicado. A Fat Gandhi... Prefiero usar su *nom de plume*, si no te importa.

—No me importa.

—A Fat Gandhi se le dan bien los ordenadores. Se graduó en Oxford. Los dos sabemos que las fuerzas del orden odian definir a los delincuentes como «genios» o

«cerebros», pero nuestro angelical amigo se acerca bastante a ambas definiciones. Hummm...

—¿Qué?

—Fat Gandhi también tiene fama de ser (y esto sí lo dicen ellos) «de una creatividad despiadada».

Win hizo una pausa y sonrió.

—Parece que no sois tan diferentes —observó Myron.

—De ahí mi sonrisa.

—¿Se dedica a los secuestros?

—El tráfico de personas supone esclavizar a alguien con la intención de explotarlo sexualmente. Por definición, eso es secuestro. —Win levantó una mano antes de que Myron lo interrumpiera—. Pero si te refieres a raptar a niños ricos para convertirlos en esclavos sexuales, no, no hay nada que indique que se dedica a eso. Además, Fat Gandhi tendría diecinueve años cuando se produjeron los secuestros. Todo indica que en ese momento estaba estudiando en Oxford.

—Así pues, ¿tenemos alguna teoría sobre cómo acabaron en sus manos Patrick y Rhys?

Win se encogió de hombros.

—Varias. El secuestrador los vendió. Los chicos pueden haber cambiado de manos decenas de veces en los últimos diez años. Puede que no sea el primer depredador que se aprovecha de ellos.

—Agh.

—Sí, agh. Podría ser que Patrick y Rhys se hubieran escapado y estuviesen viviendo en la calle. Un parásito como Fat Gandhi también consigue presas de este modo. Les ofrece trabajo. Les proporciona drogas y hace que se enganchen para que tengan necesidad de ganar dinero. Pudieron pasar montones de cosas.

—Ninguna buena —dijo Myron.

—No, no se me ocurre ninguna buena. Pero tal como hemos ido aprendiendo, la gente, sobre todo los más jóvenes, se endurece. Ahora mismo nuestra prioridad es rescatarlos.

Myron se quedó mirando su cerveza y dijo:

—Viste a Patrick en la calle.

—Sí.

—Si tenía cierta libertad de movimiento...

Win acabó la frase por él.

—¿Por qué no llamó a casa? Ya sabes la respuesta. Síndrome de Estocolmo, miedo, la posibilidad de que lo estuvieran observando, o quizá no recordaba su antigua vida. Tenía seis años cuando se lo llevaron.

Myron asintió.

—¿Qué más?

—Tengo hombres haciendo guardia en el salón recreativo.

—¿Para?

Win no respondió.

—Uno de ellos seguirá a Fat Gandhi cuando salga. El dinero llegará en unos diez minutos. Nuestras habitaciones son contiguas. Cuando te llame, nos ponemos en marcha. Aparte de eso...

—Solo podemos esperar.

La llamada llegó a las cuatro de la madrugada.

Myron se despertó sobresaltado y fue a coger el teléfono. Win apareció en la puerta de la habitación, aún vestido. Le indicó a Myron con un gesto de la cabeza que respondiera y se llevó el duplicado del teléfono al oído.

—Buenos días, señor Bolitar.

Era Fat Gandhi. La llamada a las cuatro de la mañana era a propósito. Myron lo entendía. Intentaba pillarlo desprevenido, en medio del sueño. Esperaba encontrarlo desorientado y algo fuera de juego. Una técnica clásica.

—Eh —dijo Myron.

—¿Tiene el dinero?

—Sí.

—Estupendo. Por favor, vaya al banco NatWest de Fulham Palace Road.

—¿Ahora?

—Lo antes posible, sí.

—Son las cuatro de la mañana.

—Soy consciente de ello. Una empleada llamada Denise Nussbaum lo esperará en la puerta. Diríjase a ella. Le abrirá una cuenta y hará el depósito.

—No lo sigo.

—Me seguirá si escucha bien. Vaya a donde le digo. Denise Nussbaum le dará las instrucciones para la transferencia.

—¿Espera que le transfiera el dinero antes de tener a los chicos?

—No. Espero que haga lo que le digo. Los chicos aparecerán en cuanto abra la cuenta. Cuando los vea, completará la transferencia de fondos a nuestra cuenta en moneda virtual. Y entonces tendrá a los chicos.

Myron miró a Win, que asintió.

—De acuerdo —dijo Myron.

—¿Qué pasa, señor Bolitar? ¿Prefiere la técnica clásica? ¿Cree que le voy a hacer usar varias cabinas de teléfono rojas y saltar al metro, o quizá dejar el rescate en el hueco de un árbol? —Fat Gandhi chasqueó la lengua—. Ve demasiada televisión, amigo mío.

Aquello era interminable.

—¿Hemos acabado?

—No tan rápido, señor Bolitar. Tengo algunas... digamos «peticiones» más.

Myron se quedó a la espera.

—No lleve armas de ningún tipo.

—De acuerdo.

—Venga solo. Lo estaremos siguiendo y observando. Somos conscientes de que cuenta con algún tipo de apoyo en este país, personas que trabajan para usted. Si vemos a alguna de ellas mínimamente cerca del lugar de la transacción, habrá consecuencias.

—¿Ahora quién es el que ve demasiada televisión?

Eso le gustó a Fat Gandhi.

—No querrá verme cabreado, amigo.

—No, no quiero —dijo Myron.

—Bien.

—Pero hay una cosa.

—¿Sí?

—Ya sé que usted da mucho miedo y todo eso —dijo Myron—. Pero nosotros también.

Myron esperó respuesta, pero el teléfono se quedó mudo. Myron y Win se quedaron mirándose.

—¿Ha colgado? —preguntó Win.

—Sí.

—Qué maleducado.

Se sentaron en el asiento trasero del Bentley. Win había puesto el dinero en una bolsa muy elegante. Myron leyó la etiqueta.

—¿Una bolsa Swaine Adeney Brigg para entregar un rescate?

—No tenía nada más barato a mano.

—¿Conoces Fulham Palace Road? —preguntó Myron.

—No muy bien.

—Así pues, ¿dónde me bajo para que no nos vean?

—Detrás del Claridge's Hotel.

—¿Eso está cerca del banco?

—No. Está a veinte o veinticinco minutos.

—No te sigo.

—Anoche te cambié el teléfono.

—Ya, ya lo sé.

—Cuando tu gordo amigo del salón recreativo nos confiscó temporalmente el teléfono, le puso un chip rastreador.

—¿De verdad?

—Sí.

—Así que ha sabido dónde me encontraba en todo momento.

—Bueno, tú no, por supuesto. Le encargué a uno de mis hombres que llevara el teléfono al Claridge's. Se inscribió en el hotel con el alias de Myron Bolitar.

—¿Y mi alias se alojó en la suite Davies?

—No.

—Mi alias está acostumbrado al lujo.

—¿Has acabado?

—Casi. ¿Así que Fat Gandhi cree que estoy en el Claridge's?

—Sí. Accederás por la entrada de personal. Mi hombre te devolverá tu teléfono. También te colocará dos micrófonos.

—¿Dos?

—Dependiendo de adónde vayas, puede que vuelvan a registrarte. Probablemente no encuentren ambos.

Myron lo entendió. Cuando Win ponía mecanismos de rastreo en un coche, siempre situaba uno bajo el parachoques (donde resultaba fácil encontrarlo) y otro en un lugar más complicado.

—Usa la misma palabra en clave —dijo Win.

—«Articula».

—Sí, me alegro de que te acuerdes. —Win se volvió y miró a Myron a los ojos—. Úsala aunque creas que no va a servir de nada.

—¿Eh?

—Nos hemos pasado la noche controlando el salón recreativo —dijo Win—. Tu

rollizo amigo no ha salido. Ni tampoco ha entrado nadie que coincida con las descripciones de Patrick o de Rhys.

—¿Teorías?

—Puede que los tenga retenidos en el salón. Hemos visto señales de... —Win hizo una pausa y se llevó un dedo a los labios—. Señales de vida procedentes del sótano.

—¿Querría decir que hay alguien allí abajo?

—O más de una persona.

—¿Habéis usado un sensor térmico?

—Sí, pero las paredes del sótano son gruesas. Aun así...

—¿Qué?

Win cerró el asunto con un gesto de la mano. El coche se detuvo.

—Mi hombre está nada más entrar, a la izquierda. Entra, coge tu teléfono, enciéndelo y coge un taxi a esa dirección en Fulham Palace Road.

Myron hizo lo que le había dicho Win. Le asaltaron los recuerdos de su último paso por el hotel, y de la muerte, la destrucción y el caos que se desataron, pero los apartó. Myron no reconoció al hombre que lo ayudó. El hombre se puso manos a la obra en silencio. En primer lugar, le colocó un micrófono en el pecho, bajo la camisa.

—¡Ay, está frío! —exclamó él.

Nada.

El hombre le colocó el segundo micrófono en el interior del zapato. Myron se dirigió a la puerta principal, donde encontró a un portero uniformado con sombrero de copa.

—¿Puedo ayudarlo, señor?

Agarrando la bolsa del dinero con algo más de fuerza de lo normal, Myron escrutó disimuladamente el entorno en busca de alguien sospechoso que pudiera estar mirándolo. Aún no había nadie por la calle, ningún tipo apoyado en la pared fingiendo leer el periódico o parándose a atarse los cordones de los zapatos.

Lo único que quizá llamara la atención era un coche gris con los cristales tintados aparcado algo más allá, a la izquierda.

El portero hizo sonar un silbato, aunque ya había un Hackney negro a pocos metros de la puerta. Le abrió la puerta con gran ceremonia. Myron se hurgó los bolsillos en busca de algo de cambio para darle, pero no tenía, así que se encogió de hombros a modo de disculpa. El portero no pareció inmutarse. Myron se metió en el taxi, satisfecho al ver el amplio espacio del que disponía para las piernas, y le dio al conductor la dirección del banco, en Fulham Palace Road.

A las tres bocacalles, Myron tuvo claro que el coche gris lo estaba siguiendo. Myron sabía que la línea que lo comunicaba con Win estaba abierta, de modo que este podía oírlo todo. Pero de momento no había motivo para recurrir a esos juegos. Myron cogió el teléfono y se lo llevó al oído.

—¿Estás ahí?

—Sí.

—Me sigue un coche gris —soltó Myron.

—¿Marca?

—No lo sé. No entiendo de coches, ya lo sabes.

—Describémelo.

—El logo parece un león rampante.

—Un Peugeot gris. Es francés. Te encanta todo lo francés.

—Es cierto.

A pesar de que eran las cinco de la mañana, en Fulham Palace Road había mucho tráfico. El taxi dejó a Myron frente al banco NatWest, que, por supuesto, estaba cerrado. Myron pagó al taxista y salió. El taxi se fue. Myron se quedó de pie frente al banco, con la bolsa de dinero en la mano. Los billetes estaban «marcados» —es decir, que Win tenía constancia de sus números de serie—, pero Fat Gandhi no había pedido que fueran billetes sin marcar. ¿O sería eso otro tópico de las películas? ¿Quién comprueba los números de serie de los billetes cuando gastas dinero?

Myron pasó allí un minuto como un pasmarote, hasta que sonó el teléfono. El número estaba oculto, pero tenía que ser Fat Gandhi. Myron descolgó, puso un falso acento británico e imitó lo mejor que pudo a Alfred, el mayordomo.

—Mansión Wayne. Enseguida aviso al señor.

—Una referencia a Batman —dijo Fat Gandhi con una risita sofocada—. ¿Quién era su favorito? Christian Bale, ¿no?

—Solo hay un Batman, y se llama Adam West.

—¿Quién?

—La juventud de hoy en día...

—¿Ve el coche gris con los cristales tintados? —le preguntó Fat Gandhi.

—El Peugeot —dijo Myron, haciendo gala de su recién adquirido conocimiento sobre coches.

—Sí. Suba.

—¿Qué hay de Denise Nussbaum y el banco?

Fat Gandhi colgó.

El coche se acercó. El negro flaco de la trastienda del salón recreativo abrió la puerta de atrás.

—Vamos, colega.

Myron comprobó el interior del coche. Un conductor. Un tipo delgado.

—¿Dónde están los dos chicos?

—Lo llevo con ellos.

El tipo se apartó, dejándole sitio. Myron no lo tenía muy claro, pero entró. El flaco llevaba un ordenador portátil.

—Deme su teléfono —dijo.

—No.

—Tampoco le servirá de nada —anunció con una gran sonrisa—. Lo tengo

intervenido.

—¿Cómo?

—¿Ve este ordenador? —dijo el flaco sonriendo—. Lo estoy usando para encriptar sus señales. ¿Recuerda el tráfico de datos de ayer entre usted y quienquiera que estuviera escuchándolo? Bueno, pues ya no puede oírlo. Ah, y si le han puesto algún tipo de micrófono, lo mismo.

—A ver si lo entiendo —dijo Myron—. ¿Tu portátil está bloqueando todas las señales?

La sonrisa de aquel tipo se ensanchó.

—Exactamente.

Myron asintió. Entonces bajó la ventanilla, le arrancó el portátil de las manos y lo tiró por ella.

—¡Eh! ¿Qué...? —Miró por el parabrisas trasero en dirección a donde yacía su portátil destrozado, con las tripas abiertas—. ¿En serio? ¿Sabe lo que cuesta?

—¿Un billón de libras?

—No tiene ninguna gracia, colega.

—Estoy seguro de que no. Ahora, basta de juegos. Llama a Fat Gandhi.

El chico puso una cara como si fuera a echarse a llorar.

—No hacía falta que hiciera eso —dijo con un quejido agudo—. Yo solo cumplo órdenes.

—Pues ahora haz lo que te digo yo. Llama a Fat Gandhi. Dile que llevo el dinero. Quiero a los chicos.

El chico dejó caer los hombros.

—¿Sabe lo que me ha costado ese ordenador?

—No me importa. Si me tocas las narices otra vez, serás tú quien salga por esa ventanilla. Ahora llámalo.

—No hace falta —dijo señalando el parabrisas—. Ya hemos llegado. ¿No podía tener un poco de paciencia?

Myron miró por la ventanilla. Estaban frente al salón recreativo del día anterior.

El Peugeot se paró. Myron salió sin preocuparse de pedir disculpas. Dos tipos con pantalones de camuflaje le abrieron la puerta. El flacucho lo siguió sin dejar de protestar.

—¡El muy jodido me ha tirado el ordenador por la ventanilla!

Era como si alguien hubiera desconectado el interruptor general del salón recreativo. Quizá fuera ese exactamente el caso: nada de sonidos, ni luces, ni movimiento. Todo el local, lleno de luces y colores agresivos unas horas antes, estaba sumido en las sombras. Con todo apagado, las oscuras siluetas de las máquinas tenían un aspecto raro, amenazador, grotesco. Todo aquello tenía un aspecto casi posapocalíptico.

—Vamos —le dijo Pantalones Uno a Myron.

—¿Adónde?

—A la sala de atrás.

A Myron no le gustaba aquello.

—Esto está desierto. Podemos hacer el intercambio aquí mismo.

—Así es como funciona —dijo Pantalones Dos.

—Entonces creo que me marcharé.

—Entonces yo creo —dijo Pantalones Uno cruzándose de brazos e intentando flexionar los bíceps— que vamos a darte una paliza y a quedarnos con el dinero.

Myron apretó aún más la mano que sostenía la bolsa. Podía acabar con los dos, eso no era problema —de hecho, ya estaba ensayando mentalmente el primer golpe—, pero... ¿y luego? Llegados a ese punto tenía que ir hasta el final. Así que siguió el mismo camino que había tomado la última vez, cuando lo acompañaba Collar de Perro, y se paró frente a la puerta.

Junto a esta vio la misma cámara de vigilancia. Myron levantó la vista, mostró una sonrisa radiante y levantó un pulgar. Don Seguridad Personificada. Norma 14 para la entrega de rescates: nunca permitas que los malos te vean preocupado. La puerta se abrió. Los tipos con pantalones de camuflaje le vaciaron los bolsillos. El detector localizó el micrófono del pecho.

Estaban a punto de quitarle el aparato cuando Fat Gandhi abrió la puerta de la sala de atrás y asomó la cabeza.

—¿Nada de armas?

—No.

—Está bien; dejadle lo demás.

Myron no sabía si aquello era bueno o no.

Entró en la misma sala llena de ordenadores y pantallas. El negro flacucho volvía a estar en su puesto.

—¡Me ha roto el jodido ordenador! —dijo señalando a Myron—. ¡Lo ha tirado por la ventanilla como si fuera basura!

Fat Gandhi llevaba un llamativo traje amarillo holgado como el de Jim Carrey en *La Máscara*.

—¿El dinero está en esa bolsa?

—No lo llevo en lo calzoncillos —dijo Myron.

Fat Gandhi respondió al chiste frunciendo el ceño, aunque era de cajón.

—Hay alguien conectado a su teléfono, escuchando —dijo Fat Gandhi. Myron no se molestó en negarlo ni en confirmarlo—. Esta guarida solo tiene una entrada —añadió—. ¿Lo entiende?

—¿Acaba de decir que esto es una guarida?

—Tenemos cámaras por todas partes. Derek y Jimmy, levantad la mano.

Dos tipos levantaron la mano sin apartar la mirada de sus monitores.

—Derek y Jimmy están controlando las cámaras de vigilancia. Si alguien intenta entrar, lo veremos. Las dos puertas que acaba de atravesar son de acero reforzado, pero eso probablemente ya lo sepa. Vamos, que no tendrían modo de entrar en esta

sala a tiempo para salvarlo ni aunque fueran rápidos y estuvieran armados hasta los dientes.

Nada de miedo. No muestres miedo.

—Ya, vale. ¿Podemos ir al grano? ¿Dijo algo de una moneda virtual?

—No.

—No, no dijo...

—No tiene sentido, señor Bolitar. Primero tendría que conseguir los Bitcoin o diversas monedas virtuales. Luego, yo tendría que darle una larga dirección pública, que básicamente es el equivalente a una cuenta corriente personal. Después, usted tendría que hacerme la transferencia por Internet y, puf, el dinero llegaría. Así es como había pensado hacer el intercambio en un primer momento.

—Pero ¿ahora ya no?

—No, ahora ya no. Eso funciona con pequeñas cantidades, pero algo así de grande... Bueno, podrían seguir la pista. Hoy en día, la moneda virtual se ha convertido en algo de uso generalizado. ¿Quiere saber la verdad? —Fat Ghandi se inclinó hacia delante, como si quisiera compartir un secreto susurrándoselo al oído—. Creo que las monedas virtuales se han convertido en una enorme trampa, en un mecanismo con el que las fuerzas del orden esperan seguir el mercado negro. Así que me puse a pensar. ¿Por qué piden siempre dinero en efectivo los piratas somalíes?

Miró a Myron como si esperara una respuesta. Myron pensó que si no respondía quizás acabara antes su perorata.

—Porque el efectivo es lo más fácil, lo más sencillo, lo mejor —explicó Fat Gandhi, y alargó la mano para coger la bolsa.

—Quieto ahí —dijo Myron—. Teníamos un trato.

—¿No confía en mi palabra?

—Vamos a hacerlo así —dijo Myron, intentando parecer más tranquilo de lo que estaba—. Los dos chicos salen de aquí. Y una vez estén fuera, yo le doy el dinero.

—¿Fuera? ¿Adónde?

—Ha dicho que sabía que alguien nos estaba escuchando.

—¿Y bien?

—Esa persona sabe dónde estoy. Así que se acercará en coche. Los chicos suben al coche, yo le doy el dinero y luego me voy.

Fat Gandhi hizo un ruidito de desaprobación con la boca.

—Eso no funcionará.

—¿Por qué no?

—Porque le he dicho algo no del todo cierto.

Myron no dijo nada.

—Su amigo no le está escuchando. Ahora mismo está bloqueada la señal de todos los aparatos, incluidos nuestros propios teléfonos móviles. Esta sala está diseñada para ello para mayor seguridad. Nuestra wifi funciona, claro, pero está protegida por contraseña. Usted no está conectado, me temo. Así que cualquier aparato que lleve

escondido en cualquier pliegue de su cuerpo resulta completamente inútil.

Daba la impresión de que los dedos que repiqueteaban en los teclados bajaban un poco el ritmo.

—No importa —dijo Myron.

—¿Cómo dice?

—Le he destrozado el ordenador a su amigo.

—¡Y me había costado una fortuna! —replicó el flacucho—. Ese cabr...

—Calla, Lester —ordenó Fat Gandhi volviéndose de nuevo hacia Myron—. ¿O sea?

—O sea que no tenía el teléfono bloqueado al llegar. Mi gente sabe que estoy aquí. Estarán esperando fuera. Envíe a los dos chicos al exterior; ellos los recogerán. Fácil, ¿no?

Myron les brindó a todos su Sonrisa n.º 19: «Aquí todos somos amigos» *deluxe*.

Fat Gandhi extendió la mano.

—Deme la bolsa, por favor.

—Deme a los chicos.

El gordo agitó la rechoncha mano, lo que dejó a la vista la pulsera que le oprimía la muñeca, y la gran pantalla de la pared se encendió.

—¿Contento?

Era otra vez aquella celda. Los dos chicos estaban sentados en el suelo, con la cabeza gacha entre las rodillas.

—¿Dónde están?

Fat Gandhi le dedicó una sonrisa siniestra.

—Se lo enseñaré. Espere aquí, por favor.

Fat Gandhi apretó un código en el teclado de la puerta, asegurándose de que Myron no pudiera verlo. Salió de la sala y en ese mismo momento entraron otros dos tipos con pantalones de camuflaje.

Humm... ¿Por qué?

Se hizo el silencio en la sala. Los teclados de los ordenadores dejaron de repiquetear. Myron intentó leerles el rostro.

Algo iba mal.

Dos minutos más tarde, Myron oyó la voz de Fat Gandhi:

—¿Señor Bolitar?

Estaba en la pantalla grande.

En la celda, con los dos chicos.

Win tenía toda la razón: los tenían retenidos en el salón recreativo.

—Tráigamelos —pidió Myron.

Fat Gandhi se limitó a sonreír a la cámara.

—¿Derek?

—Estoy aquí —dijo uno de sus hombres.

—¿Algún movimiento en las cámaras de vigilancia? —preguntó Fat Gandhi.

—Ninguno.

Fat Gandhi hizo un gesto de desdén con la mano.

—Parece que la caballería no viene a rescatarlo, señor Bolitar.

Oh-oh.

—¿Por qué deberían rescatarme?

—Usted ha matado a tres de mis hombres.

La temperatura de la sala cambió, y no para mejor. Todos empezaron a moverse lentamente.

—Yo no tuve nada que ver con eso.

—Por favor, señor Bolitar. Mentir es indigno de usted.

Pantalones Uno sacó un gran cuchillo. Lo mismo hizo Pantalones Dos.

—¿Entiende mi dilema, señor Bolitar? Una cosa habría sido que usted y sus socios se hubieran dirigido a mí de un modo respetuoso.

De detrás de un ordenador se levantó un tercer hombre. También llevaba un cuchillo.

Myron intentó programar sus movimientos. «Le quito el cuchillo a Pantalones Uno, luego voy a por el tipo de la derecha...».

—Podían haberse presentado como hombres de negocios. Podían haber pedido un intercambio justo. Un acuerdo. Podríamos haber cooperado...

«No, eso no funcionará. Hay demasiada distancia entre los dos. Y la puerta está cerrada...».

—Pero no han hecho eso, señor Bolitar. Han preferido matar a tres de mis hombres.

Derek sacó un cuchillo. Jimmy también.

Luego, el flaco sacó un machete.

Seis tipos armados en una sala pequeña.

—¿Cómo voy a dejarlo marchar después de eso? ¿Qué imagen daría? ¿Cómo iban a confiar mis hombres nunca más en mi protección?

«Quizá si me agazapo, lanzo una patada hacia atrás... pero no. Primero hay que conseguir el machete. Pero es el que está más lejos. Son demasiados, y no hay espacios».

—Yo habría querido quedarme en la sala y ver el resultado, pero... ¿con este traje? Es nuevo, y la verdad es que es precioso.

No había nada que hacer. Empezaban a acercarse cada vez más.

—¡Articula! —gritó Myron.

Todos se quedaron inmóviles un segundo. Myron se tiró al suelo y encogió el cuerpo.

Y entonces explotó la pared.

El ruido fue ensordecedor. El muro cedió como si el increíble Hulk se hubiese lanzado contra él desde la calle y lo hubiera atravesado. A los otros los pilló desprevenidos, pero a Myron no tanto. Sabía que a Win se le habría ocurrido algo. Se

imaginaba que habría encontrado un modo de superar las cámaras. No lo había hecho. Le había dicho que había hecho un reconocimiento del lugar la noche anterior. Había encontrado la pared exterior que daba a aquella habitación. Probablemente habría aplicado un potente micrófono para saber cuándo actuar.

¿Habría usado algún tipo de dinamita o una granada propulsada con un cohete?

Myron no lo sabía.

Sorpresa. La especialidad de Win.

Los otros tipos no sabían qué era lo que se les había venido encima. Pero enseguida se darían cuenta.

Myron actuó rápido. Desde su posición en el suelo lanzó una patada y derribó a uno de los hombres. Era Pantalones Dos. Le agarró el cuchillo que tenía en la mano. Pantalones Dos, en un reflejo de pura supervivencia, lo aferró desesperadamente. Muy bien. Myron contaba con ello. No tenía ninguna intención de forcejear para quitarle el cuchillo. En lugar de eso agarró al tipo por la muñeca y le tiró de la mano hacia arriba.

La hoja, aún pegada a la mano del matón, se alojó en la garganta de Pantalones Dos.

Empezó a manar sangre, y la mano se abrió.

El cuchillo hizo un ruido, como el de una ventosa, cuando Myron consiguió separarlo de la mano del hombre. El resto era puro caos. El polvo que caía de la pared dificultaba mucho la visión. Myron oía toser y gritar. El estruendo había llamado la atención del tipo que montaba guardia en el pasillo.

Cuando abrió la puerta, Myron lo estaba esperando. Le lanzó un puñetazo directamente a la nariz, y lo hizo regresar al pasillo. Myron lo siguió. No quería matar a nadie más si no era necesario. Le lanzó otro directo. El tipo se tambaleó y dio con la espada contra la pared. Myron lo agarró por la garganta y le colocó la punta del cuchillo junto al ojo.

—¡Por favor!

—¿Cómo llego al sótano?

—La puerta de la izquierda. Código 8787.

Myron le dio un puñetazo en el vientre, dejó que cayera al suelo y salió corriendo. Encontró la puerta, marcó el código y la abrió.

Lo primero que notó fue el hedor, que casi le echa atrás.

Pocas cosas causan un *déjà vu* tan potente como los olores intensos. Aquello era algo parecido. Myron se vio transportado de pronto a sus días de jugador de baloncesto, a la peste de un vestuario tras un partido, a los carros de la lavandería cargados de calcetines, camisetas y calzoncillos sudados de un puñado de adolescentes. Era un olor terrible, pero tras un partido o un entrenamiento, algo tan puro como un grupo de chicos jugando al baloncesto, uno se sentía tan a gusto que el olor, si no ya agradable, se volvía soportable.

Pero en ese momento no era ese el caso. Era olor a basura, rancio y hediondo.

Cuando Myron miró hacia abajo, desde lo alto de las escaleras, no pudo creer lo que estaba viendo.

Veinte o quizá treinta adolescentes salieron corriendo como ratas al enfocarlo con una linterna.

«¿Qué de...?».

El sótano era como un mugriento campo de refugiados. Había catres, mantas y sacos de dormir. No había tiempo para pensar en eso. En el momento en que empezó a bajar las escaleras, vio la celda.

Vacía.

Llegó al fondo y giró a la derecha. Los chicos se apretujaban en dirección a la esquina, como un montón de zombis en una película, amontonándose en busca de algo encajado en el ángulo. Myron se acercó. Los chavales se le interpusieron. Los fue apartando a empujones. Sobre todo eran chicos, pero también había alguna chica. Todos lo miraban con los ojos hundidos, las miradas perdidas, sin dejar de empujar.

—¿Dónde está Fat Gandhi? ¿Dónde están los chicos que tenía encerrados en esa celda?

Nadie respondió. No dejaban de apretujarse y empujar hacia aquella esquina. ¿Qué había allí? ¿Una puerta o...?

¿Un agujero?

Los chicos iban desapareciendo por una especie de agujero en el cemento.

Myron aceleró, aunque aquello significara tratar a aquellos chicos con más dureza de la que habría querido. Uno de ellos se puso a gritar y le clavó las uñas en la cara. Myron se lo quitó de encima de un manotazo. Avanzó como un jugador de fútbol americano: bajando el hombro, golpeando con el cuerpo, hasta que llegó al agujero.

Uno tras otro, los chicos se colaban por el agujero.

Era un túnel.

Myron agarró al que estaba trepando en aquel momento. Otros lo empujaban por detrás; trataban de llegar a la abertura. Myron mantuvo la posición. Tiró del chico y lo obligó a mirarlo cara a cara.

—¿Fat Gandhi se ha ido por ahí? ¿Se ha llevado a los dos chicos?

—Todos tenemos que ir —dijo el chico, asintiendo—. Si no, nos encontrará la poli.

Seguían empujando. Myron tenía dos opciones. Echarse a un lado o...

Se lanzó por el agujero y aterrizó en el suelo, frío y húmedo. Cuando se puso en pie se dio en la cabeza contra el cemento. Por un momento vio las estrellas. El techo del túnel era bajo. Los más bajitos tal vez podrían correr. Myron no tenía esa suerte.

Tras él siguieron llegando chavales.

«Hay que moverse», pensó Myron.

—¡Patrick! —gritó—. ¡Rhys!

Por un momento, solo oyó el ruido de las pisadas de los chicos que escapaban por el oscuro túnel. Pero de pronto oyó que alguien gritaba:

—¡Socorro!

Sintió que se le aceleraba el pulso. Solo había sido una palabra y no había durado mucho, pero una cosa estaba clara: el acento era estadounidense.

Intentó acelerar el paso. En el túnel había muchos chicos que le bloqueaban el paso. También chicas. Los dejó atrás.

—¡Patrick! ¡Rhys!

Muchos ecos. Pero nadie respondió a sus llamadas.

La altura y la anchura del túnel variaban constantemente. Trazaba curvas inesperadas. Las paredes eran negras, viejas y estaban cubiertas de humedad. Las pocas luces tenues que lo iluminaban le daban un aspecto aún más espectral.

Tenía adolescentes a ambos lados, detrás y delante. Algunos lo adelantaban; otros iban quedándose atrás.

Myron agarró a uno con más dureza de la prevista y lo obligó a mirarlo a la cara.

—¿Adónde lleva este túnel?

—A muchos sitios.

Myron lo soltó. «A muchos sitios. Genial».

Llegó a una bifurcación y se detuvo. Algunos de los chicos fueron a la izquierda, y otros, a la derecha.

—¡Patrick! ¡Rhys!

Silencio. Y de pronto una voz con acento estadounidense:

—¡Socorro!

A la derecha.

Myron salió corriendo tras la voz, intentando correr más rápido y al mismo tiempo no golpearse la cabeza contra el techo. El hedor le provocaba arcadas. Siguió avanzando. Se preguntó cuánto tiempo llevarían allí esos túneles; siglos, quizá. Todo aquello parecía salido de una novela de Dickens. De pronto vio a dos chicos algo más allá.

Y un hombre gordo con un holgado traje amarillo.

Fat Gandhi se volvió y lo vio. Sacó un cuchillo.

—¡No! —gritó Myron.

Seguía teniendo adolescentes por delante. Aceleró todo lo que pudo en dirección a los chicos, bajando la cabeza y tensando las piernas.

Fat Gandhi levantó el cuchillo.

Myron siguió adelante. Pero era evidente que estaba demasiado lejos.

El cuchillo cayó. Myron oyó un grito.

Uno de los chicos cayó al suelo.

—¡No!

Myron se lanzó hacia el cuerpo caído. Fat Gandhi echó a correr. Myron no hizo caso. Empezaban a llegar más adolescentes. Él se echó sobre el chico apuñalado.

¿Dónde estaba el otro?

Allí. Myron alargó la mano y lo agarró del tobillo. Aguantó con fuerza. Otros

chavales les pasaron por encima. Myron no soltaba el tobillo. Se quedó cubriendo al chico apuñalado usando su cuerpo como escudo. Encontró la herida e intentó bloquear la hemorragia con el antebrazo.

Un pie le pisó la muñeca. No podría mantener agarrado el tobillo del chaval mucho tiempo.

—¡No te vayas! —gritó.

Pero lo estaba perdiendo.

Apretó los dientes. ¿Cuánto tiempo podría aguantar así?

Aguantó los tirones del chico para zafarse. Aguantó una patada que le cayó en la cara, e incluso una segunda patada. Pero luego, a la siguiente patada, lo perdió.

El chico se perdió entre la corriente de adolescentes a la fuga.

Desaparecido.

—¡No!

Myron se quedó agazapado, el cuerpo convertido en un escudo para proteger al chico herido. Presionó con el antebrazo con fuerza para cerrarle la herida.

«No te estás muriendo. ¿Me oyes? No hemos llegado hasta aquí para que ahora...».

Cuando la corriente de chavales acabó de pasar, Myron se arrancó un trozo de la camisa y aplicó presión sobre la herida. Por fin pudo mirar al chico.

Y reconoció su rostro.

—Aguanta, Patrick —le dijo—. Voy a llevarte a casa.

Pasaron tres días.

La policía le hizo muchas preguntas. Myron dio un montón de medias respuestas y, como abogado colegiado, se acogió al privilegio del secreto profesional para no nombrar a Win. Sí, había venido en un avión Lock-Horne a petición de un cliente. No, no podía decir una palabra ni sobre su cliente ni sobre lo que habían hablado. Sí, había entregado dinero con la esperanza de rescatar a Patrick Moore y a Rhys Baldwin. No, no tenía ni idea de qué le había pasado a la pared. No, dijo Myron, no tenía ni idea de quién había apuñalado en la garganta, con resultado de muerte, a un hombre de veintiséis años con un largo expediente policial llamado Scott Taylor. No, no sabía nada sobre la muerte de tres hombres cerca de King's Cross unos días antes. Al fin y al cabo, en ese momento estaba en Nueva York.

Ni rastro de Fat Gandhi. Ni rastro de Rhys.

La policía no podía retenerlo mucho tiempo. No tenían pruebas de que hubiera hecho nada grave. Alguien (Win) había enviado a un joven abogado llamado Mark Wells para que representara a Myron. Wells le había sido de gran ayuda.

Así que, a regañadientes, soltaron a Myron. Era mediodía y volvía a estar en el pub The Crown sentado en el mismo taburete. Win llegó y se sentó en el taburete de al lado. El camarero les sirvió dos cervezas.

—Señor Lockwood —dijo—. Han pasado meses. Me alegro de volver a verlo.

—Y yo de verte a ti, Nigel.

Myron se quedó mirando al camarero, luego a Win, y luego arqueó una ceja en señal de interrogación.

—Acabo de llegar de Estados Unidos. Cogí el avión en cuanto oí la noticia —explicó Win.

El camarero se quedó mirando a Myron. Este miró al camarero, luego a Win, y dijo:

—Ah.

El camarero se alejó.

—Si consultan a inmigración, ¿no habrá nadie que diga que llegaste en una fecha anterior?

Win sonrió.

—Por supuesto que no —dijo Myron—. Por cierto, gracias por enviar a ese abogado. Wells.

—Procurador.

—¿Qué?

—En Gran Bretaña, se le llama procurador. En Estados Unidos, se le llama simplemente abogado.

—En Gran Bretaña, se le llama molestar. En Estados Unidos se le llama dar por C...

—Ya, vale, ya lo pillo. Y hablando de abogados, el mío está ahora mismo con la policía. Les explicará que fui yo quien solicitó tus servicios y que tú, como abogado, estabas protegiendo mis intereses.

—Yo me acogí al secreto profesional —dijo Myron.

—Pues yo lo confirmaré. También entregaremos el correo electrónico anónimo de donde arrancó todo esto. Quizá los de Scotland Yard tengan más suerte que yo rastreando el origen.

—¿Tú crees?

—Qué va. Era falsa modestia.

—No te queda nada bien —dijo Myron—. Bueno, ¿y cómo lo hiciste?

—Te dije que habíamos estudiado el lugar.

—Pero no solo el interior —precisó Myron, asintiendo—. Así que descubristeis dónde estaba esa cámara blindada.

—Sí. Luego colocamos un micrófono Fox MJ. Si lo apoyas en cualquier pared, lo oyes todo. Esperamos a que dijeras la palabra clave.

—¿Y luego?

—Era un RPG-29.

—Muy sutil.

—Yo siempre.

—Gracias —dijo Myron. Wyn fingió no haberlo oído—. ¿Y cómo está Patrick? La policía no me quiso decir nada. He leído en los periódicos que sus padres han venido de Estados Unidos, pero nadie confirmará nunca que sea él.

—Tú espera.

—¿Qué?

—Muy pronto tendremos nueva información al respecto procedente de una fuente mejor.

—¿Quién?

Win no respondió.

—Puede que te preguntes por qué la policía no te ha hecho más preguntas sobre el tipo que murió apuñalado en la garganta.

—La verdad es que no —dijo Myron.

—¿No?

—Con el jaleo que había nadie lo vio. Me imaginé que te habrías llevado el cuchillo, así que no tienen nada con lo que relacionarme.

—Eso no es del todo cierto. En primer lugar, la policía confiscó tu ropa.

—Me gustaban esos pantalones.

—Sí, te hacían más delgado. Pero analizarán los restos de sangre. Y coincidirán con la de la víctima, por supuesto.

Myron por fin se rindió y dio un sorbo a su cerveza.

—¿Y eso será un problema?

—No lo creo. ¿Recuerdas a tu amigo negro del machete?

—¿Amigo negro?

—Sí, claro, seamos políticamente correctos justo en este momento. ¿Se dice angloafricano? Déjame que consulte el manual.

—Vale, *mea culpa*. ¿Qué le pasa?

—Se llama Lester Connor.

—Vale.

—Cuando la policía llegó al escenario, Lester estaba inconsciente y (sorpresa, sorpresa) tenía el cuchillo manchado de sangre en la mano. Naturalmente, ha declarado que se lo habían colocado.

—Naturalmente.

—Pero tú podrías decir que viste a Lester apuñalando a Scott Taylor en la garganta.

—Desde luego que podría.

—¿Pero...?

—Pero no lo haré —respondió Myron.

—¿Por qué?

—Porque no sería cierto.

—El señor Connor intentó matarte.

—Sí, pero para ser justos le destrocé su ordenador.

—Falsa equivalencia —dijo Win.

—Más vale eso que falso testimonio.

—*Touché*.

—Si preguntan, diré que alguien lo apuñaló y que me cayó encima. Con tanto jaleo, no vi quién fue, ni me di cuenta.

—Debería bastar —reconoció Win.

—¿Hay alguna pista sobre Rhys?

—¿Recuerdas lo que te he dicho de una fuente mejor?

—¿Tenemos un invitado sorpresa?

—Invitada —asintió Win meneando la cabeza—. Caray, Myron, qué sexista eres. Aquí la tienes.

Win miró hacia la puerta. Myron también, y reconoció de inmediato la mujer que entraba. Era Brooke Baldwin, la prima de Win y, sobre todo, la madre del aún desaparecido Rhys.

Myron no veía a Brooke desde hacía... calculó que unos cinco años.

Entre Myron y Win apareció un taburete, y ambos se echaron atrás para hacer sitio. Brooke se acercó sin vacilar, agarró la cerveza que Nigel ya le había puesto y le dio un buen trago. Cuando volvió a apoyarla en la barra, la mitad había desaparecido. Nigel hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—La necesitaba —dijo Brooke.

Myron había conocido a demasiados padres, cónyuges y parejas de personas desaparecidas. La mayoría tenían un aspecto frágil y agotado, cosa que parecía tener

sentido. En el caso de Brooke, era más bien lo contrario. Tenía un aspecto sano, la piel bronceada y el gesto desafiante, y parecía cargada de energía, como si acabara de hacer sus largos matutinos en una piscina olímpica o de practicar unos cuantos golpes con su entrenador de boxeo. Era de complexión fina, pero estaba musculada. La primera palabra que venía a la mente al ver a esa madre burguesa de barrio residencial que había sufrido uno de los golpes más crueles que puede dar la vida era «fiera».

Brooke Lockwood Baldwin se había criado en mansiones de piedra e internados exclusivos, pero encajaba a la perfección en un pub como aquel. Probablemente podría desafiar a cualquiera a una partida de dardos o apartar los vasos de la barra y vencer a su compañero de mesa en un pulso.

Brooke se volvió hacia Myron y, sin saludar siquiera, espetó:

—Cuéntame lo que pasó exactamente.

Lo hizo. Se lo contó todo: desde su llegada a Londres hasta el interrogatorio de la policía. Ella no dejó de mirarlo con sus ojos de color verde brillante.

Cuando Myron acabó, ella dijo:

—Así que tuviste a Rhys cogido por el tobillo.

—Eso creo, sí.

—Lo tocaste —añadió ella, ya en un tono más suave. Aquellas palabras quedaron suspendidas en el aire un buen rato.

—Lo siento —dijo Myron—. Intenté aguantar.

—No te culpo. ¿Le viste la cara?

—No.

—Así que no podemos estar seguros de que fuera Rhys.

—No puedo estar seguro, no.

Brooke miró a Win, que no dijo nada. Se volvió de nuevo hacia Myron.

—Por otra parte, no tenemos motivos para creer que no fuera mi hijo, ¿verdad?

Win habló por primera vez:

—Eso depende.

—¿Eh?

—¿Estamos seguros de que el otro chico es Patrick?

—Sí —dijo Brooke—. Al menos, Nancy dice que es Patrick.

—¿Estás segura? —preguntó Myron.

—Eso es lo que dicen Hunter y ella. Pero ahora están divorciados. Hunter y Nancy. Rompieron poco después. —No dijo después de qué. No hacía falta—. Hemos venido en el mismo avión. Los cuatro. Otra vez juntos. No recuerdo siquiera la última vez que hablamos. Seguimos siendo vecinos. Tendríamos que habernos mudado, supongo, pero... Ella siempre me culpó. Nancy, quiero decir.

—No me parece justo —dijo Myron.

—¿Myron?

—¿Sí?

—No te muestres condescendiente conmigo, ¿vale?

—No era mi intención.

—Los chicos estaban en mi casa. Era mi *au pair*. Yo debería haber estado en casa vigilándolos. Si hubiera sido al revés... Es igual; fue hace mucho tiempo.

—¿Existe alguna otra confirmación de que el chico sea Patrick? —preguntó Win.

—¿De qué tipo?

—De ADN, por ejemplo.

—Ya lo mencioné. Supongo que lo harán antes o después, pero ahora mismo hay un lío legal. Necesitan el permiso de sus padres, dado que Patrick (o sea, suponiendo que sea Patrick) es menor.

Win asintió.

—Y de momento no hay pruebas fehacientes de que Nancy y Hunter sean los padres del chico.

—Paradójico, ¿no?

—¿Y qué ha dicho Patrick? —preguntó Myron—. ¿Dónde han estado todo este tiempo? ¿Quién se los llevó?

Brooke cogió el vaso, miró su contenido un momento y luego lo vació. Myron y Win se quedaron mirando, a la espera.

—Patrick no ha dicho nada aún.

Hubo un momento de silencio.

—¿Tan mal está?

—Eso parece. Tampoco me dejan pasar a verlo. Solo permiten el acceso a la habitación del hospital a la familia.

—¿Son muy graves las heridas?

—Nancy dice que sobrevivirá, pero que ha estado a punto de no contarlo. Fíjate qué paradaja. Nos pasamos diez años sin saber nada sobre Rhys. Ni una pista. Ahora, de pronto, aparece alguien que me puede dar respuestas y ni siquiera puedo hablar con él.

Brooke cerró los ojos y se los frotó con los dedos pulgar e índice. Myron alargó la mano para apoyársela en el hombro. Win lo detuvo con una sacudida rápida de la cabeza.

—En cualquier caso —dijo ella al abrir los ojos—, vamos a dar una rueda de prensa esta tarde. Como sabéis, los medios se han enterado de parte de la historia. Es hora de contar el resto.

—Han pasado tres días —observó Myron—. ¿Por qué habéis esperado?

Brooke se puso en pie, se volvió y apoyó la espalda contra la barra.

—Pues porque el primer día dos agentes, o comoquiera que los llamen en Scotland Yard, nos sentaron a Chick y a mí y nos soltaron: «Tenemos un dilema. Si vamos a la prensa y dejamos que hagan pública la imagen obtenida con el simulador del aspecto que podría tener Rhys, pueden pasar dos cosas. Una —Brooke levantó el dedo índice—, que eso aumente la presión y encontremos a Rhys. O dos —el dedo

medio se unió al índice—, que aumente la presión y quienquiera que lo tenga retenido lo mate y se deshaga del cuerpo».

—¿Eso te dijeron? —preguntó Myron.

—Así mismo. Nos aconsejaron que esperáramos un poco, por si podían seguir alguna pista tranquilamente.

—Y supongo que no lo han hecho.

—Correcto. Parece ser que Rhys se ha desvanecido sin dejar rastro. Una vez más. Una vez más.

Y una vez más cerró los ojos. Una vez más Myron extendió la mano. Y una vez más Win le hizo un gesto con la cabeza para que se la guardara. No era que Win quisiera mostrarse frío. Era que no quería que su prima se viniera abajo. Myron lo entendió.

—¿Así que los investigadores han cambiado de táctica? —preguntó Win.

—No —dijo Brooke—. He sido yo. He tomado una decisión. Vamos a contarlo. ¿Ayudará eso a mi hijo o hará que lo maten? No lo sé. Estupendo, ¿verdad?

—Es lo que tienes que hacer —respondió Win—. No puedes hacer otra cosa.

—¿Eso crees?

—Sí.

Myron vio que Brooke apretaba ambos puños. Empezó a ponerse roja y, al hacerlo, de pronto Brooke le recordó mucho a su primo Win, o al menos le notó el evidente aire familiar. Cuando Brooke volvió a hablar, lo hizo con una tensión mal contenida en la voz.

—¿Así que ahora sí crees que debería poder decidir sobre lo que le pase a mi hijo?

Win no respondió.

—Recibiste un correo electrónico anónimo —dijo Brooke.

—Sí.

—Te presentaste y acabaste matando a tres hombres.

—Más alto —dijo Win—. Creo que los caballeros de la esquina no te han oído.

Pero Brooke no le hizo caso.

—¿Por qué no me hablaste del correo?

—Era anónimo. Supuse que no me llevaría a ninguna parte.

—Y una mierda —replicó Brooke—. Te pareció lo suficientemente creíble como para venir a comprobarlo.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no me lo dijiste, Win?

No hubo respuesta.

—¿Porque pensabas que me vendría abajo? ¿Porque no querías que me hiciera ilusiones?

Silencio.

—¿Win?

Él se volvió y la miró de frente.

—Sí —respondió—. Por eso.

—No eras tú quien tenía que tomar esa decisión.

—Sin embargo, la tomé —respondió él abriendo los brazos.

—¿Qué te creías? ¿Que esto me vendría grande? ¿Creías que me estabas ahorrando un dolor mayor?

—Algo así.

—No sabes nada de mi dolor —dijo Brooke acercándose a él aún más—. ¿Cómo te atreves a decidir algo así por mí?

Le lanzó una mirada asesina. Win no dijo nada.

—¿Win?

—Tienes razón —aceptó él—. Tenía que habértelo dicho.

—No me basta.

—Pues tendrá que bastarte, Brooke.

—No, lo siento, pero no te vas a librar tan fácilmente. Quizá, si me hubieras hablado del mensaje, habría venido antes. Quizás habría podido ayudar de algún modo. Quizá... No, sin duda, las cosas habrían ido de otro modo.

Win no dijo nada.

—Y en cambio —continuó Brooke, señalando hacia la ventana del pub—, mi niño sigue ahí fuera. Solo. La has cagado, Win. La has cagado a base de bien.

—Un momento, para el carro —dijo Myron—. No tenemos la certeza de que hubiera cambiado...

Brooke se volvió y lo miró fijamente para que se callara de una vez.

—¿Tú ves a Rhys aquí, Myron?

En ese momento era Myron el que no decía nada.

—Conclusión: ¿está aquí? —Se volvió de nuevo hacia su primo—. Por primera vez en diez años tenemos una pista de verdad. En diez años horribles y angustiosos. Y ahora...

—¿Brooke?

Era Win.

—Lo entiendo —dijo—. Estás enfadada.

—Caray, chico, qué capacidad de deducción.

—Pero, más que eso, estás intentando motivarme —dijo Win—. No hace falta. Eso tú ya lo sabes.

Los dos se miraron. Si alguien hubiera pasado una mano por en medio, probablemente los rayos láser de ambos pares de ojos la habrían desintegrado. Sonó el teléfono de Brooke.

—Encuétralo, Win.

—Lo haré.

Ambos parpadearon. Brooke sacó el teléfono y se lo llevó al oído.

—¿Sí?

Unos segundos más tarde colgó.

—Era la policía.

—¿Qué querían?

—Es Patrick. Está despierto.

Win no fue con ellos al hospital. Le pareció que de momento sería mejor mantenerse a cierta distancia de todo lo que tuviera que ver con la policía. Se plantearon mantener lejos también a Myron —a los polis no les había hecho ninguna gracia la explicación que había dado para la violencia desencadenada en AdventureLand—, pero al final decidieron que era mejor que estuviese cerca, por si podía ayudar en algo.

Brooke no dejó de hablar por teléfono durante todo el viaje en taxi. Llamó a su marido, Chick, y le dijo que fuera al hospital. Hizo otras llamadas y estaba cada vez más nerviosa.

—¿Qué pasa? —preguntó Myron.

—Dicen que aún no podemos ver a Patrick.

—¿Quién?

—La policía.

Myron pensó en ello.

—¿Eso depende de la policía?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir... ¿Quién decide que no puedes verlo? ¿Depende de la policía?

¿No pasan por encima los padres?

—Aún no sé si Nancy y Hunter tienen legalmente la potestad.

—Supongo que tendrás su número, ¿no?

—Solo el de Nancy.

—Prueba a llamarla.

Lo hizo. No hubo respuesta. Le envió un mensaje. Nada.

Cuando pararon frente al hospital, Chick estaba caminando de un lado al otro, fumando. Chick tiró el cigarrillo al suelo y lo pisoteó de manera ostentosa. Abrió la puerta del taxi con un gesto de malhumor en el rostro. Brooke salió del taxi. Myron la siguió.

El gesto malhumorado de Chick fue a más al ver a Myron.

—Tú eres el amigo de Win. El jugador de baloncesto. ¿Qué haces aquí?

A Win no le gustaba Chick, y eso era todo lo que Myron necesitaba saber de él.

Chick miró a Brooke.

—¿Qué hace aquí?

—Rescató a Patrick.

Chick volvió a mirar a Myron con el ceño fruncido.

—¿Estabas allí?

—Sí.

—¿Y cómo es que no salvaste a mi chico?

«Mi chico», observó Myron. No el nuestro.

—Lo intentó, Chick —dijo Brooke.

—¿Qué pasa? ¿No puede responder solito?

—Lo intenté, Chick.

Chick se le acercó, con el mismo ceño fruncido de antes. Myron empezaba a preguntarse si realmente sería un gesto malhumorado o su expresión habitual.

—Te estás haciendo el listillo conmigo, ¿eh?

Myron no dio un paso atrás. No apretó los puños; pero vaya, cómo le habría gustado. A pesar de la llamada precipitada de su esposa, Chick llevaba un traje de seda brillante con una corbata tan perfectamente ajustada que parecía falsa. Sus zapatos tenían un brillo sobrenatural, más intenso que si fueran nuevos, y su cabello, peinado hacia tras y algo largo, tenía el toque justo de gris. La piel le brillaba con ese aspecto ceroso que da una limpieza de cutis recién hecha o el uso de cosméticos de alta gama, y cada movimiento parecía medido a la perfección.

—No tenemos tiempo para esto —dijo Brooke.

Chick era de esos que te miran primero a un ojo, luego al otro, y luego al primero de nuevo. Myron le dejó que lo hiciera, sin inmutarse. No se juzga a un tipo por su aspecto. Win era la prueba fehaciente. Ese tipo estaba sufriendo. Saltaba a la vista. Sería un capullo prepotente, pero hacía diez años que le habían arrebatado a su hijo. Se le veía en el rostro, a pesar de todos sus esfuerzos por ocultarlo.

Así pues, una parte de Myron sentía pena por él.

Y otra parte recordaba que a Win no le gustaba.

—Hice todo lo que pude —le aseguró Myron—. Escapó. Lo siento.

Chick vaciló un momento y luego asintió.

—Yo también lo siento. He estado...

—No te preocupes.

—¿Chick? —dijo Brooke con voz suave.

Chick le apretó el brazo a Myron con un gesto de disculpa, y se volvió hacia su mujer.

—Entremos, ¿vale?

Chick asintió y fue con ella. Brooke se protegió los ojos con la mano derecha.

—¿Myron?

Myron miró alrededor y descubrió una cafetería Costa Coffee al otro lado de la calle.

—Os espero allí. Mándame un mensaje si me necesitas.

Chick y Brooke entraron en el hospital. Myron cruzó la calle y se dirigió al Costa Coffee. Si cambiabas el granate de la decoración por un verde oscuro, era como un Starbucks. Myron estaba seguro de que los defensores incondicionales de cualquiera de las dos cadenas se ofenderían con la comparación, pero no pensaba dedicar ni un minuto a pensar en ello.

Pidió un café y luego, al darse cuenta de cómo le rugía el estómago, le echó un vistazo a la oferta de comida. En ese frente daba la impresión de que Costa le sacaba un cuerpo de ventaja a su competidor estadounidense. Pidió un *toastie* de jamón y

queso. *Toastie*. Qué palabra tan graciosa. Myron no la había oído nunca, pero dedujo que un *toastie* sería un sándwich tostado... y resultó ser justo eso.

¡Y hay quien se asombra del poder de deducción de Myron Bolitar!

Llegó un mensaje de Brooke:

No nos dejan verlo. Dicen que esperemos.

MYRON: ¿Quieres que vaya?

BROOKE: Aún no. Te tendré informado.

Myron se sentó a la mesa y se comió el *toastie*. No estaba mal. Se lo zampó con demasiada prisa y se planteó pedir otro. ¿Cuándo había comido por última vez? Se recostó en la silla, se tomó el café y leyó unos artículos que se había guardado en el móvil. Pasó el tiempo. El local estaba en silencio; demasiado, para su gusto. Myron observó los rostros demacrados. Quizá fuera su imaginación, pero casi percibía la tristeza que flotaba en el aire. Claro: estaba frente a un hospital, lo que explicaba esos gestos de sufrimiento o ansiedad, esas caras a la espera de noticias, esas caras que temían la llegada de noticias, esas caras que habían llegado allí tratando de escapar en la reconfortante monotonía y normalidad de una cadena de cafeterías.

El teléfono vibró. Otro mensaje de texto, esta vez de Terese:

Tengo una entrevista en Jackson Hole. Para un puesto de locutora en *prime time*.

Era una noticia estupenda.

MYRON: Guau, es fantástico.

TERESE: Mañana voy al rancho del dueño de la cadena en su avión privado.

MYRON: Genial. Estoy contentísimo por ti.

TERESE: Aún no me han dado el trabajo.

MYRON: La entrevista te saldrá estupenda.

TERESE: Puede que el tipo sea un poco sobón.

MYRON: Y puede que me lo cargue.

TERESE: Te quiero, Myron.

MYRON: Yo también te quiero. Pero digo en serio lo de cargármelo si se pone sobón.

TERESE: Es justo lo que quería oír.

Myron sonreía. Estaba a punto de responder con otro mensaje cuando algo le llamó la atención.

O, más bien, alguien.

Nancy Moore, la madre de Patrick, acababa de entrar en la cafetería. Escribió a toda prisa «Tengo que dejarte» y apretó el botón de enviar.

Todo lo que tenía Brooke Baldwin de fuerza y determinación, Nancy Moore lo tenía de fragilidad y agotamiento. Llevaba el cabello rubio recogido en una cola de caballo hecha con prisas, y se le veían las raíces grises. Vestía una sudadera holgada con la palabra LONDON, en la que la *L* estaba compuesta por una vieja cabina y un autobús de dos pisos. Probablemente había tenido que hacer la maleta a toda prisa y

se la había comprado en una tienda turística nada más llegar.

Nancy Moore le dijo algo al chico de la barra, que se llevó la mano a la oreja para indicarle que no la oía. Ella repitió el pedido y luego se puso a hurgar en el bolso en busca de dinero.

Myron se puso en pie.

—¿Señora Moore?

La voz de Myron la sobresaltó. Las monedas se le escaparon de la mano y cayeron en el suelo. Myron se agachó a recogerlas. Nancy hizo ademán de agacharse, pero daba la impresión de ser demasiado esfuerzo para ella. Myron se levantó y le puso las monedas en la mano.

—Gracias.

Nancy Moore se lo quedó mirando un momento, con un gesto extraño. ¿Era agradecimiento? ¿Sorpresa? ¿Ambos?

—Usted es Myron Bolitar.

—Sí.

—Nos hemos visto antes, ¿verdad?

—Una vez —dijo Myron.

—En... —Se calló. Había sido en casa de los Baldwin, el lugar del trágico suceso, quizás un mes después del secuestro. Habían llamado a Win y a Myron, pero demasiado tarde—. Usted es el amigo de Win.

—Sí.

—Y es... es el que... —Parpadeó y bajó la mirada—. No sé siquiera cómo agradecerle que haya salvado a mi hijo...

Myron prefirió cambiar de tema.

—¿Cómo está Patrick?

—Físicamente se recuperará.

El camarero se acercó con dos cafés en vasos para llevar y se los puso delante.

—Le ha salvado la vida —insistió ella con un tono de admiración—. Usted le ha salvado la vida a mi hijo.

—Me alegro de que esté bien —respondió Myron—. He oído que ya se ha despertado, ¿no?

Nancy Moore no respondió de inmediato. Cuando lo hizo, dijo:

—¿Puedo preguntarle algo?

—Claro.

—¿Cuántas cosas recuerda de su vida antes de los seis años?

Myron sabía adónde quería ir a parar, pero respondió de todos modos.

—No mucho.

—¿Y cuánto recuerda entre los seis y los dieciséis años?

Esa vez Myron se quedó callado.

—Todo, ¿verdad? La primaria, la secundaria, el instituto... Eso es lo que nos forma. Eso es lo que nos convierte en lo que somos.

El camarero le llevó la cuenta. Nancy Moore le dio las monedas. Él le devolvió el cambio, junto con una bolsa de papel.

—No querría agobiarla —dijo Myron—. Pero ¿ha dicho algo Patrick sobre lo que le pasó o sobre el posible paradero de Rhys?

Nancy Moore volvió a meterse el dinero en el bolso con una meticulosidad algo excesiva.

—Nada que pueda ser útil —dijo.

—¿Y eso qué significa?

Ella se limitó a menear la cabeza.

—¿Qué es lo que ha dicho? —insistió Myron—. Patrick, quiero decir. ¿Quién se los llevó? ¿Dónde han estado todo este tiempo?

—Usted quiere respuestas —observó ella—. Yo solo quiero a mi hijo.

—Yo quiero respuestas —asintió Myron—. Porque aún hay un niño desaparecido. La mirada de ella se volvió de pronto de acero.

—¿Cree usted que a mí no me preocupa Rhys?

—No, no lo creo. Estoy seguro de que le preocupa mucho.

—¿No cree que sé por lo que están pasando Brooke y Chick?

—Al contrario —respondió Myron—. No creo que nadie lo sepa tan bien como usted.

Nancy Moore cerró los ojos.

—Perdóneme. Es que...

Myron esperó.

—Patrick apenas puede hablar. No... no está bien. Mentalmente, quiero decir. En realidad aún no ha dicho nada.

—No quiero parecer insensible —insistió Myron—, pero... ¿está segura de que es Patrick?

—Sí —respondió sin vacilar. Sin ninguna duda.

—¿Han hecho ya las pruebas de ADN?

—No, pero las haremos, si hace falta. Él nos reconoce, creo. A mí, al menos. Pero es Patrick. Es mi hijo. Sé que suena a tópico trasnochado, pero una madre sabe esas cosas.

Quizá fuera un tópico. Quizá no. Por otra parte, y por recurrir a otro tópico, vemos lo que queremos ver, sobre todo si se trata de una madre desesperada que espera poner fin a una década de dolor.

Las lágrimas empezaron a cubrirle los ojos.

—Algún maníaco lo apuñaló. A mi niño. Usted lo encontró. Lo ha salvado. ¿Lo entiende? Se habría desangrado. Eso es lo que han dicho los médicos. Usted...

—¿Nancy?

La voz procedía de detrás. Myron se volvió y vio a Hunter Moore, el exmarido de Nancy y padre de Patrick.

—Venga —dijo el hombre—. Tenemos que irnos.

Soltó la puerta y desapareció hacia la izquierda.

Si Hunter Moore había reconocido a Myron, no lo demostró. Aunque tampoco había motivo para que lo hubiera hecho. No se habían visto nunca —él no estaba en casa de los Baldwin aquel día— y parecía tener mucha prisa por salir de allí con su exmujer.

Nancy recogió la bolsa y el café. Se volvió hacia Myron.

—Me siento como una tonta dándole las gracias una vez más. La idea de que después de todos estos años, después de haber encontrado a Patrick con vida, estaría muerto de no haber sido por usted...

—No pasa nada.

—Siempre estaré en deuda con usted —dijo, y se fue a toda prisa, por la puerta, y hacia la izquierda, siguiendo el mismo camino que su exmarido. Myron se quedó inmóvil por un momento.

—¿Quiere otro café? —ofreció el camarero.

—No, gracias.

Myron seguía sin moverse.

—¿Está bien, amigo? —preguntó el camarero.

—Sí. Todo bien.

Siguió mirando la puerta fijamente. Y de pronto le acudió una idea curiosa a la cabeza. El hospital estaba a la derecha. Pero tanto Hunter como Nancy Moore habían girado a la izquierda.

¿Eso significaba algo?

No. Al menos, por sí solo. Tal vez iban a buscar algo a la farmacia, o a tomar un poco el aire, o...

Myron se acercó a la puerta. Salió a la calle y miró a la izquierda. Nancy Moore subía a una furgoneta negra.

—¡Espere! —dijo Myron.

Pero estaba demasiado lejos y había demasiado ruido en la calle. La puerta de la furgoneta se cerró en el momento en que Myron echaba a correr.

—¡Espere un momento! —gritó.

Pero la furgoneta ya estaba en marcha. Myron vio cómo se alejaba y desaparecía tras la esquina. Se paró y sacó el móvil. Quizá no fuera nada. Quizá la policía se los estuviera llevando a algún sitio para interrogarlos. Quizá después de estar todo el día junto a su hijo necesitaran unas horas de descanso.

¿Ambos?

No, de ningún modo. ¿Tenía pinta Nancy Moore de ser de las que necesitan un descanso y se alejan del hijo cuya ausencia han llorado durante diez años? Ni hablar. Lo más probable era que no se apartara en ningún momento de su lado, que temiera apartar los ojos de él siquiera un momento.

Myron sacó el teléfono y apretó el 1. No le preocupaba dejar rastro. El número de marcación abreviada rebotaría de una centralita a otra y acabaría en un terminal

imposible de rastrear.

—Articula —dijo Win.

—Creo que tenemos un problema.

—Cuéntame.

Le habló de Nancy y Hunter Moore y de la furgoneta negra. Cruzó la calle y se dirigió a la entrada del hospital. Acabó de contarle a Win lo que sabía y colgó. Luego llamó al teléfono de Brooke. No obtuvo respuesta.

En el hospital, un cartel —varios carteles, ahora que se fijaba— prohibía el uso de móviles. La gente lo miraba. Myron guardó el móvil encogiéndose de hombros a modo de disculpa y se dirigió al mostrador de admisiones.

—Vengo a ver a un paciente.

—¿Nombre del paciente?

—Patrick Moore.

—¿Y su nombre?

—Myron Bolitar.

—Espere un momento, por favor.

Myron recorrió la sala con la mirada. Vio a Brooke y a Chick sentados en una esquina de la sala de espera, junto a una ventana. Brooke levantó la mirada, que se cruzó con la de Myron, y se puso en pie. Myron se acercó a ella a toda prisa.

—¿Qué pasa? —preguntó Brooke.

—¿Qué os ha dicho la policía?

—Nada. No hemos podido subir a verlo.

—¿Sabéis el número de su habitación?

—Sí, Nancy me lo dijo ayer. Es el 322.

Myron se dio media vuelta.

—Vamos.

—¿Qué ha pasado?

Él giró la esquina y se encontró con un guardia de seguridad.

—Su pase, por favor.

—No —dijo Myron.

Eso dejó al guardia confundido.

—¿Qué?

La chapa identificativa decía: LAMY.

Myron era un tipo grande, de metro noventa y tres y ciento dos kilos. Sabía cuándo tenía que mostrarse aún más grande. Como en aquel momento.

—Necesito subir a la tercera planta y comprobar que un paciente está bien.

—Pues consiga un pase.

—Esto podemos hacerlo de dos modos, eh... Lamy. Puedo dejarte tumbado de un porrazo y ponerte en evidencia, y quién sabe las repercusiones que tendrá eso. Puede que seas más duro de lo que parece, en cuyo caso me veré forzado a hacerte daño de verdad. Quizá más de lo que querría. O podrías subir conmigo por las escaleras y ver

que solo voy a echar un vistazo a un paciente, a asegurarme de que el paciente está bien y volver enseguida aquí abajo.

—Señor, debo insistir...

—Tú mismo.

Myron no le dio tiempo al guardia. Echó a correr y subió las escaleras a la carrera. El guardia de seguridad corrió tras él, pero no podía seguirle el paso.

—¡Alto! ¡Mostrador Dos pidiendo refuerzos! Intruso en las escaleras.

Eso no frenó a Myron, que siguió subiendo las escaleras a la carrera. La rodilla, la misma que había puesto fin a su carrera tanto tiempo atrás, le dolió un poco, pero eso no hizo que bajara el ritmo. No sabía si Brooke o Chick lo seguirían. No le importaba mucho. El guardia había pedido refuerzos. Quizá lo detuvieran, o quizá no. Pero, en cualquier caso, no podrían hacerlo antes de que llegara a su objetivo.

Abrió la puerta de la tercera planta de un empujón. Delante tenía la habitación 302. Giró a la derecha y pasó la 304 a la carrera. A sus espaldas alguien gritaba.

—¡Alto! ¡Alto ahora mismo!

No hizo caso.

Corrió hasta llegar a la habitación 322. Abrió la puerta y entró en el momento en que oía más pasos acercándose. No se movió. Se quedó de pie, esperando, pero era justo lo que sospechaba.

La cama —de hecho, toda la habitación— estaba vacía.

Hubo cierto lío con los guardias, pero no mucho.

Myron se retiró de la habitación y empezó a bajar hacia la salida, con las manos levantadas. Los guardias no tenían claro qué hacer ante aquella intrusión. El hombre había entrado corriendo en una habitación vacía. ¿Había motivo para intentar detenerlo? Myron les explicó que de todos modos no iba a irse a ninguna parte, y aquello pareció dejarlos satisfechos.

Chick se puso como loco, sobre todo al ver que la reacción de la policía era de calma total: no podían retener a Patrick, era una víctima, no un delincuente, y quería irse a casa con sus padres.

—¿Le han preguntado por mi hijo? —dijo Chick a voz en grito.

Por supuesto que lo habían hecho, respondieron los policías con voz mesurada. Patrick y sus padres afirmaban que el chico no sabía nada relevante, y que estaba demasiado traumatizado para hablar de ello.

—¿Y ustedes se quedan tan anchos? —insistió Chick.

Los policías soltaron un discreto suspiro y se encogieron de hombros. No se quedaban tan anchos. Pero el caso era que no podían obligar a un adolescente traumatizado y herido a hablar con ellos. El chico había dejado claro que quería volver a Estados Unidos con sus padres. Los médicos se habían mostrado de acuerdo en que aquello tal vez fuera lo mejor. No había motivo legal para retenerlo contra su voluntad.

Aquello siguió un rato, pero no tenía sentido.

Así pues, dos horas después de descubrir que la familia Moore volaba en un avión privado de camino a Estados Unidos, Brooke y Chick Baldwin ofrecieron una rueda de prensa en la sala de baile de la Grosvenor House, en Park Lane.

Myron y Win se situaron al fondo, observando.

—No tiene el aspecto de una madre que está de duelo, ¿no? —dijo Win. Hablaba de Brooke.

—Eso no significa que no lo esté.

—No, pero le he dicho que llore un poquito para la cámara.

Myron asintió.

—Eso estaría bien.

—No sé si puede. Le he dicho que el público quiere ver el dolor. Si no lo ve, supondrá que no están sufriendo.

—Recuerdo cuando desaparecieron los chicos —dijo Myron—. Todos aquellos comentarios sobre la «actitud» —Myron escribió las comillas en el aire con los dedos— de tu prima.

—Ni siquiera entonces mostró demasiado sufrimiento ante las cámaras.

—Exacto. Y algún columnista lanzó la teoría de que quizá tuviera algo que ver. Fue en su casa, con su niñera y, lo peor de todo, no se la veía especialmente

descompuesta

—Patético —dijo Win.

—Exacto. Si Brooke hubiera sollozado y se hubiera venido abajo, el mundo habría llorado con ella. En cambio, la utilizaron.

—Ya me acuerdo. Eso dio origen al debate sobre si las madres deben quedarse en casa. Brooke era una descuidada, una caprichosa, como cualquier mujer rica que contratara a una *au pair* porque no quería cuidar a sus propios hijos.

—A nadie le entra en la cabeza que podría sucederle algo así —señaló Myron.

—Así que buscan a quien echar la culpa —concluyó Win—. Forma parte de la condición humana.

La policía acaparaba la atención sobre la tarima. Brooke tenía la mirada perdida. No lloró, a pesar de las instrucciones que le había impartido Win. Chick, con su traje caro, tampoco atraía muchas simpatías, pero al menos se veía la desolación en su rostro.

Myron se inclinó hacia su amigo.

—Me alegro de que hayas vuelto, Win.

—Sí —convino Win—. Yo también.

La policía contó la historia de la forma más vaga posible. Uno de los chicos estadounidenses desaparecidos desde hacía diez años, Patrick Moore, había sido rescatado en Londres. No daban detalles sobre cómo había ocurrido. No se atribuyeron el mérito. Tampoco se lo atribuyeron a Myron.

Mejor así.

La policía creía que el otro adolescente desaparecido, Rhys Baldwin, hijo de aquellos padres que tanto tiempo llevaban sufriendo, podría estar cerca.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó un reportero.

La policía no hizo caso. Cuando mostraron una vieja foto de Rhys, a los seis años, junto con varias imágenes obtenidas con un simulador de edad, Myron vio la primera grieta en la fachada de Brooke.

Pero no lloró.

—Cuando esto acabe, se vuelven a casa —dijo Win.

—¿No se quedan?

Win meneó la cabeza.

—Quieren volver a casa. Saben que en Londres no pintan nada. Es mejor que vayas con ellos. Tienes que arreglártelas para que Patrick hable. Tienes que empezar desde el principio e ir avanzando hasta aquí.

—¿Quieres decir desde la escena del primer delito?

—Sí.

—¿Crees que es necesario retroceder tanto?

—La historia habrá acabado aquí..., pero empezó en esa casa.

—¿Qué te hace pensar que los Moore se hayan ido de este modo con Patrick?

—No me hace pensar nada bueno —dijo Win.

—Podría estar demasiado traumatizado para hablar.

—Podría.

—¿Y qué otra cosa podría ser?

—Lo que has dicho antes —señaló Win.

—¿Qué he dicho?

—Que se nos escapa algo.

Entonces la policía mostró una fotografía de Fat Gandhi, a quien presentó como Chris Alan Weeks, y añadió que no era un sospechoso, sino tan solo un investigado. El hombre de la fotografía tenía pelo y pesaba veinticinco kilos menos que el que había conocido Myron.

—¿Queremos que lo encuentre la policía? —se preguntó Win—. ¿O es mejor que lo encuentre yo?

—¿Eso importa?

Win lo miró a los ojos.

—¿Qué pasará si lo encuentra la policía?

—Si está con Rhys, bueno... Solucionado. Caso cerrado.

—Eso es improbable —puntualizó Win—. Es muy prudente. O mata a Rhys (cosa que ya no le serviría de nada, puesto que no nos lleva a ninguna parte) o lo retendrá en algún lugar seguro, en algún lugar con el que no podamos relacionarlo.

—Vale.

—Así que te lo pregunto de nuevo: ¿qué pasará si la policía lo captura?

—En primer lugar, lo detienen.

—Bien.

Myron veía adónde quería llegar Win.

—Él se defiende legalmente. No tienen nada en su contra. Lo guardaba todo en la nube, con toda la protección necesaria. Los chicos no testificarán en su contra. Ha ido con cuidado. Tendrán mi testimonio sobre el apuñalamiento, pero dirán que estaba oscuro y que no puedo estar seguro de que haya sido él, lo cual es cierto.

Win asintió.

—¿Tú crees que hablará?

—Citándote a ti mismo: «Eso es improbable».

—Sin embargo, si yo lo encuentro... —dijo Win.

Myron se volvió y dirigió la mirada al estrado.

—No lo apruebas —añadió Win.

—Sabes que no.

—Sin embargo, sabes cómo soy y cómo actúo.

—Lo cual quizás estuviera bien, no lo sé, en el pasado, en ciertas circunstancias.

—¿Pero no en nuestro mundo actual?

—¿De verdad estás a favor de que el Gobierno torture a la gente para conseguir información?

—Por Dios, no —respondió Win.

—¿Pero sí de que lo hagas tú?

—Sí, exacto. Yo confío en mi sentido común y en mis motivos. No confío en los del Gobierno.

—¿Así que para ti las normas son diferentes?

—Sí, por supuesto. —Win ladeó la cabeza—. ¿Te resulta extraño?

Myron negó con la cabeza.

—Una cosa más.

—¿Qué hay?

—Llevas desaparecido mucho tiempo.

Win no respondió.

—Si vuelvo a Estados Unidos —dijo Myron—, no quiero perderte otra vez.

—Ya has oído lo que ha dicho Brooke.

—Sí.

—La he cagado. Cueste lo que cueste, tengo que encontrar a su hijo.

Una hora más tarde, justo en el momento en que subían al avión de Win, Brooke recibió un mensaje de texto. Lo leyó y se quedó inmóvil. Myron y Chick se pararon a su lado un momento después.

—¿Qué es? —dijo Chick.

—Es de Nancy.

Le dio el teléfono a Chick, que lo leyó en voz alta:

—«Estoy haciendo lo mejor para mi hijo. Y para el tuyo. Créeme. Nos pondremos en contacto muy pronto».

Chick seguía con el ceño fruncido de siempre.

—¿Qué demonios significa eso?

Brooke volvió a coger el teléfono. Intentó llamar a Nancy, pero no hubo respuesta. Le envió un mensaje de texto pidiéndole más información, o que le aclarara lo que quería decir. Tampoco hubo respuesta.

—Nunca le hemos gustado —le aclaró Chick—. Desde el principio nos culpó por lo ocurrido, aunque nuestro hijo también hubiera desaparecido.

Se metió en el avión. Allí estaba Mee, con su uniforme de azafata perfectamente ajustado. Los recibió con una sonrisa discreta, como correspondía en aquella situación, y les pidió los abrigos.

—Actúa como si fuera culpa nuestra —le dijo Chick a su esposa—. Siempre lo he dicho.

—Sí, lo sé, Chick. Me lo has dicho muchas veces.

—Incluso antes de todo esto. Quiero decir... Hunter ahora es un borracho, pero siempre ha sido un inútil. Todo se lo han dado hecho. Un muermazo de narices. Es como hablar con una piedra. Pero Nancy... o sea... ¿Qué demonios trata de conseguir?

Nadie le respondió. Chick se dirigió a Mee:

—¿Alguien está usando el dormitorio?

—Está a su disposición, señor.

—Genial. ¿Puedes traerme un poco de agua?

—De inmediato, señor.

Chick sacó un frasco de pastillas del bolsillo. Cogió dos comprimidos, pero se lo pensó mejor y fueron tres. Mee le dio el agua. Él se las tragó y se dirigió a la habitación situada en la cola del avión.

—¿Te importa si...?

—Adelante.

Tres minutos más tarde se le oía roncar. Mee cerró la puerta del dormitorio y el ruido desapareció. El avión aceleró por la pista de despegue y se elevó. Myron y Brooke estaban sentados uno junto al otro.

—Así pues, ¿qué plan tiene Win? —preguntó ella.

—Quiere atrapar a Fat Gandhi antes de que lo haga la policía.

Brooke asintió.

—Eso estaría bien. ¿Crees que será capaz?

—Si Win estuviera aquí, creo que diría: «Haré como que no he oído tu pregunta».

Eso le hizo sonreír.

—Nos quiere mucho.

—Lo sé.

—Y no quiere a mucha gente —dijo ella—. Pero cuando quiere a alguien, es algo salvaje y reconfortante a la vez.

—Me ha salvado la vida más veces de las que puedo contar.

—Y tú la suya —replicó ella—. Me lo ha contado. Os conocisteis en Duke, ¿no?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Durante el primer año.

—Dime: ¿cuál fue la primera impresión que te dio?

Myron apartó la mirada e intentó no sonreír.

—Mi padre me llevó a Duke en coche. Yo estaba nervioso porque era mi primer año de universidad, y todo eso. Él intentó quitarle hierro al asunto, distraerme. Recuerdo que me ayudó a instalarme. Subimos todas aquellas cosas cuatro pisos por las escaleras. Yo insistía en que podía hacerlo solo. Estaba preocupado porque mi padre no estaba nada en forma...

Myron meneó la cabeza, y siguió su relato.

—En cualquier caso, en mi dormitorio había uno de esos almanaques con las fotos de todos los estudiantes de primer curso. ¿Te acuerdas?

—Sí, claro —dijo Brooke, y en sus labios afloró una sonrisa triste—. Nosotras solíamos examinar las fotos una a una y puntuar a los chicos en una escala del uno al diez.

—Dios, qué cutre, Brooke.

—Sí, qué se le va a hacer.

—Bueno, el caso es que mi padre y yo hicimos una pausa y nos pusimos a mirarlo. Y aún recuerdo ver la foto de Win, con su cabello rubio y sus ojos azules, como si fuera un modelo de portada de la revista *Pijitos Prepotentes*. Tenía esa expresión altiva en el rostro... Ya sabes.

Brooke la imitó a la perfección.

—Sí, exactamente.

—Como si fuera la criatura más excelsa sobre la faz de la Tierra.

—Exacto, e iba acompañada del nombre del colegio privado del que venía y su nombre completo. Así que leí aquello (Windson Horne Lockwood III) y me puse a reír, se lo enseñé a mi padre y él también se puso a reír, y pensé: «A este tipo no lo veré en los cuatro años de carrera, y mucho menos nos haremos amigos».

Brooke sonrió.

—Ya sé lo que quieres decir.

—Esa noche nos conocimos. Y desde entonces es mi mejor amigo.

—Así que ya entiendes lo que digo.

—Claro. La gente lo ve y su primera reacción es odiarlo. Lo ven y piensan que es un flacucho arrogante incapaz de romper un plato.

—Esos son presa fácil —convino Brooke.

—Sí. Y Win al principio se ocultó bastante. Pero yo percibí su lado oscuro desde el primer momento, cuando nos encontramos en la primera reunión de tutoría.

—Quizá fuera eso lo que te atrajo de él.

—¿El qué? ¿Su lado oscuro?

—Sí, su yin, que complementa tu yang.

—Quizá —dijo Myron.

—¿Y cuándo lo supiste de verdad? —preguntó ella—. Quiero decir... sus... talentos. ¿Lo recuerdas?

Lo recordaba. A la perfección.

—El primer año de carrera. Debíamos de llevar un mes. Unos cuantos jugadores de fútbol decidieron raparle la cabeza. Ya sabes cómo es eso. Decidieron que su cabello tenía un aspecto demasiado perfecto, con su raya rectísima, su rubio intenso y todo eso.

—Ya.

—Así que una noche esos jugadores de fútbol enormes entran en la habitación mientras Win está durmiendo. Eran cinco, creo. Cuatro para agarrarlo de piernas y brazos, y uno para raparle la cabeza.

—Vaya... —dijo Brooke.

—Sí.

—¿Y cómo les fue?

—Digamos que... el equipo de fútbol no levantó cabeza durante aquella

temporada. Demasiados jugadores lesionados.

—Menos mal que lo tenemos de nuestro lado —dijo Brooke, meneando la cabeza.

—La verdad es que sí.

—¿Y ahora cuál es nuestro plan, Myron?

—Es lo que dijo Win. Sea lo que sea lo que han sufrido esos dos chicos, acabó en Londres pero empezó en tu casa. Él está en un extremo del caso. Nosotros tenemos que ocuparnos del otro. Volver al punto de partida. Descubrir qué pudo suceder.

Brooke se quedó pensando.

—La verdad es que no estoy muy segura de entenderlo. Hemos repasado el lugar de los hechos un millón de veces.

—Sí, pero ahora lo veremos con nuevos ojos. Podemos ver algo más allá. Es como un viaje en coche en el que no sabes adónde vas. La semana pasada solo conocías el punto de partida. Ahora sabemos dónde estaba el coche hace tres días. Así que podemos volver a intentarlo.

—La verdad es que no perdemos nada por intentarlo —admitió Brooke.

—Pero sobre todo tenemos que conseguir que Patrick se abra.

—Sí.

—El mensaje de Nancy antes de que embarcáramos... ¿Qué te hace pensar?

—No estoy segura.

—Chick no parece confiar en ella. ¿Y tú?

Brooke se quedó pensando.

—Es madre.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que, al final, hará lo que sea mejor para su hijo. No para el mío.

Mee les llevó agua y frutos secos calentitos. Se los dejó y se fue enseguida.

—¿No crees que quiera ayudaros? —preguntó Myron.

—No, Nancy entiende nuestro dolor. Lo entiende como nadie, supongo. Pero el interés personal es una poderosa motivación. Igual que la de una madre preocupada por su hijo. En su mensaje dijo: «Estoy haciendo lo mejor para mi hijo. Y para el vuestro». No escribió: «Estoy haciendo lo mejor para nuestros hijos». ¿Ves la diferencia?

—Sí.

—Así pues, ¿qué hacemos?

—Pues lo mejor para tu hijo —dijo Myron—. Y para el suyo.

12

Cuando aterrizaron, Brooke tenía otro mensaje de Nancy:

Pasaremos por vuestra casa mañana a las 9.00. ¿Ok?

Brooke les leyó el mensaje a Myron y a Chick.

—¿«Pasaremos»? ¿A quién demonios se refiere? —preguntó Chick.

—No lo sé —respondió Brooke.

—Pregúntaselo.

—Creo que deberíamos esperar —dijo Brooke—. A lo mejor la espantamos.

—¿Espantarla? ¿Cómo? —preguntó Chick.

—No lo sé. ¿Myron?

—Creo que es mejor que esperéis —dijo Myron.

Brooke escribió la respuesta:

Ok, nos vemos mañana.

Había dos limusinas esperando, una para los Baldwin y otra para Myron. Brooke se detuvo un momento antes de subir al coche y se volvió hacia Myron.

—Mañana tú también deberías estar. Salvaste a su hijo. Están en deuda contigo.

Myron no estaba tan seguro, pero respondió:

—De acuerdo.

Esperó a que Brooke y Chick y su limusina hubieran desaparecido antes de dirigirse a la suya. Una vez dentro, el conductor dijo:

—Está todo dispuesto. Voy a quedarme con usted toda la noche.

—Estupendo.

—Así pues, ¿al instituto?

Myron comprobó su reloj.

—Sí, no estaría mal.

Se puso cómodo. Probablemente el mundo se viniera abajo al día siguiente; pero esa noche, si no ya apasionante, al menos sería normal. Eran las seis y media de la tarde cuando llegaron al polideportivo del pueblo, situado frente al instituto. Al óvalo que lo rodeaba, una pista de ochocientos metros que la gente del pueblo usaba para correr, para dar paseos o para compartir cotilleos, lo apodaban el Círculo porque... bueno, resultaba bastante apropiado. La comisaría de policía estaba enfrente. La biblioteca del pueblo estaba al fondo a la derecha, según entrabas en el Círculo. El centro de ocio comunitario estaba arriba a la derecha. La iglesia del pueblo ocupaba un terreno a la izquierda, y en lo más alto del Círculo, en una posición céntrica, estaba el enorme instituto del pueblo.

Palabra clave: «pueblo».

El conductor paró frente al gimnasio. Myron abrió la pesada puerta metálica y

entró. El recinto estaba vacío y oscuro. Eso lo sorprendió, pero entonces recordó que habían construido unas nuevas instalaciones tras el campo de fútbol. Este, el que tanto había significado para Myron, era ya el «viejo gimnasio». Y tenía aspecto de viejo. Un siglo, como poco. Cabría esperar que, en vez de aros, tuviera cestas para melocotones en vez de tableros.

Myron dio unos pasos y sus pisadas resonaron contra la vieja madera del parque. Se detuvo en la pista central y miró a su alrededor por un momento. Aquel olor familiar a sudor aún flotaba en el aire. Tal vez siguieran dando clases de gimnasia en aquel lugar. ¿O tal vez el olor, mezclado con el del detergente industrial, se había quedado impregnado para siempre en la madera? Seguro que a más de uno le parecía un olor horrible. Para Myron era casi algo celestial.

Los olores te devuelven al pasado. Llamarlo *déjà vu* sería quedarse corto. Giró sobre sí mismo lentamente, absorbiendo todo aquello. Levantó la vista y miró hacia la pared de hormigón y ladrillo, por encima de la puerta. El cartel seguía allí.

MÁXIMOS ANOTADORES DE TODOS LOS TIEMPOS

1. MYRON BOLITAR

Los recuerdos lo invadieron tan rápidamente y con tanta fuerza que casi se cae de espaldas. Las viejas gradas estaban pegadas a la pared, pero Myron las veía desplegadas y llenas de gente. Rememoraba a sus antiguos compañeros de equipo y entrenadores y, por un momento, intentó calcular cuántas horas había pasado en aquel pabellón, lo bien que le había ido allí dentro, en aquella cancha, en los límites de la pista de baloncesto. Se suponía que el deporte es un reflejo de la vida, una lección vital, una prueba de resistencia y fuerza, una gran preparación para el mundo real. Al menos, esa era la cantinela habitual. Pero en el caso de Myron no era así.

A Myron todo le había resultado fácil en la cancha. En la vida real, no tanto.

Salió al exterior, a la luz del sol. Subió de nuevo a la limusina.

—No es este gimnasio —dijo—. Creo que el nuevo está al otro lado del campo de fútbol.

El conductor lo llevó al nuevo gimnasio. Cuando abrió la puerta oyó el sonido familiar de una pelota de baloncesto que rebotaba y el chirrido de las zapatillas sobre la cancha. Música para sus oídos. El nuevo gimnasio era una obra de vanguardia, o eso decían. Tenía enormes focos, unos modernos marcadores y cómodas gradas con respaldo. Todo estaba reluciente. Pero el olor —la combinación de sudor y detergentes industriales— estaba presente también allí. Eso a Myron le hizo sonreír.

El equipo masculino del instituto estaba haciendo un partido de entrenamiento; la mitad vestidos de blanco y la otra mitad de verde. Myron se sentó en la primera fila, observó e intentó no sonreír demasiado. Eran buenos jugadores, más físicos y en mejor forma que en sus tiempos. Los Lancers no habían sufrido ninguna derrota en lo que llevaban de temporada, y se rumoreaba que tenían posibilidades de batir el récord de victorias consecutivas de hacía más de veinte años, cuando jugaba en el equipo la

gran estrella del momento.

Sí, lo habéis adivinado.

Por aquella cancha corrían buenos jugadores, algunos incluso muy buenos, pero había uno que destacaba por encima de los demás.

Era un estudiante de segundo de bachillerato llamado Mickey Bolitar. El sobrino de Myron.

Mickey se cruzó hacia la esquina, fintó, recibió el pase, esquivó al tres y entró con decisión al aro. Aquel chaval era poesía en movimiento. Era casi imposible dejar de mirarlo. Era espléndido. Myron estudió el rostro de su sobrino y vio aquella mirada, lo que llamaban «estar echufado», concentrado pero relajado, atento pero tranquilo... Podía llamársele de muchos modos, pero en realidad era... Era sentirse en casa.

Cuando Mickey salía a la pista, igual que le había sucedido a su tío, se sentía en casa. En la pista había una lógica. La vida estaba bajo control. Tenías amigos; tenías enemigos; tenías el balón y esos dos aros. Había normas. Había coherencia. Eras tú mismo. Estabas seguro.

Estabas en casa.

El entrenador Grady vio a Myron y se acercó. Algunas cosas podían cambiar. Pero otras no. El entrenador seguía llevando un polo con el logo bordado en el bolsillo y unos pantalones cortos quizás un poco apretados. Al llegar junto a Myron le estrechó la mano con fuerza y le dio un abrazo.

—Ha pasado demasiado tiempo —le dijo Myron.

—Sí. —El entrenador abrió los brazos—. ¿Qué te parece el nuevo gimnasio?

Myron echo un vistazo alrededor.

—En cierto modo echo de menos el viejo, ¿sabes?

—Ya.

—Pero a lo mejor es que nos estamos volviendo viejos y gruñones.

—Eso también podría ser.

—A lo mejor tendría que quedarme en el porche de casa, gritando a los niños que salgan de mi jardín.

Los dos se volvieron hacia la cancha y se quedaron mirando. Mickey fintó un tiro de tres puntos, atrayendo al defensor hacia sí, y luego pasó la pelota a un compañero que estaba en zona para que anotara sin problemas.

—Es especial —dijo Grady.

—Sí.

—Creo que puede llegar a ser mejor que tú.

—Cállate.

El entrenador Grady se rio e hizo sonar el silbato. El juego se detuvo, y por primera vez Mickey apartó la mirada del juego y vio a su tío. No lo saludó. Tampoco lo hizo Myron. El entrenador los concentró en el círculo central, les dio unas palabras de ánimo.

—¡Manos dentro! —dijo.

Todos juntaron las manos y gritaron:

—¡Equipo!

Luego se fueron a las duchas.

Mickey echó una carrera hasta donde estaba Myron. Tenía una toalla alrededor del cuello. Myron se puso en pie. Mickey tenía dieciséis años y era algo más alto que Myron, quizá mediría uno noventa y seis. No sonreía a menudo, al menos no con su tío; pero, por otra parte, su relación, aunque no muy intensa, hasta poco tiempo atrás había sido algo tensa.

—¿Tienes las entradas? —preguntó Mickey, y le sonrió.

—Solo hay que recogerlas en taquilla.

—Déjame que me dé una ducha rápida. Vuelvo enseguida.

Se fue corriendo. El gimnasio quedó vacío. Myron recogió un balón que había quedado en el suelo y se dirigió a la pista. Se situó en la línea de tiros libres. Botó el balón tres veces. Sus dedos encontraron la posición sin pensarlo. Lanzó la bola dándole un giro perfecto hacia atrás. Limpia. Lo hizo otra vez. Y otra.

Pasó el tiempo. No podría decir cuánto.

—¿Myron?

Era Mickey. Salieron al aparcamiento. Mickey se quedó inmóvil al ver la limusina.

—¿Vamos a ir en eso?

—Sí. ¿Hay algún problema?

—Es algo vistosa.

—Sí, la verdad es que sí.

Mickey miró alrededor para asegurarse de que ninguno de sus amigos lo veía. Cuando estuvo seguro de que no había moros en la costa, ambos se metieron en el coche. Mickey se inclinó hacia delante y le tendió la mano al conductor.

—Soy Mickey.

—Y yo, Stan —respondió el conductor—. Encantado de conocerte, Mickey.

—Lo mismo digo.

Mickey se sentó y se puso el cinturón. El coche se puso en movimiento.

—Yo pensaba que estabas de viaje y que al final no saldríamos —dijo Mickey.

—Acabo de volver.

—¿Dónde has estado?

—En Londres —dijo Myron—. ¿Cómo están los abuelos?

Los abuelos eran Ellen y Alan Bolitar, los padres de Myron. Mickey estaba pasando unos días en su casa.

—Están bien.

—¿Cuándo volverán tus padres?

Mickey se encogió de hombros y miró por la ventanilla.

—Se supone que es un retiro de tres días.

—¿Y luego?

—Si todo va bien, mamá puede seguir el tratamiento de forma ambulatoria.

El tono de Mickey dejaba claro que era mejor dejar el tema. Por una vez, Myron lo hizo.

El viaje hasta el centro de Newark duró media hora. La pista del Prudential Center es conocida como The Rock, en referencia al peñón de Gibraltar que aparecía en el logo del Prudential. Era el campo de los New Jersey Devils, que prácticamente eran el único equipo profesional que quedaba. Los Nets se habían trasladado a Brooklyn, lejos de sus raíces; pero en aquella cancha Myron había visto un montón de partidos de baloncesto universitario, y a Bruce Springsteen dos veces.

Myron recogió las entradas en la taquilla. También tenían unos pases plastificados que les daban acceso entre bastidores.

—¿Tenemos buenas localidades? —preguntó Mickey.

—Junto al ring.

—Guay.

—Tus tías nos cuidan bien. Ya lo sabes.

El espectáculo de la noche: lucha libre profesional. En otros tiempos, antes de que Internet facilitara el acceso a todo tipo de fotografías de mujeres con poca ropa, los adolescentes se emocionaban con los combates de lucha libre profesional femenina que daban los domingos por la mañana en la televisión. El programa de la noche suponía un regreso a aquellos días, los días de clásicos como las FLOW, las Fabulous Ladies of Wrestling, que en un principio querían llamarse Beautiful Ladies of Wrestling, pero las redes de televisión local no querían un grupo con un acrónimo que, como era el caso, diera pie a dudosas interpretaciones basadas en dobles sentidos.

Las FLOW habían desaparecido hacía muchos años; pero alguien, en particular Esperanza Díaz, amiga y exsocio de Myron, había hecho resucitar la organización. La nostalgia estaba de moda, y Esperanza, a quien en tiempos del FLOW se conocía como «la pequeña princesa india Pocahontas», esperaba sacarle partido. No contrataba a luchadoras jóvenes y macizas para atraer a los adolescentes. Aquel mercado ya estaba saturado.

Aquello era el «Cougar Tour»: bienvenidos al circuito de lucha profesional para veteranas. ¿Y por qué no? El circuito de golfistas veteranos tenía mucho gancho. También el del tenis. Las convenciones con actores de la tele de los años setenta que repartían autógrafos tenían más éxito que nunca. No había más que ver los grupos de rock que llenaban grandes escenarios —los Rolling Stones, los Who, Steely Dan, U2 y Springsteen—, y uno se daba cuenta de que, o bien los jóvenes habían perdido el interés, o bien no disponían de dinero para gastarlo en entradas.

Así pues, ¿por qué no sacar provecho?

En el combate de la noche, de la categoría Cougar, participaba el equipo de la Pequeña Pocahontas y Big Chief Mama.

Es decir, Esperanza Díaz y Big Cyndi.

Cuando entraron en el ring —Esperanza, con su minúsculo bikini de leopardo con un lazo de pelo; Big Cyndi, con sus dos metros de altura y sus ciento treinta kilos, embutida en una especie de vestido de cuero de viuda alegre y con un tocado de plumas—, la multitud se desató.

Mickey se volvió a la derecha para ver a las oponentes saliendo del túnel.

—¿Qué narices...?

La multitud se puso a abuchear.

Como era evidente suponer, la categoría de veteranas no tenía límites. Esperanza y Big Cyndi eran lo que cabría definir como maduritas interesantes, pero sus malvadas oponentes —«Señoras y señores, reciban con un aplauso al Eje del Mal: Commie Connie e Irene Telón de Acero»— caían más bien en la categoría de «más que maduras».

Aun así, Commie Connie lucía con orgullo (o con ganas de provocar) el mismo vestido superajustado rojo, con estrellas chinas e imágenes de Mao que la había hecho famosa, mientras que Irene llevaba una especie de maillot en dos piezas que componía una vieja hoz soviética en el escote.

Mickey se puso a teclear algo en su teléfono.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Myron.

—Estoy mirando una cosa.

—¿El qué?

—Un momento. —Luego añadió—: Según esto, Commie Connie tiene setenta y cuatro años.

Myron sonrió.

—Pues tiene un aspecto estupendo, ¿no?

—Eh... Sí, supongo.

Mickey no lo pillaba. Pero claro, tenía dieciséis años. Myron tenía diez años cuando admiraba a Connie, así que quizás aún la viera con los ojos de su infancia. Sería eso. Se acomodaron y se dispusieron a ver el combate. Myron se compró unas palomitas.

—¿Así que se supone que la tía Esperanza es india norteamericana? —preguntó Mickey.

—Sí.

—Pero es latina, ¿no?

—Sí.

—Y Big Cyndi ¿qué es?

—Lo que la gente quiera pensar.

—Pero no es india norteamericana.

—No, no lo es. —Luego Myron se volvió hacia él—. La lucha libre profesional no tiene mucho de políticamente correcto.

—Más bien es de una desvergüenza extraordinaria.

—Sí, supongo. Es un espectáculo. Ya nos indignaremos con ello mañana.

Mickey cogió unas cuantas palomitas.

—Les he contado a un par de mis compañeros de equipo que conocía a la Pequeña Pocahontas.

—Supongo que quedarían impresionados.

—Desde luego. Uno dice que su padre aún tiene el póster en su sala de pesas.

—Y eso supongo que también será políticamente incorrecto.

En el ring, Big Cyndi llevaba suficiente maquillaje como para hacerles la competencia a los cuatro miembros de Kiss a la vez. Pero, por otra parte, también lo llevaba en la vida real. Big Cyndi hizo un movimiento rápido cerca del tensor, agarró a Commie Connie con una llave de cabeza y luego, con la mano libre, le lanzó un beso a Myron.

—¡Lo quiero, señor Bolitar! —gritó.

Eso le encantó a Mickey. Y también a la multitud. Y, por supuesto, también a Myron.

La nostalgia era la razón de ser del «circuito de veteranas» de la «División Cougar». Era como ir al concierto de tu grupo favorito y pedirle que tocara sus grandes éxitos. Así que eso era lo que las cuatro luchadoras le daban a su público.

La Pequeña Pocahontas siempre había sido un ídolo de masas. Siempre desplegaba una táctica ganadora, con sus movimientos ágiles, pequeña y atractiva, bailando por el ring, corriendo adelante y atrás, ganándose la admiración del público y los puntos del árbitro, hasta que de pronto sus malvadas oponentes hacían alguna trampa y le daban la vuelta al combate. Las trampas solían consistir en tirarle arena a los ojos (a Esperanza se le daba estupendamente fingir que le ardían los ojos) o en usar el temido «objeto extraño» para dejarla indefensa.

Esa noche, Commie Connie e Irene Telón de Acero estaban haciendo ambas cosas.

Mientras Big Chief Mama estaba distraída con las malas artes del árbitro, seducido por Commie Connie, que le había prometido favores sexuales, Irene Telón de Acero usó el truco de la arena en los ojos, mientras Commie Connie le atizaba a Esperanza en los riñones con el objeto extraño. ¡La Pequeña Pocahontas tenía problemas! Las dos malvadas luchadoras se asociaron para atacar juntas a la Pequeña Pocahontas —¡cosa que también era ilegal!—, machacándola sin piedad, mientras el público imploraba que alguien ayudara a la pobre muchacha, cuando por fin Big Chief Mama se dio cuenta de lo que ocurría, sacó al árbitro del ring de un empujón y rescató a la sensual heroína, y juntas, la Pequeña Pocahontas y Big Chief Mama, se enfrentaron al Eje del Mal.

De lo más entretenido.

Todo el público, y eso incluía a Myron y Mickey, se puso en pie, rugiendo.

—¿Y por qué estabas en Londres? —preguntó Mickey.

—He ido a ayudar a un viejo amigo.

—¿A hacer qué?

—Intentábamos localizar a dos chavales desaparecidos.

Mickey se volvió hacia él, de pronto muy serio.

—¿No encontraron a uno?

—¿Lo has visto?

—Ha salido en las noticias. Patrick nosequé.

—Patrick Moore.

—Tiene mi edad, ¿no? ¿No desapareció cuando tenía seis años?

—Eso es.

—¿Y qué hay del otro chico?

—Rhys Baldwin. —Myron meneó la cabeza—. Aún lo estamos buscando.

Mickey tragó saliva y volvió a prestar atención al combate. En el ring, la Pequeña Pocahontas acababa de barrer a Irene Telón de Acero, derribándola. Commie Connie ya estaba tendida en el suelo y —¡glups!— Big Chief Mama estaba de pie, subida a la cuerda más alta.

—La traca final —anunció Myron con una gran sonrisa en los labios.

Con un movimiento que parecía desafiar la gravedad, Big Chief Mama dobló las rodillas y dio un salto hacia arriba. La multitud contuvo la respiración mientras ella, casi en cámara lenta, iba cayendo hasta aterrizar sobre sus dos adversarias con un ruido como el de un enorme bofetón.

Ninguna de sus oponentes se movió.

Cuando Big Chief Mama se levantó, uno casi se esperaba encontrar a sus rivales hechas papilla sobre la lona, como en los dibujos animados. Big Chief Mama se dejó caer sobre Connie. Pocahontas, sobre Irene. Ambas inmovilizaron a sus rivales, sonó la campana y el presentador gritó:

—He aquí a las ganadoras y vigentes campeonas de la División Cougar, desde la reserva india directo a vuestros corazones. ¡Demos una ovación a la Pequeña Pocahontas y a Big Chief Mama!

Con todo el estadio en pie, Big Cyndi levantó a Esperanza y se la puso a hombros. Saludaron y mandaron besos a su público y recibieron una lluvia de aplausos.

Y luego empezó el siguiente combate.

Una hora más tarde, Myron y Mickey mostraron sus pases y pasaron a la zona de vestuarios. Big Cyndi, aún vestida con su traje de cuero negro y su tocado, salió corriendo a recibirlos y gritó:

—¡Oh, señor Bolitar!

Se le estaba empezando a correr el maquillaje, lo que creaba el efecto de una caja de ceras olvidada demasiado cerca de la chimenea.

—Hola, Big Cyndi.

Ella lo rodeó con sus brazos como troncos y lo apretujó, levantándolo ligeramente del suelo. Big Cyndi aún estaba cubierta de sudor, así que un abrazo suyo era como una poderosa succión, como verse envuelto por una capa de tela asfáltica húmeda.

Myron sonrió y se dejó llevar. Cuando por fin lo dejó en el suelo, dijo:

—¿Te acuerdas de mi sobrino?

—¡Oh, señor Mickey!

Big Cyndi le dio el mismo abrazo de oso. Mickey no sabía muy bien qué hacer — la primera vez siempre te pillaba por sorpresa—, pero aguantó el apretón.

—Eh, Cyndi, has estado espléndida.

Ella lo miró como extrañada.

—¿Cyndi?

—Perdón. Big Cyndi.

Eso le gustó. Big Cyndi había sido la recepcionista de Myron cuando Esperanza y él tenían su agencia deportiva. Prefería las formalidades, así que Myron siempre era el señor Bolitar y ella siempre había insistido en que la llamaran Big Cyndi, en vez de Cyndi a secas. Incluso se había cambiado el nombre, de modo que en los documentos oficiales ahora aparecía Big como primer nombre y Cyndi como segundo.

—¿Dónde está Esperanza? —preguntó Myron.

—Está saludando a los VIP —respondió Big Cyndi—. Es muy popular, ya sabe.

—Sí, ya lo sé.

—La mayoría de los VIP son hombres, señor Bolitar.

—Ya.

—Pagan quinientos dólares por entrada, pero a cambio consiguen hacerse una foto con la Pequeña Pocahontas. No es que yo no tenga mis fans, ya sabe.

—Oh, ya lo sé.

—Yo cobro mil, señor Bolitar. Soy más exigente.

—Es bueno saberlo.

—¿Les apetece un *smoothie* de verduras? No tiene buen aspecto, señor Bolitar.

—No, gracias.

—¿Señor Mickey?

—No, estoy bien.

Dos minutos más tarde entró en la sala Esperanza, con un albornoz cubriéndole el

bikini de ante. Mickey se puso en pie en cuanto la vio entrar. No había duda: Esperanza era de esas mujeres que provocan una reacción en cualquier hombre. Tenía esa belleza especial que te recuerda las puestas de sol en el Caribe o los paseos por la playa a la luz de la luna.

—Oh, no hace falta que te levantes, Mickey. Gracias.

Esperanza frunció el ceño al mirar a Myron, sin conseguir con ello que se levantara, y le dio un beso en la mejilla a Mickey. El muchacho la felicitó por el espléndido espectáculo. Myron se quedó sentado, a la espera. Esperanza era una gran amiga desde hacía mucho tiempo. Había trabajado en su agencia deportiva, al tiempo que estudiaba Derecho por las noches, y habían sido pareja. Myron la conocía. Y ella lo conocía.

Así que esperó.

Tras unos minutos de charla, Esperanza le cogió la mano a Mickey.

—¿Te importaría dejarme hablar con tu tío a solas unos minutos?

—Oh, claro.

—Venga conmigo, señor Mickey —dijo Big Cyndi, y le indicó que la siguiera—. Commie Connie lo ha visto en la primera fila y me ha dicho que quería conocerlo.

—Ah... vale.

—Ha dicho que tenía usted un aspecto (y la cito literalmente) «delicioso».

Mickey palideció, pero la siguió al exterior.

—Es un buen chico —dijo Esperanza—. ¿Ya no te odia?

—Eso creo.

—¿Y cómo están sus padres?

Myron levantó la mano y la ladeó a derecha e izquierda.

—Veremos.

Esperanza cerró la puerta.

—Así que has estado en Londres.

—Sí.

—No me dijiste que fueras a ir.

—Fue una cosa improvisada.

—Y he visto en las noticias que han encontrado a un niño desaparecido en Londres.

—Sí.

—Pero no es el de la prima de Win.

—No —dijo Myron—. Era el otro chaval. Patrick Moore.

—También he leído que hubo una gran explosión en el lugar donde hallaron al chico. Se llevó por delante toda una pared.

—Ya conoces a Win —dijo Myron—. No le van las sutilezas.

—Así pues, ¿es cierto? —dijo Esperanza, mirándolo fijamente a los ojos—. ¿De verdad viste a Win?

—Sí. Me llamó pidiendo ayuda.

—¿Está bien?

—¿Alguna vez lo ha estado?

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Yo lo he visto bien.

—¿Y qué hay de todos esos rumores que decían que había perdido la cabeza y estaba encerrado...?

—Los lanzó él.

Myron la puso al corriente de todo lo sucedido. Esperanza se sentó delante de él y escuchó. Aquello la transportó a días mejores, cuando eran más jóvenes y discutían durante horas sobre los contratos y los acuerdos con los patrocinadores. Durante muchos años, Esperanza había formado parte del día a día de Myron. Eso lo echaba de menos.

Cuando acabó, Esperanza meneó la cabeza.

—Aquí hay algo que no cuadra.

—Eso creo yo.

—¿Y mañana vas a ver al chico a quien rescataste?

—Eso esperamos.

—Big Cyndi y yo podemos ayudaros.

—Me las puedo arreglar solo. Vosotras dos tenéis trabajo.

—No hagas eso, Myron.

—¿Que no haga qué? Tú tienes un negocio que gestionar.

—Un negocio que gestiono yo. Big Chief Mama y la Pequeña Pocahontas van rotando en la agenda de combates. Podemos estar libres cuando nos necesites. — Esperanza se inclinó hacia delante—. Se trata de la prima de Win. Quiero formar parte de ello. Y Big Cyndi también. No nos dejes fuera.

—Vale —dijo Myron. Y luego—: Por cierto, ¿dónde está Hector?

El gesto de Esperanza se volvió más lúgubre. Cuando volvió a hablar, lo hizo con rabia.

—Está con su padre.

—Vaya. A juzgar por tu tono, supongo que la lucha por la custodia no va bien.

—Tom se entiende bien con el juez. Juegan juntos al golf, lo creas o no.

—¿Y no puedes pedir un cambio de juez?

—Mi abogado dice que no. Adivina qué es lo que ha declarado Tom.

—¿Qué?

—Que llevo un estilo de vida —Esperanza dibujó unas comillas con los dedos— «lujurioso».

—¿Porque eres luchadora?

—Porque soy bisexual.

—¿En serio? —preguntó Myron.

—Sí.

—Pero hoy en día la bisexualidad es de lo más habitual.

—Ya —dijo Esperanza.

—Prácticamente es un tópico.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Me siento un poco demodé —dijo ella, y se volvió.

—¿Así que pinta mal?

—Puede que lo pierda, Myron. Ya conoces a Tom. Es uno de los que van a saco, sin contemplaciones. No se trata de lo que es correcto, incorrecto o verdad. Se trata de conseguir la victoria, de ganarme, cueste lo que cueste.

—¿Puedo hacer algo?

—Respóndeme una pregunta.

—¿Cuál?

—Tú sabías que era un capullo inútil, ¿verdad?

Myron no respondió.

—¿Por qué dejaste que me casara con él?

—No creí que debiera interferir.

—¿Y quién debía hacerlo, entonces?

Bum. Silencio escénico. Esperanza se lo quedó mirando un instante. No tenía familia. Solo tenía a Myron, a Win y a Big Cyndi.

—¿Me habrías escuchado? —preguntó Myron.

—No más de lo que me escuchaste cuando te dije lo terrible que era Jessica.

—Al final yo vi la luz.

—Oh, sí, pues claro que viste la luz. Justo después de que te dejara tirado y se casara con otro. —Esperanza levantó la mano—. Perdona, he dicho una tontería. Es que estoy cabreada.

—No pasa nada.

—Además, ahora tienes a Terese.

—Y me has dado tu aprobación.

—Me encanta. Si pudiera conseguir que se cambiara de acera, te la robaría.

—Me siento halagado —dijo Myron.

—Un momento.

—¿Qué?

—Si Win ha vuelto, ¿eso significa que ya no seré tu madrina de bodas?

—De todos modos, no ibas a serlo —dijo Myron—. Los hombres llevan padrino.

—Eso es sexista.

—Pero Terese y yo queríamos pedirte algo.

—¿Qué?

—Queremos que seas tú quien oficie la ceremonia.

Esperanza no solía quedarse pasmada. Pero era justo lo que le acababa de pasar.

—¿De verdad?

—Sí. Tienes que ordenarte por Internet, o algo así, pero queremos que seas tú la que nos case.

—Eres un cabrón —dijo Esperanza.

—¿Por qué?

—Tengo que salir a saludar, y vas a hacer que me eche a llorar.

—No, qué va. Eres demasiado dura para eso.

—Es cierto —respondió ella. Se puso en pie y se dirigió a la puerta—. ¿Myron?

—Dime.

—¿Cuántas veces ha pedido ayuda Win?

—Creo que es la primera.

—Tenemos que encontrar a Rhys.

Mickey estuvo en silencio durante todo el camino de vuelta a casa.

Tío y sobrino no siempre se habían llevado bien. Mickey culpaba a Myron de gran parte de lo que les había sucedido a su padre y a su madre. En cierto modo, era justo. Esperanza se preguntaba por qué Myron no le había advertido nunca sobre Tom. Mickey era parte del motivo. Myron se había entrometido cuando su hermano Brad (padre de Mickey) decidió fugarse con Kitty Hammer, niña prodigio del tenis (y madre de Mickey).

Aquella decisión, tomada con la mejor de las intenciones, había resultado desastrosa.

—El chico desaparecido —dijo Myron— tiene tu edad.

Mickey miraba por la ventanilla. Había pasado por muchas cosas para ser tan joven: su ajetreada infancia, la adicción a las drogas de su madre, el regreso inesperado de su padre... Mickey también parecía haber heredado el gen del «complejo de héroe» de los Bolitar. Había hecho muchas cosas buenas en muy poco tiempo. Eso enorgullecía y preocupaba a Myron a partes iguales.

—Estaba pensando que quizá pudieras ayudarme a entender lo que estará pensando.

—¿De verdad?

—Sí.

Mickey hizo una mueca.

—Así que, cuando me encuentre con un cuarentón, ¿podré saber todo lo que piensa solo con preguntártelo a ti?

—Tienes razón —dijo Myron.

—Lo secuestraron hace... ¿Cuánto? ¿Diez años?

—Exacto.

—¿Sabéis algo sobre dónde ha estado todo ese tiempo?

Myron meneó la cabeza.

—Solo que lo hemos encontrado prostituyéndose en la calle.

Silencio.

—¿Myron?

—¿Sí?

—Cuéntamelo todo, ¿vale?

Myron le contó la historia. Mickey escuchó sin interrumpirlo.

—Así que ahora Patrick está en casa —dijo Mickey.

—Sí.

—Y se supone que vas a verlo mañana.

—Esa es la idea.

Mickey se frotó la barbilla.

—Si no sale bien, dímelo.

—¿Qué te hace pensar que no va a ir bien?

—Nada.

—¿Y qué harás si no va bien?

Mickey no respondió.

—No quiero que te impliques en esto, Mickey.

—Es un adolescente que había desaparecido, Myron. Tal como has dicho, quizá yo tenga una percepción más clara del asunto.

El coche de Myron pasó junto a una serie de mansiones de nuevos ricos tan enormes que daba la impresión de que hubieran tomado algún tipo de hormona del crecimiento. Los prados estaban perfectamente cuidados, y los setos, tallados con una precisión exagerada. El sol brillaba como si alguien hubiera apretado un botón y lo hubiera encargado. El ladrillo tenía un tono perfectamente desgastado, que contribuía a acentuar el efecto Las Vegas-Disney de todo el barrio. Ninguna de las casas tenía una vía de acceso asfaltada. Todas estaban hechas con una especie de piedra caliza que daba pena pisar por miedo a que se estropeará. Todo apeataba a dinero. Myron bajó la ventanilla esperando oír una banda sonora que encajara con aquel ambiente ideal, quizá Bach o Mozart, pero lo único que se oía era el silencio, que, pensándolo bien, era la banda sonora ideal.

Las casas eran preciosas y pintorescas, y tenían la calidez de una cadena de hoteles.

Había varias furgonetas de diferentes cadenas de televisión en la calle, aunque no tantas como cabía esperar. La puerta estaba abierta, así que Myron entró en la vía de acceso a casa de los Baldwin, que, sí, también era de piedra. Eran las ocho y media. Faltaba media hora para la cita con los Moore. Myron bajó del coche. La hierba estaba tan verde que casi le dieron ganas de agacharse a ver si la acababan de pintar.

Una perra labrador de color chocolate se le acercó a la carrera. Agitaba el rabo con tanta emoción que las patas traseras no podían seguir el ritmo de las delanteras. En los últimos metros prácticamente derrapó. Myron se agachó, hincando una rodilla en el suelo, y la rascó detrás de las orejas.

Un joven —a quien Myron le calculó unos veinte años— acudió tras la perra. Llevaba la correa en la mano. Tenía el cabello largo y ondulado, una de esas melenas que de manera inevitable tienes que echarte hacia atrás para que no te cubra los ojos. Vestía un chándal de licra negro con mangas azul marino que conjuntaban a la perfección con el azul marino de sus zapatillas. Myron pensó que quizá sus rasgos reflejaran un poco los de sus padres.

—¿Cómo se llama la perra? —preguntó Myron.

—*Chloe*.

Myron se puso en pie.

—Debes de ser Clark.

—Y usted debe de ser Myron Bolitar —dijo dando un paso adelante y tendiéndole la mano—. Me alegro de conocerlo.

—Lo mismo digo. —Y le estrechó la mano.

Myron hizo un cálculo mental rápido. Clark era el hermano mayor de Rhys. Tenía once años cuando se produjo el secuestro, así que ahora tenía veintiuno.

Por un momento ambos se quedaron allí, sin saber qué hacer. Clark miró a la derecha, luego a la izquierda, y luego le mostró una sonrisa forzada.

—¿Vas a la universidad? —le preguntó Myron, por decir algo.

—Sí, estoy en primero.

—¿Adónde vas?

—A Columbia.

—Un gran centro —dijo Myron, por decir algo—. ¿Ya sabes qué carrera vas a hacer, o es la típica pregunta pesada que hacemos los adultos?

—Ciencias Políticas.

—Ah —respondió Myron—. Eso fue lo que hice yo.

—Genial.

Otro momento incómodo.

—¿Tienes alguna idea de qué harás cuando te gradúes? —preguntó, porque no se le ocurría nada más trillado y vacuo que preguntarle a un chaval de veintiún años.

—Ni la más mínima idea —dijo Clark.

—No hay prisa.

—Gracias.

¿Estaba siendo sarcástico? En cualquier caso, se hizo otro silencio incómodo.

—Debería entrar —dijo Myron, señalando hacia la puerta principal por si Clark no entendía el significado de «entrar».

Clark asintió. Luego dijo:

—Usted es el que salvó a Patrick.

—Con ayuda. —Otra respuesta tonta. El chico no buscaba humildad—. Sí, estuve allí.

—Mamá dice que estuvo a punto de salvar a Rhys.

Myron no tenía ni idea de cómo responder a eso, así que se puso a mirar alrededor, y entonces se le ocurrió la idea: aquello era el escenario del crimen. Nancy Moore había seguido aquel sendero cuando se disponía a llamar al timbre para recoger a Patrick. Brooke también lo había seguido un poco más tarde al no obtener respuesta de Vada Linna, la *au pair*.

—Tenías once años —dijo Myron.

Clark asintió.

—Sí, así es.

—¿Recuerdas algo?

—¿Como qué?

—Cualquier cosa. ¿Dónde estabas cuando ocurrió?

—¿Qué importancia tiene eso?

—Solo intento valorar todos los puntos de vista para hacerme una idea de conjunto. Eso es todo.

—¿Y yo qué tengo que ver?

—Nada —dijo Myron—. Pero así es como lo hago yo. Investigar, quiero decir. Voy tanteando a ciegas. Hago un montón de preguntas tontas. La mayoría no llevan a ninguna parte. Pero a veces hasta de una pregunta tonta surge una chispa.

—Estaba en clase —respondió Clark—. La del señor Dixon. En quinto.

Myron se quedó pensando.

—¿Y por qué no estaban en clase Rhys y Patrick?

—Iban al parvulario.

—¿Y qué?

—Pues que en este pueblo los parvularios solo funcionan a media jornada.

Myron se quedó reflexionando un momento.

—¿Qué es lo que recuerdas?

—Nada, en realidad. Volví del colegio. La policía estaba aquí.

Se encogió de hombros.

—¿Lo ves? —dijo Myron.

—¿Ver qué?

—Has sido de ayuda.

—¿Cómo?

La puerta principal se abrió y salió Brooke.

—¿Myron?

—Sí, perdona. Estaba charlando con Clark.

Sin decir una palabra más, Clark le puso la correa a la perra y salió corriendo hacia la calle. Myron se acercó a Brooke, sin saber muy bien si darle un beso en la mejilla, estrecharle la mano o qué hacer. Brooke le dio un abrazo, así que se dejó llevar. Oía bien. Llevaba vaqueros y una blusa blanca. Le quedaba bien.

—Llegas pronto —dijo Brooke.

—¿Te importa enseñarme la cocina? —preguntó Myron.

—Vamos al grano, ¿eh?

—No pensaba que quisieras que me lo tomara con tranquilidad.

—Has pensado bien. Por aquí.

El suelo era de mármol, así que sus pasos resonaron en todo el atrio, que tenía tres plantas de altura. Había una escalera regia, de esas que uno no ve en la vida real. Las paredes eran de color malva claro y estaban cubiertas de tapices. Desde el salón había un buen trecho hasta la cocina, rectangular, que tenía aproximadamente el tamaño y las dimensiones de una pista de tenis. Todo era blanco o cromado, y Myron se preguntó lo que costaría mantener limpia una estancia como aquella. Había ventanales del suelo al techo que ofrecían unas vistas impresionantes del patio trasero, de la piscina y de la pérgola. Más allá se veía dónde empezaba el bosque.

—Así que, si recuerdo bien el informe policial —dijo Myron—, la niñera estaba junto al lavadero.

—Así es.

Myron giró hacia la izquierda.

—Y los dos niños estaban sentados a la mesa de la cocina.

—Exacto. Habían estado jugando en el patio.

—¿En el patio trasero? —preguntó Myron señalando a los ventanales.

—Sí.

—Así que estaban jugando fuera. Entonces la niñera los hizo entrar para que comieran algo.

Myron se acercó a la puerta corredera de vidrio e intentó abrirla. Estaba bloqueada.

—¿Habrían entrado por esta puerta?

—Sí.

—Y entonces ella dejó la puerta abierta.

—Solíamos dejarla abierta —dijo Brooke—. Nos sentíamos seguros.

Tras aquella frase, la cocina quedó en silencio.

Myron lo rompió:

—Según tu niñera, los secuestradores iban vestidos de negro, llevaban gafas de esquí y todo eso.

—Eso es.

—¿Y no tenéis cámaras de vigilancia ni nada de eso?

—Ahora sí. Pero entonces no. Teníamos una cámara en la puerta de entrada para ver quién llamaba al timbre.

—Supongo que la policía ya la comprobó.

—No había nada que comprobar. No grababa. Solo la usábamos para ver quién venía.

Había una mesa de la cocina circular con cuatro sillas. Rhys solo tenía un hermano —Clark—, así que Myron se preguntó si siempre habría habido cuatro sillas, y si después de lo sucedido a Rhys nadie había tenido el valor de quitar una. ¿Se sentaban allí a cenar cada noche, después de diez años, dejando una silla vacía?

Miró a Brooke, que sabía lo que estaba pensando. Se le veía en la cara.

—A veces también comemos en la isla —dijo ella.

Había una gran isla rectangular de mármol en el centro de la cocina, sobre la que colgaba toda una gama de cazuelas de latón. En un lado tenía armarios. En el otro había seis taburetes de bar.

—Una cosa —dijo Myron.

—¿Qué?

—Todo da a las ventanas. O sea, salvo por una de las sillas junto a la mesa. Desde el lavadero se ve el exterior. Desde los fogones. Desde los taburetes, e incluso desde la mesa.

—Sí.

Myron se acercó a la puerta corredera de cristal. Miró a la izquierda y luego a la derecha.

—¿Así que tres hombres con gafas de esquí llegan hasta aquí (llegan hasta esta puerta) y nadie los ve?

—Vada estaba ocupada —dijo Brooke—. Estaba preparándoles de comer. Los niños... bueno, no estarían mirando por la ventana. Probablemente estarían jugando a

algún videojuego o corriendo por ahí.

Myron observó lo abierto que era el patio, lo grandes que eran los ventanales.

—Supongo que es posible.

—¿Qué otro motivo podría haber?

De momento no tenía respuesta a eso.

—Clark me ha dicho que estaba en el colegio cuando se llevaron a los niños.

—Sí. ¿Y?

—La mayoría de los niños acaban las clases hacia las tres de la tarde. En este pueblo los parvularios solo abren a media jornada, ¿verdad?

—Exacto. Salían a las once y media.

—Y los secuestradores lo sabían.

—¿Y qué?

—Nada. Sugiere cierta planificación por su parte, eso es todo.

—Eso pensó la policía. Supusieron que probablemente seguirían a Vada o a Rhys y que conocerían sus horarios.

Myron se quedó pensando en ello.

—Pero Rhys no siempre venía a casa después del colegio, ¿no? Quiero decir, que a veces iba a jugar a casa de otros niños. Supongo que a veces iría a casa de Patrick, por ejemplo.

—Sí.

—Así que, por un lado, esto tiene pinta de haber sido planeado de manera cuidadosa. Tres hombres. Que conocían los horarios. Y, por otro, confían en que vuestra *au pair* se deje esta puerta abierta y en que nadie los vea al acercarse.

—Quizá supieran que no solía cerrarla.

—¿Espióndola cuando entraba en la cocina desde el patio? Es poco probable.

—También podrían haber reventado el ventanal —aventuró Brooke.

—No te sigo.

—Pongamos que Vada los descubre. ¿Crees que podría haber llegado a la puerta y cerrarla a tiempo? ¿Y luego qué? Podrían haber roto el cristal y hacerse con los niños.

Todo aquello era posible. Pero ¿por qué esperar? ¿Por qué no agarrar a los chicos cuando estaban fuera, en el patio? ¿Tenían miedo de que los viera alguien?

Era demasiado pronto para formular teorías. Necesitaba reunir más datos.

—Así que los secuestradores entran, justo por donde estamos ahora nosotros —dijo Myron. Brooke se puso rígida un momento—. He sido algo brusco, perdona.

—No seas condescendiente conmigo.

—No pretendo serlo. Pero eso no significa que tenga que ser insensible.

—Acabemos con esto —dijo Brooke.

—¿Quieres que lo dejemos?

—Probablemente te preguntes cómo lo hago —prosiguió Brooke—. Cómo entro cada día en esta cocina y paso justo por donde se llevaron a Rhys. ¿Me bloqueo? ¿Lloro a veces? Hago ambas cosas, supongo. Pero sobre todo recuerdo. Cuando entro

en esta cocina, lo que ocurrió me acompaña. Y lo necesito. Todo el mundo se preguntó por qué no nos mudamos. Por qué preferimos este dolor. Te diré por qué. Porque este dolor es mejor. Este dolor es mejor que el dolor de despedirnos de él. Una madre no se despide de su hijo. Así que puedo vivir con el dolor. Pero no puedo olvidarme de mi hijo.

Myron pensó en lo que le había dicho Win, en que no poner punto final a aquello estaba destrozando a Brooke, haciéndolo aún más insoportable. Llega un momento en que tienes que saber las respuestas. Quizá puedas vivir con el dolor, pero el no saber, el purgatorio, el limbo, tenía que reconcomérsese por dentro.

—¿Lo entiendes ahora? —preguntó Brooke.

—Sí, lo entiendo.

—Pues suelta la siguiente pregunta —dijo ella.

Myron no se lo pensó.

—¿Por qué el sótano? —Señaló la puerta corredera de cristal—. Entras por aquí. Has cogido a los niños. Tienes a la niñera. Decides dejarla viva. Decides atarla. ¿Por qué no hacerlo aquí? ¿Por qué llevarla al sótano?

—Por el motivo que acabas de mencionar.

—¿Cuál?

—Si la hubieran atado aquí, se la vería desde el patio.

—Pero si tan expuesto está el patio, ¿por qué entraron por aquí?

Myron oyó unas pisadas decididas bajando por las escaleras. Miró el reloj. Las nueve menos cuarto.

—¿Brooke?

Era Chick. Entró a toda prisa en la cocina y se paró de golpe al ver a Myron. Chick llevaba traje y corbata y un elegante bolso de piel, el equivalente moderno de un maletín. ¿Pensaba ir a hablar con Patrick y luego... ir unas horas a la oficina?

Chick no se molestó en saludar. Le mostró su teléfono móvil a Brooke.

—¿Es que no miras los mensajes? —le dijo.

—Me he dejado el teléfono en el vestíbulo. ¿Por qué?

—Mensaje de grupo de Nancy a los dos —respondió Chick—. Quiere que nos veamos en su casa, no aquí.

Fueron en el coche de Myron. Este conducía, y Chick y Brooke se sentaron detrás. Iban cogidos de las manos, algo que resultaba extraño en ellos.

—Gira a la izquierda al final de la calle —le indicó Chick.

La calle de la izquierda llevaba hacia abajo. Colina abajo, el barrio se hacía menos rico, aunque siempre dentro de un espectro de rentas altas. Chick le indicó dónde girar a la derecha, y luego, a la izquierda. El viaje fue corto. Entre las dos casas había poco más de un kilómetro.

Cuando giraron la última esquina y tomaron la calle de los Moore, Chick miró hacia delante y murmuró:

—Mierda.

Había furgones de medios de comunicación, montones de ellos, a ambos lados de la calle. Tenía sentido, por supuesto. Tras una ausencia de diez años, Patrick Moore había vuelto a casa. Los periodistas querían fotografías y vídeos del niño desaparecido, de los felices padres y del gran encuentro. Hasta ese momento, solo había llegado a los medios una imagen del recién rescatado Patrick. Un camillero del hospital de Londres había tomado una fotografía algo borrosa del adolescente durmiendo a lo lejos y se la había vendido a un tabloide británico.

Era evidente que querían más.

Los medios empezaron a rodear el coche; pero Myron no dejó de moverse para que nadie pudiera ponérseles delante. En la puerta de entrada a la finca había un guardia urbano. Le hizo un gesto a Myron para que entrara en la vía de acceso e indicó a los demás que se abstuvieran de seguirlos. Los periodistas obedecieron, confiando en el alcance de sus zums. Myron observó que en el jardín había un cartel de «Se vende». Justo delante de ellos, la puerta del garaje se abrió deslizándose hacia un lado. Esta empezó a cerrarse en cuanto metieron el coche. Myron apagó el motor. Esperaron a que la puerta se cerrara del todo y cortara el acceso a los objetivos indiscretos. Salieron.

En el garaje cabían dos coches. El que tenían al lado era un Lexus sedán. El garaje no estaba desordenado, pero no tanto porque los dueños fueran ordenados, sino porque no había gran cosa. No había nada en aquel lugar propio de una «familia de las afueras», pero... ¿por qué iba a ser así? Patrick también tenía una hermana mayor, Francesca, que rondaría la edad de Clark, si Myron recordaba bien, y no tenía ningún hermano menor. Hunter y Nancy estaban divorciados, así que hasta unos días antes allí solo vivían una madre y su hija universitaria. Tal vez Nancy pensara en mudarse a otro sitio para pasar página lo antes posible.

La puerta que daba a la casa se abrió y Hunter Moore asomó la cabeza. Parecía sorprendido de ver a Myron con ellos, pero reaccionó enseguida.

—Hola, chicos, venid por aquí.

Dieron dos pasos por el cemento y el tercero ya fue sobre baldosa. La cocina era

casi acogedora, pensada para que tuviera un aspecto rústico, con revestimientos de piedra y armarios con paneles de madera. Nancy estaba de pie junto a la mesa de la cocina, con un hombre a quien Myron no reconoció.

El hombre les dedicó una sonrisa que a Myron le dio casi escalofríos. Era medio calvo, enjuto y tal vez recién entrado en la cincuentena, y llevaba unas gafas de pasta. Vestía una camisa vaquera y unos vaqueros muy desgastados. Parecía recién sacado de un campamento folk.

Los seis se quedaron allí de pie un momento, como si ambas parejas hubieran llevado sus padrinos para batirse en duelo. Myron intentó cruzar una mirada con Nancy y Hunter, pero solo consiguió ponerse nervioso. El señor Festival Folk, por otra parte, parecía estar en su elemento. Fue el primero en hablar.

—¿Por qué no nos sentamos todos? —propuso.

—¿Quién demonios es este tipo? —preguntó Chick.

El tipo dirigió su escalofriante mirada amable a Chick.

—Me llamo Lionel.

Chick miró a Myron; luego, a su esposa, y luego, a los Moore.

—¿Dónde está Patrick?

—Está arriba —informó Lionel—. ¿Por qué no nos sentamos en el salón para estar más cómodos?

—Oye, ¿Lionel? —respondió Chick.

—¿Sí?

—¿Tenemos pinta de querer ponernos cómodos?

Lionel asintió con la peor imitación posible de un gesto de comprensión.

—Tomo nota, Chick. ¿Te parece bien que te llame Chick?

Chick miró a Myron y a Brooke, como si quisiera decir: «¿Qué cojo...?».

Brooke dio un paso hacia Nancy.

—¿Qué pasa aquí, Nancy? ¿Quién es este tipo?

Nancy no parecía saber qué decir, pero Lionel metió baza.

—Me llamo Lionel Stanton —se presentó—. Soy el médico que se ocupa de Patrick.

—¿Qué tipo de médico? —preguntó Chick.

—Soy psiquiatra.

Oh, oh. A Myron no le gustaba el camino que estaba tomando aquello.

Nancy Moore cogió a Brooke de la mano.

—Queremos ayudaros.

—Por supuesto —añadió Hunter. Se balanceó un poco al hacerlo, y Myron se preguntó si estaría sobrio.

—¿Por qué creo que se acerca un pero? —dijo Chick.

—No hay peros —respondió Lionel, que luego añadió—: Solo necesito que entendáis que Patrick ha pasado por una experiencia terrible.

—¿De verdad? —replicó Chick con un sarcasmo indisimulado—. No teníamos ni

idea.

—Chick. —Era Brooke, que menó la cabeza para indicarle que parara—. Siga, doctor.

—Podría andarme con rodeos —prosiguió Lionel—, pero dejadme que os diga las cosas tal como son desde el principio. Sin historias. Sin palabras bonitas. Sin excusas. Solo la verdad.

«Vaya por Dios», pensó Myron.

—En este momento, Patrick no os puede ayudar.

Chick abrió la boca, pero Brooke lo hizo callar con un movimiento de la mano.

—¿Qué quieres decir con eso de que no nos puede ayudar? —quiso saber.

—Por lo que me contaron anoche, la señora Moore sugirió que os encontrarais en vuestra casa.

—Sí, así es.

—Yo les dije que no podía ser. Por eso estáis aquí. Llevar de nuevo a Patrick al lugar donde empezó todo, al escenario del crimen, si queréis llamarlo así..., sería catastrófico para su estado psíquico, ya frágil de por sí. Patrick está casi catatónico. Cuando habla, es para decir que tiene hambre o sed, e incluso eso lo dice solo cuando se le pregunta.

Myron abrió la boca por primera vez.

—¿Le habéis preguntado por Rhys?

—Por supuesto —respondió Lionel.

—¿Y? —se encaró Brooke.

Una vez más, Lionel la miró con un gesto comprensivo lo más falso posible.

—No nos puede decir nada de vuestro hijo. Lo siento.

—Memeces —replicó Chick.

Nancy se acercó a Brooke.

—Hacemos todo lo que podemos —se disculpó.

—Vosotros habéis recuperado a vuestro hijo —dijo Brooke—. Nosotros no. ¿No lo entendéis? No estamos más cerca de encontrar a Rhys de lo que estábamos antes de que sucediera todo esto.

—Tampoco creo que pueda deciros mucho —repuso Lionel.

Chick no se tragaba nada de aquello.

—¿Cómo dices?

—No me malinterpretéis. Estoy con él todo el rato. Hacemos todo lo posible para que se abra. Pero ahora mismo recuerda muy poco. Es como si solo recordara cuando era niño y estaba aquí, y nada más. Y aunque pudiera hablaros del secuestro, no creo que eso os ayudara mucho. Lo único que sabemos de momento es que a vuestro hijo y Patrick los retenía el mismo hombre.

—¿Eso lo ha confirmado Patrick? —quiso saber Myron.

—No con tantas palabras. La clave está en dejar que se aclimate. Patrick pasa mucho tiempo con su hermana, Francesca. Creo que Francesca le da tranquilidad.

Queremos que empiece a relacionarse con gente de su propia edad, que empiece a socializar un poco, pero tenemos que ir muy despacio.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —replicó Chick.

—Cálmate, Chick —dijo Hunter.

—Y una mierda me voy a calmar. Tu hijo sabe lo que le ha pasado al mío. Tiene que hablar con nosotros.

—Me temo que eso es imposible —dijo Lionel.

—¿Este tío es de verdad? Esto es una investigación por secuestro. Voy a llamar a la poli.

—Eso no servirá de nada —insistió Lionel.

—¿Y eso por qué?

—La policía ha estado aquí, por supuesto. Pero como médico de Patrick, le he aconsejado a la familia que no lo interroguen de momento. Mi deber es preocuparme por mi paciente, y solo por él; pero la verdad es que pienso que es lo mejor para todos. Una vez más, quiero asegurarme de que hacemos todo lo posible por situar a Patrick en un espacio donde se sienta cómodo para abrirse a los demás.

—¿Y eso cuándo podría pasar? —preguntó Chick.

—Chick —dijo Nancy—, todos hacemos lo que podemos.

—¿Y qué esperáis que hagamos nosotros? —preguntó Brooke con la voz casi quebrada—. ¿Qué hacemos? ¿Nos vamos a casa y esperamos a que nos llaméis?

—Sé lo difícil que debe de ser... —empezó Nancy.

—Sí, Nancy, yo diría que lo sabes.

—Pero también tengo que preocuparme por mi hijo.

—Tu hijo —las manos de Brooke formaron dos puños— está en casa. ¿No lo entiendes? Está en casa. Puedes abrazarlo. Puedes darle de comer y asegurarte de que no pasa frío por las noches. Mi hijo...

Y, por primera vez, Myron vio cómo se resquebrajaba la armadura de Brooke. Y Chick también lo vio.

—A la mierda con todo esto —dijo Chick, que salió en estampida de la cocina y se dirigió hacia la puerta principal.

—¿Adónde crees que vas? —le preguntó Lionel.

Chick no respondió. Se dirigió a las escaleras.

—¿Patrick?

—Espera —dijo Hunter—. No puedes subir sin más.

—Para —insistió Lionel—. Lo traumatizarás.

Chick no se molestó ni en mirar atrás. Empezó a subir las escaleras. Hunter corrió tras él. Myron no tenía muy claro qué hacer, pero desplazó un poco el cuerpo, lo suficiente para que Hunter tuviera que dar un rodeo.

Chick siguió llamando.

—¿Patrick?

Myron oyó que se abría una puerta, y luego se cerró. Hunter y Lionel subieron las

escaleras a la carrera. Myron los siguió de cerca, dispuesto a volver a intervenir en caso necesario. Brooke y Nancy iban detrás. Todos gritaban, salvo Myron. Cuando llegaron a lo más alto de las escaleras, Chick estaba frente a la última puerta.

—¡No! —gritó Hunter. Se lanzó hacia Chick, pero llegó tarde.

Chick abrió la puerta. Cuando miró al interior, se quedó helado.

Myron era mucho más grande y fuerte que Lionel. No le costó mucho bloquearle el paso para llegar antes a la puerta. Cuando llegó, siguió la mirada de Chick hasta el extremo opuesto del dormitorio.

Allí, hecho un ovillo en la esquina, como si intentara ocultarse en un bosque, estaba Patrick Moore.

Era evidente que no habían tocado la habitación en la última década. Era la habitación de un niño de seis años. La cama tenía forma de coche de carreras. Había un póster de una antigua película de superhéroes en una pared. Sobre un estante había tres trofeos deportivos no muy grandes. Sobre el armario se leía el nombre de Patrick en grandes letras de madera. El papel de las paredes era de un azul vivo. La alfombra representaba una zona de baloncesto.

Patrick llevaba un pijama de franela. En el suelo, delante de él, había unos auriculares, pero en ese momento se tapaba los oídos con las manos. Tenía los ojos cerrados, y las rodillas pegadas al pecho, y se balanceaba adelante y atrás.

—Por favor, no me hagáis, daño, por favor, no me hagáis daño... —se puso a murmurar, como si fuera un mantra.

Nancy Moore apartó a Myron de un empujón y cruzó la habitación. Se echó al suelo de rodillas y rodeó con los brazos a su hijo, que escondió la cabeza en su hombro. Nancy se volvió hacia la puerta con una mirada funesta. Hunter entró en el dormitorio tras ella. Lionel también. Los tres estaban en línea, casi en formación, como para proteger al lloroso adolescente.

—Hemos intentado explicároslo con buenos modales —dijo Hunter—. Ahora quiero que salgáis de nuestra casa.

Me encanta Roma.

Siempre me alojo en la Villa La Cupola, del hotel Excelsior, una suite que ocupa los dos últimos pisos de este antiguo palacio. Me gusta la terraza con vistas a la Via Veneto. Me gustan los frescos de la cúpula, pintados de modo que encajan con el horizonte que se ve a través de la ventana. Me gustan el teatro privado, la sauna, la sauna de vapor y el jacuzzi.

¿A quién no le gustarían?

En otros tiempos, Vincenzo, el conserje, sabía mis... digamos, mis gustos de ocio, y gestionaba lo necesario. Era él quien se encargaba de que hubiera lo que educadamente llaman una «señorita de noche» o una «cortesana» esperándome a la llegada. A veces, dos. En raras ocasiones, tres. La suite Villa La Cupola tenía seis dormitorios, lo cual facilitaba que cualquier compañía contratada pudiera pasar la noche, si lo deseaba, pero no conmigo. Así era como me gustaba a mí. Yo lo prefería así.

Sí, he contratado prostitutas en muchas ocasiones. Haré una pausa mientras os recuperáis de vuestro asombro y de vuestra indignación, y mientras os regodeáis en vuestra superioridad moral.

¿Ya? Genial.

Me gustaría señalar que esas damas de compañía eran «de lujo» o «de categoría», pero en realidad eso no me hace mejor ni peor, y sería un hipócrita si fingiera que así es. Para mí era una transacción de negocios positiva para ambas partes. Me gusta el sexo. Sí, avisen a los medios. Me gusta el sexo (y por sexo entiendo estrictamente los placeres de la carne). Mucho. Me gusta el sexo en su forma más pura, lo que quiere decir que no me gustan las ataduras, ni los vínculos, ni ninguna otra distracción habitual. Myron cree que lo que él etiqueta como «amor» o «sentimientos» potencia el sexo. Yo no. Yo creo que esas cosas lo diluyen.

No analicéis demasiado. No es que tenga miedo al compromiso. Simplemente, no me interesa.

Nunca he fingido que fuera de otro modo. No miento a las mujeres con las que he estado, ni a las que he contratado, ni a las que he conocido y con las que he tenido lo que suele llamarse un rollo de una noche (o, en ocasiones, de dos o tres). Ellas entienden la situación. Yo les explico las limitaciones y —espero— las ventajas. Muchas, por supuesto, han pensado que podrían cambiarme, que una vez experimentara sus habilidades en la alcoba, una vez tuviéramos una relación más estrecha y viera lo fantásticas que eran, quedaría prendado y que eso llevaría a algo más que unas noches de pasión.

De acuerdo. Inténtalo, cariño. No seré yo quien te quite la ilusión.

Mi mejor amigo, Myron Bolitar —aunque «amigo» me parece una palabra inadecuada para describir nuestra relación—, se preocupa por este aspecto de mi

personalidad. Tiene la impresión de que me «falta» algo. Él lo achaca a lo que mi madre le hizo a mi padre. Pero ¿qué importa el origen? Así es como soy yo. Y me siento bastante satisfecho. Según él, es que no lo entiendo. Se equivoca. Entiendo la necesidad de compañía. Los momentos que más disfruto son cuando estamos juntos y hablamos de la vida, sencillamente, o vemos la televisión, o analizamos un partido. Y luego, cuando hemos acabado, me voy a la cama con un cuerpo estupendo y... bueno, me doy un festín.

¿Da la impresión de que me «falte algo»?

No tengo ningún interés en defenderme ante quienes me juzgan, pero que conste: estoy a favor de la igualdad de derechos, de salario y de oportunidades. El feminismo, tal como lo define el diccionario, es la «teoría de la igualdad política, económica y social de ambos sexos». Si tengo en cuenta esa definición, y prácticamente cualquier otra, soy un feminista.

No miento a las mujeres. No las engaño. Trato a cada una de mis invitadas o contratadas con el máximo respeto. Ellas, a su vez, me corresponden. Excepto, claro, durante esos momentos de pasión en que ninguno de los dos queremos que se nos trate con respeto. Supongo que mi precisión resulta obvia.

Puede que os preguntéis, pues, por qué he abandonado la práctica de solicitar esos servicios profesionales que tan bien me han ido durante tanto tiempo. La verdad es que con el paso del tiempo he dejado de creer que se trate de una actividad consentida, un negocio justo, un contrato sin coacciones. He aprendido que no siempre es así. La historia reciente, sobre todo si tenemos en cuenta lo sufrido por Patrick y Rhys, me ha sacado de dudas. Hay quien tiene la sensación de que debí haberme dado cuenta hace muchos años, que debería haber visto los abusos antes, que he mirado a otro lado por interés.

Una vez más respondo: de acuerdo.

Salgo de mi habitación y tomo el ascensor hasta el vestíbulo del Excelsior, extremadamente barroco. Vincenzo me ve y cruzamos una mirada. Me lo quito de encima con suma educación. A él le preocupará perderse la propina, pero ¿por qué debería sufrir por mi código ético relativamente hipócrita?

Conozco Roma bastante bien. No como un lugareño, pero la he visitado muchas veces. Sigo Via Veneto hacia la embajada estadounidense. Giro a la derecha en Via Liguria y llego hasta lo alto de la Escalera Española. El paseo es delicioso. Bajo los ciento treinta y cinco escalones y me dirijo hacia la famosa Fontana di Trevi. Está atestada de turistas. No pasa nada. Me uno a ellos. Saco una moneda y, usando la mano derecha, la lanzo por encima del hombro izquierdo.

¿Un gesto demasiado turístico para alguien tan sofisticado como *moi*? Desde luego. Pero hay un motivo por el que ciertas actividades se vuelven turísticas, ¿no?

Suena el teléfono móvil. Aprieto el botón de respuesta.

—Articula.

Responde una voz:

—Están ahí.

Le doy las gracias y cuelgo. El paseo hasta la tienda en Piazza Colonna me lleva cinco minutos. Esto es Roma. Todo es viejo. No han restaurado nada. Nadie finge querer actualizarse, y yo lo agradezco. La columna de mármol del centro de la plaza, que lleva el nombre de Marco Aurelio, lleva ahí desde el año 193 d. C. En el siglo XVI, casi mil cuatrocientos años más tarde, el papa de entonces ordenó que colocaran una estatua de san Pablo en lo alto.

La historia en una cáscara de nuez: adiós a vuestro dios. Hola al mío.

En el extremo norte de la *piazza* hay un palacio. Al este hay una bonita *galleria*. *Galleria*, por cierto, no es más que un pretencioso modo de decir «centro comercial». La tienda de deportes que busco, con su pequeño escaparate hortera, está a la derecha de la minúscula iglesia blanca del siglo XVIII. Hay un maniquí de niño vestido con la camiseta de la Roma, varios balones de fútbol, botas de fútbol, bufandas, gorras y sudaderas para el fútbol.

En una palabra: fútbol.

Entro. El hombre del mostrador está hablando por teléfono con un cliente. Finge que no me ve. Me dirijo a la parte trasera y subo las escaleras. Es la primera vez que entro en este lugar, pero me han dado instrucciones bastante precisas. La puerta está atrás. Llamo con los nudillos. Se abre.

—Entre —dice el hombre.

Entro, y el hombre cierra la puerta a mis espaldas. Me tiende la mano.

—Soy Giuseppe.

Giuseppe lleva un uniforme de árbitro. Va perfectamente conjuntado. No solo lleva la camiseta, sino también los pantalones cortos negros oficiales, los calcetines a juego bien subidos, y un pito colgado del cuello. Luce un reloj voluminoso, que tal sea un cronómetro también.

Miro más allá. La habitación es como un campo de fútbol en miniatura. La moqueta es de color verde hierba, con líneas blancas que señalan el medio campo, las líneas exteriores y el área. Hay escritorios en las paredes enfrentadas donde deberían estar las porterías. Los escritorios están de cara a las paredes, de modo que los dos hombres sentados tras ellos se dan la espalda. Ambos teclean furiosamente en sus ordenadores.

—Ese es Carlo —dice Giuseppe, y señala al hombre de la derecha. Carlo está vestido con la primera equipación de la Roma, de color púrpura imperial con ribete dorado. La pared está decorada con todo lo que pueda relacionarse con la Roma, incluido el logo del equipo: una loba que da de mamar a Rómulo y Remo, algo interesante desde el punto de vista histórico, aunque ambiguo desde el visual. En la parte superior de la pared hay retratos de los actuales jugadores de la Roma.

Carlo no deja de escribir. Ni siquiera hace un gesto con la cabeza para saludar.

—Y ese es Renato.

Renato, al menos, hace un gesto con la cabeza. También lleva el uniforme de un

equipo de fútbol, pero el suyo es azul celeste y blanco. Toda la decoración de su escritorio portería está relacionada con un equipo llamado Lazio. Todo es azul celeste. Los jugadores más destacados también están en formación, en lo alto de la pared. El logo de la Lazio es mucho más sencillo que el de la Roma: un águila con un escudo entre las garras.

—Caballeros —anuncia Giuseppe con marcado acento italiano—, este es nuestro nuevo patrocinador.

En cierto sentido, es Myron quien me ha traído hasta aquí. Tiene una memoria notable. Le pedí todos los detalles que pudiera darme sobre su breve encuentro con Fat Gandhi. Él me habló de la situación del juego que se encontró al llegar. No sé mucho de videojuegos ni de juegos de ordenador, pero me contó el gran interés que tenía Fat Gandhi en derrotar a sus principales rivales (los «malditos italianos») de un equipo llamado ROMA VSLAZIO.

Roma contra Lazio.

Para los que no sean grandes conocedores del fútbol italiano, la Roma y la Lazio son equipos archienemigos. Ambos tienen su sede en Roma, e incluso comparten estadio. Sin entrar en más detalle, diré que cada año los dos equipos se enfrenta en el *Derby della Capitale* —diría que la traducción es bastante evidente—, que quizá sea el partido con rivalidad más enconada que pueda darse en el mundo del deporte.

Giuseppe se me acerca y susurra:

—No se tienen mucho cariño el uno al otro.

—Más bien ninguno —murmura Carlo, sin dejar de escribir.

—Es un tío odioso —contraataca Renato, haciendo como si Carlo no estuviera allí.

—Parad, los dos —ordena Giuseppe. Luego se dirige a mí—: Carlo y Renato se conocieron en una riña a las afueras del Stadio Olimpico.

—Ganó la Roma —dice Carlo.

—Con trampas —rebate Renato.

—Lo que pasa es que no sabes perder.

—El árbitro era un vendido.

—Qué va.

—Vuestro delantero estaba en fuera de juego por tres metros.

—¡Basta! —ordena Giuseppe—. Bueno, ya ve que hubo una riña.

—Ese cabrón intentó matarme —dice Carlo.

—¡Qué exagerado eres!

—Me clavó un cuchillo.

—¡Era un bolígrafo!

—Pues me atravesó la piel.

—No es cierto.

—Desde luego, me hizo un arañazo. ¡Aún tengo el morado!

—A la Roma le da miedo la oscuridad.

—Los jugadores de la Lazio llevan falda.

—Retira eso.

—¿Qué equipo ha ganado más derbis? —pregunta Carlo llevándose la mano al oído.

—¡Se acabó! —responde Renato, rojo de la rabia. Se pone en pie y lanza un clip al otro lado de la habitación. Da contra el respaldo de la silla de Carlo, lejos de su rostro, pero Carlo cae al suelo como si le hubieran disparado.

—¡El ojo! ¡El ojo!

Carlo se cubre el ojo con una mano y se echa por el suelo, girando hacia uno y otro lado, como si le doliera muchísimo. Giuseppe hace sonar el silbato. Se acerca corriendo a Renato, echa mano al bolsillo y saca una tarjeta amarilla.

—¡Vuelve a tu asiento!

—¡Está fingiendo! —grita Renato.

Carlo ahora sonríe. Aparta la mano y le guiña el ojo a Renato. Cuando Giuseppe se gira hacia él, se cubre de nuevo el ojo y vuelve a retorcerse del dolor.

—¡Está fingiendo! —insiste Renato.

—Te he dicho que te sientes. No me obligues a sacarte tarjeta roja.

Renato, furibundo, vuelve a sentarse. Carlo vuelve a su silla a pasos lentos. Giuseppe se me acerca.

—Los dos están locos. Pero son geniales en lo suyo.

—En el juego.

—Sí. Pero prácticamente en cualquier cosa que tenga que ver con los ordenadores.

—Aun así, perdieron contra Fat Gandhi.

Carlo y Renato se volvieron al unísono.

—Ese hace trampas.

—¿Cómo lo sabéis?

—Nadie puede ganarnos sin hacer trampas —asegura Carlo.

—Fat Gandhi tiene que usar más de dos jugadores —añade Renato.

Repaso la descripción que me hizo Myron de la sala.

—Así es.

De pronto ambos hombres dejan de escribir.

—¿Está seguro de ello?

—Sí.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Acaso importa?

—A nosotros sí —dice Carlo.

—Nos quitó el título —añade Renato.

—Tendréis ocasión de vengaros. ¿Ya habéis empezado a poner en marcha mi plan?

—¿Cien mil euros?

—Sí.

Carlo sigue escribiendo con una sonrisa en el rostro. Renato también.

—Estamos listos —asegura Giuseppe.

Esperanza se encontró con Myron al fondo del Baumgart.

El restaurante Baumgart era una antiguo *deli* o bar de refrescos comprado por el inmigrante chino Peter Chin. Peter, que quería hacer algo nuevo e inteligente, había mantenido todos los detalles antiguos y añadido una carta de fusión asiática (o algo así), unos cuantos neones y una decoración moderna. Ahora se podía pedir un pollo Kung Bao, un Reuben de carne, un combinado de berenjena china o un sándwich club.

Peter se acercó y se inclinó ante Esperanza.

—Le hace usted un gran honor a mi restaurante con su presencia, señora Díaz.

—Ejem —dijo Myron.

—Y tú no hundes del todo su reputación.

—Muy buena —respondió Myron.

—¿Lo habéis visto? —preguntó Peter.

—¿El qué?

Peter, radiante, señaló a sus espaldas.

—¡Mirad mi muro de los famosos!

Al igual que otros muchos restaurantes, en la pared del Baumgart había fotografías autografiadas de los famosos que habían pasado por allí. Era una mezcla ecléctica de famosos de extrarradio. Estaba Brooke Shields. También, Dizzy Gillespie. También, el abuelo Al Lewis Munster, junto con varios protagonistas de *Los Soprano*, unos cuantos jugadores de los New York Giants, locutores de cadenas locales, modelos de bañador del *Sport Illustrated* y un escritor de quien Myron había leído un libro.

Y allí, entre un rapero y un villano de la antigua serie de televisión de *Batman*, había una fotografía de Esperanza Díaz, la Pequeña Pocahontas, con su bikini de ante. La parte superior del bikini empezaba a caérsele por un lado del hombro. Esperanza posaba en el ring, sudada, orgullosa y con la cabeza alta.

Myron se volvió hacia ella.

—Esa pose la has copiado de la de Raquel Welch en *Hace un millón de años*.

—Así es.

—Yo tenía ese póster en la pared de mi cuarto cuando era un chaval.

—Yo también —dijo Esperanza.

Peter estaba radiante.

—Genial, ¿verdad?

—¿Tú sabes que yo fui jugador profesional de baloncesto?

—Unos tres minutos.

—Eres de lo más agradable con tus clientes.

—Es parte de mi encanto. Enseguida sale la comida.

Peter los dejó solos. Esperanza estaba arrebatadora, con una blusa de color

aguamarina. Llevaba unos pendientes de aro dorados y una pulsera gruesa. Su teléfono móvil vibró. Echó un vistazo y cerró los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó Myron.

—Tom.

—¿Te está enviando mensajes?

—No, es mi abogada. Tom ha cancelado todas las negociaciones.

—Así que va a ir a por todas.

—Sí.

—Me gustaría ayudarte.

Ella se lo quitó de encima:

—No estamos aquí para hablar de Tom.

—Eso no quiere decir que no podamos hacerlo.

Nicole, la camarera, llegó con los entrantes: unos fideos de sésamo fríos y una crepe de pato a la plancha. Tenían una pinta estupenda. Ambos se callaron por un momento y se pusieron a comer. Mucho tiempo atrás, Myron Bolitar había fundado una agencia deportiva llamada MB SportsReps. La M era de Myron; la B, de Bolitar, y SportsReps indicaba que representaba a deportistas. El marketing... en realidad es un don.

Esperanza se embarcó como recepcionista, ayudante, confidente y muchas otras cosas. Asistía a la universidad por las tardes para graduarse en Derecho. Con el tiempo se convirtió en socia, aunque no insistió en cambiar el nombre a MBED porque en realidad solo conseguirían confundir al personal. Sí que eliminaron «Sports» del nombre cuando empezaron a representar a actores, músicos y demás, de modo que al final la empresa se llamaba MB Reps.

Big Cyndi empezó a trabajar como recepcionista y, bueno... como barrera disuasoria contra las agencias. Las cosas fueron bastante bien hasta que cada uno siguió su propio camino. Cuando Tom inició aquella lucha encarnizada por la custodia un año atrás y afirmó que Esperanza era inadecuada como madre porque trabajaba demasiado, ella se asustó tanto ante la amenaza que le pidió a Myron que le comprara su parte. Myron vaciló, pero cuando Win desapareció, la idea de seguir adelante sin ninguno de los dos le partió el corazón, y le acabaron vendiendo MB Reps a una megaagencia que se llevó a los clientes y eliminó el nombre de un plumazo.

—Bueno, he ido a la comisaría de Alpine —dijo Esperanza—, a ver qué estaban haciendo con el caso Moore-Baldwin.

—¿Y?

—No quieren hablar.

Myron dejó de comer.

—Un momento. ¿No quisieron hablar contigo?

—Exacto.

Myron se quedó pensando.

—¿Llevabas escote?

—Me abrí dos botones.

—¿Y no funcionó?

—La nueva jefa de policía es una mujer —dijo Esperanza—. Y hetero.

—Aun así...

—Ya. Me sentí un poco insultada.

—Quizá debería probar yo —se ofreció Myron—. Según dicen, tengo un culo estupendo.

Esperanza frunció el ceño.

—Podría ir a verla y usar todos mis encantos.

—¿Y hacer que se arranque la ropa en plena comisaría?

—Mira, quizá sí.

Esperanza puso la mirada en el cielo sin levantar siquiera la vista.

—De todos modos no creo que nos pueda ayudar. La policía local tiene muchos otros casos abiertos posteriores al secuestro.

—En cualquier caso, dudo que se estén dedicando a ello.

—Estoy segura de que lo pasarán a la policía estatal o al FBI, pero Cindy ha escarbado un poco. El tipo que llevó el caso hace diez años está jubilado. Se llama Neil Huber.

—Un momento, ese nombre me suena.

—Ahora es senador por Trenton.

—No. Otra cosa...

—Había sido entrenador de baloncesto en un instituto.

—Eso es —espetó Myron—. Cuando estaba en el instituto jugamos contra Alpine.

—Así que quizá debas ser tú quien hable con él —propuso Esperanza—. Recurrir a esa conexión de colegas de deporte.

—Me parece un buen plan —dijo Myron.

—Y si no funciona, meneas un poco ese culito antes tan estupendo.

—Haré lo que haga falta —dijo Myron—. Un momento: ¿cómo que «antes» tan estupendo?

Myron esperó a la salida del club.

El Meatpacking District de Nueva York se extiende desde la calle Catorce Oeste hasta Gansevoort Street, en el extremo oeste de Manhattan. A principios del siglo xx se conocía por sus mataderos —de ahí su nombre—, pero con la aparición de los supermercados y los camiones refrigerados la zona empezó a quedar abandonada. En los años ochenta y noventa, la droga y la prostitución callejera eran la principal actividad del barrio. Era un lugar donde transexuales y usuarios del sadomaso compartían espacio con la mafia y los policías corruptos. Empezaron a aparecer

clubes nocturnos dedicados a lo que entonces se consideraba «subcultura».

Pero al igual que el resto de Manhattan, el Meatpacking District sufrió otra transformación. Empezó en parte porque a la gente le atrae lo ilícito —lo guarro, si se quiere—; pero luego, claro, los ricos amantes del peligro decidieron que querían ese subidón en un entorno lo más controlado posible. Así que se inició el aburguesamiento. Aparecieron tiendas de lujo con la fachada de ladrillo a la vista. Los clubes cutres se llenaron de *hipsters*. Los restaurantes empezaron a tener una clientela compuesta de lo que ahora conocemos como *yuppies*. Las vías oxidadas del antiguo ferrocarril elevado acogieron un paseo ajardinado, la High Line.

Ahora el Meatpacking District era un lugar limpio y seguro al que podrías llevar a tus hijos. Aunque cuando pasa algo así... ¿adónde van a parar los amantes de la sordidez?

Myron echó un vistazo al reloj. Era medianoche cuando aquel hombre salió por fin del club Subrosa, tan de moda. Estaba borracho. Llevaba barba, camisa de franela y... caray, ¿de verdad llevaba coleta? Con el brazo rodeaba a una mujer joven —demasiado joven—. No llevaba las palabras «crisis de la mediana edad» tatuadas en la frente, pero podría perfectamente.

Empezaron a avanzar dando tumbos por la calle. El hombre sacó las llaves del coche y apretó el botón del mando a distancia. Su BMW le indicó dónde estaba con un pitido. Myron cruzó la calle y se le acercó.

—Hola, Tom.

El hombre, el ex de Esperanza, se volvió hacia él.

—¿Myron? ¿Eres tú?

Myron se quedó inmóvil, esperando. Tom pareció recomponerse un poco. Se puso algo más recto.

—Sube al coche, Jenny —dijo.

—Me llamo Geri.

—Ya, lo siento. Sube al coche. Enseguida voy.

La chica se balanceó sobre sus tacones. Tuvo que intentarlo tres veces, pero por fin consiguió abrir la puerta del acompañante y se dejó caer dentro.

—¿Qué quieres? —preguntó Tom.

Myron le señaló la cabeza.

—¿De verdad es una coleta?

—¿Estás aquí para hacer bromas?

—No.

—¿Te envía Esperanza?

—No —dijo Myron—. No tiene ni idea de que estoy aquí. Y te agradecería que no se lo dijeras.

La puerta del acompañante se abrió.

—No me encuentro muy bien —anunció Geri.

—No se te ocurra vomitar en mi coche. —Tom se volvió hacia Myron—. Bueno,

¿y qué quieres?

—Quiero animarte a que hagas las paces con Esperanza. Por ella. Y por tu hijo.

—Tú sabes que ella me dejó, ¿verdad?

—Sé que vuestro matrimonio no funcionaba.

—¿Y tú crees que era culpa mía?

—No lo sé. No me importa.

Del club salió más gente joven, riéndose y soltando tacos, con la despreocupación de quien está muy borracho. Myron meneó la cabeza.

—¿No crees que ya no tienes edad para esto, Tom?

—Sí, bueno, yo ya estaba casado y tenía la vida resuelta, ¿sabes?

—Deja de hacer eso —dijo Myron—. Deja de decir mentiras sobre ella.

—O si no, ¿qué?

Myron no dijo nada.

—¿Qué te crees? ¿Que te tengo miedo?

—Creo que voy a vomitar —dijo Geri.

—En el coche no, cariño, ¿vale? —replicó Tom. Luego siguió con Myron—. Me pillas en mal momento.

—Sí, eso ya lo veo.

—Está buena, ¿eh?

—Muy buena —dijo Myron—. Y a punto de vomitar. Sí, me pone a tope.

—Mira, Myron, no te lo tomes a mal. Eres un buen tipo. Pero no intimidas a nadie. Vete por donde has venido, ¿vale?

—Esperanza es buena madre, Tom. Ambos lo sabemos.

—No se trata de eso Myron.

—Sí, bueno, pues debería.

—No quiero parecer inmodesto —dijo Tom—, pero ¿tú sabes por qué tengo tanto éxito?

—¿Porque tu padre es rico y te ha dado mucha pasta?

—No. Es porque me tiro a la yugular. Es porque soy un ganador.

Nunca falla. Con esos tipos que siempre hablan de lo triunfadores que son, o de que se «han hecho a sí mismos», o de cómo han tomado las riendas de sus vidas, en cuanto rascas un poco encuentras a un niño mimado al que se lo han dado todo. Es como si necesitaran una excusa para justificar su enorme suerte. Algo del tipo: «No puede ser que todo lo que tengo me lo haya dado el destino o la suerte; debo de ser especial».

—Te estoy pidiendo que seas razonable, Tom.

—¿Ese es el mensaje que me quieres dar?

—Sí.

—Pues paso, gracias. Estoy a punto de ganar. Tú —añadió señalando a Myron— eres la prueba de ello. Está desesperada. Dile de mi parte que puede besarme el culo.

—Ya te lo he dicho: Esperanza no sabe que estoy aquí. Tan solo he pensado que

deberías hacer lo correcto.

—¿Por ella?

—Por ella. Por Hector. Y por ti.

—¿Por mí?

—Creo que sería lo mejor.

—Bueno, no me importa una mierda lo que creas. Vete a casa, Myron.

—Lo haré —dijo Myron.

Tom esperó. Myron empezó a cruzar la calle, pero se paró y se volvió al más puro estilo teniente Colombo.

—Ah, una cosa más.

—¿Qué pasa?

Myron intentó no sonreír.

—He visto a Win.

La calle se quedó en silencio. Hasta la música que salía del club parecía haber bajado de volumen.

—Mientes.

—No, Tom, no miento. Vuelve a casa. Y cuando vuelva, estoy seguro de que querrá hacerte una visita.

Tom se quedó allí, helado. Geri, aún metida en el coche, no pudo aguantar más y vomitó del modo más sonoro posible. Las ventanillas temblaron. Tom seguía sin moverse.

Myron dejó por fin que asomara la sonrisa contenida y le saludó con la mano.

—Que os divirtáis.

Era una de aquellas mañanas luminosas de Nueva Jersey.

Unas letras de neón enormes en el extremo sur del puente Lower Trenton mostraban el siguiente eslogan: «Trenton fabrica, el mundo consume». Las letras se instalaron sobre el puente en 1935, y quizás en aquella época, con las fábricas de linóleo, cerámica y otros materiales a pleno rendimiento, aquello tuviera algo de verdad. En ese momento no. Trenton era la capital de Nueva Jersey, sede del gobierno del estado, y por tanto estaba llena de políticos y de escándalos, lo que en realidad hacía que la ciudad fuera tan sincera como el mensaje del puente que se cruzaba al entrar.

Aun así, Myron adoraba aquel estado, y cualquiera que tuviera el mínimo conocimiento sabría que Nueva Jersey, desde luego, no se llevaba la palma en lo referente a corrupción política. Quizás allí los escándalos fueran más coloristas, pero todo lo era en aquel estado. Nueva Jersey era difícil de definir, porque era un batiburrillo. En el norte se convertía en la periferia de la ciudad de Nueva York. Al sudoeste era la periferia de Filadelfia. Aquellas dos grandes ciudades esquilaban los recursos y desviaban la atención de los centros urbanos del estado, dejando sin aire a Newark, Camden y otros centros, prácticamente como a un jubilado con su bombona de oxígeno en el casino de Atlantic City. Los barrios residenciales eran verdes y frondosos. Las ciudades eran de cemento y sin recursos. Y así siguen.

Aun así, era algo raro. Cualquiera que viva a tres cuartos de hora de Chicago o Los Ángeles o Houston dirá que vive en la ciudad. Pero uno podía vivir a tres kilómetros de Nueva York y seguía diciendo que era de Nueva Jersey. Myron se crio a media hora de la Gran Manzana y quizás a ocho kilómetros de Newark. Nunca dijo que era de uno u otro sitio. Bueno, una vez dijo que era de Newark, pero porque quería solicitar una subvención.

Si lo unimos todo —la belleza, los oropeles, las ciudades sofisticadas, el complejo de inferioridad, lo hortera y el lujo—, obtenemos el color y la textura indefinibles del gran estado de Nueva Jersey. Lo mejor es buscar la definición de Nueva Jersey en la voz de Sinatra, en el cochazo de Tony Soprano, o en una canción de Bruce Springsteen. Escuchadlo bien y lo pillaréis.

Myron se quedó un poco decepcionado al ver que Neil Huber tenía todo el aspecto de un político de Nueva Jersey. Tenía los dedos como salchichas, con un anillo de oro en el meñique de la mano derecha. Llevaba un traje a rayas y la corbata le brillaba como si se la hubieran rociado con aceite de bronceado. El cuello le apretaba demasiado, y al sonreír parecía una barracuda.

—Myron Bolitar —dijo saludándolo con un firme apretón de manos y ofreciéndole asiento. La oficina tenía el clásico aspecto austero del despacho de un director de colegio.

—En mis tiempos de entrenador de instituto, mi equipo jugó contra el tuyo —dijo

Huber.

—Lo recuerdo.

—No, no te acuerdas.

—¿Perdón?

—¿Es que has ido a consultar los archivos cuando sabías que ibas a verme?

Myron le tendió las manos, juntando las muñecas.

—Me ha pillado.

Neil hizo un gesto con la mano, quitándole importancia.

—No te preocupes. Así que ya sabes que nos ganasteis.

—Sí.

—Y que marcaste cuarenta y dos puntos.

—Eso fue hace mucho tiempo —dijo Myron.

—Entrené a chavales de instituto dieciocho años —respondió Huber, señalándolo con un dedo rechoncho—. Tú, amigo mío, eres lo mejor que he visto nunca.

—Gracias.

—He oído que un sobrino tuyo también juega.

—Es verdad.

—¿Es tan especial como dicen?

—Eso creo.

—Bien, estupendo. —Neil Huber se echó atrás para sentarse bien—. Bueno, Myron, ¿ya hemos parloteado bastante, hemos roto el hielo?

—Yo diría que sí.

Neil abrió los brazos.

—¿Qué puedo hacer por ti?

Tenía las clásicas fotografías familiares sobre la mesa: una esposa rubia con una gran melena, hijos crecidos y casados y un puñado de nietos. En la pared que tenía a sus espaldas había una bandera del estado de Nueva Jersey, con su escudo con tres arados y la cabeza de un caballo encima.

Sí, la cabeza de un caballo. Quien quiera ya puede pensar en una bromita siguiendo la temática de *El padrino*, pero sería algo demasiado obvio y facilón. A los lados del escudo, dos diosas: la de la libertad (vale) y la de la agricultura (una vez más, demasiado obvio). El resultado era una bandera densa y complicada; pero una vez más «densa y complicada» era una definición bastante ajustada para Nueva Jersey.

—Es sobre un caso en el que trabajó cuando era policía en Alpine —explicó Myron.

—El secuestro de los niños Moore y Baldwin —dijo Huber.

—¿Cómo lo sabe?

—Era investigador; lo he deducido.

—Ya veo.

—Pista uno —dijo levantando el dedo índice—: trabajé en pocos casos

importantes. Pista dos —hizo con los dedos el símbolo de la paz—: solo trabajé en un caso importante que no se resolviera. Pista tres —sí, un dedo más—: uno de los niños secuestrados acaba de aparecer tras diez años. —Bajó la mano—. Sí, señor, he tenido que usar todo mi poder de deducción para adivinarlo. ¿Myron?

—¿Qué?

—¿Sabes que los Moore van a salir por la CNN en unas horas?

—No, no lo sabía.

—En lugar de dar una gran rueda de prensa, van a ofrecer una entrevista a Anderson Cooper a mediodía. —Se echó adelante, y se acercó—. Por favor, dime que no eres periodista.

—No soy periodista.

—Entonces ¿qué interés tienes en todo esto?

Myron se quedó pensando cómo presentárselo.

—¿Podría limitarme a decir que es una larga historia?

—Podrías. No te llevaría a ninguna parte. Pero podrías.

Quien no arriesga, no gana. Además, pese a su aspecto de político de carrera, a Myron empezaba a gustarle Neil Huber. ¿Por qué no ser sincero con él?

—Fui yo quien rescató a Patrick.

—¿Perdona?

—En Londres. Como le he dicho, es una larga historia. El primo de Rhys Baldwin es amigo mío. Recibió una pista sobre su paradero. La seguimos.

—¡Vaya!

—Sí.

—Me has dicho que era una larga historia.

—Es cierto.

—Quizá debieras contármela.

Myron le contó todo lo que podía contarle sin incriminar o incluso mencionar a Win personalmente. Aun así, Neil Huber no era idiota. No sería difícil descubrir quién era el primo de Rhys. Bueno, ¿y qué?

Cuando acabó, Neil dijo:

—¡Jo-der!

—Sí.

—Pero sigo sin entender por qué estás aquí.

—Estoy repasando el caso.

—Pensé que te habías convertido en agente deportivo, o algo así.

—Es complicado.

—Supongo que sí —dijo Neil.

—Solo quiero repasarlo todo otra vez.

Neil asintió.

—¿Supones que cometí algún error y crees que echándole un vistazo descubrirás algo que se me pasó?

—Han pasado diez años. Ahora sabemos cosas nuevas —dijo Myron. Pensó en cómo lo había planteado Win—. Es como un viaje en coche en el que no sabes adónde vas. La semana pasada solo conocíamos el punto de partida. Ahora sabemos dónde estaba el coche hace unos días.

Neil frunció el ceño.

—¿Qué?

—La verdad es que cuando lo dijo mi amigo sonaba mejor.

—Solo quería tocarte las pelotas. Mira, en realidad el caso me duró muy poco. El FBI me lo quitó enseguida. —Se recostó en la silla y apoyó las manos sobre la barriga—. Pregunta.

—Bueno, ayer estuve en el escenario del crimen.

—La casa de los Baldwin.

—Sí. Y estaba intentando ensamblar todas las piezas de lo que ocurrió. Ese patio queda muy abierto, y la cocina tiene unas ventanas enormes.

—Además —añadió Neil—, hay una valla que cierra el acceso al jardín. Y toda la propiedad está cercada.

—Exacto, y luego está la hora.

—¿La hora?

—Los secuestraron hacia el mediodía. A esa hora la mayoría de los niños están en el colegio. ¿Cómo sabían los secuestradores que estarían en casa?

—Ah —dijo Neil.

—¿Ah?

—Ves agujeros.

—Pues sí.

—Crees que la explicación oficial no cuadra.

—Algo así.

—¿Y tú qué crees? ¿Qué todo esto no lo vimos hace diez años? Planteamos todas las cuestiones que estás planteando tú ahora. Y más. Pero ¿sabes qué? Muchos delitos no tienen sentido. Puedes encontrar agujeros prácticamente en cualquier cosa. Piensa en la puerta del jardín, por ejemplo. Los Baldwin no la cerraban nunca. No servía de nada. ¿El patio de atrás? Los Baldwin tenían muebles de jardín. Podías esconderte detrás. O podías pegar la espalda a la pared trasera de la casa y nadie te vería hasta que llegaras a las ventanas.

—Ya veo —comentó Myron—. ¿Así que encontraron respuesta a sus dudas?

—Bueno, yo no he dicho eso. —Neil Huber se aflojó la corbata y se soltó el botón superior de la camisa. El rubor de su rostro pareció desaparecer. En ese momento Myron tenía una sensación de *déjà vu*. Veía al mismo hombre, más joven, el entrenador del otro equipo, o quizá no fuera más que un falso recuerdo que se estaba creando él mismo—. Yo tenía dudas —prosiguió con una voz algo más baja—. Supongo que todos las teníamos. Pero el resultado final era que los dos niños habían desaparecido. Seguimos cada pista que encontramos. Los rescates de extraños así

(entrando en una casa y pidiendo un rescate) son extremadamente raros. Así que investigamos a fondo a los padres. Investigamos a las familias, al vecindario y a los profesores.

—¿Qué hay de la niñera?

—*Au pair* —puntualizó él.

—¿Perdón?

—No era una niñera. Era una *au pair*. Hay mucha diferencia.

—¿En qué sentido?

—Una *au pair* está en una especie de programa de intercambio. Siempre es de otro país. En este caso, Vada Linna (sí, aún recuerdo su nombre) era finlandesa. Suelen ser jóvenes. Vada tenía dieciocho años. Hablaba un inglés justito. Se supone que es un programa de educación cultural, pero la mayoría las contrata porque salen baratas.

—¿Cree que era el caso?

Se lo quedó pensando.

—No, no creo. No, los Baldwin tienen mucho dinero. Creo que se tragaron lo de la experiencia internacional y que les encantaba la idea de que sus hijos estuvieran en compañía de una extranjera. Por lo que yo sé, Brooke y Chick trataban bien a Vada. Toda esa historia... es uno de los motivos por los que odio tanto a la prensa.

—¿Por qué?

—Cuando el asunto se hizo público, los medios de comunicación se pusieron las botas con todas esas paparruchas de la explotación de las *au pair*. Ya sabes: Brooke Baldwin, una rica señorona, contrata a una trabajadora pobre por cuatro cuartos para poder gastarse el dinero en la peluquería o en almorzar con las amigas. Como si no tuviera bastante con lo suyo. Como si ella tuviera la culpa por haber perdido a su hijo.

Myron recordó haber leído algo sobre la polémica en aquel tiempo.

—La descripción que hizo Vada de la incursión —dijo—. ¿Se la creyeron?

Esa vez Huber se tomó su tiempo para responder. Se frotó el rostro con la mano.

—No lo sé. O sea, desde luego la chica estaba traumatizada. Quizá maquillara algún detalle, intentando quedar mejor, o algo así. Tal como ambos hemos observado, había piezas que no encajaban. Pero quizá también fuera cosa de la barrera lingüística. O la barrera cultural, lo que sea. Ojalá hubiéramos podido disponer de ella durante más tiempo.

—¿Por qué no pudieron?

—El padre de Vada se presentó a las veinticuatro horas. Voló desde Helsinki y contrató a un abogado implacable. Exigió llevársela a casa. Aquello era demasiado para la chica, dijo. Quería que recibiera atención en Finlandia. Intentamos retrasarlo, pero no teníamos ningún motivo para retenerla. Así que se fue a su casa. —Huber levantó la mirada—. ¿La verdad? Me habría gustado interrogar de nuevo a Vada.

—¿Cree que tuvo algo que ver?

Neil Huber se tomó su tiempo una vez más. Intentaba darle respuestas bien

meditadas, y eso a Myron le gustaba.

—La investigamos a fondo. Analizamos sus registros informáticos. No había nada. Comprobamos sus mensajes de texto. No había nada relevante. Vada no era más que una adolescente sola en un país extranjero. Tenía una amiga, otra *au pair*, y nada más. Intentamos plantear varias teorías que la relacionaran de algún modo con el secuestro, ya sabes. Quizá le entregara los niños a un cómplice. Ese tipo de cosas. Pero no cuadraba. Incluso exploramos la posibilidad de que fuera una psicópata. Quizá los hubiera matado y ocultado los cuerpos. Pero por ahí tampoco encontramos nada.

Las miradas de ambos se cruzaron.

—¿Usted qué cree que ocurrió, Neil? —preguntó Myron.

Había una pluma sobre la mesa. Neil la cogió y se puso a darle vueltas entre los dedos.

—Bueno, ahí es donde los últimos acontecimientos me parecen tan interesantes.

—¿Y eso?

—Se cargan mi teoría.

—¿Que era...?

Se encogió de hombros.

—Yo siempre pensé que Patrick y Rhys estaban muertos. Pensaba que, fuera lo que fuese lo que había sucedido (secuestro, robo o lo que fuera), ambos chicos habrían muerto en el acto. Que los asesinos luego habían fingido el secuestro y que habían escenificado todo aquello del rescate para distraernos. O quizá que esperaban que fuera dinero fácil pero que luego se dieron cuenta de que los pillaríamos. No lo sé.

—Pero ¿por qué iba alguien a matar a dos niños?

—Ya, el móvil. Eso es un hueso más duro de roer. Pero yo creo que la clave está en el escenario del crimen.

—¿Qué quiere decir?

—La casa de los Baldwin.

—¿Usted cree que el objetivo era Rhys?

—Tenía que serlo. Era su casa. Habían quedado dos días antes para jugar, así que no podían saber que Patrick Moore iba a estar allí. Así que puede que esos tipos se presentaran para llevarse a un niño de seis años. Pero al entrar se encontraron a dos. Así que no sabían cuál era cuál, o puede que no tuvieran instrucciones específicas, así que decidieron llevarse a los dos. Para asegurarse.

—Y una vez más: ¿móvil?

—Nada concreto. No me tomes al pie de la letra. No son más que conjeturas por mi parte.

—¿De tipo...?

—El único familiar del que teníamos algo era Chick Baldwin. Ese tipo es un chorizo, sin más, y justo en aquella época se le había venido abajo su estafa

piramidal, con lo que había cabreado a mucha gente. Parte de su dinero procedía de unos rusos muy cuestionables, no sé si me entiendes. Chick siempre está en la cuerda floja. No ha ido a la cárcel, pero sí que le han puesto alguna multa. Eso no le ha gustado a todo el mundo. Todos sus activos estaban a nombre de sus hijos, así que nadie ha podido tocarlos. ¿Tú lo conoces?

—¿A Chick? Solo un poco.

—No es un buen tipo, Myron.

Eso, casi palabra por palabra, era lo que le había dicho Win.

—En cualquier caso —prosiguió Neil—, eso es lo que yo pensaba. Que estaban muertos. Pero ahora que Patrick está vivo...

Lo dejó ahí. Los dos se miraron un buen rato.

—¿Por qué tengo la sensación de que me está ocultando algo, senador?

—Porque así es.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Porque no sé si lo que viene después es asunto tuyo.

—Puede confiar en mí.

—Si no confiara en ti, te habría echado de mi oficina hace un buen rato.

Myron abrió los brazos.

—¿Así pues...?

—Así pues, es algo feo. Lo enterramos, o algo así, hace diez años, porque era feo.

—¿Qué quiere decir con «o algo así»?

—Lo estudiamos. No encontramos nada. Me dijeron que lo dejara. Lo hice, pero no muy convencido. Al final, sigo creyendo que no es relevante. Así que voy a necesitar un par de segundos para valorar las posibles repercusiones que tendría el decírtelo.

—Por si sirve de ayuda —dijo Myron—, prometo ser discreto.

—No sirve.

Neil se puso en pie y se acercó a la ventana. Giró la varilla que gobernaba la veneciana, la cerró un momento y luego volvió a abrirla. Fijó la mirada en un solar en construcción.

—Había mensajes de texto —dijo Neil— entre Chick Baldwin y Nancy Moore.

Myron esperó a que dijera algo más. Al no hacerlo, preguntó:

—¿Qué tipo de mensajes?

—Muchos.

—¿Sabe qué decían?

—No. Los habían borrado de ambos teléfonos. La compañía telefónica no guarda un registro del contenido.

—Supongo que les preguntarían a Chick y a Nancy por ellos.

—Claro.

—¿Y?

—Ambos aseguraron que no eran más que cosas normales. Algunos, sobre los

niños. Otros, sobre una posible inversión de los Moore con Chick.

—¿Los Moore invirtieron con Chick?

—No. Y se mandaban mensajes a todas horas del día. Y de la noche.

—Ya veo —dijo Myron—. ¿Hablaron de ello a sus cónyuges?

—No. Para entonces ya se había implicado el FBI. Tiene que recordar cómo era. La presión, el miedo, el no saber. Las familias ya estaban en ascuas. Seguimos esa línea de investigación hasta el fondo y no encontramos nada. No vimos motivo para causar más dolor.

—¿Y ahora?

Neil se volvió y miró a Myron, que seguía en la silla.

—Y ahora aún no veo motivo para causar más dolor. Por eso no quería contártelo.

Alguien llamó a la puerta. Neil le dijo a quien llamaba que pasara. Un joven abrió la puerta y asomó la cabeza.

—Tiene esa reunión con el gobernador en diez minutos.

—Gracias. Nos encontramos en el vestíbulo.

El joven cerró la puerta. Neil Huber volvió a su butaca tras el escritorio. Sacó el teléfono móvil y la cartera y se los metió en los bolsillos.

—Es un tópico, pero un caso así no te lo quitas nunca de encima. En parte, la culpa es mía. Lo sé, lo sé, pero sigo pensando en él. Me digo que quizá, si hubiera sido mejor poli...

No acabó la frase. Myron se puso en pie.

—Haz lo que tengas que hacer —dijo Neil, dirigiéndose a la puerta—. Pero mantenme informado.

—¿Ya son las doce? —preguntó Chick.

Myron comprobó el reloj.

—Faltan cinco minutos.

—Pues más vale que prepare el ordenador.

Estaban sentados junto a la enorme barra de mármol de La Sirena, un restaurante italiano del famoso Maritime Hotel, en Chelsea. El local era más bien elegante y cálido, moderno pero con un claro ambiente a los años sesenta. La frontera entre el comedor y la terraza era prácticamente inexistente. Myron tomó nota del lugar; tenía que llevar allí a Terese.

No había televisor en la pared —no era de esos lugares—, así que Chick había llevado un portátil para que pudieran ver la entrevista en la CNN por *streaming*.

—Hoy no podía quedarme en casa —comentó Chick. La piel siempre le brillaba, como si se hubiera sometido a algún tratamiento de cera caliente. Quizá lo hubiera hecho—. Brooke y yo no hacemos otra cosa que mirarnos el uno al otro y esperar. Y eso nos trae todos los recuerdos otra vez, ¿sabes?

Myron asintió.

—Es duro, por muchos motivos, pero es como si nos hubiéramos pasado diez años viviendo en el purgatorio. Si no te mantienes ocupado, pierdes la cabeza. Así que esta mañana he llegado a la oficina y he visto a mis abogados para ver qué podemos hacer.

—¿Hacer? ¿Con qué?

—Con eso de que Patrick no hable. Estaba pensando en algún recurso legal. Ya sabes, para obligarlo a cooperar. —Chick levantó la vista del portátil—. Por cierto, ¿para qué querías verme?

Myron no sabía muy bien cómo plantear el asunto de los mensajes con Nancy Moore. ¿Debía ir al grano, o entrar poco a poco?

—Espera —dijo Chick—. Están a punto de empezar.

La era moderna. En La Sirena se combinaban perfectamente el arte étnico, los *hipsters* del Village y los Masters del Universo de Wall Street. El local se estaba animando con la gente que llegaba a almorzar, y a nadie le sorprendía que dos hombres vieran un programa de noticias sobre la barra del bar. De lo más normal.

—Un momento, ¿dónde están? —preguntó Chick.

—Ese es el salón de los Moore —respondió Myron, que había reconocido la estancia.

—¿No lo hacen en un plató?

—Parece que no.

En la pantalla, Anderson Cooper estaba sentado en una mullida butaca de cuero.

Nancy y Hunter estaban sentados enfrente, en un sofá. Hunter llevaba traje y corbata oscuros. Nancy llevaba un vestido azul claro, elegante pero conservador.

—¿Dónde está Patrick? —preguntó Chick—. ¿Myron?

—No lo sé. Vamos a ver, ¿vale?

La entrevista empezó sin Patrick. Anderson empezó proporcionando un poco de contexto: el secuestro, el pago del rescate, la respuesta que no llegaba y la larga espera hasta ese día. Explicó que Nancy y Hunter estaban divorciados, y dejó claro que la ruptura era el resultado directo de lo ocurrido. No obstante, ni Nancy ni Hunter entraron al trapo.

—Compartimos la custodia de nuestra preciosa hija —dijo Nancy, a modo de explicación.

—La hemos criado juntos —añadió Hunter.

Pasaron unos minutos.

—Es increíble —dijo Chick negando con la cabeza—. No están soltando prenda.

De hecho era cierto. Anderson no los estaba presionando, lo cual era comprensible si se tenían en cuenta las circunstancias. No eran políticos haciendo campaña. Eran padres que habían sufrido lo indecible y que en ese momento intentaban asumir aquel repentino golpe... ¿de suerte?

Nancy fue la que más habló. Le explicó a Anderson lo contentos que estaban de tener de nuevo a Patrick en casa.

—Nuestro hijo ha pasado por una experiencia terrible —dijo, y se mordió el labio. Anderson intentó obtener algún detalle, pero ella desvió el tema hablando de la necesidad que tenía Patrick de intimidad y de «espacio para la recuperación y la transición».

Ese era el mensaje, repetido de diversas formas: por favor, denles a Patrick y a la familia Moore la intimidad necesaria para recuperarse de esta terrible experiencia. Usaron la expresión «terrible experiencia» tantas veces que Myron se preguntó si no les habrían dado instrucciones para que lo hicieran.

Anderson insistió. Preguntó por el secuestro, si estaban más cerca de atrapar a los secuestradores. Los Moore no dieron ninguna respuesta clara, y evitaron responder a si tenían «dudas sobre la actuación de las autoridades».

Cuando Anderson sacó a colación aquel «día horrible», Nancy dijo:

—Fue hace mucho tiempo. Debe recordar que solo tenía seis años.

—¿Qué recuerda?

—Muy poco. Todos estos años lo han llevado de un lado a otro.

—¿Qué quiere decir con «de un lado a otro»?

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Myron esperaba que Hunter le cogiera la mano. No lo hizo.

—Nuestro hijo estuvo a punto de morir apuñalado.

—Eso fue durante su rescate en Londres, ¿no es así?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo llevaba en Londres?

—No lo sabemos. Pero pasó por... —Myron articuló las palabras sin voz al

tiempo que las decía Nancy— una terrible experiencia.

Myron observó a Nancy y a Hunter en la pantalla, buscando alguna pista o indicios del lenguaje corporal que pudieran indicar... ¿Qué, exactamente? ¿Engaño? ¿Pensaba que podrían estar mintiendo? ¿Por qué? ¿Qué tendrían que ocultar? También le lanzó miradas de reojo a Chick, como si también él pudiera comunicarle algo con su actitud. ¿Cómo reaccionaba Chick a las palabras de Nancy? ¿Veía Myron algún rastro de...? ¿De qué? ¿Deseo, remordimientos, culpa?

Conclusión: eso de que el lenguaje corporal da tantas pistas es un camelo.

Myron había oído hablar de muchas personas sentenciadas (o exoneradas por error) porque los jurados habían tenido la sensación de que «podían leer» la expresión de los acusados, que veían que no mostraban suficiente remordimiento (o que mostraban demasiado), que sus reacciones no entraban en lo que se considera normal. Como si los seres humanos fueran todos iguales. Como si todos reaccionáramos del mismo modo ante una situación horrible o tensa.

Todos creemos que podemos leer en los ojos de los demás y que, curiosamente, nadie puede leer en los nuestros.

Por fin, Anderson fue al grano:

—¿Qué hay del otro niño que se llevaron ese mismo día? —Chick levantó la cabeza—. ¿Qué ha podido decirles su hijo sobre Rhys Baldwin, que sigue desaparecido?

—Ahora mismo nuestra prioridad es encontrar a Rhys —dijo Nancy.

Chick murmuró algo entre dientes.

—Esto no acabará —prosiguió ella— hasta que sepamos la verdad sobre Rhys.

Hunter asintió con fuerza.

—Estamos cooperando todo lo que podemos con las fuerzas del orden...

Chick se dejó caer de nuevo en el taburete.

—¿Tú te crees toda esa mierda?

—... pero, por desgracia, Patrick no puede sernos de gran ayuda.

—¿Que están cooperando? ¿Es eso lo que dicen? —Chick estaba furibundo—. Yo sí que debería dar una rueda de prensa.

Como si eso pudiera servir para algo.

Hacia el final de la entrevista, Nancy y Hunter se pusieron en pie y se volvieron a la derecha. Chick se calmó un poco al ver que la cámara abría el plano. Apareció una mujer de unos veinte años.

—Esta es nuestra hija, Francesca —dijo Nancy.

Francesca saludó a los espectadores y asintió, algo incómoda. Luego miró fuera de plano y articuló las palabras «No pasa nada». Pasaron tres segundos.

Cuando apareció Patrick, iba cogido de la mano de su hermana.

—Y nuestro hijo, Patrick —dijo Nancy.

Era el mismo chico a quien había rescatado Myron, el mismo a quien había visto agazapado en un rincón de su habitación. Llevaba una gorra de béisbol de los

Yankees, una sudadera azul con capucha y vaqueros. La cámara mostró un primer plano de su rostro. Tenía la cabeza gacha. Nancy y Hunter se pusieron a los lados de sus hijos. Por un momento fue como si estuvieran posando, aunque algo torpemente, para una fotografía de vacaciones. Hunter y Nancy intentaban mostrarse fuertes y decididos. Francesca parecía sobrecogida por la emoción; tenía los ojos húmedos. Patrick no levantaba la vista del suelo.

Entonces Anderson les dio las gracias por «abrir su casa al público» y dio paso a la publicidad.

Chick se quedó mirando la pantalla en negro durante unos segundos.

—¿Qué demonios ha sido eso?

Myron no respondió.

—¿Qué pasa aquí, Myron? ¿Por qué no nos quieren ayudar?

—No sé si pueden.

—¿Tú también? ¿Tú te lo tragas?

—Ni siquiera sé qué es lo que quieren que nos traguemos, Chick.

—Te he dicho que he ido a ver a mis abogados, ¿verdad?

—Sí.

—Bueno, pues les he preguntado qué podíamos hacer. Ya sabes. Para hacer que el chico hable.

—¿Y qué te han propuesto?

—¡Nada! Dicen que no se puede hacer nada. ¿Te lo puedes creer? Patrick no está obligado a decir ni una palabra. No se le puede obligar. Aunque supiera algo crucial. Joder, aunque supiera dónde se encuentra Rhys ahora mismo. Es de locos.

Chick le hizo un gesto al camarero, que le sirvió un Johnnie Walker Black. El camarero miró a Myron, que hizo que no con la cabeza. Demasiado temprano.

Cuando Chick recibió su copa, la cogió entre las manos como si se las calentara.

—Te agradezco que nos ayudes —dijo, ya algo más tranquilo—. Win... Bueno, a Win no le gusto. En realidad no es de extrañar. Venimos de dos mundos diferentes. Además, él bebe los vientos por Brooke. Nadie sería lo suficientemente bueno para ella, ¿sabes?

Myron asintió, aunque solo fuera para darle cuerda.

—Pero Brooke y yo tenemos un matrimonio sólido. Hemos tenido problemas, claro. Como cualquier otra pareja. Pero nos queremos.

—Esos problemas... —metió baza Myron, que acababa de ver el cielo abierto. No había motivo para esperar más—. ¿Uno de ellos fue Nancy Moore?

Chick se había acercado el whisky a los labios. Vaciló, sin saber muy bien si responder de inmediato o dar un sorbo. Optó por el sorbo. Volvió a apoyar la copa en la barra y se volvió hacia Myron.

—¿Qué se supone que significa eso?

Myron se lo quedó mirando, sin más, haciendo tiempo.

—¿Y bien? —insistió Chick.

—Sé lo de los mensajes.

—Ah. —Chick se levantó, se quitó la americana y la colgó con cuidado en el respaldo del taburete. Volvió a sentarse y se puso a jugar con uno de sus gemelos de oro—. ¿Y tú cómo sabes lo de los mensajes?

—¿Acaso importa?

—En realidad, no —respondió Chick, encogiéndose de hombros, como si le restara importancia—. No son nada.

Myron volvió a mirarlo fijamente a los ojos.

Chick intentaba hacer como si nada, pero no colaba.

—¿Win lo sabe?

—Aún no.

—Pero ¿se lo dirás?

—Sí —respondió Myron.

—¿Aunque yo te pida que no lo hagas?

—Aun así.

—Tú no entiendes cómo es mi vida —dijo Chick meneando la cabeza. Myron no respondió—. A los demás todo les ha caído del cielo. Yo he tenido que trabajármelo, pelear. Nada me ha resultado fácil. Te daré una noticia, Myron —se acercó e hizo pantalla con la mano alrededor de la boca—: la partida está amañada para los ricos. El campo de juego no es llano. Yo empecé sin nada. Mi padre tenía una barbería en el Bronx. Y allí, si quieres crecer, tienes que hacer alguna trampa.

—Un momento, déjame que esto me lo escriba. —Myron fingió que cogía un bolígrafo y escribía en un papel imaginario—. Alguna trampa. —Levantó la vista—. Un consejo genial. ¿También me vas a decir que detrás de cada gran fortuna hay un gran delito?

—¿Te estás mofando?

—Quizás un poquito, Chick.

—¿Qué pasa? ¿Tú crees que este país es una meritocracia? ¿Que todos partimos de la misma posición, que todos tenemos las mismas posibilidades? Eso no se lo cree nadie. Yo jugué al fútbol americano en la universidad. Era *running back*. Y bastante bueno. Un día me di cuenta de que el tipo que intentaba placarme se metía esteroides. ¿Y todos los que querían ocupar mi posición? Esteroides. Así que tenía dos posibilidades: podía tomar esteroides o podía dejar de competir.

—¿Chick?

—¿Qué?

—Esa es una explicación muy curiosa para justificar que engañaras a tu mujer.

—No la engañé. —Se le acercó aún más—. Lo que quiero decir es que, en cualquier caso, vas a olvidarte del asunto.

—¿Es una amenaza, Chick?

—Esos mensajes no tienen nada que ver con mi hijo. Y ya sé por qué lo haces.

—Lo hago porque quiero encontrar a tu hijo.

—Sí, claro. ¿Quieres saber una cosa que aún me corroe por dentro? En cuanto se llevaron a Rhys, Brooke quiso llamar a Win. El primer día. Pero yo la convencí para que no lo hiciera. Pensé que la policía podría ocuparse. Quería (y esto te sonará raro después de lo que acabo de decirte) hacer las cosas con arreglo a las normas. Hacer lo correcto. Gracioso, ¿no? Así que tengo que vivir con eso.

—Lo que dices no tiene ningún sentido, Chick.

Chick se acercó a Myron, que notaba el olor a whisky.

—Lo que pasara entre Nancy y yo —dijo con los dientes apretados— no tiene nada que ver con mi hijo. ¿Me oyes? Más vale que te olvides de eso antes de que alguien salga mal parado.

Sonó el teléfono. Myron echó un vistazo a la pantalla y vio que era Brooke Baldwin quien le llamaba. Se lo enseñó a Chick y se llevó el teléfono al oído.

—¿Hola?

—Chick me ha dicho que os ibais a ver —dijo Brooke—. ¿Está contigo?

Myron miró a Chick, quien asintió y se acercó al teléfono.

—Estoy aquí, cariño.

—¿Habéis visto la CNN?

—Sí —respondió Myron.

—Lo he grabado —dijo Brooke—. He estado viéndolo con la pantalla congelada.

—¿Y qué? —dijo Chick.

—Pues que no estoy convencida de que ese chico sea Patrick Moore.

Solo ver el nombre de Terese en la pantalla de su teléfono hizo que los agarrotados músculos del hombro de Myron se relajaran. Le dio al botón de respuesta mientras se dirigía al coche y, sin más preámbulos, dijo:

—Te quiero muchísimo.

—No es por meterme con Win —respondió Terese—, pero como frase para responder al teléfono le da cien vueltas a «Articula».

—A lo mejor no la uso con todo el mundo —dijo Myron.

—Oh, ¿y por qué no? Puede que le alegres el día a alguien.

—¿Dónde estás?

—En la habitación del hotel —dijo Terese—. Eh, ¿te acuerdas de la última vez que estuvimos juntos en una habitación de hotel?

Myron no pudo evitar una sonrisa socarrona.

—¿Cuántas llamadas recibimos quejándose del ruido?

—Bueno, Myron, es que hiciste mucho ruido.

Myron se cambió el teléfono de oreja.

—Los dedos de los pies se me quedaron dormidos una semana entera.

—No entiendo la referencia.

—Yo tampoco, pero me parecía que sonaba bien.

—Es cierto —concedió ella—. Te echo de menos.

—Yo también.

—Ese trabajo...

—¿Sí?

—Si me lo dan (y no está nada claro), puede que quieran destinarme a Atlanta o a Washington.

—Vale —dijo Myron.

—¿Tú te trasladarías?

—Claro.

—¿Así, sin más?

—Así, sin más.

—Bueno, al principio podría viajar —propuso ella.

—No, nada de viajes. Nos mudamos.

—Dios, qué sexi estás cuando hablas con esa decisión.

—Y cuando no, también.

—Tampoco te pases —dijo Terese. Y luego—: ¿Estás seguro? Puedo decir que no. Saldrán otros trabajos.

Myron había vivido siempre en aquella región. Había nacido allí, había pasado cuatro años en la universidad, en Carolina del Norte, y había regresado allí. Estaba tan vinculado a aquella zona que incluso había comprado la casa donde había pasado su infancia, para no dejar el pasado atrás.

—Estoy seguro —dijo Myron—. Quiero que trabajes en lo que te gusta.

—Vaya, no te pongas tan políticamente correcto.

—También quiero ser un mantenido.

—Eso podría requerir favores sexuales a cambio —señaló Terese.

Myron suspiró.

—El caso es pedir...

Terese se rio. No lo hacía a menudo. A Myron le encantó oírlo.

—Más vale que me prepare —dijo ella—. La segunda entrevista es dentro de una hora.

—Buena suerte.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Terese.

—¿Cuando cuelgue? Dame una ducha fría. Luego voy a ver a mis padres y a Mickey.

—He visto esa entrevista en la tele.

—¿Alguna idea?

—Lo que has dicho.

—¿Qué he dicho?

—Que hay algo más.

Se despidieron con los cariñitos mínimos indispensables, y Myron se encaminó a casa de sus padres. ¿De verdad podría hacerlo? ¿Podría alejarse del lugar que siempre había sido su casa?

La respuesta, por primera vez en su vida, fue un sí estruendoso. Mientras conducía recibió una llamada de Win.

—¿Sí?

—Cuéntamelo todo —dijo Win.

—¿Has visto la entrevista a los Moore? —preguntó Myron.

—Sí.

Myron oyó voces de fondo, hombres que gritaban en un idioma extranjero.

—¿Dónde estás exactamente?

—En Roma.

—¿En Italia?

—No. En Roma, Wyoming.

—No hay motivo para ponerse sarcástico.

—¿Quién necesita un motivo para ponerse sarcástico?

—Brooke no está convencida de que el chico sea Patrick —dijo Myron.

—Sí, me lo ha dicho por mensaje.

—He llamado a P. T., en Quantico. Tiene una amiga que quizá pueda ayudarnos. Es una forense experta en reconstrucciones faciales o algo así.

—Yo he hecho mis comprobaciones —dijo Win—. Comparando una imagen congelada de lo que hemos visto hoy con la imagen de Patrick a los seis años, y con las técnicas de progresión de edad.

—¿Alguna conclusión?

—No —dijo Win—. Pero yo me hago dos preguntas. Si no es Patrick, ¿quién es? Si no es Patrick, ¿qué motivo podrían tener Nancy y Hunter para mentir al respecto? Myron pensó en ello.

—No lo sé.

—Iría bien hacer un análisis de ADN.

—Pues sí. Pero supongamos que descubrimos que no es Patrick. ¿Qué significaría? ¿Tienes un momento?

—Claro.

—Pues analicemos todas las perspectivas posibles, hasta las más horribles.

—¿Por ejemplo? —preguntó Win.

—Por ejemplo, supongamos que Nancy y Hunter mataron a ambos niños y ocultaron sus cuerpos. Ya sé, ya sé, es horrible, pero solo como ejercicio mental, supongamos que es posible.

—Vale.

—De este modo, quizá para ahuyentar cualquier sospecha, se las arreglan para recuperar a un Patrick falso. Encuentran a un adolescente que tiene la edad y el aspecto ideales. Te envían esos correos electrónicos llevándote en esa dirección. Encuentras al adolescente en King's Cross, o donde sea. ¿Me sigues?

—No del todo.

—Bien, porque ni siquiera el escenario más horrible tiene sentido. Eso es lo que quiero decir. Nadie estaba bajo sospecha, después de tantos años. Nadie sospechaba de ellos. Si hubieran matado a los niños (y solo son especulaciones; no creo que sea el caso), no ganarían nada fingiendo que habían recuperado a Patrick.

—Es cierto —convino Win—. Aunque, claro, el engaño podría ser otro.

—¿Cuál?

—Pongamos que el chico no es Patrick.

—Vale.

—Pero pongamos que alguien está engañando a Nancy y a Hunter. Organizan la aparición de este Patrick falso. Saben que Nancy y Hunter están tan deseosos de que sea su hijo que será fácil engañarlos.

—El deseo de resolución —dijo Myron.

—Exactamente. Eso puede cegar a cualquiera.

—Ya, pero ¿con qué motivo? ¿Es que ese falso Patrick les va a robar dinero o algo así?

Win se quedó pensando.

—No, no creo que sea eso.

—Y las heridas del chico eran de verdad. Lo apuñalaron. Tenemos suerte de que no muriera.

—A manos de Fat Gandhi —dijo Win—. ¿Myron?

—¿Sí?

—Volvemos a hacerlo.

—¿A hacer qué?

—Pasamos por alto el axioma de Sherlock. Necesitamos más datos.

Win tenía razón. A menudo citaban a Sherlock Holmes, de su idolatrado Arthur Conan Doyle: «Es un error capital el teorizar antes de poseer datos. Insensiblemente, uno comienza a deformar los hechos para hacerlos encajar en las teorías en lugar de encajar las teorías en los hechos».

—¿Myron?

—Dime.

—¿Qué más pasa?

Myron soltó un profundo suspiro.

—Esto no te va a gustar.

—Oh, pues entonces tenme esperando un rato y endúlzamelo.

—¿Más sarcasmo?

—¿Más espera?

Myron fue al grano y le habló a Win de su visita a Neil Huber y de los mensajes entre Chick Baldwin y Nancy Moore. Cuando acabó, Win se quedó callado un momento. Myron seguía oyendo los gritos en un idioma extranjero que supuso italiano.

—¿Por qué estás en Roma? —preguntó Myron.

—Me estoy acercando a Fat Gandhi.

—¿Está en Italia?

—No creo —dijo Win—. ¿Tú crees a Chick cuando dice que esos intercambios de mensajes eran inocentes?

—No —respondió Myron—. Pero eso no quiere decir que tengan nada que ver con el secuestro.

—Es cierto —convino Win.

—¿Quieres que pruebe a hablar con Nancy? ¿Que le pregunte por los mensajes?

—Sí, me gustaría.

—¿Y qué hay de Brooke?

—¿Qué pasa con ella?

—¿Le contamos lo del intercambio de mensajes? —preguntó Myron.

—Aún no.

Myron recordó la reacción de Brooke en Londres al descubrir que no le habían hablado de los correos recibidos por Win.

—Se pondrá furiosa cuando sepa que le vuelves a ocultar información.

—Puedo vivir con eso —dijo Win. Hubo una pausa—. ¿Es todo, Myron?

—Creo que sí.

—Bien. Tengo que irme.

El nombre del equipo aparece en la pantalla en el mismo momento en que Myron señalaba que la prima Brooke se pondría furiosa si volvía a ocultarle cosas.

SHARK CRYPT I.

—Puedo vivir con eso —le digo, ya con la cabeza en otra parte. Es hora de colgar—. ¿Es todo, Myron?

—Creo que sí —dice Myron.

—Bien, tengo que irme.

Cuelgo antes de que Myron responda. Estoy en la trastienda con Carlo, Renato y Giuseppe. Siguen en lo suyo, pero hoy más serios, más concentrados: ha empezado la partida de *Muzzles of Rage*. Mi plan es muy sencillo: sonsacarle a Fat Gandhi.

Por lo que sé de él, Fat Gandhi es un cabrón muy competitivo en este mundo de tecno-vídeo o lo que sea. Su mayor rival es ROMAVSLAZIO, que, gracias a mi anónima generosidad, se han convertido en los anfitriones de este prestigioso evento recién iniciado. La pregunta que queremos responder es esta: aunque Fat Gandhi sea un personaje semiclandestino, aunque esté oculto, aunque sea de manera temporal, ¿dará la cara si se lo desafía a un duelo personal, casi militar de alto rango, con un gran premio en juego?

Ya tengo la respuesta: sí.

Señalo el nuevo nombre en el panel de puntuaciones, SHARK CRYPT I.

—Ese es Fat Gandhi —les digo.

—No puede saberlo —me grita Carlo, sin dejar de teclear—. Aún no ha empezado a jugar.

—Pero en cuanto lleve unos minutos lo sabremos —añade Renato—. En media hora, máximo. Tiene un estilo de juego personal. Nunca usa metralletas ni armas automáticas: solo fusiles de largo alcance, y nunca falla.

—Siempre hay un sistema característico —señala Carlo.

—Como en cualquier deporte, no hace falta ver la cara para saber quién compite —confirma Renato.

—No esperéis —digo yo—. Ese es nuestro objetivo.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

En realidad es sencillo. «Shark Crypt I» es un anagrama de «Patrick Rhys».

Mi plan es evidente. El desafío de ROMAVSLAZIO no tiene nada que ver con ganar la partida de *Muzzles of Rage*. El desafío consiste en fingir que hay un combate para descubrir algún método de pirateo que no tengo ningún interés en comprender al detalle y de ese modo determinar dónde se encuentra Fat Gandhi en la actualidad.

El árbitro, Giuseppe, da la señal.

—Adelante, chicos. Encontradlo.

Tengo listos el coche y el avión privado. Tengo a los pilotos y a un colaborador

clave esperando. En cuanto descubran la ubicación de Fat Gandhi, mientras prosigue la partida de *Muzzles of Rage*, iremos a toda prisa hasta el lugar donde se encuentre Fat Gandhi y lo pillaremos.

Por lo menos ese es el plan.

—Aún no sé si deberíamos hacer esto —objeta Carlo.

Vuelve a estar de cara a una pared; Renato tampoco lo ve claro:

—No somos polis.

—Ya habéis oído al señor Lockwood —dice Giuseppe—. Ese tipo obliga a menores a prostituirse.

—¿Y cómo sabemos que dice la verdad? —pregunta Carlo.

—Sí —añade Renato volviéndose hacia Win—. ¿Cómo sabemos que no es usted el perverso?

—Lo sabéis —digo yo— porque ya lo habéis buscado en Internet.

Silencio. Luego es Carlo el que habla:

—También lo hemos buscado a usted.

—Estoy seguro de ello —les digo.

—Es rico.

—Lo soy.

—También dicen que se ha vuelto loco. Que ahora es un recluso majareta.

—¿Tengo pinta de recluso? —digo yo abriendo los brazos.

—¿Y por qué lo dicen?

—Me lo inventé yo.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Porque unos maleantes querían matarme —explico.

—Entonces ¿ha estado... escondiéndose?

—Algo así.

—Y entonces ¿por qué está aquí?

—Hemos rescatado a uno de los chicos. Necesito vuestra ayuda para rescatar al otro.

Eso parece dejarlos satisfechos.

—No debería ser difícil —dice Carlo—. Para apuntarse a la partida tiene que conectarse a nuestro servidor.

—Con eso tendremos su dirección IP.

—Mierda —dice Carlo—. Está usando un VPN.

—Era de esperar —responde Renato—. Pero podemos esquivarlo con...

Vuelven a hablar en italiano; me parece bien. Tampoco entiendo esa jerga tecnológica. Hablan a voz en grito, enfadados. Empiezan a atacarse el uno al otro. Oigo el nombre de jugadores de la Roma y de la Lazio y sé que han empezado con los insultos al equipo rival. Ese —Giuseppe ya me lo ha advertido— es su modo de trabajo.

—Cuanto más se enfadan —me asegura—, más cerca están de darle una

respuesta.

Así que espero. Por lo que parece intentan mantenerse en el juego mientras buscan la localización de SHARK CRYPT I.

—Tiene razón —me dice Carlo, tecleando furiosamente—. Es Fat Gandhi.

—Intenta ocultarse —añade Renato.

—Ocultar su identidad ahora que conocemos sus movimientos —señala Carlo.

Empiezan a gritar en italiano otra vez. Diez minutos más tarde oigo un grito de victoria. Giuseppe me mira, asiente, y la impresora empieza a zumbar. Se acerca y coge un papel.

—La dirección —dice Giuseppe, entregándomelo.

La miro. Está en Holanda.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Si nos esforzamos —responde Carlo—, habremos acabado en unas dos horas.

Me dirijo a la puerta.

—Entonces no os esforcéis tanto.

Myron aparcó junto a la vieja casa de dos plantas.

Él había crecido allí. Bueno, más que crecer allí, había vivido allí con sus padres hasta... bueno, hasta hacía poco. De hecho, cuando sus padres, Ellen y Al («La gente nos llama El Al —explicaba mamá—; ya sabes, como la aerolínea israelí»), por fin decidieron vender la casa y retirarse a Florida, Myron se la había comprado.

En los viejos tiempos, cada vez que Myron llegaba o alguien lo llevaba a casa, su madre salía corriendo de la puerta y lo rodeaba con los brazos como si fuera un rehén liberado tras muchos años. Así era ella.

Eso, por supuesto, le hacía pasar vergüenza. Y al mismo tiempo, por supuesto, le encantaba. Cuando eres joven no te das cuenta de lo estupendo que es que te quieran de manera incondicional.

Ahora, al abrirse la puerta, los pasos de mamá eran lentos e inciertos. Papá la ayudaba, sosteniéndola por el hombro. Mamá, feminista combativa, temblaba víctima de la crueldad del párkinson. Myron esperó un momento en el coche, dejando que se acercara un poco. Por fin se zafó de la mano de papá. Myron sabía que no quería que su hijo la viera vieja y frágil.

Myron salió del coche justo en el momento en que llegaba mamá, que lo abrazó como siempre, como si fuera un rehén recién liberado. Él también la abrazó. Papá llegó tras ella, y Myron le dio un beso en la mejilla. Así es como saludaba a su padre. Con un beso. Siempre.

—Pareces cansado —dijo mamá.

—Estoy bien.

—¿No te parece cansado, Al?

—Déjalo, El. Está bien. Tiene un aspecto saludable.

—Saludable. —Se volvió hacia su marido—. ¿Ahora eres médico?

—Bueno, tiene buen aspecto.

—Tiene que comer más. Ven. Pediré más comida.

Ellen Bolitar no cocinaba. Nunca. Había intentado hacer un tronco de carne con salsa de ragú en algún momento durante los años de instituto de Myron. Habían tenido que pintar de nuevo la cocina para librarse del olor.

Myron le ofreció la mano. Su madre lo miró torciendo el gesto.

—¿Tú también? Estoy bien —dijo, y echó a caminar hacia la casa, cojeando de manera ostensible. Myron miró a su padre, que se limitó a menear ligeramente la cabeza. La siguieron—. Llamaré a Nero's y les diré que pongan otra parmesana de ternera. Tiene que comer. Tu sobrino come como si tuviera la solitaria. Venga, id al salón a hablar de vuestras cosas —añadió, quitándoselos de encima con un gesto de la mano.

Se agarró a la barandilla y entró en la cocina. Papá le hizo un gesto a Myron para que lo siguiera. Myron se quedó allí un momento, impregnándose de aquella sensación.

Quería a sus padres.

Sí, todos los queremos, pero raramente es algo tan sencillo. Nada extraño, ningún remordimiento, ni resentimiento, ninguna rabia contenida, ni acusaciones de culpa. Lo querían. Él los quería, sin objeción y sin condiciones. No podía ver nada malo en ellos. Según algunos, los veía a través de una lente de color rosa, porque Myron tenía tendencia a la nostalgia y al revisionismo histórico familiar.

Los que decían eso se equivocaban.

Myron y papá entraron en el salón o cuarto de estar, o como se le quiera llamar, y se sentaron en los mismos sitios de siempre, los que usaban desde hacía más tiempo del que Myron pudiera recordar. Cuando Myron era joven, los expertos advertían de los peligros de ver demasiada televisión, lo cual podía ser cierto o no, pero aquel binomio padre-hijo había creado sus vínculos en aquella sala, compartiendo programas que a ambos les encantaban. La franja de máxima audiencia era de ocho a once de la noche, y en aquella época, antes de que todo el mundo viera programas bajo demanda o por *streaming*, un padre y un hijo podían sentarse y reírse con alguna comedia de situación tonta o hablar de los tópicos de una serie de policías. Veían la tele y estaban juntos, en la misma estancia, y eso significaba crear un vínculo, pese a lo que otros pudieran decir. Ahora los padres se iban a sus habitaciones y los hijos, a las suyas. Todos miraban pantallas más pequeñas —portátiles, móviles y tabletas— y veían exactamente lo que querían ver. La experiencia se había vuelto completamente solitaria, y Myron no podía evitar pensar que eso era algo terrible.

Papá cogió el mando a distancia, pero no encendió la tele.

—¿Mickey ya está en casa? —preguntó Myron.

Sus padres se habían instalado allí con él mientras los padres de Mickey se iban de vacaciones.

—Debería estar al caer —dijo papá—. Va a traer a Ema a cenar. ¿La conoces?

—¿A Ema? Sí.

—Siempre se viste de negro —dijo papá.

—Muchas mujeres lo hacen, Al —dijo mamá desde la cocina.

—No tanto.

—El negro adelgaza —saltó mamá.

—No estoy juzgándola.

—Sí, sí que lo haces —dijo mamá.

—¡No es cierto!

—Crees que es como una niña grande.

—Tú eres la que hablas de que alguien se puede vestir de negro porque adelgaza, no yo. —Papá se volvió hacia Myron—. Ema se pinta de negro las uñas, los labios, las pestañas y el pelo. No es de color negro natural. Quiero decir, que se lo tiñe de negro. No lo entiendo.

—¿Y quién eres tú para entenderlo? —preguntó mamá.

—No sé, es por decir...

—Fíjate, ha llegado el señor Alta Costura. ¿De pronto te has convertido en Yves Saint Laurent, con todos esos consejos de moda?

—¡Pensaba que ibas a llamar por teléfono para cambiar el pedido!

—Estaban comunicando.

—Pues vuelve a llamar.

—Sí, jefe, ahora mismo.

Papá suspiró y se encogió de hombros. Así funcionaban. Myron se puso cómodo y disfrutó del espectáculo.

Papá echó el cuerpo adelante y le habló en voz baja:

—¿Y dónde está Terese?

—En Jackson Hole. Para una entrevista de trabajo.

—¿Cómo presentadora de noticias?

—Algo así.

—Recuerdo cuando salía en la tele. Antes de que vosotros... —Juntó las manos y las separó, y volvió a juntarlas—. A tu madre y a mí nos gustaría mucho conocerla mejor.

—La conoceréis.

Se acercó un poco más.

—Tu madre se preocupa.

—¿Por qué?

Papá no era de los que se guardan las cosas.

—Ella cree que hay algo triste escondido.

—Con Terese —dijo Myron asintiendo—. ¿Y tú? ¿Tú también estás preocupado?

—Yo no me meto.

—Pero ¿y si tuvieras que opinar?

—Yo también veo la tristeza. Pero también veo fuerza. Ha sufrido mucho, ¿verdad?

—Sí.

—¿Ha perdido algún hijo?

—Hace mucho tiempo, cuando vivía en el extranjero, sí.

Papá meneó la cabeza.

—Siento haber sacado el tema.

—No pasa nada.

—¿Y sigues sin querer contarme por qué pasó tanto tiempo en África?

—No puedo —dijo Myron—. No me corresponde a mí decirlo.

—Lo respeto —dijo papá, y sonrió—. Probablemente estaría en misión secreta.

—Algo así.

—En misión secreta —repitió papá—. ¿Como tú en Londres?

Myron no dijo nada.

—¿Qué? ¿Te crees que no lo sabíamos? ¿Vas a contarme de qué se trataba?

Mamá intervino desde la cocina.

—Tenía que ver con el niño de los Moore, ese al que rescataron.

Papá se volvió hacia la cocina.

—¿Cuánto rato llevas escuchando?

—Acabo de empezar —respondió mamá—. Me he perdido toda la parte en que me has dejado como un trapo con esa historia de la novia triste.

La puerta principal se abrió de un modo que dejaba claro que entraba un adolescente. Mickey apareció con Ema justo detrás. Se quedó mirando a Myron.

—Eh, ¿qué haces tú aquí?

Mickey era un actor malísimo.

—Yo también me alegro de verte —dijo Myron—. Hola, Ema.

—Hola, Myron —saludó Ema.

Ema, la chica que papá describía usando el color negro, era lo que primero se había llamado «gótica» y luego, «emo» (de ahí su apodo). Myron no estaba tan al día como para saber cómo los llamaban ahora. De hecho, todo en ella era negro, en contraste con la piel más pálida posible. Mickey y Ema habían empezado siendo amigos, grandes amigos, pero en ese momento Myron se preguntaba si no habrían superado la frontera entre la amistad y la relación.

Mickey le dio un beso en la mejilla a su abuelo. Se volvió hacia su abuela y le dijo:

—Estás guapísima, abuela.

—No me llames así.

—¿Cómo?

—Abuela. Te lo he dicho. Soy demasiado joven para ser tu abuela. Llámame Ellen. Y si alguien pregunta, diles que soy la segunda esposa de tu abuelo, que me pescó siendo jovencita.

—Vale, ya lo pillo —dijo Mickey.

—Y ahora dale un beso a tu Ellen.

Él subió el escalón que daba a la cocina de un salto. Cada vez que Mickey se movía, la casa temblaba. Le dio un beso y un abrazo. Myron observó la escena, tragando saliva. Luego, Mickey se volvió hacia Myron.

—¿Estás llorando? —preguntó Mickey.

—No —dijo Myron.

—¿Por qué está llorando? —Mickey se volvió hacia su abuela—. ¿Por qué llora siempre?

—Siempre ha sido muy emotivo; no hagas caso.

—No estoy llorando —insistió Myron paseando la mirada por toda la sala, pero sin encontrar una excusa—. Se me ha metido algo en el ojo.

—Necesito que alguien me ayude a poner la mesa —dijo mamá.

—Yo —se ofreció Mickey.

—No. Quiero que me ayude Ema.

—Me encantaría, señora Bolitar —dijo Ema.

—Ellen —la corrigió mamá—. Por cierto, ¿Mickey y tú estáis juntos? ¿Cómo lo llamáis los chicos? ¿Salís? ¿Habéis ligado?

—¡Abuela! —exclamó Mickey, muerto de vergüenza.

—Oh, no hagas caso, Ema, con su reacción me ha quedado claro. ¿A que son monos cuando se sonrojan así?

Ema, que parecía igual de avergonzada, se coló en la cocina a toda prisa.

—Más vale que vaya con ellas —dijo papá—. Por si acaso.

Dejó a Myron y a Mickey solos en el salón.

—He recibido tu mensaje —dijo Mickey.

—Lo suponía. ¿Crees que podrías ayudarme?

—Sí. Y creo que Ema también.

—¿Cómo?

—Tenemos un plan.

La prensa ya no estaba frente a la casa de Nancy Moore.

Myron no sabía si eso se debía a la decisión de los medios de respetar la petición de intimidad de la familia, de que los ciclos de noticias eran muy cortos o quizá de que la cobertura no suscitaba gran atención. Probablemente fuera una combinación de las tres cosas, pero en cualquier caso Myron lo agradecía. Eran las ocho de la tarde cuando dejó el coche en la vía de acceso y llamó a la puerta.

Nancy Moore abrió la puerta con una copa de vino blanco en la mano.

—Es tarde —dijo.

—Lo siento —se disculpó Myron—. Tenía que haber llamado.

—Ha sido un día largo.

—Lo sé.

—No habría abierto siquiera la puerta, de no ser...

Lo sabía. Seguía sintiéndose en deuda.

—Mira, necesito hablar contigo solo un momento. —Myron miró al interior de la casa—. ¿Está Hunter?

—No. Se ha vuelto a Pensilvania esta tarde.

—¿Es allí donde vive?

Ella asintió.

—Está allí desde el divorcio.

Myron echó un vistazo al cartel de «En venta».

—¿Tú también te vas?

—Sí.

—¿A Pensilvania?

—No quiero ser maleducada, Myron.

Myron levantó una mano.

—¿No puedo entrar un momento?

Ella se echó a un lado a regañadientes. Myron entró y se detuvo de pronto al ver a la joven que estaba de pie junto a las escaleras.

—Esta es mi hija, Francesca —dijo Nancy.

Myron estuvo a punto de soltar el tan manido «querrás decir tu hermana», pero se tragó el cumplido. Durante la entrevista de la tele no había reparado en cómo se parecían, pero lo cierto era que estaba distraído con otras cosas. Si un novio se planteara cómo sería Francesca en veinte años, le bastaría con mirar a Nancy para saberlo.

—Francesca, este es el señor Bolitar.

—Lámame Myron —dijo él—. Hola, Francesca.

Ella parpadeó, limpiándose las lágrimas. ¿Esas lágrimas estaban ya antes?

—Gracias —respondió ella, con una sinceridad que casi le hizo darse la vuelta. Francesca se acercó a paso ligero y le dio un abrazo, breve pero sentido—. Gracias —

repitió.

—De nada —repuso Myron.

Nancy acarició a su hija en el hombro y le sonrió.

—¿Te importa subir un rato y ver qué hace tu hermano? El señor Bolitar y yo tenemos que hablar.

—Claro —dijo Francesca—. Ha sido un placer —añadió, y estrechó la mano de Myron entre las suyas.

—El placer ha sido mutuo.

Nancy se quedó mirando cómo subía las escaleras. Esperó hasta que hubo desaparecido y luego dijo:

—Es muy buena chica.

—Se nota.

—Muy sensible. Lloro a la mínima ocasión.

—Yo creo que eso es una buena cualidad —convino Myron.

—Supongo. Pero cuando su hermano desapareció... —Nancy no acabó la frase. Meneó la cabeza y cerró los ojos—. Si Patrick hubiera muerto en ese túnel, si no hubieras llegado a tiempo...

Tampoco terminó esa frase.

—¿Puedo hacerte una pregunta algo directa? —espetó Myron.

—Supongo.

—¿Estás absolutamente segura de que el chico que está allí arriba es Patrick?

Nancy hizo una mueca.

—Eso ya me lo has preguntado antes.

—Lo sé.

—¿Y por qué sigues preguntándomelo? Ya te lo he dicho. Estoy segura.

—¿Cómo puedes estarlo?

—¿Perdona?

—Han pasado diez años. Era un niño cuando se lo llevaron.

Nancy apoyó las manos en las caderas, cada vez más molesta.

—¿Para eso has vendido?

—No.

—Entonces más vale que vayas al grano. Se hace tarde.

—Háblame de los mensajes que os escribíais Chick Baldwin y tú.

Myron lo dijo tal cual. Bum. Sin previo aviso, sin aclararse la garganta: a saco. Quería ver su reacción; pero si esperaba algo dramático o revelador, no fue lo que encontró. Nancy apoyó la copa en una mesa y se cruzó de brazos.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—¿Y por qué diantres...? —Se calló de pronto—. Creo que deberías marcharte.

—Ya he hablado de ello con Chick.

—Entonces ya lo sabes.

—¿El qué?

—Que no fue nada.

Interesante. El mismo argumento. Myron decidió jugar un poco de farol.

—No es eso lo que dijo él.

—¿Cómo?

—Chick reconoció que teníais un lío.

Nancy esbozó una sonrisa.

—Eso son paparruchas, Myron. —Y tenía razón—. Éramos amigos. Hablábamos. Hablábamos mucho.

—Ya, Nancy, no te ofendas, pero eso no me lo trago.

—¿No me crees?

—Pues no.

—¿Y por qué no?

—Pues porque no me parece que Chick sea un gran conversador.

—¿Pero sí te parece que es un gran follador?

«*Touché*», pensó Myron.

Nancy se le acercó y lo miró con ojos inocentes. Debía de ser la mirada que usaba para dejarles claras las cosas a los hombres. Un movimiento, supuso, que le habría sido muy útil en el pasado.

—¿Quieres creerme cuando te digo que no tiene nada que ver con lo que les ocurrió a los chicos?

—No —respondió Myron.

—¿Así, sin más?

—Sin más.

—¿Crees que miento?

—Quizá —dijo Myron—. O quizá no lo sepas.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Siempre hay pliegues escondidos. Las cosas se mueven por debajo de la superficie. No siempre puedes verlas, sobre todo cuando estás tan cerca. Ya conoces el efecto mariposa, el concepto de que el aleteo de una mariposa puede parecer que no tiene consecuencias...

—... pero puede cambiarlo todo. —Fue Nancy quien acabó la frase—. Lo conozco. Es una tontería. Y en cualquier caso...

Se calló al oír unos pasos torpes. Ambos se volvieron hacia las escaleras. Allí, inmóvil sobre el tercer escalón, estaba Patrick Moore. O el presunto Patrick Moore. En cualquier caso, era el chico a quien Fat Gandhi había apuñalado en el túnel.

Myron apretó con un disimulo un botón de su teléfono. Por un momento nadie dijo nada. Nancy rompió el silencio:

—¿Va todo bien, Patrick? ¿Quieres algo?

Patrick tenía la mirada fija en Myron.

—Hola, Patrick —lo saludó este.

—Tú eres el tipo que me salvó —dijo el chico.

—Sí, supongo que sí.

—Francesca me ha dicho que estabas aquí. —Tragó saliva con dificultad—. Ese gordo... intentó matarme.

Myron miró a Nancy.

—No pasa nada —dijo Nancy con el tono suave, inconfundible, de una madre preocupada—. Ahora estás en casa. Estás a salvo.

Patrick seguía mirando fijamente a Myron.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué me apuñaló?

Era una pregunta bastante habitual después de un delito violento. Myron ya se había encontrado antes con algo así: la necesidad de saber. Era un modesto «¿Por qué yo?».

—Debió de suponer que si te apuñalaba dejaría de perseguirlo. Tendría que escoger entre ir a por él o salvarte a ti.

Patrick asintió. Por fin lo entendía.

—Ya. Supongo que tiene sentido.

Myron dio un paso tímido hacia el chico.

—Patrick —dijo, intentando mantener un tono de voz suave y lo menos amenazador posible—. ¿Dónde has estado?

Patrick abrió aún más los ojos y miró a su madre con un gesto de pánico.

En aquel momento sonó el timbre de la casa.

Nancy se volvió hacia la puerta.

—¿Quién podría...?

—Voy yo —dijo Myron—. Espera un momento, Patrick. Querría presentarte a alguien.

Myron se acercó a la puerta y la abrió. Mickey y Ema, que estaban esperando en otro coche la señal del teléfono de Myron, entraron sin vacilar. Mickey tenía una gran sonrisa en el rostro. Ema llevaba una pizza. El aroma llenó toda la estancia.

El plan de Mickey era arriesgado, Myron lo sabía, pero Ema se había mostrado más optimista al respecto.

—Es un adolescente solo, encerrado en una casa —le había dicho Ema—. Y además, la pizza de Londres es bastante mala.

Así que en realidad el plan era de Mickey y Ema. Myron los dejó llevar las riendas.

Mickey se acercó a las escaleras.

—Hola, yo soy Mickey. Esta es Ema. Hemos pensado que quizá te gustaría salir, o algo.

Patrick lo miró.

—Hum...

—¿Has probado la pizza con alitas de pollo como ingrediente? —preguntó Ema.

—No —respondió Patrick no muy convencido.

Ema asintió.

—Y trocitos de beicon.

—¿En serio?

—Yo nunca bromearía sobre el beicon.

—¡Hala!

—Íbamos a dejar que el borde relleno de queso fuera sorpresa —dijo Mickey—, pero algunas cosas son tan buenas que no puedes guardar el secreto.

Patrick sonrió.

—No quiero que te crees falsas expectativas —prosiguió Ema, abriendo la caja—, pero quizá sea la mejor pizza del mundo.

—Oh —dijo Nancy—, no creo que sea buena idea.

Myron se interpuso entre ella y su hijo.

—Decías que tenía que aclimatarse y adaptarse a la gente de su edad —le recordó.

—Sí, pero ha sido un día muy largo...

Patrick la interrumpió.

—Mamá, no pasa nada.

—Creo que es sin gluten —añadió Ema, por probar. Y luego sonrió con la mueca más graciosa e irresistible que Myron había visto nunca.

Entonces Patrick se rio —abiertamente— y, a juzgar por el gesto de Nancy, Myron supuso que era la primera vez que veía reír a su hijo desde que tenía seis años. Ema tenía razón. Ya fuera la pizza sobrecargada de ingredientes, ya fuera la necesidad humana de compañía —y, lo más probable, la combinación de ambas cosas—, Patrick necesitaba aquello. Se lo había perdido durante demasiado tiempo.

Francesca apareció en lo alto de las escaleras.

—Estábamos a punto de ver una película —dijo—. Mamá, ¿podemos bajar una de pago?

Todas las miradas apuntaron a Nancy Moore.

—Por supuesto —consiguió decir Nancy Moore, casi atragantándose—. Divertíos.

Myron no se quedó.

Aquellas fueron las instrucciones explícitas de Mickey y Ema. Que los dejara hacer. Que no esperara abajo. Que no turbara el ambiente con su presencia. Que nadie desconfiara. Si tenía preguntas para la madre de Patrick, debía hacerlas antes de que entraran ellos. Y luego debía irse.

Y eso hizo.

Cuando entraba en el coche sonó el teléfono. Myron no reconoció el número.

—¿Diga?

—Soy Alyse Mervosh —dijo una mujer sin más preámbulos—. La contacto de P.

T.

—¿La forense?

—Antropóloga forense especializada en reconstrucción facial, sí —dijo con un tono tan neutro que casi parecía imposible que lo pudiera conseguir sin la intervención de una máquina—. Quiere saber si el Patrick Moore que ha aparecido hoy en la CNN es el mismo Patrick Moore que desapareció hace diez años. ¿Es así?

—Sí.

—Acabo de recibir el vídeo de la entrevista de hoy. Luego he buscado el secuestro en Google para encontrar fotografías de Patrick a los seis años. Por fin he localizado una simulación de la progresión de edad de Patrick elaborada por esta agencia. ¿Dónde se encuentra?

—¿Ahora mismo?

—Sí.

—En Alpine, Nueva Jersey.

—¿Sabe dónde se encuentra exactamente nuestra oficina de Manhattan?

—Sí.

—En coche hay una hora más o menos. Para entonces debería tener los resultados.

Alyse Mervosh colgó sin esperar a que respondiera. Myron le echó un vistazo al reloj. Las ocho y media de la tarde. Si a la doctora Mervosh no le importaba trabajar hasta tarde, a él tampoco. Sabía que el laboratorio principal del FBI estaba en Virginia, pero sospechaba que ese tipo de trabajo requería sobre todo ordenadores, y quizás un *software* especial. En Manhattan, la oficina central del FBI se encontraba en la planta 23 del 26 de Federal Plaza.

Myron encontró un aparcamiento en Reade Street y caminó hacia el norte, en dirección a la sede del FBI. Pasó Duane Street y recordó un dato curioso. Las farmacias Duane Reade, tan comunes por toda Nueva York, se llamaban así porque tenían su primer almacén entre las calles Duane y Reade.

En los momentos más insospechados uno piensa en las cosas más raras.

Alyse Mervosh lo saludó con un firme apretón de manos.

—¿Me permite que haga una cosa, y así me la quito de encima?

—¿Cómo?

—Mi reacción de fan adolescente. Me encantó, de verdad, el documental sobre su lesión. Me apasionó.

—Bueno... Gracias.

—En serio, llegar tan alto, a la cumbre, y luego caer así, quedar hecho polvo, sin nada...

Fue bajando el volumen hasta callarse. Myron abrió los brazos y sonrió.

—¡Y sin embargo, aquí estoy!

—Pero ¿de verdad está bien?

—Puedo hacer diez flexiones de suelo con un brazo.

—¿De verdad?

—No. Quizá podría hacer una.

Ella meneó la cabeza.

—Lo siento, no estoy siendo nada profesional. Es que... ese documental hizo que me diera mucha pena, ¿sabe?

—Justo lo que pretendía.

La doctora Mervosh se ruborizó un poco.

—Perdone que esté vestida así. Estaba en plena clase de tenis cuando llamó P. T.

Llevaba una sudadera tan clásica que Myron casi esperaba ver la etiqueta de la marca Fila. Una cinta elástica le recogía el cabello rubio. En conjunto, la imagen recordaba los tiempos de Björn Borg a principio de los años ochenta.

—No se preocupe —dijo Myron—. Gracias por hacer esto tan tarde.

—¿Quiere una explicación larga o mi conclusión?

—La conclusión, por favor.

—No concluyente —dijo ella.

—Vaya. ¿Así que su conclusión es que no lo sabe?

—En respuesta a la pregunta de si el adolescente a quien han entrevistado hoy en la CNN es el mismo Patrick Moore que secuestraron hace diez años, lo siento, pero no puedo dar una respuesta definitiva. ¿Puedo explicarme?

—Por favor.

—Lo que suelo hacer, la reconstrucción facial forense, se aplica a la identificación de restos. Eso lo sabe, ¿no?

—Sí.

—Esto no es una ciencia exacta. Esperamos que nuestro trabajo lleve a algún indicio o a alguna idea, pero hay muchas cosas que pueden alterar los resultados. —Alyse Mervosh hizo una mueca—. ¿No hace calor aquí dentro?

—Un poco.

—¿Le importa que me quite la chaqueta?

—Por supuesto que no.

—No querría que pensara que intento coquetear con usted, o algo así.

—No se preocupe.

—Tengo un novio formal.

—Y yo estoy prometido.

—¿De verdad? —dijo, y se le iluminó la cara—. Oh, me alegro mucho. Quiero decir, después de lo que ha pasado.

—¿Doctora Mervosh?

—Por favor, llámame Alyse.

—Alyse —dijo Myron—. No es más que una lesión de rodilla. Agradezco tu... —no estaba seguro de qué palabra usar—... preocupación, pero estoy bien.

—Y quieres saber más de Patrick Moore.

—Pues sí, la verdad.

—No se me dan muy bien las relaciones sociales —dijo ella—. Por eso soy la mejor en el laboratorio. Tengo tendencia a hablar de manera compulsiva. Lo siento mucho.

—No pasa nada —la disculpó Myron—. Estabas diciendo algo sobre que los resultados a veces se veían alterados por otras cosas.

—Sí, así es. Intentamos imaginarnos qué aspecto tendrá un niño de seis años cuando tenga dieciséis. Como puedes imaginarte, son años particularmente difíciles de deducir. Si Patrick Moore desapareciera a los veintiséis, por ejemplo, y lo encontráramos con treinta y seis..., bueno, te haces una idea, ¿no?

—Sí.

—El envejecimiento depende sobre todo de la genética, pero hay otros factores. La dieta, el estilo de vida, los hábitos personales, las lesiones... Todos esas cosas pueden alterar el proceso de maduración o envejecimiento y, en algunos casos, incluso el aspecto. E insisto: estamos hablando posiblemente de los años más difíciles de analizar. Los cambios de aspecto de la infancia a la adolescencia pueden ser extremos. Durante la infancia, los huesos y los cartílagos se desarrollan y determinan las proporciones y la forma del rostro. Y los antropólogos forenses tenemos que rellenar los huecos restantes. Por ejemplo, la línea de nacimiento del cabello puede haberse retrasado. El tejido óseo se forma, se pierde, se alarga, cicatriza. En pocas palabras: es difícil hacer predicciones.

—Ya veo —dijo Myron—. Pero ¿puedes darme tu opinión?

—¿Sobre si ese adolescente es Patrick Moore?

—Sí.

Ella frunció el ceño, aparentemente confundida.

—¿Una opinión?

—Sí.

—Soy científica. No doy opiniones.

—Solo quería decir...

—Lo único que puedo darte son los hechos, tal como son.

—Está bien.

Alyse Mervosh cogió un cuaderno con parsimonia y comprobó sus notas.

—Los rasgos del adolescente, con una notable excepción, cuadran con lo que es la norma en los chicos de dieciséis años. El color de los ojos ha variado ligeramente, pero eso no es digno de mención. También es muy difícil determinar el color exacto a partir de una entrevista de la tele. He podido hacer un cálculo preciso de la altura de los padres y el hijo y compararlo con la altura de Patrick a los seis años. A partir de esos cálculos, este adolescente es cinco centímetros más bajo que la media, pero eso también queda dentro del margen de error posible. En pocas palabras: el adolescente desde luego podría ser Patrick Moore; pero hay una cosa que me preocupa, y que hace que no pueda dar una respuesta concluyente.

—¿Y cuál es?

—La nariz.

—¿Qué le pasa?

—La nariz del adolescente, en mi opinión, no cuadra con la que veo en el niño de seis años. Eso no quiere decir que no haya podido evolucionar así, pero sería improbable.

Myron se planteó aquello un momento.

—¿Podría deberse a una operación de cirugía plástica?

—¿Una cirugía clásica? No. Ese tipo de operaciones reducen la nariz casi siempre. En este caso, el nuevo Patrick Moore tiene la nariz más grande de lo que cabría esperar.

Myron se quedó pensando.

—¿Y si..., no sé..., y si le hubieran roto la nariz varias veces?

—Hummm. —Alyse Mervosh cogió un lápiz y se dio golpecitos en la mejilla con la goma—. Tengo mis dudas, pero no es imposible. También hay operaciones para dar más volumen a la nariz en casos de lesión o deformidades congénitas o, sobre todo, tras el abuso de cocaína. Quizás eso lo explicara. Pero tampoco puedo decirlo con certeza. De ahí mi conclusión.

—En otras palabras —dijo Myron—: ¿nos falta una nariz para obtener una identificación concluyente?

Alyse Mervosh se lo quedó mirando un momento.

—Un momento, ¿eso era una broma?

—Más o menos.

—Ah.

—Ya, lo siento.

—Bromas aparte —opinó ella—, es necesario un análisis de ADN.

Observo la granja holandesa a través de los binoculares.

El vuelo de Roma al aeropuerto de Groningen Eelde, en Holanda, ha tardado dos horas y media. El viaje desde el aeropuerto hasta esta granja en Assen me ha llevado veinte minutos.

—Solo hay cuatro personas en la casa, guapo —me dice una voz con acento marcado. Me vuelvo hacia Zorra. Zorra en realidad se llama Shlomo Avrahaim. Es exagente del Mossad y transformista, o comoquiera que se le llame ahora a un hombre a quien le gusta vestirse como una mujer. He conocido a muchos transformistas en mi vida. Muchos son bastante atractivos y femeninos. Zorra no es ninguna de las dos cosas. Luce una barba tan gruesa como su acento. No se depila las cejas, de modo que las tiene como dos orugas peludas sin ningún interés por convertirse en mariposas. Tiene los nudillos como los de un hombre lobo, y su peluca pelirroja podría haber figurado entre el atrezo de Bette Midler en 1978. Lleva tacones de aguja, con una hoja metálica oculta en el interior.

Tiempo atrás, Zorra estuvo a punto de matar a Myron con esa hoja.

—¿Eso lo sabemos por las imágenes térmicas? —pregunto.

—Las mismas que usé en Londres, guapo —responde Zorra con voz de barítono—. Esto no tiene ninguna gracia. ¿Cómo decís en inglés? Es como pescar en un barril. Estás desperdiciando el talento de un profesional como Zorra.

Me vuelvo y lo miro de arriba abajo.

—¿Algún problema, guapo? —dice Zorra.

—¿Una falda color melocotón con tacones naranja? —pregunto yo.

—Si quieres me la quito.

—Me alegro de que estés tan convencido.

Zorra se vuelve hacia la casa. La peluca no lo acompaña.

—¿Qué es lo que esperamos, guapo?

Yo no creo en la intuición ni en el sexto sentido. Pero tampoco quiero pasar por alto la sensación que tengo de que algo no va bien.

—Esto parece demasiado fácil.

—¡Ah! —exclama Zorra—. Te hueles una trampa.

—¿Me huelo una trampa?

—Como decís vosotros. El inglés es la segunda lengua de Zorra.

Volvemos a mirar hacia la casa.

—Tenemos un objetivo —le recuerdo.

—Tu primo, ¿no?

—Sí. —Pienso en las diversas posibilidades—. Si tú fueras Fat Gandhi, ¿esconderías a Rhys en este lugar?

—Quizá —responde—. O quizá lo escondería por si se presentaba algún malote como Win, para tener algo con lo que negociar.

—Exactamente —digo.

Nos conocimos hace unos años, cuando Zorra estaba en el otro bando; un enemigo mortal. Al final decidí no matarlo. No estoy seguro de por qué. ¿Intuición, quizás? Ahora, Zorra siente que tiene una deuda impagable conmigo. Esperanza compara esta historia con uno de los guiones de sus espectáculos de lucha, en que el luchador bueno se muestra compasivo con el malo, que acaba ganándose la simpatía del público.

Estoy valorando las diversas opciones cuando se abre la puerta de la casa. No me muevo. No saco la pistola. Me quedo de pie, esperando que aparezca alguien en la puerta. Pasan cinco segundos. Luego, diez.

Luego sale Fat Gandhi.

Zorra y yo estamos de pie, ocultos tras los arbustos. Fat Gandhi se vuelve hacia nosotros, sonrío y saluda con la mano.

—Sabe que estamos aquí —dice Zorra.

Zorra, maestro en la observación de lo evidente. Fat Gandhi echa a caminar tranquilamente hacia nosotros. Zorra me mira. Niego con la cabeza. Ha quedado claro que Fat Gandhi sabe exactamente dónde estamos. Me quedo pensando en ello un momento. Nos hemos acercado con cautela, pero esta es una carretera tranquila. Si Fat Gandhi tenía hombres apostados —y está claro que sí—, nos habrán visto en el camino.

Fat Gandhi vuelve a saludar con la mano.

—Hola, señor Lockwood. ¡Bienvenido!

Zorra se me acerca.

—Sabe cómo te llamas.

—Ese entrenamiento que te dieron en el Mossad... es realmente impresionante.

—A Zorra no se le pasa nada por alto.

Fat Gandhi podría haber descubierto quién soy de cien maneras diferentes. Podría haber recurrido a algún complicado sistema de pirateo informático, pero dudo de que haya sido necesario. Sabía el nombre de Myron. Myron y yo somos socios y grandes amigos. También sabía de Rhys y Patrick y del secuestro. Con solo investigar un poco puede haber descubierto mi conexión familiar.

O, lo más probable, se lo puede haber dicho Rhys.

En cualquier caso, aquí estamos.

Zorra desenfunda la hoja de su tacón.

—¿Cuál es el plan, guapo?

Echo un vistazo al móvil para comprobar que nuestros otros dos hombres sigan en sus puestos, en el perímetro. Allí están. No se los han quitado de en medio. Fat Gandhi sigue avanzando hacia nosotros. Gira la cabeza hacia el sol y sonrío.

—Esperemos a ver —digo yo.

Saco mi arma, una Desert Eagle .50 AE. Fat Gandhi se para cuando la ve. Parece decepcionado.

—Eso no es necesario, señor Lockwood.

Yo me «olía» la trampa, sí. ¿Sabía que los italianos intentarían rastrear su posición a través del juego? ¿Ha dejado que lo hagan? Eso parece. Muchos creen que soy infalible en cosas así, que soy tan profesional y peligroso que hasta la muerte me da esquinazo. Confieso que hago todo lo que puedo por fomentar, ampliar e intensificar esa reputación. Quiero que se me tema. Quiero que la gente se estremezca cada vez que entro en una sala porque no saben qué voy a hacer en un momento dado. Pero no soy tan simplón como para tragarme mi propia propaganda, por supuesto. Por bueno que seas, siempre puede aparecer un francotirador que te quite de en medio.

Tal como dijo una vez uno de mis enemigos: «Eres bueno, Win, pero no estás blindado ni a prueba de balas».

He intentado ir con cuidado, pero estas misiones requieren actuar con rapidez. No nos ha seguido nadie desde el aeropuerto. De eso estoy seguro. Aun así, Fat Gandhi sabía que estábamos aquí.

—Tenemos que hablar —dice Fat Gandhi.

—Muy bien —acepto yo.

—¿Le importa si lo llamo Win? —añade abriendo los brazos.

—Sí que me importa.

Él no deja de sonreír. Yo no suelto la pistola. Echa un vistazo a Zorra.

—¿Ella tiene que estar aquí mientras hablamos?

—¿A quién estás llamando «ella»? —le espeta Zorra.

—¿Qué?

—¿Es que a ti Zorra te parece una chica, guapo?

—Estooo...

No hay una respuesta buena a esa pregunta.

Levanto la mano, y Zorra se calma un poco.

—Tranquilos ambos —dice Fat Gandhi—. Si hubiera querido matarlos, ya estarían muertos.

—No —respondo yo.

—¿Perdón?

—Eso es un farol. —Fat Gandhi no deja de sonreír, pero observo un leve titubeo.

—Tú ya sabes quién soy —digo—. No te habrá sido nada difícil descubrirlo. Probablemente tenías a alguien controlando el aeropuerto y a algún otro tipo vigilando la carretera. Supongo que sería aquel tipo de barba del Peugeot.

—¡Zorra lo sabía! —dice Zorra—. Deberías haberme dejado...

Vuelvo a pararlo con la mano.

—Nos controlas —prosigo—, pero eso no significa que tengas un francotirador lo suficientemente bueno para que pudiera abatirnos a esta distancia. Yo tengo dos hombres apostados. Si tuvieras a alguien, lo sabrían. Tienes otros hombres dentro. Tres, para ser exactos. Ninguno con un arma de largo alcance que nos apunte. Lo

habríamos visto.

Su sonrisa sigue mostrando signos de duda.

—Parece muy seguro de sí mismo, señor Lockwood.

Me encojo de hombros.

—Podría estar equivocado. Pero las probabilidades de que tengas una fuerza de ataque suficiente para acabar con nosotros cuatro antes de que te matemos me parecen más que remotas.

Fat Gandhi aplaude una sola vez, muy despacio.

—Desde luego está a la altura de su reputación, señor Lockwood.

Reputación. ¿Veis lo que quería decir con eso de fomentarla, ampliarla e intensificarla?

—Podría darle todos los detalles de la situación, para que vea que estamos en un punto muerto —dice Fat Gandhi—. Pero ambos somos hombres de mundo. He venido hasta aquí para hablar. He salido para que podamos alcanzar un acuerdo y acabar con todo esto.

—A mí me da igual todo lo que tenga que ver contigo, y con tus negocios.

Sus negocios, por supuesto, tienen que ver con el secuestro y el abuso de adolescentes. Zorra me hace una mueca, dejándome claro que quizás a él sí le importe.

—Yo estoy aquí por Rhys —le digo.

La sonrisa desaparece del rostro de Fat Gandhi.

—Usted ha sido quien ha matado a tres de mis hombres.

Ahora me toca a mí sonreír. Estoy ganando tiempo, atrayendo su atención. Quiero que Zorra siga controlando la casa y el perímetro, por si acaso.

—También es quien le hizo un agujero a mi pared.

—¿Buscas una confesión? —pregunto.

—No —responde.

—¿Qué tal venganza?

—Tampoco —dice Fat Gandhi, quizá con demasiada prisa—. Usted quiere a Rhys Baldwin. Eso lo entiendo; es su primo. Pero yo también quiero algo.

No hay motivo para preguntarle qué es lo que quiere. Me lo dirá.

—Quiero recuperar mi vida —dice Fat Gandhi—. La policía no tiene nada en mi contra. Patrick Moore ha vuelto a Estados Unidos. No volverá a testificar. Myron Bolitar puede afirmar que me ha visto apuñalar al crío, pero a fin de cuentas estaba oscuro. Yo también puedo declarar que lo hice en defensa propia. Es evidente que nos estaban atacando. El agujero en el muro lo demuestra. Ninguno de los míos dirá nada. Todos los archivos y todas las pruebas están bien guardados en la nube.

—La policía no tiene nada —reconozco—. Pero no creo que tu mayor preocupación sea la policía, ¿verdad?

—Mi gran preocupación es usted —admite Fat Gandhi. Vuelvo a sonreír—. No quiero pasarme el resto de mi vida esperando a que llame a mi puerta, señor

Lockwood. ¿Puedo hablar con franqueza por un momento?

—Puedes intentarlo.

—No estaba del todo seguro, pero cuando ROMAVSLAZIO nos desafiaron... Bueno, después de lo que habíamos descubierto de usted, no dimos cuenta de que sería un riesgo. Entonces lo supe. Sabía que tendría que afrontarlo cara a cara para que pudiéramos poner fin a esto de una vez por todas. Nos planteamos (y lo digo con sinceridad) reunir a un puñado de hombres e intentar matarlo.

—Pero cambiasteis de opinión.

—Sí.

—Porque habría detectado a los hombres. Y habría traído a más hombres. Y habría matado a tus hombres y luego a ti. Y aunque tu grupo consiguiera imponerse...

Zorra chasquea la lengua y se ríe con un gesto de desprecio.

—¿A Zorra?

—Estamos planteando hipótesis —le respondo, y vuelvo a dirigirme a Fat Gandhi—. Aunque de algún modo consiguierais matarnos, sabes que no quedaría ahí la cosa. Myron iría a por vosotros.

Fat Gandhi asiente.

—Sería la historia de nunca acabar. Tendría que pasarme el resto de mi vida mirando hacia atrás.

—Eres más listo de lo que pensaba —admito—. Así que vamos a simplificar las cosas. Dame a Rhys. Me lo llevo a casa, y asunto resuelto. No vuelvo a pensar en ti. Me olvido de que existes. Y tú te olvidas de que existo.

Es un buen trato, creo, pero me pregunto si podré mantenerlo. Fat Gandhi ha intentado eliminar a Myron. Eso no es algo que pueda pasar por alto. No lo mataría en venganza por ese acto —en cierto modo, era algo bastante comprensible—, pero me preocupa tanto su estabilidad mental como su egoísmo. Quería mostrarse fuerte ante sus subordinados. Quería hacer una demostración de poder. Y ese interés sigue presente.

La preocupación por tener que «ir mirando hacia atrás» también puede afectarme a mí.

—No es tan sencillo —responde Fat Gandhi.

Endurezco un poco el tono.

—Sí, es así de sencillo. Dame a Rhys.

Baja la vista y meneas la cabeza.

—No puedo.

Hay un momento de vacilación, solo un momento. Sé lo que viene ahora, pero no hago nada por detenerlo. Con una elegancia y una agilidad que no dejan de sorprenderme, Zorra gira sobre sí mismo y barre a Fat Gandhi con una pierna. Fat Gandhi cae de espaldas como un saco terrero, y resopla al vaciar los pulmones con el impacto.

Zorra se le echa encima. Levanta su afilado tacón, dispuesto a atizarle con la hoja en el rostro, pero en lugar de eso la acerca hasta situarla a apenas unos milímetros (literalmente) de la córnea de Fat Gandhi.

—Respuesta incorrecta, guapo —le dice Zorra—. Vuelve a intentarlo.

Myron estaba sentado en la butaca de su padre, en el salón de la tele.

—¿Vas a esperar a Mickey? —le preguntó papá.

Cuando Myron era adolescente, su padre solía quedarse en su sillón por las noches esperando a que sus hijos volvieran a casa. Nunca le puso una hora límite a Myron —«Confío en ti»—, ni le dijo nunca que lo esperaría. Cuando Myron entraba por la puerta, papá fingía que estaba dormido, o subía las escaleras a hurtadillas un momento antes.

—Sí —dijo Myron. Y luego, con una sonrisa en el rostro, añadió—: Tú crees que no lo sabía.

—¿Que no sabías qué?

—Que esperabas despierto hasta que regresaba a casa.

—No podía dormir si no sabía que estabas bien —se explicó papá, encogiéndose de hombros—. Pero sabía que lo sabías.

—¿Cómo podías saberlo?

—Nunca te puse una hora límite, ¿te acuerdas? Te dije que confiaba en ti.

—Sí.

—Pero cuando te diste cuenta de que yo te esperaba despierto, empezaste a volver a casa más pronto. Para que no tuviera que esperarte y para que no me preocupara tanto. —Papá lo miró, arqueando una ceja—. Ergo, en realidad, volvías a casa más temprano que si te hubiera puesto una hora límite.

—Diabólico —dijo Myron.

—Me limitaba a aprovechar lo que ya sabía.

—¿Qué es lo que sabías?

—Que eras un buen chico —respondió papá.

Silencio. Un silencio que rompió el grito de mamá desde la cocina.

—Un momento padre-hijo muy emotivo. ¿Podemos irnos ya a la cama?

Papá chasqueó la lengua.

—Voy. ¿Mañana vamos a ver el partido de Mickey? Juegan en casa.

—Os recogeré por la mañana —se ofreció Myron.

Su madre asomó la cabeza desde la cocina.

—Buenas noches, Myron.

—¿Y tú por qué no esperaste nunca despierta a que regresara? —le preguntó Myron.

—Una mujer necesita dormir para estar guapa. ¿Te crees que me he conservado así de atractiva por casualidad?

—Es una buena lección sobre el matrimonio —dijo papá.

—¿Cuál?

—Equilibrio. Yo esperaba despierto por las noches. Mamá dormía como un bebé. No significa que no se preocupara. Pero nuestros puntos fuertes y nuestros puntos

débiles se complementan. Somos una pareja. ¿Entiendes? Esa era mi contribución. Yo hacía las guardias nocturnas.

—Pero también eras el primero que se levantaba por las mañanas —dijo Myron.

—Bueno, sí, eso es cierto.

—¿Y qué es lo que se le daba bien hacer a mamá?

—No quieras saberlo —respondió ella desde la cocina.

—¡Ellen! —gritó papá.

—Venga, Al, relájate. Qué mojigato eres.

Myron ya se había tapado los oídos con los dedos y había empezado a decir «La, la, la, no te oigo» mientras su padre se dirigía a la cocina. No se sacó los dedos de los oídos hasta que no estuvieron arriba los dos. Se recostó en el sillón y miró por la ventana. Qué curioso. La butaca estaba perfectamente orientada para poder ver tanto la televisión como cualquier coche que se acercara por la calle.

Realmente diabólico.

Era casi la una de la madrugada cuando Myron vio el coche de Mickey. Se preguntó si debía fingir que estaba dormido como hacía su padre, pero Mickey no se lo tragaría. Myron había esperado despierto por tres motivos. Uno: preocupación, en general. Dos: para que no tuviera que hacerlo su padre. Y tres, y más obvio: para saber qué había pasado después de dejar a Mickey y a Ema en casa de los Moore.

Myron se quedó sentado a oscuras y esperó. Pasaron cinco minutos. Miró fuera. El coche seguía allí. Ninguna luz. Ningún movimiento. Myron frunció el ceño. Sacó el móvil y le envió un mensaje de texto a Mickey:

¿Todo bien?

No hubo respuesta. Pasó otro minuto. Nada. Myron comprobó si tenía respuesta. Nada de nada. Empezó a ponerse nervioso. Llamó a Mickey al teléfono. Le salió el contestador directamente.

¿Qué demonios...?

Se levantó de la butaca de papá y se dirigió a la puerta principal. No, eso sería demasiado directo. Entró en la cocina y salió por detrás. El patio estaba sumido en una oscuridad total, así que encendió la linterna de su móvil. Luego rodeó la casa hasta la parte delantera, iluminada por las farolas de la calle.

Nada.

Myron se agachó y se acercó al coche por detrás. Papá había regado el césped. Al momento notó las zapatillas empapadas. Genial. Estaba a unos veinte metros del maletero del vehículo. Luego a diez. Se agazapó tras el parachoques trasero.

Hizo un repaso mental, buscando posibles motivos que explicaran por qué no habían salido del coche aún ninguno de los dos. Y entonces, en el mismo momento en que daba un salto, agarraba la manilla de la puerta y abría la puerta del conductor, la respuesta se hizo evidente...

... un segundo demasiado tarde.

Ema chilló.

Mickey gritó.

—¿Qué demonios haces, Myron?

Dos adolescentes. En un coche. De noche.

Myron se vio transportado al día en que su padre los había pillado a él y a Jessica, su amor de adolescencia, en un momento muy comprometido. Su padre se había quedado allí, inmóvil, paralizado, y en aquel momento Myron no entendió por qué no cerraba la puerta y se disculpaba a toda prisa.

Ahora lo entendía.

—Oh —dijo Myron—. Oh.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —le espetó Mickey.

—Oh —dijo Myron de nuevo.

Por suerte, ambos estaban vestidos. La ropa, el cabello y el maquillaje algo revueltos; pero estaban vestidos.

Myron señaló hacia atrás con el pulgar.

—Vale, casi mejor que os espere en casa.

—¿Tú crees?

—Sí, vale... Bueno.

—¡Vete! —le gritó Mickey.

Myron se volvió y regresó a la casa, descolocado. Antes de que pudiera llegar a la puerta, Mickey y Ema ya estaban fuera del coche, arreglándose la ropa y siguiéndolo. Cuando Myron volvió a abrir la puerta y entraron los tres, papá estaba allí de pie, con el pijama de Homer Simpson que Myron le había regalado el último día del Padre.

Papá se quedó mirando a Myron. Luego miró a Mickey y a Ema.

—¿Has salido? —le preguntó a Myron.

—Sí.

—¿Es que no te acuerdas de cuando eras adolescente? —Papá meneó la cabeza, conteniendo una sonrisa—. Ya sabía yo que no tenía que haberte dejado de guardia. Buenas noches a todos.

Papá se fue. Myron y Mickey se quedaron cabizbajos, mirando al suelo. Ema suspiró y dijo:

—Vosotros dos, a ver si maduráis.

Los tres cogieron algo fresco de beber de la nevera y se sentaron alrededor de la mesa de la cocina.

—Bueno —dijo Myron—, ¿qué impresión os ha causado Patrick? Si es que es Patrick, quiero decir.

—Es un chico normal —respondió Mickey.

—Demasiado normal —añadió Ema.

—¿Qué quieres decir?

Ema apoyó ambas manos en la mesa. Además de ir vestida de negro y llevar maquillaje negro, Ema lucía numerosos tatuajes en los brazos. Llevaba joyas de plata,

entre ellas dos anillos en forma de calavera.

—Conocía películas recientes —dijo ella.

—Estaba al día de los últimos videojuegos —añadió Mickey.

—Conocía las *apps* más recientes.

—Y lo mismo con las redes sociales.

Myron se quedó pensando al respecto.

—No creo que haya estado encerrado en una jaula todo ese tiempo. Especialmente los últimos... no sé, años. Quiero decir que hacía la calle. Vivía en un salón recreativo. El tipo que lo retenía en Londres es un jugador profesional de videojuegos. ¿Eso no lo explicaría?

—Puede ser —concedió Mickey.

—Pero ¿no os lo tragáis?

Mickey se encogió de hombros.

—¿Qué pasa?

—No creo que sea quien dice ser —dijo Mickey.

Myron miró a Ema. Esta asintió.

—Sus manos —dijo ella.

—¿Qué les pasa?

—Son suaves.

—Tampoco ha estado picando piedra —replicó Myron.

—Ya lo sé —dijo Ema—. Pero tampoco parecen las manos de alguien que ha estado tirado en la calle. Y, sobre todo, sus dientes: los tiene rectos. Y blancos. Puede que tenga unos genes increíbles, pero uno diría que ha ido al dentista y que ha pasado por la ortodoncia.

—No podemos estar seguros —añadió Mickey—, pero Patrick no tiene pinta, ni habla como alguien... bueno, como alguien de la calle. No da la impresión de que hayan abusado de él, salvo por lo último que le ha pasado. Quiero decir que es posible que lo hayan «retenido», o que se haya ocupado de él algún... lo que sea... pero...

—¿Habéis hablado del secuestro? —preguntó Myron.

—Lo intentamos —dijo Ema—. Pero siempre nos cortaban.

—Francesca ponía barreras —añadió Mickey.

—¿Barreras? ¿Cómo?

—Lo protegía —explicó Ema—. Lo cual es comprensible, supongo.

—Así que cada vez que sacábamos a colación lo sucedido...

—O si mencionábamos el nombre de Rhys...

—Ella interrumpía y se ponía a llorar, emocionada, abrazándolo —dijo Mickey—. Vamos, que Patrick parecía más o menos normal, pero su hermana estaba desquiciada.

—Yo no diría «desquiciada» —precisó Ema—. Su hermano vuelve a casa después de diez años. Creo que lo raro sería que Francesca no estuviera hecha un

manejo de nervios.

—Sí, puede ser —reconoció Mickey, pero no parecía muy convencido.

—Cuando ella se ha ido con Clark hemos intentado sacar otra vez el tema del secuestro.

—Un momento —dijo Myron—. ¿Clark Baldwin? ¿El hermano de Rhys?

—Sí.

—¿Estaba allí?

—Fue a recoger a Francesca —dijo Mickey.

—Van juntos a Columbia —añadió Ema—. La iba a llevar en coche al campus.

Myron no dijo nada.

—¿Es importante? —preguntó Ema.

—No lo sé. —Myron se quedó pensando un poco más—. Es raro; solo eso. No sé, ¿creéis que tienen una relación?

Mickey puso los ojos en blanco como solo puede ponerlos un adolescente.

—Ni hablar.

—¿Y qué es lo que te hace estar tan seguro?

—Viejos —le dijo Ema a Mickey, meneando la cabeza—. No detectan la pluma.

—¿Clark es gay?

—Sí. ¿Y qué cambiaría si tuvieran una relación? ¿No tenían unos diez años cuando pasó todo esto?

Myron sentía que había algo que no cuadraba, pero no sabía qué era. Volvió al asunto que estaban tratando.

—Así pues, cuando se fue Francesca ¿intentasteis sacar de nuevo el asunto del secuestro?

—Sí, pero Patrick se volvió de pronto muy callado.

—Encerrado en sí mismo.

—Después de eso no tardamos en irnos.

Myron volvió a recostarse en el sillón.

—¿Qué acento tenía?

—¿Acento?

—Lo encontramos en Londres —informó Myron—. No tenemos ni idea del tiempo que llevaba allí. ¿Le habéis notado algo en el acento?

—Esa es una buena pregunta —dijo Ema—. El acento era estadounidense, a grandes rasgos, pero... —Se volvió hacia Mickey, que asintió.

—Tenía algo más —dijo Mickey—. No sabría decir qué era exactamente. No sonaba como si se hubiera criado aquí. Pero tampoco como si hubiera crecido en Inglaterra.

Myron intentó procesar aquello, pero no se le ocurrió nada. Probó con otra cosa.

—¿Y qué habéis hecho todo este rato?

—Hemos comido pizza —respondió Ema.

—Y hemos visto una peli —añadió Mickey.

—Hemos jugado a videojuegos.

—Y hemos hablado.

—Ah, Patrick nos ha dicho que tenía novia —dijo Ema—. Pero no es de aquí.

—¿Tenía novia? —exclamó Myron.

—Sí, pero luego no ha querido decir nada más. Lo ha dicho..., no sé..., como un niño que presume un poco.

—Ya sabes —dijo Mickey—. Como si viniera un chico nuevo a la ciudad y dijera que tiene una novia en Canadá, o algo así.

—No nos malinterpretes —aclaró Ema—. Ha sido majo. Todos los chavales hablan de esas cosas. Es solo que... no sé. Lo ha dicho como si fuera lo más normal del mundo.

Mickey asintió.

—Gracias, chicos. Me habéis ayudado mucho.

—Oh, pero eso no es todo —dijo Ema.

Myron se los quedó mirando.

—Le he puesto un *keylogger* en el ordenador —informó Mickey.

—¿Y eso...?

—Eso sirve para que podamos saber todo lo que escribe en el teclado. Correo electrónico, redes sociales, lo que sea.

—Vaya —dijo Myron—. ¿Y quién va a hacer el seguimiento?

—Spoon.

Spoon era el otro amigo íntimo de Mickey —si podía considerarse que Ema no era más que una «amiga»—; el clásico cerebritito entrañable, y un tipo de gran arrojo.

—¿Qué tal le va?

Mickey sonrió.

—Ha vuelto a caminar.

—Y a darle la lata a todo el mundo —añadió Ema—. En cualquier caso, nos informará si surge algo importante.

Myron no sabía muy bien qué decir. No le gustaba que dos adolescentes rebasaran aquella línea ética en particular, pero tampoco se sentía con ánimos para darles lecciones de privacidad, y desde luego no le apetecía lo más mínimo negarse la posibilidad de descubrir la verdad. Era una decisión difícil. Quizá Patrick no fuera Patrick. Patrick podría ser la clave para encontrar al otro chico desaparecido. No obstante, ¿justificaba eso que espieran a un adolescente? ¿Y si no era ni siquiera legal?

En cualquier caso, si alguien hubiera tenido una respuesta clara, quien fuera capaz de decidir si espigar o no espigar sin dudas ni remordimientos, sería precisamente el tipo de persona que a Myron le levantaría sospechas.

En la vida no todo era blanco y negro.

—Hay una cosa más —dijo Ema.

—¿Qué?

Ema echó una mirada incómoda a Mickey.

—¿Qué? —insistió Myron.

Mickey le hizo un gesto a Ema, indicándole que siguiera. Ema suspiró y cogió su bolso. Sacó una bolsita de plástico transparente, de las que se usan para pasar los artículos de aseo en los aeropuertos.

—Toma.

Ema le dio la bolsa a Myron, que la levantó, mirándola. Había un cepillo de dientes y unos cabellos largos. Bajó la bolsa y se quedó un momento callado.

—¿Esto es...?

—El cepillo lo cogí del baño de Patrick —dijo ella—. Luego recorrí el pasillo y cogí el pelo del cepillo de Francesca.

Myron no dijo nada. Se quedó contemplando el contenido de la bolsa de plástico.

Mickey se puso en pie, y Ema tras él.

—Pensamos que quizá podrías hacer una prueba de ADN, o algo así —dijo Mickey.

Ahora estamos dentro de la granja.

Solo nosotros dos, Fat Gandhi y *moi*. Zorra monta guardia en la puerta de entrada. Los compañeros de viaje de Fat Gandhi —dos de los hombres que Myron había descrito como los «jugadores» de su visita y un chico que tal vez sea menor de edad — están en el patio delantero con él.

—Su amigo Zorro... —empieza Fat Gandhi.

—Zorra.

—¿Perdón?

—Se llama Zorra, no Zorro.

—No era mi intención ofender.

Lo miro, sin responder.

—He preparado un té —anuncia Fat Gandhi.

No lo toco. Pienso en el jovencito, el que podría ser menor de edad. En las películas sueles oír a los malos diciendo aquello de «Solo son negocios». Pero yo diría que normalmente no es así. Seas bueno o malo, tiendes a hacer lo que te gusta. La mayoría de los traficantes de drogas, por ejemplo, consumen su mercancía. La gente que he conocido que trabaja en la industria del porno tiene predilección por esas cosas. Los que ejercen la violencia para chantajear, raramente se muestran reticentes a hacerles daño a los demás, ni tienen aversión a la sangre. De hecho, la mayoría de esa gente disfruta con ello.

Analizo cómo encajo yo aquí. Y por cierto, lo hago sin ironía.

¿Qué es lo que creo en realidad? Que Fat Gandhi puede hablar de negocios y de beneficios cuanto quiera, pero yo no estoy tan convencido. Me pregunto si no habrá una repugnante explicación personal para la línea de trabajo que ha escogido.

Y me pregunto si deberíamos hacer algo al respecto.

—No puedo entregarle a su primo —dice Fat Gandhi— porque no lo tengo.

—Eso es de lo más inconveniente —respondo.

No me mira a los ojos. Eso es bueno. Le tiene miedo a Zorra. Me tiene miedo a mí. Tal como ha dicho antes, no quiere pasarse el resto de su vida mirando hacia atrás. Por eso creo en las represalias brutales y desproporcionadas. Hacen que tu enemigo se lo piense dos veces.

—¿Dónde está? —pregunto.

—No lo sé. No lo he tenido nunca.

—Sin embargo, sí has tenido a Patrick Moore.

—Sí. Pero no como usted cree.

Se acerca a la mesa y coge su taza de té.

—¿Cuánto tiempo trabajó Patrick Moore para ti? —pregunto.

—Esa es la cuestión —responde, y le da un sorbo al té—. Nunca ha trabajado para mí.

Cruzo las piernas.

—Explícate, por favor.

—Usted ha matado a mis hombres —repite—. A tres de ellos.

—¿Aún esperas una confesión?

—No, estoy relatando los hechos. Empiezo por el principio.

Me siento y le indico que prosiga. Fat Gandhi no usa la frágil asa de la taza. La agarra con delicadeza con las dos manos, como quien protege a un pajarillo herido.

—Nunca se le ocurrió preguntarles a mis hombres por qué se dirigían a Patrick Moore, ¿verdad?

—No hubo tiempo —digo yo.

—Quizá. O quizá reaccionó de una manera demasiado impulsiva.

—Quizá lo hicieran ellos.

—De acuerdo, amigo. De acuerdo. Pero estamos apartándonos del tema. Voy a contarle lo que ocurrió. Luego usted decide qué hacemos. ¿De acuerdo?

Asiento.

—Resulta que ese chico, Patrick Moore, se presenta en nuestro terreno. Usted entiende ese tipo de cosas, ¿verdad, señor Lockwood? Las disputas territoriales.

—Sigue.

—De modo que mis hombres se enteran. Puede que usted tenga razón. Quizás actuaran con demasiada dureza; no lo sé. Yo no estaba allí. Pero ese era su trabajo. He aprendido que en la calle a veces es mejor ser contundente. No reaccionar de manera desproporcionada.

Oigo el eco de mi propia justificación. No me altera el semblante lo más mínimo.

—Así que agarraron a Patrick Moore. Supongo que decidieron dar ejemplo con él. Entonces apareció usted, presentándose como su protector. Pero dígame, señor Lockwood, ¿qué hizo Patrick Moore?

—Se fue corriendo —respondo.

—Exacto, amigo mío. Huyó. Todo el mundo huyó. Incluido Garth.

—¿Garth?

—El jovencito del collar de perro.

—Ah.

—Por supuesto, Garth informó de lo sucedido. La noticia llegó a mis oídos. Lo llamé. Me habló de la aparición de ese chico nuevo, y de que un caballero amanerado había liquidado a los míos.

Arqueo una ceja.

—¿Amanerado?

—Así lo dijo él, a mí no me mire.

Sonrío. Sé que no es cierto, pero lo dejo seguir.

—Sigue.

—Bueno, ya se puede imaginar, señor Lockwood, lo que pensé. Tres de mis hombres liquidados por lo que parecía una mera disputa territorial. No sé en Estados

Unidos, pero aquí ese tipo de cosas no suceden. Pensé que alguien (usted, señor mío) me estaba declarando la guerra. Pensé que ese chico, el tal Patrick Moore, formaba parte de una trampa, que trabajaba con usted para poner a prueba mi fuerza y mi determinación. ¿Lo entiende?

—Entiendo.

—Y, para serle sincero, no lo entendía muy bien. Esas calles tampoco son un territorio tan disputado. Así que abrí las antenas, buscando información sobre el chico que huyó. Patrick. Garth me dijo que le había oído pronunciar unas palabras y que parecía estadounidense. Eso me confundió aún más. ¿Por qué iban a ir a por mí los estadounidenses? Pero a partir de ahí hice correr la voz. —Apoya la taza en la mesa—. ¿Me permite que sea inmodesto por un momento?

—Por favor.

—Podría decirse que controlo las calles de Londres. Al menos, en lo relacionado con este mercado en particular. Conozco los hoteles. Conozco los burdeles. Conozco los refugios, las estaciones de tren y de transporte público donde se ocultan los jovencitos. Conozco los parques, los callejones y los rincones oscuros. No hay nadie mejor para encontrar a un adolescente perdido que un servidor. Mis empleados pueden peinar la ciudad mejor que ninguna división de policía.

Le da otro sorbo a su té, se relame y vuelve a dejar la taza en la mesa.

—Así que lancé un código rojo, señor Lockwood. No pasó mucho tiempo antes de que uno de mis contactos encontrara al muchacho. Intentaba coger una habitación en un hotelito pagando en efectivo. Así que envié a algunos de mis empleados más veteranos (a quienes tal vez reconociese por sus pantalones de camuflaje) para que se hicieran con él. Y eso hicieron. Me lo llevaron al salón recreativo.

Da otro sorbo a su té.

—¿Patrick estaba solo cuando lo encontrasteis? —pregunto.

—Sí.

Reflexiono un momento.

—¿Alguno de los tuyos lo conocía?

—No.

—Continúa.

—Entienda, señor Lockwood, que en ese momento pensaba que aquel estadounidense amenazaba con alterar e incluso destruir mi negocio.

Asiento.

—Así que lo trataste como a una presencia hostil.

Fat Gandhi lanza una sonrisa de alivio.

—Sí. ¿Lo entiende, entonces?

No respondo.

—Yo lo... Digamos que lo interrogué.

—Y él te cuenta quién es —aventuro, atando cabos—. Que lo habían secuestrado.

—Sí.

—¿Y qué hiciste?

—Lo que siempre hago. Investigo.

Recuerdo lo que me dijo Myron sobre el aforismo hindú de Fat Gandhi.

—El conocimiento es más grande que el debate —espeto.

Se pone nervioso al comprobar que conozco su cita.

—Eeh... Sí.

—¿Y qué encontraste?

—Pude confirmar su historia, lo cual me planteó un dilema. Por una parte, podía entregarlo a las autoridades. Podía incluso convertirme en un héroe por haberlo rescatado.

—Pero eso te pondría bajo los focos —alego yo, meneando la cabeza.

—Exacto. Los héroes se ponen una diana a la espalda, incluso ante la policía.

—Así que decidiste intentar sacarle un beneficio.

—La verdad es que no sabía qué hacer. No me dedico a secuestrar gente. Además, también necesitaba comprender la amenaza. Al fin y al cabo, habían muerto tres de mis hombres. Así que le confieso, señor Lockwood, que no tenía muy claro qué hacer.

Ahora lo veo.

—Y entonces se presenta Myron.

—Sí. Encontró a Garth en el parque. Hago que Garth lo lleve al salón de juegos. Me imagino que es mi gran ocasión. Puedo sacar dinero, librarme de Patrick y vengar la muerte de mis hombres.

—El otro chico que Myron vio en la celda... Supongo que no era más que un figurante.

—Sí, no era más que uno de los chicos de esa edad.

—Pensaste que podrías sacar más dinero por dos que por uno.

Fat Gandhi asiente y abre los brazos.

—El resto ya lo sabe.

Lo sé, pero tengo que aclarar un concepto.

—¿Así que no has visto nunca a Rhys Baldwin?

—No.

—¿Y no tienes ni idea de dónde está?

—No. Pero aquí va mi propuesta, si quiere oírla.

Me recuesto y cruzo las piernas. Le indico con un gesto que prosiga.

—Usted me perdona. Yo lo perdono. Yo vuelvo a mi vida. Salvo por una cosa. Cuento con buenas fuentes en la calle. Tengo contactos. Puedo usarlos. Del mismo modo que pude encontrar a Patrick Moore, los uso para encontrar a Rhys Baldwin, si es que se le puede encontrar.

Me planteo su oferta. Me parece justa. Se lo digo. Se lo ve aliviado. Tenemos un trato. De momento.

—Una cosa más —le digo—. Has dicho «si se le puede encontrar».

Eso no le gusta tanto.

—Supongo —prosigo— que le preguntaría a Patrick Moore por el paradero de Rhys Baldwin.

—Lo cierto es que eso no me interesaba —responde, aunque lo veo algo incómodo.

—Pero se lo preguntaste.

—Sí, sí que lo hice.

—¿Y qué respondió?

Fat Gandhi me mira directamente a los ojos.

—Que Rhys estaba muerto.

El campus Morningside de la Universidad de Columbia cuenta con un patio cuadrangular sorprendentemente pintoresco rodeado por Broadway y Amsterdam Avenue, al oeste y al este, y las calles Ciento catorce y Ciento veinte al sur y al norte. Se entra por el College Walk, en la calle Ciento dieciséis, y de pronto, como si se tratara de un armario portal que diera paso a Narnia, uno se ve transportado de la ciudad, gris y vieja, del Manhattan más urbano, a un campus idílico de hierba, ladrillo, cúpulas y hiedra. Ahí te sientes protegido, aislado y, quizá, durante los cuatro años que pasas ahí hasta la graduación, así es como deba ser.

Esperanza había encontrado un directorio del campus que decía que Francesca Moore vivía en un apartamento para seis en el Ruggles Hall. Eran las siete de la mañana. El patio estaba casi en silencio. Para entrar en el edificio hacía falta un carné de estudiante, así que Myron esperó junto a la puerta. Para no desentonar, llevaba una gorra de béisbol y una caja de pizza vacía.

Myron Bolitar, maestro del disfraz.

Cuando por fin salió un chico, Myron agarró la puerta antes de que se cerrara. El chico, probablemente acostumbrado a que llegaran pizzas a cualquier hora, no dijo nada.

Myron Bolitar, maestro del disfraz, estaba dentro.

En los pasillos reinaba un silencio fantasmagórico. Myron se dirigió a la segunda planta y encontró la puerta de la habitación 217. Había llegado pronto pensando que Francesca, como cualquier otro universitario, aún estaría durmiendo, con lo que se aseguraba de encontrarla, a lo mejor incluso algo adormilada. Eso quizá fuera bueno. La pillaría desprevenida. Sí, claro, también podía molestar a sus compañeras de habitación, pero había acabado aceptando que era un daño colateral aceptable.

Myron no sabía qué esperaba encontrar, pero sus «investigaciones» se basaban en gran medida en ir tanteando a ciegas. Más que buscar a fondo en el pajar hasta encontrar la aguja, era de los que se revuelcan por diversos pajares, descalzos y sin ropa, retozando salvajemente hasta que... —¡ay!— ahí está la aguja.

Myron llamó a la puerta. Nada. Llamó algo más fuerte. Más nada. Apoyó la mano en el pomo y lo giró con suavidad. No estaba cerrado con llave. Se planteó la posibilidad de entrar sin más; pero no, ¿un adulto desconocido entrando en la habitación de una estudiante universitaria? No parecía un movimiento muy inteligente. Volvió a llamar, y la puerta se abrió por fin.

—¿Señor Bolitar?

No era Francesca Moore. Era Clark Baldwin.

—Hola, Clark.

Clark llevaba una camiseta varias tallas por encima de la suya y unos bóxers que hasta el padre de Myron consideraría anticuados. Estaba pálido y tenía los ojos inyectados en sangre.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó a Myron.

—Yo podría hacer la misma pregunta.

—¿Eh? Yo estudio aquí. Vivo aquí.

—Oh... ¿Francesca y tú compartís habitación?

—Apartamento, sí.

—No lo sabía.

—No había motivo para que lo supiera —dijo Clark. Tenía razón—. Somos seis aquí —añadió luego, sintiendo la necesidad de explicarse, o quizás aún descolocado—. Tres chicos y tres chicas. Estamos en el siglo XXI. Dormitorios mixtos, habitaciones mixtas, baños transgénero... Tenemos de todo.

—¿Puedo entrar? —preguntó Myron.

—¿Qué pasa, Clark? —inquirió una voz masculina a sus espaldas.

—Vuélvete a la cama, Matt —dijo Clark—. No es nada.

Clark salió al pasillo y cerró la puerta tras él.

—¿Por qué está aquí?

—He venido a hablar con Francesca —respondió Myron.

La expresión de Clark cambió.

—¿De qué?

—Del examen final de economía. He oído que va a ser muy jodido.

Clark hizo una mueca.

—¿Se supone que eso tiene gracia?

—Bueno, admito que no es uno de mis mejores chistes, pero...

—Mamá me ha dicho que el primo Win y usted están intentando encontrar a Rhys.

—Así es —confirmó Myron.

—Pero Francesca no sabe nada de eso.

Myron le ahorró el tener que escuchar la metáfora del pinchazo en el pajar.

—Puede que sepa más de lo que cree saber.

Clark negó con la cabeza.

—Me lo habría dicho.

«Paciencia —pensó Myron—. Si tienes un pajar delante, revuélcate bien en él antes de pasar al siguiente». O algo así. Vamos, que de momento convenía tener paciencia con Clark.

—Parece que sois bastante íntimos —dijo Myron.

—Francesca es mi mejor amiga.

—¿Os criasteis juntos?

—Sí. Pero hay mucho más que eso.

Un chaval salió de una puerta dando tumbos, como solo puede hacerlo un universitario muy madrugador.

—Es la única que me entiende —prosiguió Clark—. ¿Sabe lo que quiero decir?

Myron lo sabía, pero dijo:

—Pongamos que no lo sé.

—Éramos unos niños. Íbamos a quinto.

—Lo recuerdo. La clase del señor Hixon.

—Dixon.

—Eso. Perdona. Dixon. Sigue.

Clark tragó saliva y se frotó la barbilla.

—Bueno, éramos unos críos. Francesca y yo éramos amigos, supongo, pero no íbamos juntos por ahí, ni nada de eso. Sabe lo que es esa edad, ¿no?

Myron asintió.

—Los niños van con niños, y las niñas, con niñas

—Exacto. Pero entonces, todo... Quiero decir, que nuestros hermanos desaparecieron. —Clark chasqueó los dedos—. Sin más. ¿No entiende cómo nos afectó?

Myron no estaba seguro de si era una pregunta retórica. El pasillo tenía aquel olor rancio a cerveza derramada y preocupaciones académicas. Había un boletín de anuncios cubierto de folletos, reuniones de todo tipo de grupos y clubes, todas las actividades posibles, desde bádminton a danza del vientre, desde pensamiento feminista a conjuntos de flautas. Había clubes con nombres que Myron no entendía, como Orchesis o Gayaa o Taal. ¿Y qué era eso del Equipo de Venom Step?

—Cuando desaparece tu hermano, pasas un tiempo sin ir al colegio —dijo Clark, con la voz perdida en el recuerdo—. Ya no sé cuánto tiempo fue. ¿Una semana, un mes? No me acuerdo. Pero al final tienes que volver, y cuando lo haces todo el mundo te mira como si fueras una especie de extraterrestre. Tus amigos. Tus profesores. Todos. Luego vuelves a casa después de clase y es aún peor. Tus padres están destrozados. Se ponen más pegajosos que nunca, porque ahora temen perderte a ti también. Así que vuelves a casa e intentas huir a tu habitación, pero cuando lo haces pasas por delante de la de él. Todos los días. Pasan los días, y no terminas de dejar eso atrás. Intentas olvidar, pero eso no hace más que empeorar las cosas. Intentas salir de las sombras, pero entonces ves el rostro triste de tu madre y se te vuelve a caer el mundo encima.

Clark bajó la cabeza.

«Y mientras tanto —pensó Myron—, no eres más que un crío».

Myron no estaba muy seguro de que fuera correcto, pero al final le puso la mano en el hombro.

—Gracias —le dijo.

—¿Por qué?

—Por compartir eso. Debe de haber sido una pesadilla.

—Lo fue. Pero a eso me refería. Ella lo hizo más soportable.

—¿Francesca?

Clark asintió.

—Yo contaba con alguien que no se limitaba a decir que lo entendía. Era alguien

que me entendía perfectamente.

—Porque ella estaba pasando por lo mismo.

—Exacto.

—Y viceversa —añadió Myron—. Ella también te tenía a ti.

—Sí, supongo. Lo entiende, ¿no?

Una amistad fraguada en la tragedia: quizá la más fuerte que pueda existir.

—Por supuesto.

—Salí del armario con Francesca antes que con ninguna otra persona, antes incluso que con mis padres, aunque por supuesto ella ya lo sabía. Podíamos hablar de cualquier cosa.

—Tuviste suerte de contar con ella.

—No tiene ni idea, señor Bolitar.

Myron se tomó su tiempo antes de formular la siguiente pregunta.

—¿Y ahora que ha vuelto su hermano?

Clark no dijo nada.

—Ahora que su hermano ha vuelto y el tuyo no, ¿ha cambiado vuestra relación?

—Francesca no está aquí —dijo Clark en voz baja.

—¿Dónde está?

—En su casa, supongo.

—Pensaba que anoche la habías traído al campus.

—¿Quién le ha dicho eso? —preguntó, sorprendido—. Ah, claro. Su sobrino. Estaba en la casa.

Myron esperó que prosiguiera.

—Bueno, había una fiesta en la casa de la DKA. Sé que parece tonto, con todo lo que ha pasado desde que han encontrado a su hermano. De un tiempo a esta parte está bastante confusa. De los nervios. No me malinterprete, está encantada. Al principio no se alejaba de Patrick ni un momento. Pero ahora es como si de pronto se sintiera encerrada. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Claro —dijo Myron—. Es natural.

—Así que me envió un mensaje para que la recogiera.

—¿Y tú la trajiste hasta aquí?

—Sí. Fuimos a la fiesta. Estaba algo descontrolada, pero no era nada que no hubiéramos visto antes. Bebimos. Quizá demasiado. No lo sé. En cualquier caso, en algún momento Francesca empezó a perder los nervios.

—¿Y eso?

—Se puso a llorar. Le pregunté qué le pasaba. Se limitaba a menear la cabeza. Intenté consolarla. Me la llevé afuera para que le diera el aire. Pero ella lloraba más y más.

—¿Dijo algo?

—No dejaba de llorar, diciendo que no estaba bien, que no era justo.

—¿Qué es lo que no era justo?

Clark se encogió de hombros.

—Que ella hubiera recuperado a su hermano y yo no.

Silencio.

—¿Y qué le dijiste?

—Le dije que me alegraba por ella. Que el hecho de que Patrick hubiera vuelto a casa era una buena noticia, que aún podíamos encontrar a mi hermano. Pero ella no dejaba de llorar. Luego dijo que necesitaba ver a su hermano. Quería asegurarse de que era verdad, o algo así. Como si el regreso de Patrick pudiera ser un sueño. Yo lo entiendo. ¿Usted no?

—Claro.

—Yo tenía sueños así todo el tiempo. Soñaba que Rhys estaba en casa, que no se había ido nunca. Así que le dije que la llevaría en coche a casa, pero al momento llegó un Uber. Se subió en él y dijo que me llamaría enseguida.

—¿Ha llamado?

—No. Pero de eso hace solo unas horas. Le digo, señor Bolitar, que no sabe nada.

No tenía sentido ir a casa de los Moore para interrogar a Francesca. Nancy o Hunter se lo impedirían. Además, Myron tenía otros planes.

Cuando paró el coche, papá ya lo esperaba en el patio. Los dos hombres fueron a desayunar a Eppes Essen, un *deli* y restaurante «de estilo judío» (según el folleto) en el otro extremo del pueblo. Myron y su padre pidieron lo mismo: el bocadillo Sloppy Joe que había dado fama al local. Por el nombre podría ser uno de esos bocadillos con ese relleno pringoso enigmático que sirven en los bares de las universidades. Pero no era el caso. Eppes Essen hace el auténtico Sloppy Joe: un imponente sándwich de tres pisos con pan de centeno, aliño ruso, *coleslaw* y al menos tres tipos de carne (en este caso, pavo, pastrami y ternera).

Papá se quedó mirando su plato y asintió, satisfecho.

—Si Dios hiciera un sándwich...

—Ese tendría que ser el eslogan del Eppes —coincidió Myron.

Acabaron, pagaron la cuenta y fueron en coche hasta el instituto. Llegaron en el momento en que los chavales echaban carreras para calentar. Mickey estaba en el centro del grupo. El equipo local jugaba contra el eterno rival: el Millburn High.

—¿Recuerdas el partido que jugaste contra ellos en categoría júnior? —preguntó papá.

Myron sonrió.

—Claro que me acuerdo.

El equipo de Myron ganaba por un solo punto, el Millburn tenía la posesión a falta de dos segundos y una entrada fácil. El jugador que llevaba el balón entró, dispuesto a dejar una bandeja ganadora, cuando Myron, que lo seguía de cerca, saltó por encima y clavó el balón contra el tablero en el momento en que sonaba la bocina.

Los jugadores del Millburn exigieron a gritos que se pitara interposición —no era fácil decidir si lo era o no—, pero el árbitro no les hizo caso. Desde entonces, cada vez que Myron se cruzaba con uno de los jugadores del Millburn presentes en aquel partido, le recordaban aquella canasta bloqueada.

Ah, el baloncesto.

Las gradas del gimnasio estaban bastante llenas. Algunos señalaron a Myron al verlo entrar, y murmuraron algo. Así daba la bienvenida a sus famosos la Liga Juvenil. Unos cuantos se acercaron a saludar: antiguos profesores, antiguos vecinos y los que seguían asistiendo a los partidos aunque sus hijos ya no jugaran.

Desde la línea de tiros libres, Mickey los vio y los saludó con un gesto rápido de la mano. Papá —o, en el caso de Mickey, el abuelo— le devolvió el saludo y empezó a subir por las gradas. Siempre se ponía en la última fila. No quería ser el centro de atención. Papá no gritaba, no insultaba, no daba instrucciones, no se ciscaba en los árbitros, no se lamentaba, no se quejaba. A veces aplaudía. Cuando se emocionaba de verdad en algún partido importante, cuando Myron hacía una canasta importante, podía decir: «Buen pase, Bob», o algo así, desviando sus halagos a otro objetivo. Papá no aplaudía a su propio hijo. No le parecía bien.

—Si tengo que vitorearte para que sepas que estoy orgulloso de ti —le dijo un día a Myron—, es que estoy haciendo algo mal.

Myron, que era de los que no se perdía un momento de nostalgia, se dejó arrastrar a aquellos días en que calentaba en una pista como aquella y miraba a las gradas, donde su padre subía los peldaños de dos en dos. No como en ese momento, desde luego. Con el paso del tiempo los movimientos de papá se habían vuelto más vacilantes e inseguros. Se paraba a menudo. Hacía muecas y se quedaba sin aliento. Myron le tendió la mano para ayudarlo, pero su padre la apartó de un manotazo.

—Estoy perfectamente —dijo—. Solo es la rodilla.

Pero no tenía aspecto de estar perfectamente.

—Vale, papá.

Se sentaron en la última fila. Estaban solos.

—Me gusta este sitio —dijo papá. Myron asintió—. ¿Myron?

—¿Sí?

—Estoy bien.

—Ya lo sé.

—Tú madre y yo nos hacemos mayores; es todo.

«Y ese es el problema», habría querido decir Myron. Lo entendía. Todo tiene su tiempo: el mundo gira, todo pasa, los ciclos de la vida... Pero eso no significaba que le gustara la idea.

Sonó la bocina. Los jugadores dejaron de calentar y se dirigieron a sus banquillos. Como es de rigor en todos los partidos de instituto de Nueva Jersey, el locutor leyó la política estatal relativa a la deportividad.

—«No se mostrará tolerancia ante las manifestaciones o acciones negativas entre

jugadores y entrenadores, como burlas, provocaciones o imprecaciones a los contrarios, insultos o acciones que puedan ridiculizarlos o avergonzarlos. No se tolerará ninguna manifestación verbal, escrita o física relacionada con la raza, el género, la etnia, discapacidades, la orientación sexual o la religión: el responsable será susceptible de expulsión y su equipo puede ser multado. Si se oye algún comentario de ese tipo, se establecerá la multa de inmediato. Hemos recibido instrucciones de no advertir previamente. Es responsabilidad de cada uno recordar a su equipo esta política».

—Un mal necesario —comentó papá. Luego, señalando al lugar donde se sentaban los padres, añadió—: Pero eso no detiene a esos capullos.

El hecho de que Mickey no hubiera pasado mucho tiempo en el instituto no había estado exento de polémica. Había regresado al equipo, por improbable que pudiera parecer unas semanas atrás, pero aún había quien no lo veía bien. Entre aquellos estentóreos padres, Myron vio a su antiguo enemigo y excompañero de equipo Eddie Taylor, que en ese momento era el jefe de policía del pueblo. Taylor aún no había visto a Myron, pero miraba a Mickey con desaprobación.

A Myron no le gustó.

Se lo quedó mirando fijamente hasta que por fin Taylor lo percibió y se volvió hacia él. Los dos se quedaron mirándose fijamente un par de segundos.

«Si tienes un problema, mírame a mí —intentaba decir Myron con la mirada—, no a mi sobrino».

—No le hagas caso —dijo papá—. Eddie siempre ha sido lo que los chicos llaman ahora un «capullo integral».

Myron se rio en voz alta.

—¿«Capullo integral»?

—Sí.

—¿Eso quién te lo ha enseñado?

—Ema... —respondió papá—. Creo que esa chica me gusta. ¿A ti no?

—Mucho.

—¿Es cierto lo que dicen? —preguntó papá.

—¿El qué?

—¿Que la madre de Ema es Angelica Wyatt?

Se suponía que era un secreto. Angelica Wyatt era una de las actrices más famosas del mundo. Para proteger a su única hija y su intimidad se había mudado a una gran casa en una colina, en Nueva Jersey.

—Es cierto.

—¿Y tú la conoces?

—Un poco —asintió Myron.

—¿Quién es su padre?

—No lo sé.

Papá estiró el cuello.

—Me sorprende que Ema no esté aquí.

Se sentaron bien y empezó el partido. Myron disfrutó hasta el último segundo. Estar sentado en un gimnasio, viendo que su sobrino dominaba un deporte que tanto le apasionaba... era un placer sencillo, primitivo y delicioso. Ya no le producía dolor. Lo echaba de menos, desde luego, pero su momento ya había pasado, y le encantaba ver a su joven sobrino recreando aquella experiencia.

Le ponía hasta sensible.

En un momento dado, cuando Mickey hizo un reverso con tiro en suspensión, papá meneó la cabeza.

—Es muy bueno.

—Sí que lo es.

—Juega como tú.

—Es mejor.

Papá se quedó pensando en aquello.

—Son otros tiempos. Quizá no llegue tan lejos como tú.

—Hummm —dijo Myron—. ¿Qué te hace pensar eso?

—¿Cómo te lo explico...? Para ti el baloncesto lo era todo.

—Mickey también se entrega bastante.

—De eso no hay duda. Pero para él no lo es todo. Hay una diferencia. Déjame que te haga una pregunta.

—Vale.

—¿Hasta qué punto piensas que eras competitivo?

Mickey robó un balón. El público respondió con vítores. Myron no pudo evitar sonreír.

—Supongo que iba un poco loco.

—Para ti era importante.

—Increíblemente importante —concedió Myron.

Papá arqueó una ceja.

—¿Demasiado importante?

—Probablemente, sí.

—Pero eso era algo que te distinguía de otros jugadores con talento. Ese... «deseo» suena casi demasiado suave. Esa *necesidad* de ganar. El que solo pensaras en eso. Eso es lo que hacía que fueras el mejor.

Win le había dicho algo parecido al verlo jugar en Duke: «Cuando compites, prácticamente pierdes la cabeza».

—Pero ahora —prosiguió papá— tienes perspectiva. Has experimentado tragedias y alegrías que te han enseñado que hay cosas en la vida más importantes que el baloncesto. Y Mickey (no me malinterpretes) ha tenido que madurar muy joven.

—Ya tiene perspectiva —dijo Myron.

—Exacto.

Sonó la bocina que puso fin al primer cuarto. El equipo de Mickey estaba seis puntos arriba.

—Quién sabe —dijo Myron—. Quizás esa sabiduría le haga mejor jugador. Quizá sea tan bueno tener perspectiva como tener un solo objetivo en la vida.

Aquello le gustó a papá.

—Quizá tengas razón.

Vieron que los compañeros de equipo de Mickey se dispersaban y sacaban el balón de la cancha, dispuestos para empezar el segundo cuarto.

—Odio las metáforas deportivas —dijo papá—, pero hay una cosa importante que ambos habéis aprendido en la cancha y que aplicáis a la vida real.

—¿Cuál?

Papá señaló la pista con un gesto de la cabeza. Mickey se coló por la zona, atrajo a un defensor y le pasó el balón a un compañero, que anotó con facilidad.

—Hacéis mejores a los que os rodean.

Myron no dijo nada. Su sobrino tenía aquella mirada que Myron conocía tan bien. Estar en la pista te da una placidez zen, como un estado de calma en plena tormenta, una sensación pura, de concentración, la capacidad de ralentizar el tiempo. Luego vio que Mickey miraba por un instante a la izquierda. Se frenó un segundo. Myron siguió la mirada de Mickey y vio qué era lo que le había llamado la atención.

Ema acababa de entrar en el gimnasio.

Frunció los ojos y escrutó las gradas. Myron la saludó con un gesto de la mano. Ella asintió para indicar que lo había visto y se dirigió hacia allí. Myron se levantó y fue a su encuentro.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Es sobre Patrick —dijo Ema—. Es mejor que vengas.

Ema no lo llevó muy lejos, solo hasta la oficina del jefe de bedeles del instituto. Abrió la puerta y se la aguantó. Myron pasó y reconoció al chico que estaba sentado junto a la mesa.

—¡Hola, señor Bolitar!

Al chaval lo llamaban Spoon. El apodo se lo había puesto Mickey, aunque Myron no tenía muy claro de dónde venía. El padre de Spoon era el jefe de bedeles del instituto, lo cual explicaba por qué Spoon tenía acceso a aquel espacio. La oficina era pequeña, estaba ordenada y llena de plantas cuidadas a la perfección.

—Ya te dije que me llamaras Myron.

El chaval hizo girar la silla y se situó frente a Myron. No llevaba un protector de plástico en el bolsillo de la camisa, aunque tenía toda la pinta de que no le iría mal. Con un dedo, Spoon se subió las gafas de Harry Potter. Le lanzó a Myron una sonrisa traviesa.

—Vale. ¿Sabes esos adhesivos que ponen en la fruta de los supermercados?

—Ahora no, Spoon —dijo Ema, con un suspiro.

—Claro que sí —respondió Myron.

—¿Tú los quitas antes de comerte la fruta?

—Sí.

—¿Sabías que esos adhesivos son comestibles?

—No.

—No hace falta que los quites, si no quieres. Hasta la cola es comestible.

—Me alegro de saberlo. Y estoy aquí por eso, ¿verdad?

—Por supuesto que no —dijo Spoon—. Estás aquí porque creo que Patrick Moore está a punto de irse de su casa.

Myron dio un paso hacia el escritorio.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Acaba de hablar por Skype con alguien usando su portátil. —Spoon se recostó en la silla—. ¿Eres consciente, Myron, de que Skype tiene su sede en Luxemburgo?

Ema puso los ojos en blanco.

—¿Con quien ha hablado por Skype? —preguntó Myron.

—Eso no lo sé.

—¿Y de qué hablaron?

—Tampoco lo sé. El *keylogger* que instaló mi querida socia —dijo señalando a Ema, que tenía el aspecto de querer darle una patada en el culo— solo registra teclas. Graba lo que se escribe con el teclado. Así que puedo ver que Patrick Moore ha entrado en Skype. Pero, por supuesto, no puedo ver lo que se han dicho.

—¿Y qué te hace pensar que se va a ir de casa?

—Una simple deducción, amigo mío. Justo después de salir de Skype, Patrick Moore (o quienquiera que esté usando su ordenador) visitó la página web de la New Jersey Transit. Por lo que he podido ver, buscaba rutas de autobús a Nueva York.

Myron consultó el reloj.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

Spoon le echó un vistazo al tecnológico reloj que llevaba en la muñeca.

—Hace catorce minutos y once, doce, trece segundos.

Por motivos que Myron no alcanzaba a imaginar, a Big Cyndi se le daba a la perfección seguir a la gente. Quizá fuera el hecho de que su presencia resultaba tan evidente que la gente no se fijaba en ella, o quizá nadie sospechara que una mujer vestida con un disfraz de Batgirl ajustado pudiera seguirlo. Pero más que irle ajustado, aquel traje, una réplica algo más grande del que llevaba Yvonne Craig en la antigua serie televisiva de *Batman*, la tenía embutida.

En esa ocasión, no obstante, el disfraz pasaba especialmente desapercibido. Myron localizó a Big Cyndi en el momento en que llegó a Times Square. Para imaginarse Times Square basta con pensar en todos los tópicos posibles, revolverlos bien, amontonar un tópico tras otro, sobre su energía, sobre la gente que vive en sus calles, el tráfico y los enormes carteles luminosos, pantallas móviles y rótulos de neón. Luego no hay más que tomar todo eso y elevarlo a la décima potencia.

Bienvenidos a Times Square.

Times Square es un ataque a todos los sentidos, y eso incluye no solo el olfato, sino también el gusto. Todo es movimiento, bullicio: dan ganas de darle una pastilla contra la hiperactividad a toda la plaza.

Allí, junto a Spiderman, Elmo, Mickey Mouse, Buzz Lightyear y Olaf, de *Frozen*, estaba Big Cyndi con su disfraz completo. Los turistas hacían cola para posar con su Batgirl y hacerse fotos.

—Me adoran, señor Bolitar —dijo Big Cyndi al verlo.

—¿Y quién no?

Big Cyndi soltaba risitas tontas y adoptaba posturas que habrían sacado los colores a Madonna en sus días más «Vogue». Un turista asiático le quiso dar algo de dinero tras tomarse la foto, pero Big Cyndi lo rechazó.

—Oh, no, por favor. Gracias, señor.

—¿Está segura? —preguntó él.

—Esto lo hago por altruismo —respondió ella, agachándose para hablarle más de cerca—. Si quisiera que me pagaran por ponerme esto, aún estaría haciendo la calle.

El turista se alejó a toda prisa. Big Cyndi lanzó una mirada a Myron.

—Estaba de broma, señor Bolitar.

—Ya lo sé.

—Nunca he hecho la calle.

—Bueno es saberlo.

—Aunque he hecho *beaucoup d'argent* con este disfraz, cuando hacía estriptis.

—Ya... —dijo Myron, que no tenía ningún interés en seguir por ahí.

—En Leather and Lace, ¿recuerda?

—Sí, sí que me acuerdo.

—Y sí, es cierto, a veces me dejaba llevar cuando me contrataban para hacer una danza del vientre, no sé si me entiende...

—Perfectamente —respondió Myron, incómodo—. Y... esto... ¿dónde está Patrick? ¿Me pones al día?

—El joven Patrick se escapó de su casa hace dos horas —comenzó Big Cyndi—. Caminó kilómetro y medio más o menos hasta el centro del pueblo y cogió el autobús 487. Me he informado. El 487 acaba en la Autoridad Portuaria de Nueva York. Me he venido en coche y he llegado antes que el autobús. He esperado a que saliera y lo he seguido hasta aquí.

—¿Aquí? ¿Adónde? —preguntó Myron.

—No se vuelva de golpe si no quiere delatarse.

—Vale.

—Patrick está detrás de usted, entre el museo de cera de Madame Tussaud y esa exposición de cosas increíbles de mister Ripley.

Myron esperó un momento.

—¿Puedo mirar ya?

—Vuélvase despacio.

Myron lo hizo. Patrick estaba en la calle Cuarenta y dos, de pie, con una gorra de béisbol que le tapaba los ojos. Tenía los hombros caídos, como si intentara desaparecer.

—¿Ha hablado con alguien? —preguntó Myron.

—No —respondió Big Cyndi—. ¿Señor Bolitar?

—¿Sí?

—¿Le importa que siga posando un poco más mientras esperamos? Mi público me reclama.

—Adelante.

Myron no le quitaba ojo a Patrick, pero tampoco podía dejar de mirar a Big Cyndi, rodeada de admiradores. Medio minuto después de volver a la acción, la cola para hacerse fotos con ella era tan larga que el Vaquero Desnudo empezaba a mirarla mal. Ella miró a Myron. Este levantó el pulgar en señal de reconocimiento.

Aquella era la verdad, sencilla y descarnada: no era fácil ver más allá del volumen de Big Cindy. Como sociedad tenemos muchos prejuicios, pero a pocos de nuestros conciudadanos estigmatizamos y condenamos con tanta dureza como a las mujeres «grandes». Big Cyndi era plenamente consciente de ello. Una vez le había explicado su estilo de vida extrovertido de un modo quizá demasiado llano: «Prefiero ver sorpresa en sus rostros antes que compasión, señor Bolitar. Y prefiero que me consideren descarada o escandalosa antes que encogida o asustada».

Myron se volvió de nuevo hacia Ripley's, justo en el momento en que una chica se acercaba a Patrick.

«¿Quién demonios...?».

Myron recordó lo que le habían dicho Mickey y Ema sobre Patrick, que afirmaba tener una novia. Pero si había estado viviendo en Londres, en estado de casi cautividad, ¿cómo podía conocer a nadie en Nueva York?

Buena pregunta.

Patrick y la chica se dieron un rápido abrazo incómodo y se metieron en la exposición de rarezas. Myron ya tenía al lado a Big Cyndi, quien lo detuvo en el momento en que se encaminaba a la taquilla.

—Él lo conoce —le recordó—. ¿Va a entrar? —dijo señalando al cartel con un dedo índice del tamaño de una *baguette*—. Es una exposición de «rarezas». ¿Quién mejor que yo?

Era imposible rebatir su razonamiento.

—Espéreme a la salida. Le iré enviando mensajes.

Myron se quedó en la calle una hora, y se dedicó a observar a la gente.

Le gustaba observar a la gente. Las panorámicas con puestas de sol sobre el mar o la vegetación serían magníficas, pero al cabo de un rato uno pierde el interés. Pero si estás en un lugar donde puedes observar a la gente —de cualquier raza, género, tamaño, forma, religión, idioma o lo que sea—, no te aburres nunca. Cada uno es su propio universo —una vida, un sueño, una esperanza, una pena, una alegría, una sorpresa, una revelación, una historia con un inicio, un desarrollo y un final—, incluso por el mero hecho de caminar por la calle.

El teléfono vibró con el mensaje de Big Cyndi:

AHORA SALEN.

Big Cyndi siempre escribía los mensajes en mayúsculas.

Patrick salió con la cabeza gacha. La chica estaba justo a su lado. Big Cyndi era una enorme presencia a sus espaldas.

La adolescente se despidió de Patrick con un beso rápido en la mejilla. Luego, Patrick se dirigió hacia el oeste, alejándose de Times Square. La chica fue hacia el este. Se estaban separando. Big Cyndi miró a Myron en busca de instrucciones. Myron le señaló a Patrick con un gesto de la cabeza. Big Cyndi asintió y se puso a seguirlo. Myron se sumergió en la multitud humana y siguió a la chica.

La adolescente giró a la izquierda por la Séptima Avenida y fue hacia el norte. Myron la siguió. Llegaron hasta la calle Cincuenta y nueve y giraron a la derecha por Central Park South. Pasaron junto al hotel Plaza y luego giraron al norte por la Quinta Avenida. La chica caminaba con paso firme y decidido, sin vacilar. Eso le hizo pensar a Myron que no era la primera vez que efectuaba aquel recorrido, y que tal vez vivía en Nueva York.

Myron Bolitar, maestro de la deducción. No, por favor, no lo abrumen con sus halagos.

La chica giró al este por la calle Sesenta y cinco Este. Cuando cruzó Park Avenue, Myron vio que echaba mano del bolso y sacaba las llaves. Se detuvo ante una casa independiente que tenía una verja de hierro forjado. La abrió. Luego bajó dos escalones y desapareció en el interior.

«Una casa independiente cerca de Park Avenue», pensó Myron. La chica debía de

ser de familia adinerada.

Una vez más: Myron Bolitar, maestro de la deducción. Si le pinchan, ¿no sangra?

Se quedó allí fuera, pensando en su siguiente movimiento. En primer lugar, escribió un mensaje a Big Cyndi:

MYRON: ¿Novedades?

BIG CYNDI: PATRICK ESTÁ EN EL AUTOBÚS. SUPONGO QUE VUELVE A CASA.

MYRON: Y luego soy yo el maestro de la deducción. Muchas gracias.

BIG CYNDI: ¿QUÉ?

MYRON: No importa.

Se quedó mirando la puerta, esperando a que se abriera para poder... Para poder hacer ¿qué?

¿Iba a dirigirse a una adolescente en plena calle y a preguntarle por su relación con el chico que acababa de ver en la exposición de rarezas de Ripley's? Myron no era policía. No tenía ninguna licencia ni ninguna autorización. No sería más que un hombrecillo siniestro de mediana edad que abordaba a una jovencita. Ni siquiera conocía su nombre. No sabía nada de ella.

No, no le convenía.

Sacó el teléfono y llamó a Esperanza.

—¿Qué hay?

—Tengo una dirección ceca de Park Avenue.

—Bueno, pues me alegro por ti. Yo vivo en un piso de un dormitorio en Hoboken.

—Muy graciosa —soltó Myron.

—¿A que sí? Dame la dirección.

Myron se la dio.

—He llegado siguiendo a una adolescente.

—¿No estabas prometido?

—Ja, ja. Se ha visto con Patrick. Necesito descubrir quién es.

—Yo me ocupo.

Cuando volvió a colgar sonó el teléfono. Era Terese. Respondió:

—Hola, belleza.

—Vaya, qué suavidad.

—¿Tú crees?

—No —dijo Terese—. De hecho, es tu falta de suavidad la que te hace tan terriblemente atractivo. ¿Sabes qué?

Myron se puso a caminar de nuevo. Había aparcado el coche en el aparcamiento de un teatro, en Times Square.

—¿Qué?

—Me han traído a Nueva York en el jet privado de la cadena.

—¡Vaya nivelazo!

—Acabo de aterrizar en Teterboro.

—¿Te han dado el trabajo?

—No tardarán en decírmelo.

Myron se detuvo en la esquina. No sabía si volver caminando hasta el coche o tomar un taxi.

—Entonces ¿vas de camino al apartamento?

—Sí.

—¿Te apetece un buen revolcón? —preguntó él.

—Vaya, rectifico: eres de una suavidad exquisita.

—¿Eso es un sí?

—Desde luego.

—Tú no me ves, pero estoy volviendo al coche a la carrera.

—Ya tardas —dijo ella antes de colgar.

Myron aparcó el coche en el aparcamiento subterráneo de detrás del Dakota. Cuando fue a subir la oscura rampa, aparecieron tres hombres. El del centro lo reconoció. Era el padre de Rhys, Chick Baldwin. Los otros dos llevaban pantalones vaqueros y camisa de franela. Eran grandullones, y querían parecerlo aún más. Uno llevaba un bate de béisbol.

—Te dije que lo dejaras —dijo Chick.

Myron soltó un suspiro.

—No me lo puedo creer. ¿De verdad?

—Te advertí que olvidarás esos mensajes, ¿no?

—Lo hiciste.

—¿Y bien?

—No te hice caso —dijo Myron—. ¿Podemos dejar esto para otro momento? Me esperan. Y es bastante importante.

Chick se peinó el cabello con la mano.

—¿Qué pensabas? ¿Qué estaba jugando contigo?

—No lo sé, Chick, y en realidad no me importa. ¿Qué vas a hacer ahora? —Myron señaló a los dos hombres con camisa de franela—. ¿Has traído a estos dos monos para que me den una paliza?

—¿A quién estás llamando mono? —preguntó Mono con Bate.

—Sí —intervino Mono sin Bate—. El mono lo serás tú.

Myron intentó contener un suspiro.

—Caballeros, ¿han mirado allí arriba? —dijo señalando al techo. Cuando los dos monos levantaron la mirada, Myron le dio una patada en las pelotas al que llevaba el bate y se lo arrebató antes de que el hombre se plegara como una tumbona de playa. Myron miró a Mono sin Bate, que pensó que no sería mal momento para retirarse, y lo hizo al momento.

Myron se quedó mirando a Chick.

—Eso no hacía falta —observó Chick.

—¿Por qué los has traído?

—Para que prestaras atención, supongo.

—Vale, pues ahora te presto atención.

Chick se acercó al gorila anteriormente conocido como Mono con Bate y se agachó a ayudarlo.

—Te pareces más al primo psicópata de Brooke de lo que yo pensaba.

—¿Chick?

—¿Qué?

—Voy a ver a alguien muy especial —dijo Myron—. No tendré ningún escrúpulo en atizarte con este bate si no te quitas de en medio.

—Por mí ya te puedes ir —respondió Chick.

Myron se lo quedó mirando un momento y se dio cuenta de algo.

—Estás cabreado porque le he hablado a Nancy Moore de vuestros mensajes de texto.

—Te dije que no lo hicieras, ¿no? Prácticamente te lo rogué.

—No se trata de eso, Chick.

—¿De qué, si no?

—Solo has podido saberlo de un modo. Te lo ha contado Nancy Moore.

Myron Bolitar, maestro de la deducción, ataca de nuevo.

Chick no dijo nada. Myron se acercó y ayudó al gorila, ya sin bate, a ponerse en pie. Le ordenó que se largara, y él lo hizo, aunque cojeando un poco. Luego, Myron se dirigió de nuevo a Chick.

—Y eso significa —ahora Myron ya estaba lanzado— que los dos estáis en contacto con motivo de esos mensajes. Y, por tanto, hubo algo significativo entre los dos.

—Tienes que dejarlo, Myron —respondió Chick con la voz quebrada—. Te lo ruego.

—¿Aunque sea la clave para encontrar a tu hijo?

—No lo es. Si pensara que tiene algo que ver con Rhys, lo gritaría a los cuatro vientos cada noche. Pero no lo es. ¿Por qué no me crees?

—Porque esto te afecta de una manera demasiado personal. No eres objetivo.

Chick cerró los ojos.

—No lo dejarás, ¿verdad?

—No, no lo dejaré. Y permíteme que te dé un pequeño empujón, Chick. Si no me lo cuentas, le hablaré de ello a Brooke.

Chick se estremeció como si aquellas palabras hubieran formado un puño y amenazaran con golpearlo.

—Primero tienes que entender una cosa.

—No tengo nada que entender, pero dime.

—Quiero a Brooke. Siempre la he querido. Siempre la querré. Nuestra vida no es perfecta. Sé que ese psicópata de Win...

—¿Chick?

—¿Qué?

—Deja de insultar a mi amigo, ¿vale?

Chick asintió.

—Ya. Lo que tú digas. Win me odia. Cree que nadie es lo suficientemente bueno para ella.

Myron le echó un vistazo a su reloj. A esas alturas, Terese ya estaría en el apartamento.

—Eso ya me lo has dicho.

—En realidad, no —dijo Chick, quien lo miró otra vez con ese gesto abatido—. Tienes que saber lo mucho que quiero a mi esposa y a mi familia. No soy un hombre perfecto. He hecho cosas muy cuestionables. Lo que me hace humano (lo único que importa de verdad) es el amor que siento por mi familia. Por Brooke. Por Clark. —De pronto le tembló el pecho y asomaron las lágrimas—. Y por Rhys.

Chick se echó a llorar. De verdad. No era fingido, ni intentaba ocultarlo. «Joder —pensó Myron—. No te vengas abajo, mantén la concentración, pero recuerda: este tipo está buscando a su hijo perdido».

Cuando Chick recuperó el control, Myron insistió.

—¿Por qué os enviabais mensajes, Chick?

—No teníamos un lío.

—¿Entonces?

—Queríamos. Ese era el problema. No lo hubo. Pero queríamos.

—Pensaba que querías a tu esposa.

—No estás casado, ¿verdad, Myron?

—Prometido.

Chick se enjugó las lágrimas. Esbozó una sonrisa, pero no era de alegría.

—Ahora no hay tiempo para hablar de ello. Pero tienes edad suficiente para saber que en la vida no todo es blanco o negro. Se vive en la gama de grises. Nos hacemos mayores, pensamos que vamos a morir, y buscamos algo, aunque sea una tontería. Así que eso fue lo que hicimos. Nancy y yo. Empezamos a coquetear. Se nos fue de las manos. Empezamos a hacer planes porque estas cosas funcionan así. Y, como todo lo que sucede en este mundo horrible, no solo no mejoran sino que van a peor. Llegas a una fase en la que o te dejas llevar o la cosa muere.

—¿Y qué pasó, Chick?

—Que la cosa murió.

—¿No seguisteis adelante?

—Paramos a tiempo.

Myron se quedó pensando.

—¿Quién lo paró?

—Fue mutuo.

—Nunca es mutuo, Chick.

—Los dos lo empezamos juntos —dijo él—. Y ambos le pusimos fin a la vez.

—¿Cuándo?

—¿Qué?

—¿Cuándo le pusisteis fin?

—No lo sé.

—¿Mucho antes de que desapareciera tu hijo?

—Ya te lo he dicho. No tuvo nada que ver con eso.

—¿Cuánto tiempo antes?

—Te lo he dicho. No lo sé.

—¿Y por qué tenías tanto miedo de que alguien lo supiera?

—No quería que Brooke se enterara.

—¿De verdad? ¿Incluso en aquel entonces? ¿Tu hijo desaparece y a ti te preocupa eso? Le mentiste a la policía acerca de un lío amoroso.

—No solo se trataba de mí y de mi familia.

—¿También de la de Nancy Moore?

—Ponte en nuestro lugar, ¿quieres? Suponte que se lo contamos a la policía. ¿Vale? Suponte que se lo contamos todo a la policía. ¿Qué habría pasado?

Myron no se molestó en responder.

—Seguro que entiendes por qué no lo dijimos. ¿Quién nos iba a creer? Encuentran esos mensajes y les decimos: «Oh, sí, estábamos a punto de liarnos». ¿Tú crees que los polis iban a verlo con buenos ojos? Ya nos hacían todo tipo de preguntas comprometidas. Si hubiésemos admitido que estábamos a punto de tener un lío, solo se habrían fijado en eso. Y ahora, si Brooke se entera... —Chick volvió a echarse a llorar—. Eso acabaría con nosotros, ¿sabes? Por favor. Es lo único que tengo.

Myron intentó no fijarse en el dolor de su rostro.

—¿Así que Brooke no se enteró?

—No.

—¿Y Hunter?

—Tampoco. ¿No lo ves? Si lo hubiéramos confesado en aquel momento, cuando todos estábamos tan débiles, con todas nuestras relaciones ya tan tensas, nos habría destrozado a todos. No lo habríamos superado.

—En cualquier caso, Hunter y Nancy no lo superaron, ¿verdad?

Meneó la cabeza.

—Eso no tuvo nada que ver.

—¿Cómo lo sabes, Chick? ¿Cómo puedes estar seguro?

Myron abrió la puerta del apartamento intentando ponerse de nuevo en situación, aunque aquello no le preocupaba demasiado. Al fin y al cabo, sonara sexista o no, era un tío. Los tíos son bastante regulares en esa parte de sus vidas. Señoritas, he aquí un pequeño consejo de seducción: no hace falta mucho para que los hombres se animen. Eso ya lo sabéis. Leéis todos esos artículos en las revistas de mujeres sobre cómo seducir a tu hombre, sobre cómo usar aceites de masaje o velas o música para ponerlo a tono. Para bien o para mal, los hombres no somos tan complicados. He aquí dos normas básicas para seducir a un hombre: preguntarle si quiere sexo; y decir: «Sí, estaría bien».

Sonrió al pensar en aquello, ya más centrado. Pero al entrar en el apartamento se encontró con que tenían compañía.

Allí estaba Esperanza.

—Siento cortaros el rollo —dijo.

Myron no le hizo caso de momento y cogió a Terese entre sus brazos. Se quedaron allí un rato, abrazándose con fuerza. Eso fue todo. Un abrazo, sencillo pero intenso. Myron cerró los ojos. Terese lo abrazó aún con más fuerza.

—Bueno... —dijo Esperanza—. Tenemos... diez minutos. Si queréis, espero fuera.

Se separaron, pero sin soltarse la mano.

Myron arqueó una ceja.

—¿Diez minutos nada menos?

—Oooh —exclamó Terese—. Tenemos hasta para los preliminares.

—Qué monos que sois —dijo Esperanza con una voz que dejaba claro que no era eso lo que pensaba—. ¿Sabéis lo molesta que la gente locamente enamorada nos resulta al resto de los mortales?

—¿Nos vas a decir qué haces aquí? —le preguntó Myron.

—He conseguido la información sobre esa vivienda antes de lo que te habría gustado. La casa es propiedad de Jesse y Mindy Rogers. Mucha pasta. Papá gestiona fondos de cobertura. Mamá es diplomática de carrera. Tienen una hija de dieciséis años llamada Tamryn.

—Entonces ¿por qué solo tenemos diez minutos?

—La chica está haciendo unas prácticas de verano en la Fox News, en la calle Cuarenta y ocho esquina avenida de las Américas. El edificio News Corp, como prácticamente cualquier otro rascacielos de Manhattan, tiene control de seguridad y hace falta identificarse para entrar. Su turno de diez horas empieza a las dos de la tarde, así que si podemos acercarnos ahora...

—Quizá podamos hablar con ella antes de que entre.

—Exacto.

—¿Me esperarás? —dijo Myron mirando a Terese.

—Mejor eso que empezar sin ti.
—Yo no lo tendría tan claro —añadió Esperanza.
Ambas mujeres se rieron. Myron no.
—Vámonos —dijo.

Myron y Esperanza estaban en la avenida de las Américas, frente al rascacielos.
Myron preguntó por fin:

—¿Qué te sucede?
—Ahora Tom quiere negociar la custodia de Hector.
—Eh, eso es una gran noticia.
Esperanza se lo quedó mirando fijamente.

—Por favor, no lo hagas.
—¿El qué?
—¿Ahora vas a mentirme?
—No le he tocado ni un pelo, te lo juro.

—¿Qué es lo que has hecho?
—Solo le hice una visita.
—¿Quieres decir como las que hace Win?
—No, no me acerqué a su apartamento.

—¿Adónde fue, pues?
—A la salida de un club nocturno —explicó Myron—. ¿Sabías que tu exmarido ahora lleva moño? Tiene más de cuarenta años, ¿no?

—No cambies de tema. ¿Qué fue lo que hiciste?
—Le sugerí de buen rollo que hiciera las paces contigo.
—Eso no le haría cambiar de opinión.
—Quizá mencionara que Win iba a volver.

Esperanza intentó no sonreír al pensar en la cara de Tom al oír aquello.

—No deberías haberlo hecho sin decírmelo.
—Lo siento.
—No puedes tomar el control de mi vida, ¿sabes?
—No pretendía hacerlo.

—Además, quizá sea hasta un gesto machista. Si Tom fuera mujer, ¿le habrías soltado la misma amenaza?

Myron abrió la boca, la cerró y luego abrió los brazos.

—¿Te he mencionado que llevaba un moño?

Esperanza suspiró.

—Vale. Contra eso no puedo decir nada.

Se quedaron callados, esperando.

—¿Te acuerdas de cuando me preguntaste por qué no te había dicho nada antes de que te casaras con él?

—Eso fue hace unos días. A veces me acuerdo incluso de cosas de la semana anterior.

—Te dije que no pensaba que me correspondiera interferir. ¿Recuerdas lo que me respondiste?

Esperanza asintió y se citó a sí misma: «¿Y a quién le correspondía, entonces?».

—Exacto —dijo Myron—. No volveré a cometer ese error.

En ese momento vio a la adolescente que había ido a la exposición de rarezas con Patrick Moore. Myron le hizo un gesto a Esperanza, quien asintió a modo de respuesta. Ya habían acordado que se le acercarán juntos, pensando que como pareja quizá su presencia resultara menos amenazante, al tiempo que impondrían más respeto.

Esperanza tomó la palabra.

—¿Tamryn Rogers?

La joven se detuvo, miró a Myron y luego otra vez a Esperanza.

—Sí.

—Me llamo Esperanza Díaz.

—Yo soy Myron Bolitar.

—¿Te importa que te hagamos unas preguntas?

Ella dio un paso atrás, vacilante.

—¿Sois polis?

—No, nada de eso —dijo Esperanza.

—Tengo dieciséis años —respondió Tamryn Rogers—. Lo de hablar con extraños no me va mucho. Así que... Bueno, adiós.

Esperanza miró a Myron. Ambos se habían dado cuenta. Lo de ser amables no iba a funcionar. Myron fue al grano.

—Te he visto antes —dijo.

—¿Perdón?

—En la exposición de Ripley's. Hace unas horas. Te he visto.

La boca de Tamryn Rogers formó una pequeña O.

—¿Me está siguiendo?

—No. Estaba siguiendo a Patrick.

—¿A quién?

—Al chico con quien has quedado hoy —dijo Esperanza.

—Eso no es... —No acabó la frase, pero dio otro paso atrás—. No he quedado con nadie.

—Te he visto —insistió Myron.

—¿Qué es lo que ha visto exactamente?

—Que has quedado con Patrick Moore.

—He ido a un museo —dijo ella—. Y un chico se ha puesto a hablar conmigo. Eso es todo.

Myron se volvió hacia Esperanza y frunció el ceño. Esperanza también lo frunció,

mirando a Tamryn.

—¿Así que no conocías a ese chico?

—No.

—¿No lo habías visto nunca?

—Nunca.

—¿Sueles abrazar a chicos a quienes no conoces? —preguntó Myron—. ¿Les das un besito en la mejilla antes de irte?

—Mira, aquí nadie quiere meter a nadie en líos —terció Esperanza—. Solo buscamos la verdad.

—¿Espíandome? —Se volvió hacia Myron—. Tengo dieciséis años. ¿Qué tipo de hombre espía a una chica de dieciséis años?

—Un hombre que intenta encontrar a otro chico de dieciséis años —respondió Myron—. Un hombre que intenta encontrar a un chico que lleva diez años desaparecido.

—No sé de qué está hablando.

—Sí, sí que lo sabes —dijo Myron—. ¿De qué conoces a Patrick?

—Ya se lo he dicho. No lo conozco. Tan solo se puso a hablar conmigo.

—Eso no es cierto —opuso Myron.

—Usted —dijo Tamryn señalando a Myron—, aléjese de mí. —Luego se volvió hacia Esperanza—. Y usted, también. O me dejan en paz o me pongo a gritar pidiendo ayuda.

Se dirigió hacia la puerta.

—Podríamos hablar con tus padres —dijo Myron.

—Adelante —gritó ella, atrayendo unas cuantas miradas—. ¡Pero déjenme en paz!

Se encaminó a paso ligero hacia la puerta de cristal y entró. Myron y Esperanza la vieron sacar su identificación, pasarla por el lector y dirigirse a los ascensores, donde desapareció.

—Creo que ha ido bien, ¿no te parece? —le dijo Myron a Esperanza—. ¿De qué conoce una chica rica de Manhattan a un chico que lleva desaparecido diez años?

—La respuesta más obvia es que no ha estado desaparecido diez años —respondió ella.

—Entonces ¿dónde ha estado?

—O, más bien, ¿quién es ese chico? Si realmente es Patrick Moore...

—¿Has visto cómo ha reaccionado la primera vez que he dicho su nombre?

—Como si no lo conociera por ese nombre —dijo Esperanza—. En cierto modo es lo único que tiene sentido. Si es Patrick Moore, a quien secuestraron hace diez años, no me parece que Tamryn Rogers lo conozca. Pero si es un impostor...

—Entonces quizá sí —concluyó Myron—. Por supuesto, nos quedaría por

descubrir cómo ha llegado a conocer a nuestro impostor una adolescente rica de Nueva York.

—Oh, eso es más fácil —respondió Esperanza.

—Cuéntame.

—A las mujeres nos gustan los chicos malos. ¿Tú te crees que nuestra niña rica, Tamryn, solo conoce a gente bien?

Myron pensó en ello.

—¿Crees que está haciendo una incursión en los bajos fondos?

—No lo sé. Pero sin duda es posible. En primer lugar tenemos que descubrir si el chico a quien rescataste es Patrick Moore o no. ¿Qué hay de la prueba de ADN?

—Se la hemos encargado a Joe Corless. Está en el laboratorio. Ha dicho que tardaría unos días. Hay algún problema con las muestras. Parece que le cuesta encontrar algún pelo con una raíz decente. El ADN del cepillo de dientes podría estar contaminado. No me sé todos los detalles. Mientras tanto, tenemos que encontrar todo lo que podamos de Tamryn Rogers.

—Haré el trabajo de sabueso —dijo Esperanza—. Pero tal como nos ha informado en repetidas ocasiones, es una chica de dieciséis años.

—¿O sea...?

—¿Qué te parece si le pedimos a ese tal Spoon que eche un vistazo? Puede peinar las redes sociales.

—Buena idea.

—En cualquier caso, Mickey quiere verme —añadió Esperanza—. Le llevaré la información para Spoon.

Myron hizo una mueca.

—Un momento. ¿Y por qué quiere verte Mickey?

Esperanza se encogió de hombros.

—No me lo ha dicho, ni tampoco se lo he preguntado. Venga, vuélvete a tu apartamento y deshonor a tu novia.

—Lo mío no es deshonoroso.

—Entonces es que no lo haces bien —le replicó Esperanza guiñándole el ojo. Luego le dio un beso en la mejilla—. Cuídate, ¿vale?

—Tú también.

Se separaron. Myron se subió a un taxi. Le envió un mensaje a Terese:

Voy de camino. ¿Estás lista?

Cuando vio la respuesta, el alma se le cayó a los pies:

Pues... no.

Al llegar al apartamento se encontró con Win.

—Siento cortaros el rollo —dijo.

—Bueno —planteó Win dándole vueltas a su copa de coñac—. Recapitulemos, ¿de acuerdo?

—Vale.

—Empiezo yo. Patrick Moore le dijo a Fat Gandhi que Rhys está muerto.

El salón de Win en el Dakota recordaba una de esas salas que ven los visitantes del palacio de Versalles. Los dos amigos estaban sentados en sus lugares habituales, en los que llevaban más de un año sin sentarse juntos. Win le dio un sorbo al coñac y paseó la mirada por las paredes. Myron, incapaz de ocultar su nostalgia, le daba sorbos a un cacao helado directamente de la lata.

—¿Tú lo crees? —preguntó Myron.

—¿A quién? ¿A Fat Gandhi o a Patrick?

—A cualquiera de los dos. A ambos. A alguno —respondió Myron.

—Esa es la cuestión.

Teresa se había excusado nada más regresar Myron. Había sugerido que, ahora que había vuelto Win, Myron y ella podían irse para que Win disfrutara de su intimidad. Win había respondido que muchas gracias, pero que había tenido un año de intimidad, y que se ofendería si se iban.

—Es una cuestión de interés —dijo Win—. Al final, siempre es eso.

—¿Qué quiere decir?

—Quiere decir que no veo motivo para que Fat Gandhi mienta. No digo que no lo haga, que no sea un mentiroso compulsivo, que no sea un ser humano repugnante que no solo comercia con menores, sino que además seguro que participa en violaciones y abusos. Pero no veo qué interés tendría en mentir.

—A lo mejor ha matado a Rhys y lo está ocultando.

Win levantó la mano que tenía vacía y la giró hacia un lado, y luego hacia el otro.

—Sin duda es una posibilidad, pero no veo el motivo. También es posible que tenga escondido a Rhys en algún lugar y que espere usarlo para un intercambio posterior. Pero no lo creo. Estaba asustado.

—Eso contigo no es tan raro.

Win intentó no sonreír.

—Puede pasar, ¿verdad? Ah, y me acompañaba un viejo amigo de los dos.

—¿Quién?

—Zorra.

Myron abrió los ojos todo lo que pudo.

—¿De verdad?

—No —dijo Win con un tono tan seco que podía haber encendido una llama—. Me lo estoy inventando.

—Zorra y tú. —Myron dio otro sorbo—. Vaya, tengo miedo hasta yo solo de pensarlo.

—Le ofrecí a Fat Gandhi la oportunidad de librarse de sus asuntos pendientes con nosotros si me entregaba a Rhys. Yo creo que, de haber podido, habría aprovechado la ocasión.

Se quedaron sentados en silencio unos momentos.

—Sabíamos que era una posibilidad —reflexionó Myron.

—¿Que Rhys esté muerto?

—Sí. Por supuesto —asintió Win.

—Pero aún tenemos mucho camino por delante. Ni siquiera tenemos la certeza de que Patrick sea Patrick.

—Analizamos el principio —dijo Win—. Y analizamos el final.

—Sí, eso ya lo has dicho. Quizá debieras ponerlo en una galletita de la suerte.

—Zorra —dijo Win.

—¿Qué le pasa?

—Lo he enviado a Finlandia.

Myron se quedó pensando.

—En busca de la niñera.

—*Au pair* —lo corrigió Win.

—Voy a saltarme lo de poner los ojos en blanco.

—Si recuerdas, se llamaba Vada Linna.

—Lo recuerdo.

—Ya no existe.

—¿Perdón?

—Debería tener veintiocho años. No hay ninguna Vada Linna en Finlandia (ni en ningún otro lugar, en realidad) en ese rango de edad aproximado.

Myron se quedó pensando.

—Ha cambiado de nombre.

—Caray, eres bueno.

—Con todo el seguimiento mediático tras el secuestro, no es de extrañar.

—Quizá —aventuró Win—. Salvo que su padre también ha desaparecido.

—Podría haber muerto.

—No hay constancia de ello. Ambos se han volatilizado, según parece.

Myron pensó en aquello.

—¿Y cuál es tu teoría?

—Aún no tengo ninguna teoría buena. Por eso he enviado a Zorra.

—¿Seguro que es buena idea?

—¿Por qué no iba a serlo?

—Podría ser como usar un lanzallamas cuando lo que necesitas es una cerilla.

Win sonrió.

—Yo siempre uso el lanzallamas.

Eso no se le podía negar. Win se recostó en su sillón y cruzó las piernas.

—Ahora analicemos todo lo demás, punto por punto, ¿de acuerdo?

Myron se lo contó todo: las visitas a casa de los Moore, la opinión de Mickey y Ema, que Ema había robado el cepillo de dientes y los cabellos para analizar el ADN (cosa que suscitó una gran sonrisa por parte de Win), los mensajes de texto, la reacción de Chick, Tamryn Rogers... Todo. Discutieron, analizaron, siguieron diversos caminos inciertos y todos los llevaron a puntos muertos.

Acabaron donde habían empezado.

—¿Le contamos a Brooke lo que ha dicho Fat Gandhi? —preguntó Myron.

Win lo sopesó.

—Decide tú.

Eso sorprendió a Myron.

—¿Yo?

—Sí.

—No lo pillo. ¿Por qué?

—Muy sencillo. —Win posó la copa en la mesa y juntó las puntas de los dedos—. Se te da mejor que a mí.

—No, no es cierto.

—No te hagas el modesto. Tú eres más objetivo. Tienes más sentido común. Tú y yo llevamos mucho tiempo haciendo esto: ayudando a la gente con problemas, encontrando a desaparecidos y rescatando a necesitados. ¿O no?

—Sí.

—Y en todas estas situaciones tú has sido el líder. Yo soy el personal de apoyo. Soy tu mano de obra, por decirlo así. Somos socios, un equipo; pero, para seguir con esta metáfora, tú eres el capitán del equipo. Yo he cometido errores.

—Y yo también.

Win meneó la cabeza.

—Yo no tenía por qué haber matado a aquellos tres hombres el primer día. Podía haber dejado a uno con vida. Podía haberles ofrecido dinero para que se retiraran. El hecho es que soy lo suficientemente objetivo para saber que a veces no soy objetivo. ¿No viste la cara de Brooke?

Myron asintió.

—Ya sabes —prosiguió Win— que le tengo cariño a muy poca gente. —Myron no respondió—. Sabes que cuando quiero a alguien lo hago con una ferocidad que no siempre me deja ser racional. En el pasado nos ha ido bien que tú dirigieras el equipo.

—También hemos metido la pata —señaló Myron—. Hemos perdido a mucha gente.

—Es cierto —reconoció Win—, pero hemos obtenido más victorias que derrotas.

Win esperó una respuesta de Myron.

—Brooke querría saberlo —dijo Myron—. Deberíamos decírselo.

—Muy bien.

—Pero antes contrastemos lo que sabemos de Patrick.

Por teléfono no se llega a ningún sitio, de modo que Myron y Win se subieron al coche y fueron a casa de los Moore, en Nueva Jersey. No salió nadie a la puerta. Myron echó un vistazo por la ventana del garaje. El coche no estaba. Win vio el cartel de «Se vende» en el patio.

—¿Lo habías visto? —preguntó Win.

Myron asintió.

—Se van todos a Pensilvania para estar más cerca de Hunter.

—¿Tienes la dirección de Hunter?

—Sí. —Myron sacó el teléfono móvil y abrió un mapa—. Según esto, podríamos llegar en una hora y quince minutos.

—Quizá sea mejor que conduzca yo —sugirió Win.

Menos de una hora después llegaban a un caminito de tierra en pleno bosque. Había una cadena que cortaba el paso. Un cartel oxidado decía: LAGO CHARMAINE – PRIVADO.

Myron salió del coche. Había un candado en un extremo de la cadena. Le atizó con el tacón. El candado se rompió. La cadena cayó al suelo con un sonido sordo y metálico.

—Esto es allanamiento de morada —dijo Myron.

—Vivamos al límite, viejo amigo. Ahí es donde está todo lo bueno de la vida.

Mientras recorrían el camino de tierra, apareció ante ellos el lago Charmaine en todo su esplendor. El sol se reflejaba en el agua. Myron comprobó el GPS, que les indicaba que rodearan el lago hasta el otro lado. Giraron a la izquierda y pasaron junto a la típica cabaña de troncos que solo se ve en las películas antiguas. Enfrente había un coche con una placa de médico. En el muelle, un hombre más o menos de la edad de Myron lanzaba su caña de pescar lentamente, con elegancia, como si fuera poesía en movimiento. Luego se la pasó a un niño y rodeó con el brazo la cintura de una mujer. Myron vio aquella idílica familia de tres y no pudo evitar pensar en Terese. El hombre del muelle se volvió al oír el coche. La mujer no apartó la mirada del niño y de la caña de pescar. El hombre parpadeó al ver a Myron y a Win. Myron saludó con un gesto de la mano para dejar claro que no constituían ninguna amenaza. El hombre vaciló pero le devolvió el saludo.

Pasaron con el coche frente a las ruinas de lo que antaño fueran cabañas de un campamento, de un refugio o algo así. Una cuadrilla de albañiles estaba construyendo una casa en el lugar.

—¿La nueva residencia de Nancy Moore? —preguntó Win.

—Quizá.

Al final del camino que llevaba a la casa de Hunter Moore había una camioneta aparcada, bloqueando el paso.

—No parece que le gusten mucho las visitas —observó Win.

Aparcaron en el camino. Myron y Win salieron del coche.

En aquel silencio, cualquier ruido tenía eco: las puertas del coche al cerrarse, sus pies al pisar el camino de tierra... Una vez, Myron había leído que los sonidos en realidad nunca mueren del todo, que si gritas en un bosque como aquel, el eco seguía reverberando, viajando, cada vez más débil, pero sin desaparecer del todo. No sabía si sería cierto o no, pero si lo era se podía imaginar perfectamente que un grito vibrara en aquel lugar indefinidamente.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Win.

—En el eco de los gritos.

—Qué gracioso eres.

—Recuérdame que no me compre nunca una casa en un lago.

Se acercaron a pie por el camino, dejando atrás la camioneta. Enfrente, en un jardín con vistas al lago Charmaine, los esperaba Hunter Moore sentado en una silla de madera. No se levantó al verlos llegar. No saludó, ni asintió, ni hizo ningún gesto. Siguió con la mirada perdida en el horizonte, en aquella panorámica perfecta del lago Charmaine. Tenía una botella de whisky a su derecha.

Y un rifle sobre el regazo.

—Eh, Hunter —dijo Myron.

Win se hizo a un lado, dejando cierta distancia entre él y Myron. Este lo entendió. No es bueno situar dos blancos tan juntos uno del otro.

Hunter le sonrió. Era la sonrisa de una persona ebria.

—Eh, Myron. —El sol le daba en los ojos, así que se protegió con una mano—. ¿Eres tú, Win?

—Sí —contestó este último.

—¿Has vuelto?

—No.

—¿Eh?

—Era broma —dijo Win.

—Oh. —La risa de Hunter, más parecida a un cacareo, atravesó el silencio y sobresaltó a Myron—. Muy buena, Win.

Win miró a Myron. Aquella mirada le decía que no tenían nada que temer. Era imposible que Hunter pudiera echar mano de su rifle y apuntar antes de que Win, que siempre iba armado, lo liquidara. Se acercaron.

—Mira eso —dijo Hunter con admiración indicando la panorámica que tenían detrás.

Myron lo hizo. Win no.

—Increíble, ¿no? —dijo Hunter meneando la cabeza, sobrecogido—. Esto es como si Dios hubiera pintado un gran lienzo en persona.

—Pensándolo bien, así es —respondió Win.

—¡Hala! —dijo Hunter, flipado. Myron se preguntó si habría consumido alguna otra sustancia además del alcohol—. Tienes toda la razón.

—¿Dónde está Patrick? —preguntó Myron.

—No lo sé.

—¿Está dentro? —dijo Myron, señalando la casa a sus espaldas.

—No.

—¿Y Nancy?

Hunter negó con la cabeza.

—Tampoco.

—¿Podemos entrar?

Hunter siguió meneando la cabeza.

—No hay motivo; no hay nadie dentro. Un día tan bonito como este hay que aprovecharlo. Tenemos un par de sillas, si queréis sentaros y disfrutar de las vistas conmigo.

Myron aceptó la oferta. Su silla también estaba orientada hacia el lago, de modo que Myron y Hunter estaban sentados de cara a la panorámica, y no uno frente al otro. Win se quedó de pie.

—Necesitamos encontrar a Patrick. Es urgente —dijo Myron.

—¿Habéis llamado a Nancy?

—No responde. ¿Dónde están?

Hunter aún tenía el rifle sobre el regazo. Había ido acercando la mano al gatillo lentamente, casi sin que se notara.

—Necesita tiempo, Myron. ¿Te imaginas lo que han sido estos últimos diez años para él?

—¿Tú te imaginas —dijo Win— lo que está siendo aún este año para Rhys?

Hunter arrugó la nariz al oír aquello y cerró los ojos. Myron sintió la tentación de quitarle el rifle, pero Win le quitó la idea con un movimiento de la cabeza. Tenía razón. El rifle no suponía ninguna amenaza mientras él estuviera allí. Si se lo arrebataban, Hunter se cerraría en sí mismo y se pondría a la defensiva. Mejor tenerlo tranquilo.

—Habéis conocido a Lionel —dijo Hunter—. El doctor Stanton, quiero decir. Dice que, si queremos que Patrick se abra, hay que darle tiempo. Queremos que viva una vida sencilla y tranquila.

—¿Por eso Nancy quiere venirse a vivir aquí?

Una sonrisa asomó lentamente en los labios de Hunter.

—Este siempre ha sido mi refugio. Soy la tercera generación. Mi abuelo le enseñó a mi padre a pescar con mosca en el lago. Mi padre me enseñó a mí. Cuando Patrick era pequeño, yo le enseñé a él. Pescábamos percas, truchas y...

Se quedó sin voz.

Win miró en dirección a Myron e hizo que tocaba el violín.

—Me doy cuenta de lo difícil que ha debido de ser esto para vosotros —dijo Myron.

—No busco compasión.

—Claro que no.

—Es como si... —Hunter no había apartado la vista del lago en ningún momento, no había mirado ni por un momento a Myron o a Win—. Es como si hubiera vivido dos vidas. Yo era una persona (una persona normal, del montón) hasta aquel día. Y entonces, ¡puf!, me encuentro con que soy una persona completamente diferente. Como si hubiera atravesado uno de esos portales de ciencia ficción e ido a parar a un mundo diferente.

—Todo cambió —dijo Myron, intentando tirar de la cuerda.

—Sí.

—Te divorciaste.

—Exacto —respondió él. Su mano encontró la botella, pero sus ojos seguían fijos en la panorámica—. No lo sé. Puede que hubiera ocurrido igualmente. Pero sí, Nancy yo nos separamos. El recordatorio constante de lo ocurrido, el horror, y ver a esa persona, tu compañera durante toda la vida, que sigue ahí todos los días, hurgando en tus recuerdos... ¿Sabes lo que quiero decir?

—Sí.

—La presión se vuelve enorme. Supongo que puedes superarlo si no ha habido grietas previas. Pero yo no podía soportarlo. Así que me fui. Viví en el extranjero un tiempo. Pero no podía pasar página. El horror, las imágenes... Empecé a beber. Mucho. Luego iba a Alcohólicos Anónimos, mejoraba un tiempo, volvía a beber y volvía a dejarlo. Seguí así, en ciclos. Enjabona, aclara, repite.

Hunter le mostró la botella.

—¿Adivinas en qué parte del ciclo estoy ahora?

Silencio. Pero no duró mucho.

—¿Sabías algo de los mensajes de texto que se intercambiaban tu esposa y Chick Baldwin?

Los músculos del rostro de Hunter se tensaron.

—¿Cuándo?

«Respuesta interesante», pensó Myron, que miró a Win. A este también le pareció interesante.

—¿Acaso importa?

—No —dijo Hunter—. No lo sé. No me importa. Y ya no es mi esposa.

Myron se volvió hacia él.

—Hablo de aquel tiempo. Antes de que vuestro hijo desapareciera. Nancy y Chick estuvieron a punto de tener un lío. Quizás incluso lo tuvieron; no lo sé.

Hunter agarró el arma con más fuerza. Seguía mirando al infinito; pero si las vistas lo relajaban lo más mínimo, su cara no lo denotaba.

—¿A quién le importa?

—¿Lo sabías?

—No —respondió, demasiado deprisa.

Myron se volvió hacia Win.

—Encontré a Fat Gandhi —comentó este último. Eso atrajo la atención de

Hunter.

—¿Está en la cárcel?

—No.

—No lo entiendo.

—Me dijo que Rhys está muerto.

—Oh, Dios mío —dijo Hunter, pero la sorpresa de su voz parecía forzada—. ¿Lo ha matado?

—No. No llegó a conocerlo. Dice que Patrick le contó que Rhys está muerto.

—¿Que dijo qué?

Win contuvo un suspiro.

—Por favor, no me hagas repetirme.

Hunter meneó la cabeza.

—A ver si lo entiendo. Ese criminal psicópata que apuñaló a mi hijo y casi lo mata... —Hunter miró a Win; luego, a Myron, y luego, otra vez a Win—. ¿Vosotros lo creéis?

—Sí —respondió Win.

—Hunter —dijo Myron—. ¿No crees que los Baldwin se merecen que Patrick les diga la verdad?

—Por supuesto. Por supuesto que se merecen saber la verdad. —Hunter parecía ido—. Intentaré hablar de ello con Patrick en cuanto pueda. A ver qué dice.

—¿Hunter? —Era Win.

—¿Sí?

—Me gustaría usar el baño antes de irnos.

Hunter sonrió.

—¿Crees que están dentro?

—No puedo saberlo —dijo Win—. En cualquier caso, necesito orinar.

Solo Win podía usar la palabra «orinar» con toda naturalidad fuera del entorno médico.

—Hazlo en un árbol.

—No lo hago en los árboles, Hunter.

—Muy bien.

Mientras se ponía en pie, Win le cogió con suavidad el rifle, con la misma facilidad con que le habría podido robar un caramelo a un bebé.

—Tengo licencia —pretextó Hunter—. Puedo cazar ciervos en mi propiedad. Es perfectamente legal.

Win miró a Myron y le dijo.

—¿Sería muy tonto por mi parte señalar que Hunter es «cazador»?

—Muy tonto —dijo Myron.

—Ja, ja. —Hunter se encaminó hacia la casa con paso vacilante—. Venga, vamos a ver si... orinas de una vez y os largáis.

De vuelta al coche, Myron preguntó:

—¿Qué tal tu micción?

—Imponente. No están ahí. Está solo. De momento.

Myron sabía que la petición de «orinar» de Win tenía esa finalidad.

—¿Y por qué tenía el rifle en la mano?

—Quizás iba de caza. Está en su propiedad. Tiene derecho. Quizá sea lo que le gusta.

—¿Cazar?

—Sí. Se sienta ahí, contemplando las vistas, disfrutando de un día estupendo, se empapa de whisky..., ve pasar un ciervo por ahí y lo revienta.

—Suena divertidísimo.

—No juzgues —le advirtió Win.

—Tú no cazas.

—Ni tampoco juzgo. Tú comes carne. Te pones prendas de cuero. Hasta los veganos matan animales, aunque muy pocos, cuando aran los campos. Ninguno de nosotros tiene las manos completamente limpias.

Myron no pudo evitar sonreír.

—Te echaba de menos, Win.

—Sí. Ya lo sé.

—¿Has vuelto a Estados Unidos alguna vez?

—¿Quién dice que me haya marchado? —Win señaló el equipo de sonido—. Incluso he visto esto.

Myron tenía el móvil conectado a la radio del coche. Estaban escuchando la banda sonora de *Hamilton*. Lin-Manuel Miranda cantaba con la voz desgarrada «Me dejás destrozado, me hundo».

—Un momento —dijo Myron—. ¿Has visto *Hamilton*?

Win no respondió.

—Pero si odias los musicales. Siempre intenté que fueras a ver alguno.

Win se llevó un dedo a los labios y señaló otra vez.

—Chis, aquí llega.

—¿El qué?

—La última frase. Escucha... ahora.

La canción hablaba de la pena de Hamilton después de haber perdido a su hijo en un duelo. Win se llevó la mano a la oreja mientras la compañía cantaba: «Están pasando por algo inimaginable».

—Esa es Brooke —dijo Win—. Ese es Chick. Están pasando por algo inimaginable.

Myron asintió. Aquella canción le llegaba al alma cada vez que la oía.

—Tenemos que contarle a Brooke lo que ha dicho Fat Gandhi.

—Sí.

—Tenemos que decírselo ahora.

—En persona —añadió Win.

Myron había recuperado su sitio en el asiento del conductor. No conducía como Win, pero también pisaba el acelerador cuando hacía falta. Cruzaron el río Delaware por el puente de Dingmans, y se encontraron de nuevo en Nueva Jersey.

—Hay otra cosa que me preocupa —dijo Myron.

—Escucho.

—Fat Gandhi dijo que no conocía a Patrick, que no trabajaba para él.

—Es correcto.

—Patrick se presentó en su terreno, tuvo problemas con alguno de los matones de Fat Gandhi y salió corriendo cuando interviniste tú.

—Correcto de nuevo.

Myron meneó la cabeza.

—Entonces todo esto tiene que ser un montaje.

—¿Y eso?

—Alguien te manda un mensaje anónimo. Te dice dónde está Patrick y cuándo estará. Tú vas. Patrick está allí, probablemente por primera vez. Porque si hubiera estado allí antes, los matones de Fat Gandhi ya le habrían dado una paliza, ¿no?

Win pensó en ello.

—Tiene sentido.

—Así que alguien quería que lo encontraras. Alguien envió a aquel lugar a Patrick, suponiendo que sea Patrick, para que pudieras «rescatarlo» —dijo mientras indicaba las comillas con los dedos.

—Tiene sentido —repitió Win.

—¿Se te ocurre quién pudo ser?

—Ni idea. Pero debemos tener en cuenta otra cosa.

—¿Cuál?

—Por lo que me dijiste, Mickey y Ema tenían la sensación de que el chico quizá no fuera Patrick.

—Es cierto —respondió Myron, asintiendo.

—¿Cuándo tendremos los resultados del ADN?

—Joe Corless ha dicho que estaba en ello. Máxima prioridad. No deberían tardar.

—Supongamos que este chico no es Patrick —dijo Win—. ¿Cuál es el plan en ese caso?

—No lo sé —reconoció Myron—. Supongamos que este chico es Patrick. ¿Cuál es plan entonces?

En la banda sonora, Aaron Burr, interpretado por Leslie Odom Jr., estaba furioso porque Alexander Hamilton se había puesto de parte de Thomas Jefferson.

—No tiene sentido que sea un montaje —repuso Win—, y, sin embargo, tiene que ser un montaje de algún tipo. ¿No?

—Eso parece —dijo Myron—. O podría no serlo.

—Qué profundo.

—En pocas palabras —concluyó Myron—, seguimos sin tener ni idea de qué demonios pasa.

Win sonrió.

—Es algo a lo que ya tendríamos que estar acostumbrados.

Estaban a diez minutos de casa de Brooke cuando de pronto Win dijo:

—Gira a la derecha.

—¿Por dónde?

—Union Avenue.

—¿Adónde vamos?

—Tú hazme caso. Aparca aquí.

Pararon frente al CU Latte, que según el cartel vendía «cafés ecológicos y crepes».

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Myron.

—Tengo una sorpresita para ti —soltó Win—. Vamos.

El camarero llevaba un gorrito muy de *hipster* y un vello facial que parecía moho. Su poncho debía de estar hecho de cáñamo.

Todo a la última.

Pidieron dos cafés turcos y se sentaron.

—¿Qué pasa?

Win miró el teléfono y señaló hacia la puerta.

—Ahora.

Myron se quedó mirando la puerta, y en ese momento entró Zorra en todo su esplendor. Llevaba su peluca de Veronica Lake psicotrópica, un suéter con un monograma y una falda en un tono que seguramente definiría como «espuma de mar».

Cuando Zorra vio a Myron abrió los brazos y gritó:

—¡Guapo!

Zorra llevaba la peluca torcida. Seguro que su barba sería la envidia del camarero. Myron recordó una vieja grabación que le había enseñado un día su padre de Milton Berle vestido de mujer. Más o menos así, solo que no tan atractivo.

—Pensaba que estaba en Finlandia —le susurró Myron a Win mientras Zorra se acercaba.

—Acaba de aterrizar en Newark —informó Win.

—Ha sido un vuelo largo. Zorra no ha tenido tiempo de arreglarse. Debo de estar horrible.

Myron no iba a responder a aquello. Se puso en pie y le dio un abrazo. Zorra olía a colonia de azafato.

—¿Cuánto hace que no nos vemos? —preguntó Zorra.

—Demasiado —respondió Myron—. O quizá no lo suficiente.

—Zorra se alegra de verte.

—Lo mismo digo —replicó Myron. Luego volvió al tema—. ¿Qué hay de Vada Linna, entonces?

—Ahora se llama Sofia Lampo.

—¿La encontraste?

—Trabaja en un *fast food*, guapo. En un pueblo a las afueras de Helsinki. Como decís vosotros, en medio de la nada. Así que fui allí a verla. Pero su jefe me dijo que hacía tres días que no se presentaba en el trabajo. Eso preocupó a Zorra. Así que he investigado un poco. Tampoco estaba en casa. He hecho unas llamadas. Ya sabéis. Antiguos contactos. Pueden encontrar cualquier cosa.

—¿Y la has encontrado? —preguntó Myron.

—Enseguida, guapo —respondió Zorra sonriendo.

—No te sigo.

—Ayer, Sofia Lampo cogió un vuelo de Helsinki a Newark. Está aquí, guapo. Vada Linna (o Sofia Lampo) ha vuelto.

—Empecemos por lo más obvio —dijo Myron ya de vuelta al coche—. ¿Por qué iba a volver la *au pair* a Estados Unidos?

—¿Qué es lo que nos estamos diciendo desde que empezó todo esto?

—Que algo no cuadra. Que hay algo que se nos escapa.

—Sea lo que sea ese algo —dijo Win—, hace diez años que no cuadra. Lleva sin cuadrar desde que desaparecieron los niños.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Myron.

—Te toca a ti.

Myron giró la última esquina y llegaron a la calle de los Baldwin.

—Tenemos que decirle a Brooke lo que te contó Fat Gandhi. No tenemos derecho a ocultárselo. También tiene que saber que la *au pair* ha vuelto.

—Eso es mucho —dijo Win.

—¿Demasiado?

—No —opinó Win—. Brooke puede arreglárselas mejor de lo que te imaginas.

En el momento en que pararon el coche se abrió la puerta principal y salió Brooke. Se acercó al lado del acompañante del coche y le dio a su primo Win un largo abrazo. Win no solía dar largos abrazos, pero aguantó. Brooke le apoyó la cabeza en el hombro. Ni él ni ella lloraron. Ninguno se vino abajo, ni nada parecido. No se movieron, ni cambiaron de posición, ni se acercaron más. Tan solo se quedaron así unos segundos.

—Me alegro de que hayas vuelto —dijo Brooke.

—Yo también.

Cuando se soltaron, Brooke se volvió y estudió el rostro de Myron.

—No traes buenas noticias, ¿verdad?

—No es nada definitivo —respondió Win.

—Pero no son buenas.

—No —admitió Win—. No son buenas.

Estaban a punto de entrar cuando otro coche embocó la vía de entrada. Myron reconoció el sedán Lexus del garaje de Nancy Moore. Todos se quedaron inmóviles hasta que el coche se detuvo. Se abrió la puerta del conductor y salió Nancy Moore. También se abrió la puerta del acompañante.

Salió Patrick Moore.

Brooke se puso rígida al ver sus rostros.

—Esto tampoco van a ser buenas noticias —dijo entre dientes.

Estaban de nuevo en la cocina, donde había empezado todo.

Patrick, Nancy y Brooke se sentaron junto a la mesa. Myron y Win se quedaron de pie, a un lado, lo suficientemente cerca para oírlos aun manteniéndose aparte. Patrick se sentó de espaldas a las grandes puertas de cristal; de manera intencionada, supuso Myron. Su madre se sentó a su lado y le cogió la mano. Brooke se sentó enfrente y esperó.

Patrick miró a su madre. Ella asintió, animándolo a que hablara. Patrick tenía la mirada fija en la mesa. Llevaba el cabello muy corto, casi rapado. Se frotó la cabeza un momento antes de dejar caer las manos.

—Rhys está muerto, señora Baldwin.

Myron se quedó mirando a Brooke, quien ya se había preparado para escuchar algo así.

Ninguno de los allí presentes pareció reaccionar. Myron se volvió hacia Win, que no transmitía ninguna emoción, igual que su prima.

—Murió hace mucho tiempo —añadió Patrick.

—¿Cómo? —dijo Brooke sin perder la compostura.

Patrick seguía con la cabeza gacha. Tenía las manos cruzadas sobre la mesa. Su madre seguía apoyándole la mano en el antebrazo.

—Se nos llevaron de esta cocina —explicó Patrick—. Hay muchas cosas que no recuerdo. Pero eso lo recuerdo. —Ahora hablaba con una voz forzada, monocorde, que resultaba escalofriante—. Esos hombres nos metieron en una furgoneta.

—¿Cuántos hombres? —preguntó Brooke.

—Brooke, por favor —intervino Nancy Moore—. Es la primera vez que consigue hablar. Déjalo que termine, ¿vale?

Brooke guardó silencio. Volvió a centrar la atención en Patrick, que tenía la cabeza gacha.

—Disculpa —dijo, con una formalidad exagerada.

—Nos metieron en una furgoneta —repitió, y Myron pensó que era casi como si leyera de un *teleprompter*—. Nos llevaron muy lejos. No sé cuánto duró. Cuando paramos, estábamos en una granja enorme. Había animales. Vacas, cerdos y pollos. Rhys y yo compartimos un dormitorio de la granja.

Patrick se detuvo, pero no levantó la cabeza. El silencio era sofocante. Brooke quería preguntar algo, quizás un millón de cosas, pero la situación parecía frágil como una burbuja. Nadie se movió. Nadie habló. Nadie se atrevía a alterar aquel momento.

Nancy le apretó el brazo a su hijo. Patrick reunió fuerzas y prosiguió.

—Fue hace mucho tiempo. A veces me parece como un sueño. Allí estábamos bien. En la granja. Eran... eran agradables con nosotros. Jugábamos mucho. Podíamos correr. Dábamos de comer a los animales. No sé cuánto duró. Quizá fueran

unas semanas. Quizás, unos meses. A veces pienso que quizá fueran años. No lo sé. No es que Rhys y yo lleváramos la cuenta.

Patrick volvió a detenerse. Myron miró más allá, al ventanal que daba a un amplio patio y a los árboles de detrás. Intentó imaginárselo tal como decía Patrick: los hombres que entraban en la casa, se llevaban a los dos niños y desaparecían por aquel patio.

—Entonces —dijo Patrick—, un día todo cambió.

Su tono era más vacilante, y las palabras le salían de un modo más extraño e irregular.

—Trajeron a unos hombres —prosiguió Patrick—. Yo... Abusaron de mí.

Brooke seguía sin moverse, sin cambiar de expresión; pero era como si las palabras de Patrick estuvieran acelerando el proceso de envejecimiento. No se movió en absoluto, y, sin embargo, Myron veía claramente que estaba aferrada al más frágil de los hilos.

—Rhys... era más fuerte que yo. Más valiente. Intentó salvarme. Intentó... No dejó que se lo hicieran a él. Les plantó cara, señora Baldwin. Luchó con ellos. A un tipo le clavó un lápiz en el ojo. Le dio de lleno. Y entonces... —Patrick seguía sin poder levantar la mirada de la mesa, pero se encogió de hombros—. Lo mataron. Le pegaron un tiro en la cabeza. Me obligaron...

El hombro de Patrick empezó a temblar. Myron vio una lágrima que caía sobre la mesa.

—Me obligaron a acompañarlos a un barranco. —El tono monocorde había desaparecido, y Patrick tuvo que hacer esfuerzos para seguir, forzando la voz—. Me hicieron mirar...

Su madre le apoyó una mano en el hombro.

—Tranquilo, cariño —le susurró—. Estoy aquí.

—Lo vi... Estaba allí... Lo dejaron... Tiraron su cuerpo a aquel barranco sin más, como si no fuera nada. Como si Rhys no fuera nada...

Brooke dejó escapar un gemido tenue, un sonido que no se parecía a nada que Myron hubiera oído antes.

—Lo siento, señora Baldwin.

Y entonces ambos dejaron escapar las lágrimas.

Nancy se llevó a su hijo hacia la puerta a toda prisa, pero Win le cortó el paso.

—Necesitamos saber más —dijo Win.

Patrick lloraba sin control.

—Hoy no —respondió Nancy abriéndose paso—. El doctor Stanton ya me ha advertido que esto podría ser demasiado para él. Ahora ya sabéis la verdad. Lo siento mucho mucho.

Salió al exterior. Win le hizo un gesto a Myron y luego se fue junto a Brooke.

Myron salió enseguida y siguió a Nancy y a Patrick. Cuando estuvieron fuera los tres, Myron le gritó:

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabes, Nancy?

Ella se volvió de golpe.

—¿Qué?

—¿Cuánto tiempo hace que sabes que Rhys está muerto?

—¿Qué quieres...? Patrick nos lo ha contado esta mañana.

Myron se frotó la barbilla.

—Vaya un momento más curioso para hacerlo.

Patrick seguía llorando. Las lágrimas parecían de verdad y, sin embargo, una vez más, algo no cuadraba.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Nancy.

—Patrick —dijo Myron dirigiendo la mirada al desconsolado chaval—, ¿qué hacías ayer en Nueva York con Tamryn Rogers?

Fue Nancy quien respondió.

—¿Y a ti qué te importa?

—¿Lo sabías?

—Necesitaba salir —explicó Nancy.

—¿De verdad? ¿Así que lo sabías?

—Por supuesto.

—¿Y cómo es que fue en autobús? ¿Cómo es que no te lo llevaste en coche?

—Eso no es asunto tuyo.

—Se vio con Tamryn Rogers. Los vi juntos.

—¿Estabas siguiendo a mi hijo?

—Pues sí.

Nancy apoyó las manos en las caderas, intentando parecer ofendida, pero de algún modo no le quedó natural.

—¿Y quién te ha dado derecho? —le espetó—. Fue allí porque quiso, y habló con una chica de su edad. No le des más importancia de la que tiene.

—Hummm... —dijo Myron, acercándose—. Tu historia encaja con la de ella.

—¿Y qué?

—Hasta el ofenderte tanto porque los siguiera. Tamryn Rogers lo expresó prácticamente del mismo modo.

—Has seguido a mi hijo. Tengo derecho a ofenderme.

—¿Es tu hijo?

Patrick dejó de llorar casi de pronto.

—¿De qué estás hablando?

Myron intentó mirar al chico a los ojos, pero él volvió a agachar la cabeza.

—Parece que ambos vais un paso por delante de nosotros. ¿No crees, Patrick?

No respondió. No lo miró.

—Hablo con Tamryn Rogers. De pronto tu explicación encaja con la suya. Win y

yo le decimos a tu padre que le contaste a Fat Gandhi que Rhys está muerto. De pronto te recuperas lo suficiente como para contárselo a la señora Moore.

Nancy usó el mando a distancia para abrir la puerta del coche.

—¿Has perdido el juicio?

Myron se curvó hacia delante, agachándose lo suficiente para que Patrick lo mirara a los ojos.

—¿De verdad eres Patrick Moore?

Sin previo aviso, el chico cargó el puño y lo lanzó hacia la cara de Myron. Este estaba desequilibrado al haberse agachado, pero al fin y al cabo se trataba de un adolescente inexperto que lanzaba un puñetazo sin pensar. A Myron le bastó con bajar un poco la cabeza, no mucho, y dejar que el puño le pasara por encima sin mayores consecuencias.

El instinto de supervivencia, combinado con su entrenamiento, se hizo con el control, y le dejó varias opciones para contraatacar. La más obvia era esperar otro milisegundo. Con el brazo extendido, el adolescente quedaría completamente expuesto. Myron tenía las rodillas flexionadas. Podía lanzarle un golpe a la garganta, a la nariz o a la entrepierna.

Pero no lo iba a hacer.

En lugar de eso, se quedó agachado y esperó la posible respuesta del chico. Aprovechando la inercia del puñetazo fallado, Patrick echó a correr. Myron irguió el cuerpo, dispuesto a salir corriendo tras él, cuando Nancy empezó a golpearle la espalda con los puños.

—¡Deja en paz a mi hijo! Pero ¿qué te pasa? ¿Te has vuelto loco?

Myron aguantó los golpes un momento. Se quedó mirando cómo Patrick recorría la vía de acceso a la casa hasta desaparecer en la calle. Nancy fue corriendo hasta el coche y abrió la puerta.

—Por favor —suplicó, metiéndose en el coche y poniendo la marcha atrás—. Por favor, deja a mi hijo en paz.

Myron estaba a punto de volver a la casa cuando le sonó el teléfono móvil. Era su sobrino, Mickey.

—Tenemos una cosa sobre Tamryn Rogers —anunció Mickey—. Esto te va a gustar.

—¿Dónde estás?

—En casa de Ema.

—Voy para allá.

Win se quedó con Brooke para ponerla al día de los últimos acontecimientos. El más sorprendente para ella, sin duda, fue el regreso de su antigua *au pair*, Vada Linna, en ese momento conocida como Sofia Lampo.

—¿Por qué iba a volver Vada? —le había preguntado Brooke—. No lo entiendo.

Ellos tampoco lo entendían.

Dos leones de piedra montaban guardia a la entrada de la mansión donde vivía Ema con su madre y sus abuelos. La reja estaba cerrada. Myron sacó la cabeza por la ventanilla. El guardia de seguridad lo reconoció y apretó el botón. La puerta se abrió con un chirrido.

Cuando Myron eran niño, aquella finca era propiedad de un célebre *don* de la mafia, un *boss*, un *capo* o comoquiera que se llamara al jefe de una pandilla de gánsteres. Se rumoreaba que había un horno dentro, en el que el *capo* quemaba los cuerpos de sus víctimas. Y en efecto, más tarde, cuando se vendió la casa, encontraron un horno tras la zona de la piscina. Hasta la fecha, nadie sabía con certeza si lo había usado para sus barbacoas de fin de semana o si los rumores eran ciertos.

La mansión era enorme, regia y oscura. Estaba a medio camino entre una fortaleza medieval y un castillo de Disney. El recinto era enorme y tal vez se tratara de la finca más privada de toda la zona. Había un helipuerto que permitía entrar y salir sin dejarse ver. La casa constaba a nombre de una empresa para proteger la identidad de su verdadero propietario. Hasta unos meses antes, ni siquiera los amigos más íntimos de Ema sabían que vivía allí, ni por qué lo había mantenido en secreto.

Había un picaporte en forma de león en la puerta, pero antes de que Myron pudiera usarlo, Angelica Wyatt le abrió la puerta. Mostró una sonrisa cálida y dijo:

—Hola, Myron.

—Hola, Angelica.

Se conocían desde hacía años, e incluso le había hecho de guardaespaldas en una ocasión. Aun así tardó unos segundos en ver a Angelica Wyatt como una persona y no como un póster o una imagen distante del celuloide, en una gran pantalla. Myron solía preguntarse cómo sería aquello: ser una persona tan bella y famosa que la gente, quizás incluso los seres más allegados, siempre te vieran difuminado por el brillo de las estrellas de cine.

Aquel rostro famoso se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—He oído que te casas —le dijo la madre de Ema.

—Sí.

Quince años antes, cuando Angelica Wyatt había dado a luz a su hija, los periódicos sensacionalistas se le habían echado encima, siguiéndola sin parar, sacándole fotos con teleobjetivo cada vez que se alejaba de su casa de Los Ángeles, exigiendo respuestas sobre la paternidad del bebé. Los titulares proclamaban cosas como: SENSACIÓN: EL BEBÉ SECRETO DE ANGELICA WYATT O CONOCEMOS AL PADRE, y luego especulaban con algún compañero de reparto o algún sultán árabe o incluso, en un caso, con un ex primer ministro británico.

La presión acabó superando a la niña, que empezó a tener pesadillas. Angelica Wyatt incluso dejó de trabajar durante dos años, en los que desapareció con su hija en Francia, pero aquello no hizo sino desatar nuevos rumores y otros problemas, como

que Angelica Wyatt echaba de menos hacer películas. Era su vocación.

¿Qué hacer, pues?

Angelica Wyatt volvió en secreto a Estados Unidos y encontró aquella casa en Nueva Jersey. Matriculó a su hija en el colegio con el seudónimo de Emma Beaumont, aunque al final lo que arraigó fue su apodo, Ema. Los abuelos de Ema se ocupaban de ella cuando Angelica estaba rodando.

Nadie sabía la identidad del padre de la niña salvo, por supuesto, Angelica.

Ni siquiera Ema.

—Me alegro mucho por ti —le dijo Angelica Wyatt.

—Gracias. ¿Cómo estás?

—Bien. Mañana me voy a rodar a Atlanta. Esperaba que Ema pudiera acompañarme, pero... ejem... ahora parece estar muy ocupada.

—¿Quieres decir con Mickey?

—Eso quiero decir, sí.

—Son buenos chicos.

—Es su primer novio —dijo Angelica.

—La tratará bien.

—Lo sé, pero mi niña... ¿Sería un tópico señalar que está creciendo demasiado rápido?

—Las cosas se convierten en tópicos porque son ciertas.

—Me parte el corazón —dijo Angelica con una sonrisa—. Están en el sótano. ¿Sabes ir?

Él asintió.

—Gracias.

Las paredes de la escalera del sótano estaban cubiertas de pósteres de Angelica Wyatt. Ema los había colgado pese a la oposición de su madre. El sótano, según decía Ema, era el único lugar donde no quería ocultar nada de sí misma. Tenía sentido, suponía Myron.

Los tres adolescentes —Mickey, Ema y Spoon— estaban tirados sobre tres enormes *beanbags*. Los tres tecleaban en sus portátiles a un ritmo frenético.

—Eh —saludó Myron.

—Eh —respondieron los tres, sin levantar la vista.

Ema fue la primera en cerrar su portátil y levantarse. Llevaba manga corta, lo que dejaba a la vista su gran cantidad de tatuajes. A Myron los tatuajes le inquietaban al principio. Aunque lo cierto es que hoy en día son de lo más habitual, Ema aún estaba en el instituto. Mickey le había explicado que los tatuajes eran temporales, que un artista tatuador llamado Agent la estaba usando para experimentar con diferentes diseños y que todos desaparecerían al cabo de unas semanas.

—¡Eh, Spoon! —dijo Mickey.

—Dame un momento para organizar nuestros hallazgos —rogó Spoon—. Hablad entre vosotros.

Ema y Mickey se acercaron a Myron. Habían estado discutiendo si debían implicarse en algo así —pese a su juventud, ya habían experimentado demasiadas cosas así—; pero, tal como había señalado Mickey, era algo natural en ellos.

Myron recordó algo.

—Esperanza me ha dicho que querías verla.

—Más bien era yo —dijo Ema.

—Éramos los dos —añadió Mickey—. También hemos hablado con Big Cyndi.

—¿De qué?

Mickey y Ema cruzaron una mirada.

—La Pequeña Pocahontas y Big Chief Mama —dijo Ema.

—¿Qué les pasa?

—Quizá fueran divertidas en otro tiempo —explicó Ema—. Ya no lo son.

—Son más bien algo *kitsch* —reconoció Myron—. No le hacen daño a nadie. Es solo un recuerdo nostálgico.

—Eso mismo dijo Esperanza —respondió Ema.

—Los tiempos cambian, Myron —añadió Mickey.

—Le sugerimos que se pusiera en contacto con un amigo mío que es navajo.

—¿Y cómo fue? —preguntó Myron.

—No lo sé. Aún no han hablado.

—Ya lo tengo —anunció Spoon haciendo gestos a Myron—. Ven aquí; echa un vistazo.

Spoon se quedó en el enorme *beanbag*. Myron se agachó —la rodilla mala crujió un poco— y se dejó caer a su lado. Spoon se subió las gafas y señaló la pantalla.

—Tamryn Rogers apenas está presente en las redes sociales. Tiene un perfil de Facebook y una cuenta de Snapchat, pero casi no los usa. Toda su actividad la hace en modo privado. Suponemos que se debe a que su padre es un rico agente de fondos de cobertura. La familia mantiene un perfil bajo. ¿Me sigues hasta ahora?

Myron se colocó mejor sobre el *beanbag*. Era difícil ponerse cómodo.

—Te sigo.

—Sabemos de sus prácticas de verano en el canal de televisión. Sabemos que tiene dieciséis años. Sabemos que va a un internado de élite llamado St. Jacques, en Suiza. —Spoon levantó la mirada—. ¿Sabías que en Suiza es ilegal tener un solo conejillo de Indias?

—Spoon... —le advirtió Ema.

—No lo sabía —respondió Myron.

—Debes tenerlos en pareja —le explicó Spoon—. Se debe a que los conejillos de Indias son animales sociales, de modo que poseer uno solo es una crueldad. O eso es lo que piensan los suizos.

—Spoon... —repitió Ema.

—Vale, perdón. El caso es que la única foto de Tamryn Rogers que he podido encontrar es la de su perfil de Facebook. Así que he cogido esa imagen y he realizado

una búsqueda de imágenes con ella. No ha aparecido nada. No es de extrañar, por supuesto. Las búsquedas de imagen solo encuentran fotografías idénticas. ¿Por qué iba a tener su fotografía de perfil otra persona? ¿Me sigues?

—Te sigo —respondió Myron.

—Así que decidí ir un paso más allá. He localizado un programa en versión beta que usa un *software* de verificación facial con diversas redes sociales. Puede que hayas visto algo sobre esa tecnología en Facebook.

—No uso Facebook.

—Que tú... ¿quéeee?

Myron se encogió de hombros.

—Pero si todos los viejos usan Facebook —protestó Spoon.

—Spoon... —le reprendió Ema una vez más.

—Vale, bien, pues deja que te explique. Pongamos que cuelgas una fotografía de grupo de tus amigos en Facebook. Facebook tiene un nuevo *software* llamado DeepFace que realiza automáticamente una verificación facial de la foto.

—¿Y eso significa...? —dijo Myron.

—Significa que reconoce a tus amigos. Así que cuelgas la foto y, de pronto, Facebook te rodeará un rostro y te dirá: «¿Quieres etiquetar a John Smith?».

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Ya lo están haciendo?

—Lo hacen, sí.

Myron meneó la cabeza, satisfecho de su ignorancia.

—Ten en cuenta —prosiguió Spoon— que he dicho «verificación facial», una tecnología que reconoce que dos imágenes presentan el mismo rostro, frente al reconocimiento facial más común, que sería un intento de ponerle nombre a un rostro. Hay una gran diferencia. Así que he puesto la fotografía de Tamryn Rogers en este programa en versión beta («beta» quiere decir que aún está en fase de pruebas) para ver qué encontraba. ¡Ahí va! —Spoon se dio una palmada en la frente—. Casi se me olvida. Primero lo he probado con Patrick Moore. Pude sacar un fotograma de su aparición en la entrevista de la tele. Pensé..., bueno, que quizás alguien le hubiera sacado una foto. Quizá podía encontrar algo sobre él y, de paso, sobre Rhys.

—¿Y?

—Nada. Ni una coincidencia. Salvo... Bueno, déjame que te lo enseñe.

Hizo clic en el panel táctil de su portátil. Apareció una fotografía de grupo con unos veinte o veinticinco adolescentes. El pie de foto decía SEGUNDO CURSO, con los nombres debajo.

—Esta fotografía estaba en una página web de alumnos del St. Jacques. Si miras aquí —dijo señalando con el cursor—, bueno, ¿reconoces a la señorita?

La reconoció.

—Es Tamryn Rogers.

—Exactamente, Myron. Muy bien.

Myron miró a Ema para ver si Spoon le estaba vacilando. Ema se encogió de hombros como diciendo «¿Qué quieres hacer?».

—Y si miras aquí en el pie de foto —Spoon volvió a señalar con el cursor—, ves una lista de nombres de pila, nada más. Supongo que tiene algo que ver con las normas de privacidad de la escuela, pero no estoy del todo seguro. Tamryn es la cuarta de la segunda fila... ¿La ves?

Myron lo vio. Tan solo decía «Tamryn».

—¿Y qué?

—Eso es lo que pensábamos —dijo Spoon—. Al principio. De hecho, bueno, confieso que no soy muy detallista. Lo mío es más la visión de conjunto, ¿sabes lo que quiero decir?

—Supongamos que sí.

—¡Ja, muy buena! Fue Ema la que... Ema, ¿quieres enseñárselo?

Ema usó el dedo y señaló al chico que estaba de pie detrás de Tamryn Rogers. Myron frunció el ceño y se acercó más para ver mejor.

—No hace falta que fuerces la vista, Myron —dijo Spoon—. A tu edad no vale de nada. Puedo ampliar la imagen.

Spoon hizo varios clics en la imagen, que se hizo cada vez más grande. Era una buena foto, tomada en fechas recientes y con una cámara bastante decente, pero en la pantalla los píxeles empezaron a difuminarse cada vez más. Spoon paró. Myron volvió a mirar.

—¿De modo que creéis...?

—No lo sabemos —respondió Spoon.

—Yo sí lo sé —aseguró Ema.

Myron buscó el nombre del chico y lo leyó en voz alta:

—Paul.

El chico de la foto tenía el cabello largo, rubio y ondulado: el típico adolescente que intenta demostrar personalidad. Patrick Moore tenía el cabello muy corto y oscuro. El Paul de la fotografía parecía tener los ojos azules. Los ojos de Patrick Moore eran castaños. También tenían la nariz diferente. La de Paul parecía algo más pequeña, quizá con una forma diferente.

Y aun así...

Myron no lo habría visto solo, pero ahora que se fijaba...

—Sé lo que estás pensando —dijo Ema—. Y probablemente yo esté de acuerdo contigo. Los adolescentes se parecen todos. Eso ya lo sabemos. Probablemente yo misma no me lo habría pensado dos veces, de no ser porque ese colegio es pequeño. Esa clase de segundo no tiene más que veintitrés alumnos. Patrick Moore sale y queda con Tamryn Rogers. ¿Por qué? Se siente solo. Eso ya lo vimos cuando lo visitamos.

Mickey asintió.

—Es demasiada casualidad, Myron. O sea, un corte de pelo. Lentes de contacto para cambiar el color de los ojos. Quizás algo de cirugía en la cara, no sé. Pero cuando Ema me enseñó esto, lo miré y al principio no caí, pero luego... —Mickey señaló el rostro de la pantalla—. Yo creo que Paul, el compañero de clase de Tamryn, ahora se hace llamar Patrick Moore.

Myron volvió corriendo al coche. Cogió el teléfono y llamó a Esperanza.

—Necesitamos todo lo que podamos sobre un tal Paul, alumno de St. Jacques, cerca de Ginebra, en Suiza. Apellidos, sobre todo. Padres, lo que sea.

—No será rápido —dijo Esperanza—. El internado está cerrado, está en Europa, no tenemos contactos en Suiza y, además, supongo que en ese sitio serán bastante celosos de su intimidad.

Por supuesto, Esperanza tenía razón.

—Tú haz lo que puedas. Spoon va a enviarte la foto por correo electrónico.

—Ya la recibí antes de que llamaras —dijo ella—. ¿Sabías que la contraseña más usada para el correo electrónico es 123456?

—Sí, eso es típico de Spoon.

—Estoy viendo las dos fotos: una de ese tal Paul, y la otra de Patrick, en la entrevista de la tele. Si miro con atención, sí, puedo ver el parecido. Pero ¿a quién se le ocurriría que Paul y Patrick pudieran ser el mismo chaval?

—No es tan evidente —respondió Myron—. Pero quizá sea precisamente esa la idea.

—Ah, he dado con ese profesor de quinto. El que les dio clase a Clark y a Francesca.

—¿El señor Dixon?

—Rob Dixon, sí.

—¿Y dónde está?

—Sigue dando clases en quinto en la Collins Elementary. He conseguido que acceda a verte hoy a las siete y media.

—¿Y cómo lo has hecho?

—Le he dicho que habías oído que era un gran profesor y que estabas escribiendo un libro sobre tus experiencias.

—¿Qué experiencias?

—Eso no se lo he dicho. Por suerte, el señor Dixon vio tu documental en la ESPN. Eso de ser famoso abre puertas, cariño.

Después de colgar, Myron llamó a Win y lo puso al día.

—Así que el chico es un impostor —concluyó Win.

—No lo sé. Aún es posible que no sean más que dos adolescentes que se parecen.

—¿Y que conocen a Tamryn Rogers?

—Sí, sería mucha casualidad —admitió Myron—. Por cierto, tanto Tamryn como

Patrick (llamémoslo Patrick, para hacerlo más fácil) sostiene que se encontraron en Ripley's por casualidad.

—¿Por casualidad?

—Sí.

—Los chavales de hoy... —se lamentó Win—. ¿Por qué no se inventan mentiras más creíbles?

—Para ser justos, pillamos a Tamryn por sorpresa. ¿Cómo está Brooke?

—Bloqueando emociones —dijo Win—. Lo cual tal vez sea positivo. Ahora mismo está preguntándose por qué su antigua *au pair* ha vuelto a Estados Unidos.

—¿Tiene alguna teoría?

—Ninguna. Así pues, ¿cuál es el siguiente paso?

—Seguimos recopilando información —dijo Myron.

—Vaya, no me des tantos detalles, que no te sigo.

—Nancy Moore insiste en que el chico a quien rescatamos es su hijo desaparecido, Patrick.

—Correcto.

—Así que me pregunto si esas fotografías de Paul la harían cambiar de opinión.

—¿Es ahí adonde vas ahora mismo?

A la izquierda, Myron vio la casa de los Moore. Cuando paró en la vía de acceso, vio el Lexus aparcado.

Nancy estaba en casa.

—Acabo de llegar.

Myron no se molestó en llamar a la puerta principal. El garaje estaba abierto, así que se dirigió hacia el Lexus. Cuando vio que la puerta entre la casa y el garaje se había quedado abierta, empezó a preocuparse.

Asomó la cabeza y gritó:

—¿Hola?

Nada.

Entró y cruzó la cocina. Oyó un ruido en la planta superior. No iba armado, lo cual era una tontería, pero de momento no se habían hecho necesarias las armas. Avanzó muy despacio.

Quienquiera que estuviera arriba no intentaba ocultar sus movimientos.

Myron alcanzó el rellano. El ruido procedía de la habitación de Patrick. Se acercó a la puerta lentamente, esperó un segundo y echó un vistazo dentro.

Nancy Moore estaba destrozando la habitación.

—Hola —dijo Myron.

Ella dio un salto al oír su voz, y se volvió de golpe. Tenía los ojos desorbitados, como si estuviera desquiciada.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Va todo bien?

—¿Tiene pinta de que vaya todo bien?

No, no iba bien.

—¿Qué pasa?

—No lo entiendes, ¿verdad? Tú crees... No sé lo que crees. Yo intentaba proteger a mi hijo. Es frágil. Ha pasado por algo horrible. ¿Cómo puede ser que no lo entendáis?

Myron no dijo nada.

—¿Sabes lo que le ha costado hacer lo que ha hecho hoy? ¿Revivir el horror de lo que pasó? ¿De lo que le pasó a Rhys?

—Tenía que hacerlo, Nancy —dijo Myron—. Si hubiera sido al revés, si fuera Rhys quien hubiera vuelto a casa...

—Brooke Baldwin habría hecho lo mejor para su hijo, no para el mío. —Nancy se puso muy erguida—. No te equivoques. Una madre protege a su hijo.

Vaya.

—¿Incluso a expensas de otro?

—Patrick no estaba preparado para hablar. Lo sabíamos. Solo queríamos darle el tiempo necesario para que se recuperara. ¿Qué son unos días más, después de diez años? El doctor Stanton tenía razón. Ha sido demasiado para él. Y luego, como si no fuera suficiente hacerle pasar por eso, como si no fuera lo suficientemente duro decirle a Brooke que Rhys estaba muerto, tú... —lo señaló con un dedo acusador— vas y lo persigues. Patrick ha huido por tu culpa.

—No es Patrick.

—¿Qué?

—El chico a quien rescatamos. No es Patrick.

—¡Claro que es Patrick!

—Se llama Paul.

—Fuera de aquí —dijo ella.

—¿Por qué no le hacéis un análisis de ADN, Nancy?

—Muy bien. Si con eso conseguimos que nos dejéis todos en paz, lo haremos, ¿vale? Ahora vete de mi casa, por favor.

Myron meneó la cabeza.

—Necesito que eches un vistazo a estas fotografías.

—¿Qué fotografías? —preguntó ella, confusa.

Myron le tendió las dos fotos impresas que le había pasado Spoon. En un primer momento, Nancy no las cogió. Se quedó allí, inmóvil. Myron acercó un poco más la mano y la dejó allí hasta que ella por fin agarró las fotografías, no muy convencida.

—No lo entiendo.

—Esta fotografía de grupo la tomaron en un internado suizo —dijo Myron.

Ella se la quedó mirando.

—¿Y?

—Hay un chico en esa foto. Se llama Paul. Aún no tenemos el apellido. Pero lo encontraremos. La segunda foto es un primer plano.

—Sigo sin entender —dijo Nancy Moore con las manos temblorosas. Deslizó la primera fotografía por detrás de la segunda—. ¿No pensarás...?

—Paul y vuestro Patrick son la misma persona —aseguró Myron.

—Te equivocas —dijo ella.

—No lo creo.

—No se parecen en nada.

—¿Recuerdas que te pregunté por Tamryn Rogers? —Myron cogió otra vez las fotografías y puso la de grupo encima—. Esta es Tamryn. La chica con la que Patrick se vio ayer.

—Ya os hemos dicho...

—Sí, ya, coincidieron a las puertas de Ripley's por primera vez en sus vidas. Yo estaba allí, Nancy. Los vi. No fue un encuentro accidental. Se conocían de antes.

—Eso no puedes saberlo limitándote a observarlos —dijo ella, pero ya con una voz débil, derrotada.

—Acabo de enviar estas fotografías a una antropóloga forense llamada Alyse Mervosh. Va a comparar la imagen de Paul con la de Patrick en la grabación de la entrevista de ayer. Nos confirmará si son la misma persona.

Ella negó con la cabeza; pero, una vez más, lo hizo sin convicción.

—Nancy, déjame que os ayude.

—¿Qué es lo que crees? ¿Que es un impostor? Te equivocas. Una madre sabe estas cosas.

—Según tú, una madre protege a su hijo —dijo Myron, intentando mantener un tono lo más suave y regular posible—. Quizás ese deseo, esa necesidad, también pueda alterar la percepción.

—Es Patrick —insistió Nancy—. Es mi hijo. Por fin ha vuelto a casa. Después de tantos años, por fin lo tengo aquí otra vez. —Levantó la vista y lo miró con dureza—. Y ahora tú lo has ahuyentado.

—Déjame que te ayude a encontrarlo.

—Me parece que ya has hecho bastante. Es mi hijo. Lo conozco. *Lo conozco*. Sé que no es un impostor. Y no se llama Paul.

Lo apartó de un empujón y bajó las escaleras. Myron la siguió.

—Cuando vuelva a casa, podemos hacernos una prueba de ADN para callaros la boca a todos. Pero ahora mismo tengo que ir a un sitio.

Nancy no paró. Atravesó el garaje y salió al exterior. Se metió en su coche y lo arrancó.

—No vuelvas por aquí, Myron. No vuelvas más.

Win y Brooke estaban sentados en la cocina de los Baldwin con las fotografías del

internado suizo sobre la mesa, ante ellos.

Myron estaba acabando de hablar por teléfono con Alyse Mervosh, la antropóloga forense. Cuando colgó, Brooke y Win lo miraron, expectantes.

—En su opinión es el mismo chaval —informó Myron.

Brooke volvió a mirar la foto. Myron se acercó.

—Este tal Paul se cortó el cabello y se lo tiñó —dijo él señalando con el dedo—. El cambio de color de ojos es fácil con lentes de contacto. La nariz pudo hacérsela con cirugía plástica.

Brooke lo miró, sentada, con la fotografía en la mano.

—¿Y Nancy no lo ve?

—Eso es lo que dice. Insiste en que es Patrick.

—¿Y tú la crees?

—Yo creo que lo cree de verdad.

—¿Así que se engaña?

Myron se encogió de hombros de manera casi imperceptible.

—No lo sé.

Win habló por primera vez:

—Así pues, tenemos que descubrir quién es ese Paul. Tenemos que descubrir dónde vive, quiénes son sus padres...

—Esperanza está en ello. Pero va a llevar algo de tiempo.

—Haré unas llamadas al extranjero, a ver si podemos acelerar las cosas.

—No lo entiendo —dijo Brooke—. ¿Es un impostor? ¿Está intentando estafar a la familia?

—Es posible.

—Una vez leí algo de un caso parecido. Cuando tienes un hijo desaparecido... De todos modos, fue a finales de los años noventa, quizás. Una familia de Texas cuyo hijo desapareció cuando tenía doce o trece años. Tres años más tarde, un impostor francés dijo que él era el chico desaparecido. Engañó a mucha gente.

Myron recordaba la historia vagamente.

—¿Y cuál era su motivo?

—No lo recuerdo. El dinero, en parte; pero creo que le ponía engañar a la gente. No era la primera vez que se hacía pasar por otra persona. Era un tipo retorcido. Supongo que, en parte, la familia se lo tragó porque deseaba que fuera verdad. —Levantó la vista—. ¿Qué está pasando aquí, Myron?

—No lo sé.

—Nada de esto tiene sentido.

—Necesitamos saber más.

Como si fuera la señal que esperaba, el teléfono móvil de Myron sonó. Este miró a Win.

—Es Joe Corless, del laboratorio del ADN.

—Activa el altavoz.

Myron lo hizo, y apoyó el teléfono en la mesa.

—¿Joe?

—¿Myron?

—Joe, aquí tengo a Win.

—Vaya. ¿Win ha vuelto?

—Por favor, danos los resultados —lo cortó Win.

—Pues vamos al grano —respondió Joe Corless, quien luego añadió algo que sorprendió a Myron—: En efecto, el chico es Patrick Moore.

Myron miró a Win. Brooke se quedó pálida.

—¿Estás seguro?

—Las muestras de cabello que me habéis traído son de una mujer. El ADN del cepillo de dientes pertenece a un varón. Estas dos personas son hermanos carnales.

—¿Al cien por cien?

—No cabe ni la menor duda.

Sonó el timbre de la puerta y Win se dirigió hacia allí.

—Gracias, Joe —se despidió Myron. Luego colgó.

—Es Patrick —dijo Brooke. No cambió de expresión, pero había un temblor en la comisura de su boca—. No es un impostor. Es Patrick.

Myron no se movió.

—Entonces ¿por qué ha vuelto Vada? ¿Y por qué se ve Patrick con Tamryn?

—Es al revés —dijo Myron.

—¿Qué quieres decir?

—No es que Paul se haga pasar por Patrick. Paul es Patrick.

Antes de que pudiera explicarse, Win regresó a la cocina con Zorra. Si a Brooke le sorprendió ver a aquel hombre travestido tan masculino en su cocina, no lo demostró.

—Zorra tiene noticias sobre la *au pair* —anunció Zorra.

Brooke se puso en pie.

—¿Vada?

—Ahora se llama Sofia Lampo —dijo él—. Llegó al país ayer. Alquiló un Ford Focus en el aeropuerto de Newark.

—¿Y cómo la encontramos? —preguntó Brooke.

—Ya me he encargado yo, guapa —respondió Zorra—. Todos los coches de alquiler llevan GPS, por si alguien los roba. O por si rebasas las fronteras del estado, para que puedan cobrarte más. Por cosas así.

—¿Y te permiten rastrearlos?

Zorra se arregló la peluca de Veronica Lake con ambas manos y sonrió. Tenía los dientes manchados de pintalabios.

—«Permitir» no es la palabra que usaría Zorra. Pero el dinero de tu primo es muy convincente.

—¿Y dónde está Vada? —preguntó Brooke.

—Zorra la está siguiendo con esto —respondió sacando el teléfono móvil.

Les mostró la pantalla. Un punto azul intermitente mostraba la ubicación del coche.

—¿Dónde es esto, exactamente?

Zorra apretó un icono. En lugar del mapa apareció una imagen por satélite. A Myron casi se le escapa una exclamación. El punto azul apareció rodeado de verde. Había un lago que incluso desde lo alto era reconocible.

—El lago Charmaine —respondió Myron—. Vada está en casa de Hunter Moore.

La clase de quinto daba a un patio de juegos enorme y lleno de cosas, desde toboganes y columpios hasta fuertes y barcos piratas, túneles, barras y escaleras. Rob Dixon saludó a Myron con un firme apretón de manos y una sonrisa afable. Llevaba un traje de subdirector de instituto y una corbata llamativa que Myron siempre asociaba a los pediatras demasiado metidos en su papel. Lucía una cola de caballo y un afeitado apurado.

—Hola, soy Rob Dixon —dijo.

—Myron Bolitar.

En casa de los Baldwin habían decidido que Win iría en coche a casa de Hunter, en el lago Charmaine, mientras Myron asistía a su cita con el profesor de quinto.

—Yo también voy. Conozco a Vada. Puedo ayudar —había dicho Brooke zanjando toda posible discusión.

—Por favor —dijo Rob Dixon—. Siéntese.

Los pupitres eran los clásicos escolares, con la silla incorporada. Myron tuvo que hacer un esfuerzo para meterse en uno. El aula parecía atemporal. Por supuesto, los planes de estudio cambian, y Myron supuso que en algún rincón habría señales de modernidad, pero aquella podía ser su clase de quinto. En lo alto de la pizarra estaba el alfabeto, escrito en letras mayúsculas y minúsculas. Un popurrí de creaciones artísticas y proyectos de los alumnos cubría la pared de la izquierda. Y bajo un cartel escrito a mano que decía «Actualidad» había recortes de periódico colgados.

—Oh, lo siento —se excusó Rob Dixon.

—¿El qué?

—Vi *La colisión*, y le he hecho sentar en una silla que debe de resultarle incómoda para la rodilla.

—Estoy bien.

—No, por favor, coja mi silla.

Myron hizo una mueca y salió del pupitre.

—Podríamos quedarnos de pie, si le parece.

—Por supuesto. Me parece interesantísima su investigación. Por cierto (y no sé si le interesará o no), llevo dando clases de quinto en esta misma aula desde hace veintiún años.

—Vaya —exclamó Myron.

—Me encanta esta edad. Ya no son niños que no entienden los conceptos más profundos, pero tampoco son adolescentes, con todas las complicaciones propias de la edad. Quinto está en el punto medio. Es un año de transición muy importante.

—Señor Dixon...

—Por favor, llámeme Rob.

—Rob, apuesto a que es un gran profesor. Tiene el aspecto del profesor joven y enrollado que nos gustaba a todos, solo que es algo mayor y probablemente más

sabio, pero sin que eso lo haya hastiado.

El profesor sonrió.

—Me encanta cómo lo plantea. Gracias.

—Y yo le doy las gracias a usted. Pero quizá no haya sido muy sincero con mis motivos para verlo.

—¿Y eso? —preguntó, y se llevó una mano a la barbilla.

—Estoy aquí para hablarle de un acontecimiento específico, algo trágico.

Rob Dixon dio un paso atrás.

—No lo entiendo.

—Yo soy la persona que salvó a Patrick Moore —dijo Myron—. Pero aún no he conseguido dilucidar qué le pasó a Rhys Baldwin.

Rob Dixon miró por la ventana, con la expresión perdida. Un niño de unos seis años, supuso Myron, saltaba a la comba. Aquella expresión de felicidad en su rostro... Myron se preguntó cuándo fue la última vez que había visto a alguien tan contento.

—¿Por qué acude a mí? —preguntó—. Yo no tuve a ninguno de los dos en mi clase. Y probablemente no los habría tenido. Aquí intentamos asegurarnos de que un profesor no tiene a dos hermanos. No es ninguna regla escrita, pero al director no le parece buena idea. Si le das clase al hermano de otro alumno tuyo, partes de ideas preconcebidas o, como mínimo, ya has tenido trato con los padres. Así que aunque los chicos hubieran seguido en el colegio, lo más probable es que no les hubiera dado clase a ninguno de los dos.

—Pero sí tuvo de alumnos a Clark Baldwin y a Francesca Moore.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijo Clark.

—¿Y? —Dixon meneó la cabeza—. En realidad no debería hablar de ello. Pensaba que se había convertido en agente deportivo. Eso es lo que decía el documental. Tras su lesión, fue a la Facultad de Derecho de Harvard y luego abrió su propia agencia.

—Es cierto.

—Entonces, ¿por qué está implicado en esto?

—Es a lo que me dedico —dijo Myron.

—Pero el documental decía...

—El documental no contaba toda la historia. —Myron dio un paso adelante—. Necesito que me ayude, Rob.

—No veo en qué puedo ayudarlo.

—¿Recuerda aquel día?

—No puedo hablar de esto con usted.

—¿Por qué no?

—Es confidencial.

—Rob, hay un niño que sigue desaparecido.

—De eso no sé nada. No pensará...

—No, nada de eso. Pero le estoy haciendo una pregunta. ¿Recuerda el día en que desaparecieron los niños?

—Por supuesto —respondió Rob Dixon—. Algo así no se olvida.

Myron se planteó qué pregunta hacer a continuación, y al final decidió ir al grano.

—¿Estaban aquí Clark y Francesca?

Rob Dixon parpadeó varias veces.

—¿Qué?

—El día en que desaparecieron sus hermanos —repitió Myron—, ¿estaban Clark y Francesca en su clase? ¿Estaban ambos en el colegio? ¿Se fueron antes?

—¿Y para qué quiere saberlo?

—Estoy intentando reconstruir los hechos.

—¿Después de diez años?

—Por favor —insistió Myron—. Me ha dicho que recordaba aquel día. Me ha dicho que no podría olvidar algo así.

—Es verdad.

—Pues respóndame esta sencilla pregunta. ¿Estaban Francesca y Clark en su clase?

Abrió la boca, la cerró y volvió a intentarlo.

—Por supuesto que estaban. ¿Por qué no iban a estar? Era día lectivo. Miércoles, para ser exactos. —Dixon se fue hacia el final de la clase y se paró junto a un pupitre en la penúltima fila—. Clark Baldwin estaba aquí. Llevaba una camiseta de baloncesto roja del equipo de su barrio. Creo que se ponía aquella camiseta un par de veces por semana. Francesca Moore —dijo, acercándose al último pupitre de la primera fila— se sentaba aquí. Llevaba una blusa amarilla. Era el color favorito de Francesca. Amarillo. En todos sus trabajos dibujaba flores amarillas.

Dixon se paró y se quedó mirando a Myron.

—¿Por qué motivo me lo pregunta?

—¿Estuvieron aquí todo el día?

—Todo el día —repitió el profesor—. Recibí una llamada de la señora Baldwin a las dos y media.

—¿Brooke Baldwin?

—Sí.

—¿Lo llamó ella en persona?

—Sí. A través de la oficina. Llamó al director y preguntó por mí. Dijo que era una emergencia.

—¿Y qué le dijo?

—Dijo que había ocurrido una desgracia personal y que un coche de policía recogería a Francesca y a Clark. Me preguntó si podía quedarme con los chicos hasta que llegara la policía. Dije que por supuesto.

—¿Ya sabía lo del secuestro?

—No, todavía no. —Meneó la cabeza—. Aún no sé a qué ha venido, señor Bolitar.

Myron tampoco lo sabía. Podía soltarle la cantinela de la búsqueda a tientas de la aguja en el pajar, pero no le parecía que fuera a servir de mucho.

—¿El poli llegó en un coche patrulla?

—No. Era una agente. Iba de civil y en un coche normal. No veo adónde lleva todo esto.

—Hábleme de Clark y de Francesca.

—¿Qué les pasa?

—¿Sabe que comparten habitación en la facultad?

Dixon sonrió.

—Me alegro.

—¿Eran muy amigos en quinto?

—Por supuesto. Creo que aquella experiencia compartida los unió más.

—¿Y antes del secuestro?

El profesor se lo pensó un poco.

—Tan solo eran compañeros de clase. No creo que salieran juntos, ni nada así. Pero me alegro mucho de que se tuvieran el uno al otro, especialmente por Francesca.

Especialmente por Francesca.

¿Aguja? Te presento a mi querido amigo Pajar.

—¿Por qué dice eso de Francesca?

—Estaba atravesando un mal momento.

—¿Qué tipo de mal momento?

—Esto no es correcto, señor Bolitar.

—Llámame Myron.

—Sigue sin ser correcto.

—Rob, esta información que me da tiene diez años de antigüedad. La niña de quinto que atravesaba un mal momento ahora va la universidad.

—Los chicos confiaban en mí.

—Y entiendo que lo hicieran. Usted es un hombre amable y atento. Quiere lo mejor para ellos. Nadie recuerda a sus profesores de secundaria o de instituto. Pero los profesores de primaria los llevamos en el corazón para siempre.

—¿Adónde quiere ir a parar?

—No quiero que traicione la confianza de nadie. Pero aquel día pasó algo. No, no lo evidente. Sabemos que desaparecieron dos niños. Pero pasó algo más. Algo gordo. Algo que necesitamos saber si queremos encontrar la verdad. Así que, por favor, le pido que confíe en mí. ¿Por qué estaba atravesando un mal momento Francesca?

Rob Dixon tardó unos segundos en decidirse.

—Sus padres —dijo por fin.

—¿Qué les pasaba?

—Estaban atravesando un mal momento.

Se quedó callado.

—¿Puede concretar?

Rob Dixon miró por la ventana.

—Su padre encontró unos mensajes de texto en el teléfono de su madre.

Myron estaba de nuevo en el coche, pisando a fondo, en dirección al campus de la Universidad de Columbia. La última vez que había estado le había pedido el número de teléfono a Clark, así que lo marcó. Clark respondió a la tercera señal.

—¿Sí?

—¿Dónde está Francesca? —preguntó Myron.

—Estamos sentados en el patio.

—No os mováis. No dejes que se vaya.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Vosotros, quedaos ahí. No os mováis.

El tráfico era denso en el puente George Washington. Myron probó a atajar por Jones Road. Ahorró algo de tiempo. Había atasco en la Henry Hudson Parkway, así que tomó Riverside Drive hasta la Ciento veinte y aparcó junto a una hidrante. Se arriesgaría a que le pusieran una multa. Subió la calle Ciento veinte a la carrera, bajó por Broadway, entró y fue a parar junto al Havemeyer Hall. Los estudiantes miraban sorprendidos a aquel hombre aparentemente mayor que corría por el campus. No le importaba.

Pasó la Low Library, con su cúpula y sus columnas griegas, el edificio más llamativo del campus. Bajó las escaleras a lo Rocky, solo que al revés, pasó junto a la escultura de Atenea sentada y llegó al césped del South Field East.

Allí estaban los dos, Francesca y Clark, sentados en el patio de la vieja universidad. Había pocos lugares así, pocos momentos en la vida tan puros, ricos, inocentes y protegidos como aquel: unos jóvenes sentados en el césped del campus de la universidad. ¿Sería verdad o tan solo una ilusión? No importaba. No importaba que fuera a destrozarles todo aquello a los dos.

En ese momento estaba cerca de la verdad.

Francesca levantó la mirada y Myron fue frenando hasta parar del todo. Clark se puso en pie.

—¿Qué es eso tan importante?

Myron se planteó decirles que entraran, que pasaran a algún lugar más reservado, pero estaban fuera, no había nadie cerca que pudiera oírlos y no había tiempo para juegos, para perder el tiempo o para ponerla en una situación más cómoda.

Se sentó frente a Francesca al «estilo indio», como lo llamaban en sus tiempos, aunque, teniendo en cuenta lo que le había dicho Mickey, quizás en ese momento se dijera «con las piernas cruzadas». No había que ser un maestro de la deducción para ver que Francesca estaba consternada. Aún estaba llorando. Tenía los ojos rojos e

hinchados.

—No me quiere decir qué le pasa —dijo Clark.

Francesca se apretó los ojos con los puños. Myron se volvió hacia Clark.

—¿Nos dejarías un minuto?

—¿Francesca?

Con los ojos aún cerrados, ella asintió para indicarle que se fuera.

—Estaré en la cafetería del Lerner Hall —dijo él.

Se colgó la mochila del hombro derecho y se alejó de mala gana. Francesca abrió los ojos por fin. Cuando vio que Clark ya estaba lo suficientemente lejos, Myron dijo:

—Tienes que contarme la verdad.

—No puedo —negó ella.

—Te está destruyendo. Está destruyendo a tu hermano. De todos modos, lo descubriré. Así que déjame que os ayude. Aún podemos arreglarlo.

Ella hizo un ruidito ahogado y volvió a echarse a llorar. Algunos estudiantes que estaban cerca la miraron, preocupados. Myron intentó sonreírles para transmitirles la idea de que todo iba bien, pero supuso que causaría la impresión de ser un hombre maduro que rompía con una jovencita o —esperaba— un maestro que le daba malas noticias a una alumna.

—Acabo de hablar con el señor Dixon —comenzó Myron.

Ella levantó la vista, confusa.

—¿Qué?

—Tu profesor de quinto.

—Ya sé quién es, pero ¿por qué...?

No dijo nada más.

—Cuéntame qué pasó —le rogó Myron.

—No lo entiendo. ¿Qué ha dicho el señor Dixon?

—Es un buen hombre. No quería revelar ninguna confidencia.

—¿Qué es lo que ha dicho? —insistió Francesca.

—Que tus padres tenían problemas conyugales.

—Eso se lo ha dicho usted —dijo Francesca arrancando una hoja de hierba del suelo. Tenía pecas en el rostro. Caray, qué joven se la veía. Casi podía imaginársela en aquella aula, la niña de quinto asustada, preocupada porque todo su mundo se venía abajo.

—¿Francesca?

Ella levantó la mirada.

—Tu padre encontró mensajes de texto en el teléfono de tu madre, ¿no?

El rostro de Francesca perdió todo su color.

—¿Francesca?

—Por favor, no se lo diga a Clark.

—No se lo diré a nadie.

—Yo no lo sabía, ¿vale? No lo supe hasta que... —Meneó la cabeza—. Clark no

me lo perdonará nunca.

Myron corrigió su postura, de modo que estuvieran uno frente al otro. De la ventana de una residencia salió una música ensordecedora. Nada más empezar, el cantante dejaba claro que una vez había tenido siete años. En unos segundos, pasaba a tener once.

«Sí —pensó Myron—. Viendo a esta chica, lo pillo».

—Cuéntame qué pasó, Francesca. Por favor.

Ella no respondió.

—Tu padre encontró los mensajes de texto —repitió Myron intentando sonsacar a Francesca—. ¿Estabas en casa cuando sucedió?

Ella negó con la cabeza.

—Yo llegué unos minutos más tarde.

Silencio.

—¿Tu hermano estaba en casa?

—No. Tenía clase en el Little Gym, como cada lunes.

—Vale —dijo Myron—. Así que llegaste a casa. ¿Venías del colegio?

Francesca asintió.

—¿Tus padres se estaban peleando?

Ella cerró los ojos y los apretó.

—Nunca lo había visto de aquella manera.

—¿A tu padre, quieres decir?

Asintió de nuevo.

—Estaban en la cocina. Papá tenía algo en la mano. No veía qué era. Le gritaba a mamá. Ella estaba agachada, tapándose los oídos. Ni siquiera se dieron cuenta de que había llegado a casa.

Myron intentó imaginarse la escena. Una Francesca de diez años abre la puerta. Oye a Hunter gritarle a Nancy, que está encogida, en la cocina.

—¿Y qué hiciste?

—Me escondí —respondió ella.

—¿Dónde?

—Tras el sofá, en el salón.

—Vale. ¿Y qué ocurrió luego?

—Papá... pegó a mamá.

La vida del campus se desarrollaba a su alrededor. Los estudiantes reían y paseaban por el patio. Dos chicos en camiseta se lanzaban un *frisbee*. Un perro ladraba.

—Mi padre no solía beber, porque cuando lo hacía... —Francesca cerró los ojos una vez más— era terrible. Lo había visto borracho tres o cuatro veces, quizá. Nada más. Siempre era horrible. Pero no como aquella vez.

—¿Y qué pasó después, Francesca?

—Mamá le dijo unas cosas terribles. Salió corriendo al garaje y se subió a su

coche. Papá...

Se detuvo de nuevo.

—¿Papá qué?

—Papá corrió tras ella —respondió. En ese momento las palabras le salían despacio, medidas—. Pero antes de hacerlo, dejó en la mesa lo que llevaba en la mano.

Sus miradas se cruzaron.

—¿Y qué fue lo que dejó en la mesa? —preguntó Myron.

—Una pistola.

Myron sintió un escalofrío en la nuca.

—Salió por la puerta corriendo tras ella, así que me puse en pie. Salí de detrás del sofá.

En ese instante Francesca tenía los ojos bien abiertos. Volvía a estar en aquella casa.

—Me dirigí a la cocina. La pistola seguía allí. Sobre la mesa de la cocina. Yo temblaba solo de mirarla. No sabía qué hacer. Papá estaba enfadadísimo. Estaba borracho. No podía dejar la pistola allí.

—¿Y qué hiciste, Francesca?

—Por favor —le rogó—. Hasta ahora no lo he sabido. Tiene que creerme. Me han mentido todos estos años. No lo supe hasta que Patrick volvió a casa.

—No pasa nada —dijo Myron. Le apoyó las manos en los hombros—. Francesca, ¿qué hiciste cuando viste la pistola?

—Tenía miedo de que papá pudiera usarla. —Las lágrimas le surcaban las mejillas—. Así que la cogí. Y la escondí arriba, en mi habitación.

—¿Y luego? —preguntó Myron.

—Y luego Patrick la encontró.

Voy conduciendo, con Brooke a mi lado, y cruzamos el puente de Dingmans.

Zorra se ha quedado atrás. Me puedo ocupar de esto yo solo. Él tiene cosas que hacer.

Le echo un vistazo a mi prima. Tiene la vista fija en el horizonte. Recuerdo unas vacaciones familiares cuando ambos éramos adolescentes. Nos alojábamos en la casa de campo de nuestro abuelo, en Fishers Island. Fishers Island tiene catorce kilómetros de longitud y uno y medio de anchura. Está frente a la costa de Connecticut, pero técnicamente forma parte del estado de Nueva York. Es más que probable que no la conozcáis. No es un lugar muy acogedor para los forasteros.

Una noche, Brooke y yo acabamos borrachos y colocados en la playa. No suelo tomar drogas. A Myron no le parece bien, y aparte de él hay muy pocas personas en las que confíe lo suficiente como para permitirme perder el control en su presencia. En un momento dado, Brooke sugirió que diéramos un paseo en canoa.

Y lo dimos.

Ya era tarde, tal vez cerca de la medianoche. Remamos y luego dejamos que nos arrastrara la corriente. Los dos nos echamos en la canoa. Hablamos de la vida. Aún recuerdo hasta la última palabra. Yo contemplaba el cielo. Las estrellas brillaban con fuerza. Era un espectáculo glorioso.

No sé si fue porque estábamos colocados o por la conversación, o quizá la belleza de aquel cielo nos hiciera entrar en trance. Pero de pronto oímos un ruido. Los dos levantamos la cabeza de golpe, en el momento en que el último ferri del día se nos echaba encima. El ferri es grande, lo suficiente para transportar pasajeros y vehículos desde la costa hasta nuestra isla.

Se nos acercaba. No, prácticamente lo teníamos encima.

No había tiempo de remar para apartarse.

Brooke fue la primera en reaccionar. Saltó y me agarró, tirándome al agua con ella. Nos pusimos a nadar frenéticamente mientras el ferri se acercaba cada vez más. Aún ahora, sentado en este coche, puedo sentir esa proa pasándome por la espalda. He estado cerca de la muerte muchas veces. Pero esa, amigos míos, es la que más cerca he estado.

Yo no reaccioné a tiempo. Brooke sí.

Brooke tiene la mirada perdida más allá del parabrisas.

—Rhys está muerto, ¿verdad?

—No lo sé.

Me mira.

—Yo creo que sí —preciso—, pero no pienso darme por vencido aún.

—Yo empiezo a verlo claro. Mi hijo está muerto. Creo que siempre lo he sabido. Siempre lo he sentido. Pero nunca confiaría en la intuición materna. Yo confío en los hechos, no en las emociones. Desconecté las emociones cuando mi hijo desapareció,

hace diez años.

—Has sido una buena madre para Clark.

Casi sonrío.

—Sí que lo he sido, ¿no?

—La mejor.

—Es un buen chico —dice—. Ha sufrido mucho durante todos estos años. ¿Recuerdas el funeral de mi padre?

—Por supuesto.

—Yo tenía once años. Y tú, doce. No vi su cuerpo. El infarto nos cogió a todos de improviso. Mi madre quiso un ataúd cerrado. No tenía sentido verlo así. Eso fue lo que me dijo todo el mundo. Pero... yo tenía una amiga, una soldado. Me dijo que el motivo por el que se aseguraban de traer a casa a los muertos, incluso a riesgo de sus propias vidas, era que las familias pudieran celebrar su duelo. Me dijo que necesitaban algo tangible para poder pasar página. Todos necesitamos despedirnos, Win. Necesitamos aceptarlo, por terrible que sea, para seguir adelante. Yo sabía que Rhys estaba muerto, antes incluso de que me lo dijera Patrick. Y sin embargo, aunque sé que no volveré a ver a mi niño, conservo las esperanzas.

No digo nada.

—Y odio las esperanzas —añade.

Llegamos al lago Charmaine. Alguien ha puesto de nuevo el letrero en su sitio y pasado la cadena alrededor de un poste. Paso sin detenerme. La cadena cede enseguida. La camioneta de Hunter sigue bloqueando la vía de acceso. Compruebo de nuevo la posición del coche de alquiler en el GPS. No se ha movido, así que sigue en esta casa. Saco mi revólver, un Smith & Wesson 460, y me vuelvo hacia Brooke.

—¿Puedo pedirte que te quedes aquí hasta que aclare esto?

A modo de respuesta, abre la puerta del coche y sale. Ya me imaginaba que era perder el tiempo, pero tenía que intentarlo. Recorremos el camino, igual que había hecho con Myron. Hunter está en la misma silla de madera, con el rifle en el regazo.

Nos acercamos y Hunter nos ve. Se pone de pie y nos apunta con el rifle.

—No lo mates —me dice Brooke.

Le disparo en la pierna. Cae sobre una rodilla. Le disparo en el hombro. El rifle se va a tomar viento. Me acerco a él. Brooke me sigue.

Hunter levanta la vista y me mira, y luego a Brooke. Está llorando.

—Lo siento —dice.

—¿Dónde está? —pregunto.

—Lo siento mucho.

Me agacho, localizo la herida de bala del hombro y se la aprieto con fuerza.

Suelta un grito.

—¿Dónde está?

De pronto la puerta principal de la casa se abre y aparece una joven con el cabello largo.

Brooke me apoya una mano en el brazo y asiente.
—Esa es Vada.

Myron encontró a Nancy Moore en su patio trasero.

Estaba sentada en una glorieta, junto a su jardín de rosas, con una taza grande de café cogida entre ambas manos. No se volvió al acercarse Myron.

—Te dije que no volvieras —le advirtió.

—Sí, ya sé. ¿Has tenido noticias de Patrick?

Ella negó con la cabeza.

—¿No estás preocupada?

—Por supuesto que lo estoy. Pero esto es un cambio importante para él. Necesita un poco de espacio.

—Lleva diez años desaparecido —dijo Myron—. A mí me parece que lo último que echará de menos es el espacio.

—¿Myron?

—¿Sí?

—No me importa lo que pienses. Quiero que te vayas.

Myron no se movió. Se quedó allí sentado hasta que consiguió que ella lo mirara. Cuando lo hizo, se quedó allí inmóvil, mirándola a ella. Luego dijo:

—Lo sé, Nancy.

—¿Qué es lo que sabes?

Era una formalidad. Se lo veía en los ojos.

—Me lo ha contado Francesca.

—Francesca está confusa. El regreso de su hermano, después de tantos años, la ha afectado.

—Está muerto, ¿verdad? Rhys, quiero decir.

—Ya os lo dijo Patrick.

—No, Patrick nos contó un cuento. Lo preparó contigo. Era una buena historia, la mejor que podía contarle a una madre destrozada. Rhys no sufrió ningún daño, dijo Patrick. Rhys era feliz. Era valiente. Tuvo una muerte rápida, antes de que empezaran todos los horrores. Mientras lo escuchaba, no pude evitar pensar: «Qué práctico».

—Sal de aquí.

Myron se puso a su lado.

—Sabemos que Vada está en el lago.

Nancy se dispuso a coger su teléfono móvil, pero Myron lo agarró antes de que ella pudiera llegar.

—Devuélveme eso.

—No.

—No entiendes nada —dijo Nancy.

—Oh, yo creo que sí —replicó Myron—. No es de extrañar que convencieras a Chick para que no hablara de los mensajes de texto. Lo atribuyó a que sería una distracción. Los polis empezarían a fijarse en vosotros, pensando quizá que estabais

liados y que uno de los dos querría seguir hasta el final, o algo parecido. Pero no fue así. Tú sabías que todo había empezado con los mensajes. Chick no.

Nancy Moore se levantó y volvió de nuevo hacia la casa. Myron la siguió.

—Así que Hunter te apunta con una pistola. ¿Te das cuenta de que fue Francesca quien la escondió? Eso también explicaría por qué se lo has ocultado durante todo este tiempo. O quizá te dieras cuenta de que no era más que una niña. No podría haber guardado un secreto tan grande. Quizá no quisieras que se culpara. Si hubiera dejado la pistola de papá donde estaba, si no hubiera tenido miedo de lo que Hunter podía haber hecho con ella...

Nancy se detuvo junto a la puerta trasera. Cerró los ojos.

—Así que ocultó la pistola en su habitación y Patrick la encontró —dijo Myron—. No sé muy bien cuándo. Francesca tampoco lo sabe. Unos días más tarde. Quizás una semana. ¿Se olvidó de ella Hunter, o es que le daba miedo sacar el asunto? No lo sé. ¿Acaso importa? Patrick la encuentra. Hunter y tú habéis tenido una discusión fortísima. Quizá Patrick lo sepa. Quizás incluso sabe por qué. Quizá culpe a Chick Baldwin o a toda la familia.

—No —replicó Nancy—. Nada de eso.

—En realidad, no importa. Es un niño de seis años. Tiene la pistola de su padre, y está cargada. Se la guarda en la mochila. Se la lleva al colegio. Un día (quizás incluso el mismo día en que encuentra la pistola, no lo sé) ha quedado para jugar con Rhys Baldwin. Están jugando en esa zona de árboles de atrás. O eso es lo que le dijiste a Francesca. La *au pair*, Vada Linna, no está observando con demasiada atención. O quizá sí. No lo sé. Es una chica asustada en un país extranjero. ¿Qué sabrá ella?

Nancy Moore aguantaba de pie, absolutamente inmóvil. Myron no sabía muy bien ni si respiraba.

—No sé si estaban jugando. No sé si la pistola se disparó por accidente. No sé si Patrick estaba enfadado con su padre. No sé nada de eso. Pero sé que un niño de seis años disparó la pistola y mató al otro.

—Fue un accidente —dijo Nancy.

—Quizá.

—Lo fue.

—¿Y qué pasó después?

—No lo entiendes —dijo Nancy.

—Oh, yo creo que sí. Te presentaste en la casa de los Baldwin para recoger a tu hijo. Supongo que Patrick disparó a Rhys justo antes de que llegaras. Unos segundos antes. Porque si le hubiera disparado diez minutos antes, por ejemplo, Vada habría llamado a la policía.

—Oí el disparo —explicó Nancy—. Aparqué el coche y...

Myron asintió. Eso tenía sentido.

—Fuiste corriendo a la parte de atrás.

—Vada y yo... Las dos nos abalanzamos sobre él. Pero era demasiado tarde. La

bala... le había dado a Rhys en la cabeza. No había nada que hacer.

Silencio.

—¿Y por qué no llamasteis a la policía? —preguntó Myron.

—Ya sabes por qué. La pistola era nuestra. En realidad era mía. La había comprado yo. Hunter y yo... Nos procesarían. Se dan casos así. Una vez leí algo sobre un padre que guardaba la pistola cargada bajo la cama. Su hijo de seis años la encontró. Se puso a jugar a indios y vaqueros con su hermana de cuatro años. La mató de un tiro. Al padre lo condenaron por homicidio involuntario y se pasó ocho años en la cárcel. Pensé en aquello. Y pensé en Patrick. Sí, sabía que nos peleábamos. Lo había oído. Así que, aunque tuviera seis años... ¿qué pasaría si alguien se enteraba? Supón que alguien dijera que no había sido un accidente, que lo había matado a propósito. Patrick quedaría marcado de por vida: el niño que había matado a otro niño. Y luego están Chick y Brooke. ¿Te parece que alguno de los dos sea de esos que perdonan?

—Así que hicisteis que pareciera un secuestro —dijo Myron intentando mantener un tono de voz firme. Ella no se molestó en responder—. ¿Cómo conseguisteis que Vada cooperara?

—Le dije que la policía la consideraría responsable. Se suponía que tenía que vigilar a los niños. Le dije que la culparían y la meterían en la cárcel. Que lo mejor para ella era hacer lo que le decía. Que así se protegería. Vada estaba asustada, demasiado confusa para discutir. Para cuando se lo pensó mejor, ya estaba muy implicada.

—Así que limpiáis el escenario. Supongo que habría sangre.

—No mucha. Y era en el bosque. Lo limpié yo.

—Repasas la historia con Vada. La atas en el sótano. Te vas y llamas a Brooke. Le dices que acabas de llegar a su casa y que no responde nadie.

—Eso es.

Myron tragó saliva.

—¿Dónde estaba Patrick?

—Me lo llevé a casa. Le dije que se ocultara hasta que llegara su padre.

—¿Y Rhys?

Nancy lo miró a los ojos. No vaciló.

—Lo metí en un cubo de la basura y lo dejé en el fondo de nuestro garaje.

El resto era obvio.

—Cuando Hunter llegó a casa, ¿intentó disuadirte?

—Sí. Quería confesar de inmediato. Pero para entonces ya era tarde. Yo ya había escenificado el secuestro. Estas cosas... son como una bola de nieve. No fue culpa de Hunter. Es un hombre débil. No pudo soportarlo. Empezó a beber. El resto tal vez te lo imagines. No fue difícil conseguir una identidad falsa, aunque llevó un tiempo, con la policía por aquí. Hunter se llevó a Patrick al lago. Al final conseguimos sacarlo del país con un nuevo nombre: Paul Simpson.

—¿Y ahora por qué os lo habéis traído a casa?

—Íbamos de susto en susto. En el internado nos pedían cada vez más información sobre la familia. La gente empezaba a hacer preguntas. No podíamos alargarlo eternamente. Francesca tenía derecho a saber que su hermano estaba vivo. Pero, sobre todo, Patrick quería volver. Así que Hunter y yo hablamos de ello. Pensamos que Patrick podría ir a una comisaría y contarles una historia inventada, decirles que había huido. Pero eso suscitaría aún más preguntas.

—Así que le mandasteis aquel correo anónimo a Win.

—Yo sabía que Win no había claudicado. Si encontraba a Patrick (si lo rescataba), todo sería más creíble. O eso pensaba. De modo que lo dispuse todo para que Win estuviera en King's Cross al mismo tiempo que Patrick. No fue difícil encontrar el lugar. Buscando por Internet se puede saber por dónde se mueven los adolescentes que se prostituyen.

—Pero no fue como lo habías programado.

—Salió el tiro por la culata, por así decir. Al ver que Win mataba a aquellos hombres, Patrick salió corriendo. Me llamó presa del pánico. Le dije que encontrara un hotel y se escondiera. Pero ese Fat Gandhi lo encontró antes.

—Así que cuando me agradeciste que le salvara la vida entre lágrimas...

—Eso no era falso. —Levantó la vista, esperando encontrar en los ojos de Myron consuelo y bondad, quizá—. Realmente le salvaste la vida. Metí la pata. Metí la pata desde el principio. Puedes preguntarme por qué no hice esto o aquello. No lo sé. Afronté cada situación e hice lo que consideré mejor para mi hijo. Al principio salió bien. Patrick se olvidó de lo sucedido. Mi hermana vive en Francia. Pasó mucho tiempo con ella. Le encantaba aquel colegio. Era feliz. Sí, claro, nos echaba de menos. Y echaba de menos a su hermana. Y sí, aquello fue una de las cosas más duras: no decirle la verdad a Francesca. Pero ella no habría podido guardar el secreto; no se puede guardar un secreto así con solo diez años de edad. Intentamos reconfortarla, decirle que su hermano estaría bien, pero ella sufría, por supuesto. Fue una decisión muy dura.

Ladeó la cabeza.

—¿Tú se lo habrías dicho?

Myron habría querido decirle que él no se habría embarcado en todo aquello, pero supuso que aquello era obvio.

—No lo sé —reconoció—. Pero les destrozaste la vida a todos, ¿no? Tu marido no podía vivir con aquello. Brooke, Chick, Clark... Lo que les hiciste, el sufrimiento por el que les hiciste pasar.

—Rhys estaba muerto —dijo ella—. ¿Es que no lo entiendes? No iban a recuperarlo. Yo no podía hacer nada por él. Solo podía intentar salvar a mi hijo.

Myron sintió en la mano la vibración del teléfono de Nancy. Miró el número y lo leyó en voz alta.

—¡Es Patrick! —Nancy se lo arrancó de la mano y se lo llevó al oído—. ¿Hola?

¿Patrick?

Myron oía el llanto del chico al otro lado de la línea.

—¿Mamá? —La voz era la de un niño mucho menor de dieciséis años.

—Estoy aquí, cariño.

—Saben lo que hice... Quiero morirme.

Nancy le lanzó una mirada malhumorada a Myron.

—No, no, escucha a mamá. Todo se arreglará. Dile a mamá dónde estás.

—Ya sabes dónde estoy.

—No, no lo sé.

—Ayúdame, mamá.

—¿Dónde estás, Patrick?

—Quiero morirme. Quiero matarme para poder estar con Rhys.

—No, cielo, escúchame.

—Adiós, mamá.

Colgó.

—Oh, Dios mío —dijo, y el teléfono se le cayó de la mano.

—Estar con Rhys —repitió Myron. La agarró por los hombros—. ¿Dónde dejasteis el cuerpo de Rhys?

Ella se lo quitó de encima y fue corriendo al coche. Myron la siguió y la adelantó.

—Conduzco yo —dijo—. ¿Dónde está?

Nancy vaciló.

Myron recordó la explicación de Patrick junto a la mesa de la cocina. Sus palabras eran forzadas, monocordes, porque estaba mintiendo. Pero al final la voz le cambió, adquirió emoción.

«Lo vi... Estaba allí... Lo dejaron... Tiraron su cuerpo a aquel barranco sin más, como si no fuera nada. Como si Rhys no fuera nada...».

Porque estaba diciendo la verdad.

—¿Tú quieres que tu hijo viva o que muera? —le gritó Myron—. ¿Dónde está ese barranco, Nancy?

Según la *app* de Myron, con aquel tráfico el viaje a la zona del lago Charmaine llevaría más de noventa minutos. Myron llamó primero a la oficina del sheriff del condado de Pike para informarle de la situación. Le pasaron directamente con el sheriff Daniel Yiannikos.

—Ahora mismo estoy en mi coche patrulla —dijo el sheriff—. ¿Dónde está el chico?

—Vaya hasta el final de Old Oak Road, cerca del lago Charmaine —le indicó Myron—. Si sigue unos cuatrocientos metros al sur, encontrará un barranco.

—Lo conozco —dijo Yiannikos.

—Se llama Patrick. Está allí.

—¿Quiere tirarse por el barranco? No sería el primero.

—No lo sé. Pero ha amenazado con suicidarse.

—Muy bien. Estoy a ocho minutos de allí. ¿Qué edad tiene Patrick?

—Dieciséis años.

Nancy había intentado localizarlo por el móvil desde el momento en que se habían puesto en marcha. No había respuesta.

—¿Nombre completo? —preguntó Yiannikos.

—Patrick Moore.

—¿Por qué me suena ese nombre?

—Ha salido en las noticias.

—¿El chico rescatado?

—Se ha visto sometido a una gran tensión —explicó Myron.

—Muy bien, iremos con cuidado.

—Dígale que su madre va de camino.

Myron colgó y llamó a su viejo amigo Jake Courter, otro sheriff, este del condado de Bergen, en Nueva Jersey. Le explicó la situación y le pidió una escolta policial.

—Va para allá —dijo Jake—. Te recogeremos en la carretera 80. Tú sigue adelante.

Veinte minutos más tarde, cuando el sheriff Yiannikos los llamó por fin, Nancy Moore le agarró el brazo a Myron con tanta fuerza que estaba claro que le dejaría señal.

—¿Sí?

—Patrick está vivo —informó el sheriff—. De momento.

Myron soltó aire por fin.

—Pero está en lo alto del barranco, apuntándose a la cabeza con una pistola.

—Oh, Dios mío —exclamó Nancy al borde del colapso.

—Ahora está tranquilo. Nos ha dicho que no nos acerquemos. Así que no lo hacemos.

—¿Ha pedido algo?

—Solo quería que le aseguráramos que su madre venía de camino. Le hemos dicho que sí, y le hemos preguntado si quiere hablar con ella. Dice que no. Solo quiere verla. Nos ha dicho que no nos acerquemos o que se disparará, así que le hemos hecho caso. ¿A qué distancia están?

Tal como le habían prometido, los coches patrulla del condado de Bergen habían salido a su encuentro en la carretera 80, en dirección oeste. Myron apretó el acelerador. La policía lo ayudó a abrirse paso entre el tráfico.

—Media hora, quizá cuarenta minutos.

—Muy bien —dijo el sheriff Yiannikos—. Lo llamaré si hay cambios.

Myron colgó, hizo una llamada rápida a Win, y luego le preguntó a Nancy:

—¿Por qué ha vuelto Vada?

—¿Tú qué crees?

—Ha visto las noticias sobre el regreso de Patrick.

—Sí.

—Y quiere confesar.

—Eso es lo que dice. Nosotros... Bueno, la hemos frenado. Sin recurrir a la violencia, por supuesto. Tan solo la convencimos para que viniera al lago a hablar de ello. Luego le cogimos las llaves del coche y le pedimos que nos diera unos días. Para convencerla.

—¿Y si no lo conseguíais?

Nancy se encogió de hombros.

—Quiero pensar que habríamos encontrado el modo.

—Hunter estaba esperándola. Cuando nos presentamos allí.

—Sí. Ella llegó media hora después de que os fuerais.

—Hunter no detendrá a Win.

—No, no creo que lo haga —dijo Nancy—. ¿No puedes ir más rápido, por favor?

—¿Y Tamryn Rogers?

—La novia de Patrick en el internado. Pensé que lo dejarían al volver a casa. Pero ya sabes cómo son los adolescentes. Tu sobrino tenía razón, ¿no? Los adolescentes sufren la soledad. Buscan compañía. Así que se escapó. No habría sido gran cosa de no haberlos seguido tú.

Cruzaron el puente de Dingmans. La *app* decía que estaban a ocho minutos de distancia.

—Ahora todo ha acabado —dijo Myron.

—Sí, supongo que sí. Pero necesito salvar a mi hijo. Es lo único que importa. Luego, todos pasaremos página. ¿O no? La policía podrá recuperar el cuerpo de Rhys del barranco. Podrán celebrar por fin su funeral. Consulté con un abogado antes de poner todo esto en marcha. ¿Sabes cuándo prescribe el delito de ocultación de cadáver?

Myron agarró el volante con más fuerza.

—Diez años. Piensa en ello. A fin de cuentas, yo oculté un cadáver y alteré

algunas pruebas. Le conté unas cuantas mentiras a la policía. Hunter está destrozado por la culpa. Asumiré el golpe, pero presentaremos un recurso de súplica y cumplirá muy poco tiempo de cárcel, si es que lo condenan. Así pues, sí, Myron, si conseguimos salvar a mi hijo, todo habrá acabado.

—Muy fría —observó Myron.

—Por necesidad.

—Nada de esto era necesario.

—Rhys estaba muerto. Yo no podía salvarlo.

—¿Y te crees que has salvado a Patrick? ¿Qué efecto crees que le haría a un niño de seis años obligarlo a mentir de esa manera?

—Solo tenía seis años.

—Así que lo tapaste todo. Tu marido se volvió alcohólico. Tu hija ha tenido que afrontar la pérdida de un hermano. Vada... No quiero ni pensar cómo le habrás destrozado la vida. Y Brooke, y Chick, y Clark. ¿Tienes una idea de lo que les hiciste a todos ellos?

—No tengo por qué justificarme contigo. Una madre protege a su hijo. Así son las cosas. Así que ahora recupero a mi niño. Le buscamos ayuda. Todo irá bien. Me lo llevaré a casa. Una vez esté en casa, estará bien.

Myron giró por Old Oak Road. Había cuatro coches de policía aparcados al final del camino. El sheriff Yiannikos se presentó.

—Hemos mantenido la distancia. Solo quiere ver a su madre.

—Soy yo —dijo Nancy, y echó a correr hacia el bosque. Myron la siguió—. No —lo cortó—. Tú quédate atrás.

Se adentró en el bosque. Myron se volvió hacia Yiannikos.

—No quiero inmiscuirme, pero no puedo dejarla sola. Necesito seguirla.

—Yo lo acompaño —dijo el sheriff.

Myron asintió. Siguieron los pasos de Nancy, cuesta arriba. Un pájaro graznaba a lo lejos. Siguieron adelante. Nancy miraba atrás sin dejar de correr, pero no se paró ni les gritó. Quería llegar junto a Patrick lo antes posible.

Una madre protege a su hijo.

En lo alto de la colina, Nancy se paró de golpe. Se echó las manos a la cabeza, como conmocionada. Myron aceleró el paso. Giró a la derecha. Yiannikos lo siguió. Cuando llegaron al claro, vieron lo mismo que veía Nancy.

Patrick se apuntaba a la cabeza con la pistola. No estaba llorando. No estaba histérico.

Sonreía.

Nancy quiso dar un paso hacia él.

—¿Patrick?

—No te acerques más —advirtió con una voz clara y decidida que atravesó el silencio del bosque.

—Estoy aquí —dijo Nancy—. He venido para llevarte a casa.

—Ya estoy en casa —respondió él.

—No lo entiendo.

—¿De verdad pensabas que me quedaría en el coche?

—¿Qué, cariño? No sé...

—Me trajisteis en coche. Me dijisteis que me quedara en el coche y cerrara los ojos.

Patrick volvió a sonreír, con la pistola junto a la sien.

—¿No pensabas que escucharía?

«Lo vi... Estaba allí... Lo dejaron... Tiraron su cuerpo a aquel barranco sin más, como si no fuera nada. Como si Rhys no fuera nada...».

—Yo lo maté —dijo Patrick, y una lágrima solitaria le surcó la mejilla—. Y vosotros lo tirasteis aquí. Me hicisteis vivir con eso a cuestas.

—No pasa nada —replicó Nancy con la voz quebrada—. Todo irá bien.

—No pasa un día sin que no lo vea. ¿Crees que he podido librarme de esto en algún momento? ¿Crees que me he perdonado o que te he perdonado a ti?

—Por favor, Patrick.

—Me mataste a mí también, mamá. A mí también me tiraste por el barranco. Y ahora tenemos que pagar por ello.

—Lo haremos, cielo. —Nancy miró a su alrededor a la desesperada, en busca de algún salvavidas—. Mira, Patrick, la policía está aquí. Lo saben todo. Todo se arreglará. Por favor, cariño, baja esa pistola. Estoy aquí para llevarte a casa.

Patrick negó con la cabeza. Su voz, cuando volvió a hablar, era puro hielo.

—Madre, no estás aquí por eso.

Nancy cayó de rodillas.

—Por favor, Patrick, baja la pistola. Vámonos a casa. Por favor.

—Dios mío —masculló el sheriff Yiannikos—, va a hacerlo.

Myron también se había dado cuenta. No sabía si jugársela o si echar a correr hacia el chico, pero ya no podría llegar a tiempo.

—Mi casa es esta —dijo Patrick—. Este es mi lugar.

Amartilló la pistola.

—¡No! —gritó Nancy.

—No te he hecho venir para que me salvaras —prosiguió Patrick. El dedo le tembló en el momento de apretar el gatillo—. Te he llamado para que me vieras poner fin...

Y en aquel momento otra voz, una voz de mujer, gritó:

—¡Quieto!

Por un instante, todo se paralizó. Myron miró a su izquierda. Al otro lado del claro estaba Brooke Baldwin. La acompañaba Win.

Brooke se acercó al chico.

—Ya está, Patrick, se ha acabado.

Patrick no bajó la pistola.

—Señora Baldwin...

—He dicho que se ha acabado.

—No se acerque —la advirtió Patrick.

Brooke meneó la cabeza.

—Solo tenías seis años, Patrick. Eras un niño. Fue un accidente. No te culpo. ¿Me oyes, Patrick? —Avanzó otro paso hacia él—. Ya está.

—Quiero morirme —gritó él—. Quiero estar con Rhys.

—No —dijo Brooke—. Ya ha habido suficiente muerte y destrucción. Por favor, Patrick. Por favor, no me hagas sufrir más de lo que ya sufro. —Le tendió la mano—. Mírame.

Patrick obedeció. Brooke esperó hasta estar segura de que la miraba a los ojos.

—Te perdono —dijo—. No eras más que un niño. Tú no tuviste la culpa. Rhys, mi hijo, tu amigo... Él no querría esto, Patrick. Si hubiera sido al revés, si Rhys te hubiera pegado un tiro, ¿le habrías perdonado?

La pistola tembló en la mano de Patrick.

—¿Lo habrías hecho?

Patrick asintió.

—Por favor, Patrick. Dame la pistola.

El viento pareció calmarse de golpe. Nadie se movía. Nadie respiraba. Hasta los árboles parecían contener el aliento. Brooke cubrió el espacio que los separaba con un movimiento rápido. Patrick vaciló y, por un instante, Myron siguió pensando que apretaría el gatillo.

Cuando Brooke alargó la mano y cogió la pistola, Patrick cayó entre sus brazos. Soltó un grito gutural y se echó a llorar. Brooke cerró los ojos y lo abrazó.

—Lo siento mucho. Lo siento mucho mucho...

Brooke miró al barranco, el lugar donde yacía su hijo desde hacía diez años. Agarró al chico con más fuerza, y por fin se vino abajo y lloró con él. Se quedaron allí los dos, inmóviles: la madre del niño muerto abrazando al niño que lo había matado.

Nancy Moore se acercó con cuidado. Brooke la miró de reojo y sus miradas se encontraron. Nancy articuló la palabra «Gracias» y Brooke asintió. Pero no soltó a Patrick. No lo soltó hasta que el chico dejó de llorar.

La policía les llevó el cuerpo cuatro horas más tarde.

Hunter Moore estaba en el hospital tratándose las heridas de bala. Se recuperaría. Vada Linna estaba bien. Les había contado a Win y a Brooke toda la verdad. Aquel era el motivo de su regreso. Hunter se exponía a una denuncia por secuestro. No estaba claro. Trasladaron a Nancy Moore a comisaría, pero su abogado, Hester Crimstein, no tardó ni una hora en sacarla bajo fianza. Nancy tenía razón. No la acusarían de nada grave.

—Deberías irte a casa —dijo Win.

Myron negó con la cabeza. Después de haber llegado tan lejos, no iba a irse tan rápido.

El cuerpo había quedado reducido a huesos, pero la ropa estaba intacta. Brooke se acercó y acarició la sudadera roja y los vaqueros azules.

—Son de Rhys —confirmó.

Se quedó allí de pie, sin decir nada más, y luego regresó al coche. Win la siguió, pero ella sacudió la cabeza.

—Tú vuelve con Myron. Necesito estar sola. Y tengo que decírselo a Chick en persona.

—No creo que sea buena idea —se opuso Win.

—Te quiero mucho, Win —dijo ella—, pero la verdad es que me da igual lo que creas.

Se quedaron mirando a Brooke, que se alejaba con la espalda bien erguida. Se metió en el coche y se fue de allí.

—Venga —dijo Win—. Vámonos a casa.

Conducía Win. Al cabo de un rato llamó Mickey para que lo pusieran al día. Estaba con Ema y Spoon.

—Se ha acabado todo —le dijo Myron a su sobrino.

—¿Habéis encontrado a Rhys?

—Está muerto.

Myron oyó que Mickey se lo decía a Ema. Luego oyó que Ema lloraba.

Win aparcó en el garaje situado a espaldas del Dakota. Cuando entraron en el apartamento, Terese los abrazó a los dos. Se quedaron así hasta que a Win le vibró el teléfono. Se disculpó y les dio las buenas noches. Myron miró fijamente a Terese.

—No veo la hora de casarme contigo —dijo.

Se dio una larga ducha de agua caliente. Terese se unió a la ducha. No hablaron. Aún no. No aquella noche. Hicieron el amor. Fue intenso, descarnado y perfecto, quizás incluso reparador. No es que Myron se durmiera entre los brazos de su prometida: prácticamente perdió el conocimiento. No soñó. Se quedó entre sus brazos un buen rato. Una hora. Quizá dos.

Y entonces empezó a sentir la incertidumbre.

—¿Qué pasa? —preguntó Terese—. ¿Qué problema hay?

—La pistola.

—¿Qué pistola?

—Patrick tenía una pistola —dijo Myron—. ¿Qué ha sido de ella?

EPÍLOGO

TRES MESES MÁS TARDE

Quizás os esperéis un giro argumental y un final feliz.

Pensáis que quizá se cometiera algún error, que el cuerpo no perteneciera a Rhys Baldwin, que de algún modo Brooke y Chick recuperaran a su hijo.

Pero a veces no hay giros. Y muchas veces no hay final feliz.

No obstante, hoy es un día feliz.

Hace dos semanas le monté a Myron la que quizá sea la despedida de soltero más legendaria de todos los tiempos. ¿Cómo de legendaria? Digamos que recorrimos cuatro continentes. Myron, por supuesto, se portó muy bien. Él siempre se porta bien. Yo —seguro que os alegra saberlo— hice el gamberro por los dos. Y Esperanza y Big Cyndi, también.

¿Cómo? ¿Mujeres en una despedida de soltero?

Los tiempos cambian, amigos míos.

Hoy voy vestido de frac para hacer de padrino de Myron. Esto es muy raro. Myron siempre ha soñado con este día, con casarse con el amor de su vida, sentar cabeza y formar una familia. Pero los dioses tenían otros planes para él. Yo, por mi parte, nunca he sido partícipe de ese planteamiento. No entiendo muy bien toda esa cosa del «amor».

O no lo entendía.

Myron es más que mi mejor amigo. Los chavales de hoy en día dicen que tenemos un *bromance*, y quizá tengan razón. Quiero a Myron. Quiero —no, necesito— que sea feliz. Lo eché de menos el año pasado, aunque en muchas ocasiones estaba más cerca de lo que él pensaba. ¿La noche en que vio *Hamilton*? Yo estaba tres filas por detrás de él. Cuando encontró a su hermano, Brad, en aquel lugar horrible, yo no estaba tan lejos.

Por si no queda claro: le quiero. Y quiero que sea feliz.

Ha habido otros amores en su vida, sobre todo una mujer llamada Jessica. Pero Terese es otra cosa. Son completamente diferentes, y cuando están juntos la combinación es espectacular. Por decirlo así, si todo es química —y yo creo que lo es—, son dos elementos que se combinan creando un todo extático.

Llamo a la puerta.

—Entra —dice Terese.

Entro.

—¿Y bien? —pregunta, y se vuelve para que la vea.

¿Alguna vez habéis visto a una novia guapa y radiante con su vestido puesto?

Pues ya sabéis lo que es.

—¡Guau! —exclamo.

—Igualito que Myron.

Le cojo la mano y se la beso.

—Solo quería desearte lo mejor —le digo—. Quiero que sepas que, te guste o no, siempre estaré ahí.

Asiente.

—Lo sé.

—Y que si le rompes el corazón, te partiré las piernas.

—Eso también lo sé.

La beso en la mejilla y salgo de la habitación.

Tal vez os preguntéis por las repercusiones del descubrimiento del cuerpo de Rhys. Dejadme que os ponga al día. Tal como habréis visto en las noticias, ahora se sabe toda la verdad. Por supuesto, no van a procesar a Patrick por ningún delito. Tal como dijo Brooke en lo alto de aquel barranco, no era más que un niño.

Los Baldwin —Brooke, Chick y Clark— están todo lo bien que cabría esperar. Myron suele decir que hasta la verdad más horrible es mejor que la mentira más bonita. No sé si eso siempre es así, pero en este caso parece serlo. Ahora lo saben. Brooke enterró a Rhys en el cementerio de la familia, a las afueras de Filadelfia. Aún lloran su pérdida.

Pero al mismo tiempo siguen adelante.

Clark sigue siendo amigo íntimo y compañero de apartamento de Francesca en la universidad. Ella no supo la verdad hasta el regreso de Patrick. Nancy Moore pensó entonces que su hija sería lo suficientemente fuerte y madura como para afrontarlo.

Por supuesto, se equivocaba.

Podría decirse que Hunter Moore se recuperó de sus heridas. Se presentarán cargos, sobre todo por el chapucero secuestro de Vada Linna. No sé si llegará a juicio. Ya veremos.

En cuanto a Nancy Moore, las fuerzas del orden la están buscando activamente, aunque dudo de que sea la mayor de sus prioridades. Tras su liberación bajo fianza aquella noche, parece ser que Nancy siguió el ejemplo de su hijo y desapareció de la faz de la Tierra. La policía insiste en que no descansarán hasta que la encuentren.

Myron me preguntó si nosotros también la buscaríamos, si haríamos algo para que Nancy Moore respondiera ante la justicia.

«No —le dije—. Esto lo hemos hecho por Brooke. Si ella ya ha pasado página, nosotros también».

Ya basta.

Myron se casa hoy. Estoy de pie a su lado, frente al altar. Cuando su futura esposa gira la esquina y aparece, cuando por fin ve a Terese con su vestido de novia, lo oigo murmurar:

—Guau.

Sonrío y respondo:

—Estoy de acuerdo.

Los padres de Terese murieron, así que es Al, el padre de Myron, quien la acompaña hasta el altar. Echo un vistazo a los presentes. Están todos. Big Cyndi es la

dama de honor. Esperanza sale de detrás de la cortina. Será ella quien oficie la ceremonia. Ah, quizás os preguntéis cómo ha quedado el tema de la Pequeña Pocahontas y Big Chief Mama. Ambas han decidido dejar sus nombres artísticos con referencias a los norteamericanos nativos. Habrá quien lo lamente. Esperanza no.

—Respetar en exceso una cultura nunca ha matado a nadie —me dijo.

Los tiempos cambian, amigos.

Myron coge aire. Veo que tiene los ojos húmedos. Le apoyo la mano en el hombro para darle ánimos y, de paso, a mí también. Pone su mano sobre la mía: es su manera de agradecerme el gesto. Esperamos a que el padre de Myron lleve a Terese hasta el altar.

Gran parte de la ceremonia se me pasa en un santiamén.

Cuando Esperanza me hace la señal, le doy el anillo a Myron.

Es mi mejor amigo y lo quiero.

Pero, lo siento, a veces una bonita mentira *sí* es mejor que la verdad.

Así que nunca se lo diré a Myron. Aunque me pregunto si lo sospecha.

La mañana después de encontrar el cuerpo de Rhys, Myron me llamó al teléfono.

—¿Dónde está la pistola? —me preguntó.

—¿Qué?

—La pistola de Patrick.

—Vaya —mentí—. La policía la confiscó.

Hubo un momento de vacilación (quizás algo más largo de lo normal), y luego respondió:

—Vale.

Quizá penséis que me he quedado la pistola. No es así.

Si os acordáis, fue Brooke quien le quitó la pistola a Patrick.

¿La llamada que recibí cuando volvimos al Dakota? Era de Brooke. Volví y la ayudé a limpiarlo todo. Pese a los diez años pasados, la policía encontró los restos suficientes para identificar a mi primo Rhys.

Cosa que no va a ocurrir con Nancy Moore. Nadie encontrará ni el menor rastro. Cierto, habrá noticias de ella. Una llamada anónima afirmará que la han visto en una playa en las Fiyi. Otra dirá que ahora vive en un monasterio en las colinas de la Toscana. O quizás alguien la vea en Londres, donde ahora mismo Zorra está visitando a cierto pedófilo orondo.

Nancy Moore será siempre una fugitiva, un misterio.

Acaba la ceremonia. Veo a Myron levantarle el velo a Terese. Hace una pausa porque (lo conozco) quiere registrar ese momento. Se da cuenta de lo especial que es y quiere detenerse a disfrutarlo.

Quiere que el momento dure.

Eso se le da bien a Myron.

No sé si estoy de acuerdo con lo que hizo Brooke, o si habría hecho lo mismo que ella. Pero ¿quién soy yo para juzgarla? Nancy Moore le arrebató no solo a su hijo,

sino también la posibilidad de cerrar la herida. Les hizo un daño inconmensurable a Chick y a Clark. Supo la verdad durante diez años y la dejó sufrir. Le quitó la vida. Cogió al hijo de Brooke, a su niño, y lo tiró por un barranco como si fuera basura.

Decidme vosotros cómo se paga algo así.

También confieso que quizás esté siendo sexista. Si Nancy Moore hubiera sido un hombre, si Hunter Moore hubiera encontrado el cuerpo aquel día y se hubiera deshecho del niño como si fuera basura, destrozando vidas, destrozándoles las vidas a mi prima, a su marido y al hijo de ambos, ¿me lo pensaría dos veces antes de hacérselo pagar?

Cabe preguntárselo.

Brooke y yo nos parecemos. Compartimos un vínculo. Quizá no siempre sea algo bueno. ¿Actuó Brooke impulsada por la comprensible rabia materna? ¿Lo haría otra vez si tuviera tiempo de pensárselo?

No lo sé.

Pero también me hago preguntas sobre las decisiones de Nancy Moore como madre. ¿Le daba miedo ir a la policía en un principio por la posibilidad de que la acusaran de un delito, para evitar que su hijo quedara marcado de por vida, o porque Chick tenía algunos socios de dudosa reputación que podían tomar represalias?

¿O es que Nancy había entendido que lo más peligroso era la rabia de una madre que ha perdido a su hijo?

Pero ahora veo a Myron pisando la copa de cristal. El público se pone en pie y da su aprobación con un gran estruendo. Myron Bolitar, un hombre casado, recorre el pasillo con su amante esposa del brazo.

Os ahorraré las lágrimas, los abrazos y las felicitaciones.

Pasaré directamente a la primera canción del baile. La escena es tan relamida que pone los pelos de punta, aunque es típica de Myron. El DJ llama a Myron y a su madre, Ellen, para el baile del novio con su madre. Ellen Bolitar tiembla por el párkinson, pero Myron coge a su madre de la mano y la lleva a la pista.

Nadie se mueve.

Empieza la música. La canción elegida por Ellen es de Bruce Springsteen. Escucho mientras el Boss canta, muy a propósito:

«Si me quedo atrás, espérame».

Todos los observamos mientras bailan. Echo un vistazo a los presentes y analizo sus rostros. Big Cyndi no puede dejar de llorar. Me resulta encantador. La hermana de Myron ha venido desde Seattle. Su hermano, Brad, y la esposa de este, Kitty, han vuelto. Están junto a Mickey y Ema. Mickey y Ema están cogidos de la mano. Intento no quedarme mirando.

El DJ dice:

—¿Quieren unirse todos a Myron y su madre, Ellen, y pasar a la pista de baile?

El padre de Myron, Al, se lleva a Terese a la pista. El joven Mickey releva a Myron y baila con su abuela como solo un adolescente torpe puede hacerlo.

Esperanza encuentra a Myron. Mis dos mejores amigos bailan juntos.

Llegan otros, y la pista se va llenando. Yo observo, satisfecho.

Es la vida, amigos.

Tampoco voy a hacer ascos a una escena relamida de vez en cuando.

La noto a mi lado antes de que me dirija la palabra:

—Eres Win, ¿verdad?

Me vuelvo hacia Ema.

—Sí que lo soy.

—Mi madre te manda recuerdos.

Reacciono a duras penas y asiento.

—Dale recuerdos a Angelica de mi parte.

Me mira durante un instante que se hace eterno. Luego dice:

—¿Bailas?

No tiene idea de lo que significa para mí. ¿O quizá sí? Pensaba que su madre no se lo diría nunca. ¿Se lo habrá dicho? ¿O será que Ema es increíblemente perspicaz e intuitiva?

Quizá lo lleve en los genes.

Me cuesta encontrar la voz.

—Será un placer —consigo decir.

Pasamos a la pista de baile. Nos situamos uno delante del otro. Ella me da una mano y me apoya la otra en el hombro. Empezamos a bailar. Apoya la cabeza en mi hombro.

Apenas me muevo. Apenas respiro.

Quiero que el momento dure.

AGRADECIMIENTOS

El autor (al que de vez en cuando le gusta hablar de sí mismo en tercera persona) querría dar las gracias a las siguientes personas, sin ningún orden en particular: Michelle Singer, Andy Morgan, Rick Kronberg, Linda Fairstein, Ian Rankin (las cervezas las ha escogido él), Bill Friedman, Rick Friedman (ambos Friedman no guardan relación; al menos, que yo sepa), Selina Walker, Ben Sevier, Christine Ball, Jamie Knapp, Carrie Swetonic, Stephanie Kelly, Lisa Erbach Vance, Diane Discepolo, Craig Coben y la doctora Anne Armstrong-Coben.

Las historias de Mickey Bolitar y sus amigos Ema y Spoon se pueden encontrar en la trilogía de novelas juveniles *Refugio*, *Seconds Away* y *Found*. Creo que a los adultos también les gustarán. Myron también aparece en esas series, porque siempre está bien devolver los favores.

El autor también quiere dar las gracias a Joe Corless, Rob Dixon, Neil Huber, Alyse Mervosh, Denise Nussbaum, Jesse y Mindy Rogers, Chris Alan Weeks y Daniel Yiannikos. Estas personas (o sus seres queridos) han hecho generosas contribuciones a organizaciones benéficas elegidas por mí a cambio de ver su nombre en la novela. Quien quiera aparecer en el futuro, puede visitar el sitio web www.HarlanCoben.com o escribirme a giving@harlancoben.com para recibir más información.